

DIVINA COMEDIA

Dante Alighieri

InfoLibros.org



SINOPSIS DE LA DIVINA COMEDIA

La Divina Comedia es un poema religioso que marcó un antes y un después en la literatura universal. No solo representa la transición entre la literatura medieval hacia la renacentista, sino que Dante contribuyó, con esta obra, a la consolidación del idioma italiano. En ella recoge todo lo que hasta ese momento era todo el conocimiento humano desde el mundo clásico.

Se divide en tres partes: Infierno, Purgatorio y Paraíso, en ese orden. El poeta visita cada uno de estos lugares, en su mediana edad. En el infierno y el purgatorio va acompañado de Virgilio, el famoso poeta, autor de La Eneida. Las descripciones están cargadas de alegorías y símbolos que ayudan a comprender la obra en toda su dimensión. Finalmente, al limpiar sus pecados, Dante llega al paraíso acompañado de Beatriz.

Si deseas leer más acerca de esta obra puedes visitar el siguiente enlace

[La Divina Comedia por Dante Alighieri en InfoLibros.org](#)

Si deseas leer esta obra en otros idiomas, sólo tienes que hacer clic sobre los enlaces correspondientes:

- Inglés InfoBooks.org: [Divine Comedy author Dante Alighieri](#)
 - Portugués InfoLivros.org: [Comedia Divina autor Dante Alighieri](#)
 - Francés InfoLivres.org: [Comedie Divine auteur Dante Alighieri](#)
-

Si quieres leer y descargar más libros de Dante Alighieri en formato PDF te invitamos a que visites esta página:

- [Libros de Dante Alighieri en formato PDF](#) en InfoLibros.org
-

Si quieres acceder a nuestra biblioteca digital con más de 3.500 libros para leer y descargar gratis, te invitamos a que visites esta página:

- [+3.500 libros gratis en formato PDF](#) en InfoLibros.org

INFIERNO

CANTO I

A mitad del camino de la vida, en una selva oscura me
encontraba porque mi ruta había extraviado.

¡Cuán dura cosa es decir cuál era esta salvaje selva, áspera y
fuerte

que me vuelve el temor al pensamiento!

Es tan amarga casi cual la muerte; mas por tratar del bien que
allí encontré, de otras cosas diré que me ocurrieron.

Yo no sé repetir cómo entré en ella pues tan dormido me
hallaba en el punto

que abandoné la senda verdadera.

Mas cuando hube llegado al pie de un monte, allí donde aquel
valle terminaba

que el corazón habíame aterrado, hacia lo alto miré, y vi que su
cima ya vestían los rayos del planeta

que lleva recto por cualquier camino.

Entonces se calmó aquel miedo un poco, que en el lago del
alma había entrado la noche que pasé con tanta angustia.

Y como quien con aliento anhelante, ya salido del piélago a la
orilla,

se vuelve y mira al agua peligrosa, tal mi ánimo, huyendo
todavía,

se volvió por mirar de nuevo el sitio que a los que viven
traspasar no deja. Repuesto un poco el cuerpo fatigado, seguí
el camino por la yerma loma, siempre afirmando el pie de más
abajo.

Y vi, casi al principio de la cuesta, una onza ligera y muy veloz,
que de una piel con pintas se cubría; y de delante no se me
apartaba,

mas de tal modo me cortaba el paso, que muchas veces quise
dar la vuelta. Entonces comenzaba un nuevo día,

y el sol se alzaba al par que las estrellas que junto a él el gran
amor divino

sus bellezas movió por vez primera; así es que no auguraba
nada malo de aquella fiera de la piel manchada la hora del día
y la dulce estación; mas no tal que terror no produjese la
imagen de un león que luego vi.

Me pareció que contra mí venía, con la cabeza erguida y
hambre fiera,

y hasta temerle parecía el aire. Y una loba que todo el apetito
parecía cargar en su flaqueza,

que ha hecho vivir a muchos en desgracia.

Tantos pesares ésta me produjo, con el pavor que verla me
causaba que perdí la esperanza de la cumbre. Y como aquel
que alegre se hace rico

y llega luego un tiempo en que se arruina, y en todo
pensamiento sufre y llora: tal la bestia me hacía sin dar tregua,
pues, viniendo hacia mí muy lentamente, me empujaba hacia
allí donde el sol calla.

Mientras que yo bajaba por la cuesta, se me mostró delante de
los ojos alguien que, en su silencio, creí mudo.

Cuando vi a aquel en ese gran desierto

«Apiádate de mi yo le grité,

seas quien seas, sombra a hombre vivo.» Me dijo: «Hombre no
soy, mas hombre fui, y a mis padres dio cuna Lombardía

pues Mantua fue la patria de los dos. Nací sub julio César,
aunque tarde,

y viví en Roma bajo el buen Augusto: tiempos de falsos dioses
mentirosos.

Poeta fui, y canté de aquel justo hijo de Anquises que vino de
Troya, cuando Ilión la soberbia fue abrasada.

¿Por qué retornas a tan grande pena, y no subes al monte
deleitoso

que es principio y razón de toda dicha?»

« ¿Eres Virgilio, pues, y aquella fuente de quien mana tal río de
elocuencia? respondí yo con frente avergonzada. Oh luz y honor
de todos los poetas, válgame el gran amor y el gran trabajo
que me han hecho estudiar tu gran volumen.

Eres tú mi modelo y mi maestro;

el único eres tú de quien tomé

el bello estilo que me ha dado honra. Mira la bestia por la cual
me he vuelto: sabio famoso, de ella ponme a salvo,

pues hace que me tiemblen pulso y venas.»

«Es menester que sigas otra ruta me repuso después que vio mi
llanto ,

si quieres irte del lugar salvaje; pues esta bestia, que gritar te
hace, no deja a nadie andar por su camino, mas tanto se lo
impide que los mata;

y es su instinto tan cruel y tan malvado, que nunca sacia su
ansia codiciosa

y después de comer más hambre aún tiene.

Con muchos animales se amanceba, y serán muchos más hasta
que venga el Lebrél que la hará morir con duelo.

Éste no comerá tierra ni peltre, sino virtud, amor, sabiduría,
y su cuna estará entre Fieltro y Fieltro. Ha de salvar a aquella
humilde Italia por quien murió Camila, la doncella, Turno,
Euríalo y Niso con heridas.

Éste la arrojará de pueblo en pueblo, hasta que dé con ella en el
abismo, del que la hizo salir el Envidioso.

Por lo que, por tu bien, pienso y decido que vengas tras de mí, y
seré tu guía,
y he de llevarte por lugar eterno, donde oirás el aullar
desesperado,

verás, dolientes, las antiguas sombras, gritando todas la
segunda muerte;

y podrás ver a aquellas que contenta el fuego, pues confían en
llegar

a bienaventuras cualquier día;

y si ascender deseas junto a éstas, más digna que la mía allí
hay un alma:

te dejaré con ella cuando marche; que aquel Emperador que
arriba reina, puesto que yo a sus leyes fui rebelde, no quiere
que por mí a su reino subas.

En toda parte impera y allí rige; allí está su ciudad y su alto
trono. ¡Cuán feliz es quien él allí destina!»

Yo contesté: «Poeta, te requiero por aquel Dios que tú no
conociste,
para huir de éste o de otro mal más grande, que me lleves allí
donde me has dicho,
y pueda ver la puerta de San Pedro
y aquellos infelices de que me hablas.» Entonces se echó a
andar, y yo tras él.

CANTO II

El día se marchaba, el aire oscuro a los seres que habitan en la
tierra quitaba sus fatigas; y yo sólo
me disponía a sostener la guerra, contra el camino y contra el
sufrimiento
que sin error evocará mi mente.

¡Oh musas! ¡Oh alto ingenio, sostenedme!

¡Memoria que escribiste lo que vi, aquí se advertirá tu gran
nobleza! Yo comencé: «Poeta que me guías, mira si mi virtud es
suficiente

antes de comenzar tan ardua empresa. Tú nos contaste que el padre de Silvio, sin estar aún corrupto, al inmortal reino llegó, y lo hizo en cuerpo y alma.

Pero si el adversario del pecado le hizo el favor, pensando el gran efecto que de aquello saldría, el qué y el cuál, no le parece indigno al hombre sabio; pues fue de la alma Roma y de su imperio escogido por padre en el Empíreo.

La cual y el cual, a decir la verdad, como el lugar sagrado fue elegida,

que habita el sucesor del mayor Pedro.

En el viaje por el cual le alabas escuchó cosas que fueron motivo

de su triunfo y del manto de los papas.

Alli fue luego el Vaso de Elección, para llevar conforto a aquella fe que de la salvación es el principio.

Mas yo, ¿por qué he de ir? ¿quién me lo otorga?

Yo no soy Pablo ni tampoco Eneas: y ni yo ni los otros me creen digno. Pues temo, si me entrego a ese viaje, que ese camino sea una locura;

eres sabio; ya entiendes lo que callo.»

Y cual quien ya no quiere lo que quiso cambiando el parecer
por otro nuevo,

y deja a un lado aquello que ha empezado, así hice yo en
aquella cuesta oscura: porque, al pensarlo, abandoné la
empresa que tan aprisa había comenzado.

«Si he comprendido bien lo que me has dicho respondió del
magnánimo la sombra

la cobardía te ha atacado el alma;

la cual estorba al hombre muchas veces, y de empresas
honradas le desvía,

cual reses que ven cosas en la sombra. A fin de que te libres de
este miedo, te diré por qué vine y qué entendí desde el punto en
que lástima te tuve.

Me hallaba entre las almas suspendidas y me llamó una dama
santa y bella, de forma que a sus órdenes me puse.

Brillaban sus pupilas más que estrellas; y a hablarme comenzó,
clara y suave, angélica voz, en este modo:

“Alma cortés de Mantua, de la cual aún en el mundo dura la
memoria, y ha de durar a lo largo del tiempo: mi amigo, pero no
de la ventura,

tal obstáculo encuentra en su camino por la montaña, que
asustado vuelve: y temo que se encuentre tan perdido

que tarde me haya dispuesto al socorro, según lo que escuché
de él en el cielo.

Ve pues, y con palabras elocuentes, y cuanto en su remedio
necesite, ayúdame, y consuélame con ello.

Yo, Beatriz, soy quien te hace caminar; vengo del sitio al que
volver deseo;

amor me mueve, amor me lleva a hablarte. Cuando vuelva a
presencia de mi Dueño le hablaré bien de ti frecuentemente.”

Entonces se calló y yo le repuse:

“Oh dama de virtud por quien supera tan sólo el hombre cuanto
se contiene con bajo el cielo de esfera más pequeña, de tal
modo me agrada lo que mandas, que obedecer, si fuera ya, es
ya tarde; no tienes más que abrirme tu deseo.

Mas dime la razón que no te impide descender aquí abajo y a
este centro, desde el lugar al que volver ansías.” “ Lo que
quieres saber tan por entero, te diré brevemente me repuso

por qué razón no temo haber bajado. Temer se debe sólo a
aquellas cosas que pueden causar algún tipo de daño; mas a
las otras no, pues mal no hacen.

Dios con su gracia me ha hecho de tal modo que la miseria
vuestra no me toca,

ni llama de este incendio me consume.

Una dama gentil hay en el cielo
que compadece a aquel a quien te envió, mitigando allí arriba el
duro juicio.

Ésta llamó a Lucía a su presencia; y dijo: «necesita tu devoto
ahora de ti, y yo a ti te lo encomiendo».

Lucía, que aborrece el sufrimiento,
se alzó y vino hasta el sitio en que yo estaba, sentada al par de
la antigua Raquel.

Dijo: “Beatriz, de Dios vera alabanza, cómo no ayudas a quien
te amó tanto, y por ti se apartó de los vulgares?

¿Es que no escuchas su llanto doliente?

¿no ves la muerte que ahora le amenaza en el torrente al que el
mar no supera?” No hubo en el mundo nadie tan ligero,
buscando el bien o huyendo del peligro, como yo al escuchar
esas palabras. “Acá bajé desde mi dulce escaño, confiando en
tu discurso virtuoso

que te honra a ti y aquellos que lo oyeron.”

Después de que dijera estas palabras volvió llorando los
lucientes ojos, haciéndome venir aún más aprisa;
y vine a ti como ella lo quería; te aparté de delante de la fiera,
que alcanzar te impedía el monte bello.

¿Qué pasa pues?, ¿por qué, por qué vacilas?

¿por qué tal cobardía hay en tu pecho?

¿por qué no tienes audacia ni arrojo? Si en la corte del cielo te
apadrinan tres mujeres tan bienaventuradas,
y mis palabras tanto bien prometen.»

Cual florecillas, que el nocturno hielo abate y cierra, luego se
levantan,

y se abren cuando el sol las ilumina, así hice yo con mi valor
cansado; y tanto se encendió mi corazón,

que comencé como alguien valeroso:

«!Ah, cuán piadosa aquella que me ayuda! y tú, cortés, que
pronto obedeciste

a quien dijo palabras verdaderas.

El corazón me has puesto tan ansioso de echar a andar con eso
que me has dicho

que he vuelto ya al propósito primero. Vamos, que mi deseo es
como el tuyo. Sé mi guía, mi jefe, y mi maestro.» Asi le dije, y
luego que echó a andar, entré por el camino arduo y silvestre.

CANTO III

POR MÍ SE VA HASTA LA CIUDAD DOLIENTE, POR MÍ SE VA AL
ETERNO SUFRIMIENTO, POR MÍ SE VA A LA GENTE
CONDENADA.

LA JUSTICIA MOVIÓ A MI ALTO ARQUITECTO. HÍZOME LA
DIVINA POTESTAD,
EL SABER SUMO Y EL AMOR PRIMERO. ANTES DE MÍ NO FUE
COSA CREADA
SINO LO ETERNO Y DURO ETERNAMENTE. DEJAD, LOS QUE
AQUÍ ENTRÁIS, TODA ESPERANZA.

Estas palabras de color oscuro vi escritas en lo alto de una
puerta;

y yo: «Maestro, es grave su sentido.» Y, cual persona cauta, él
me repuso:

«Debes aquí dejar todo recelo; debes dar muerte aquí a tu
cobardía.

Hemos llegado al sitio que te he dicho en que verás las gentes
doloridas, que perdieron el bien del intelecto.» Luego tomó mi
mano con la suya con gesto alegre, que me confortó,
y en las cosas secretas me introdujo. Allí suspiros, llantos y altos
ayes resonaban al aire sin estrellas,

y yo me eché a llorar al escucharlo. Diversas lenguas, hórridas blasfemias, palabras de dolor, acentos de ira, roncos gritos al son de manotazos,

un tumulto formaban, el cual gira siempre en el aire eternamente oscuro, como arena al soplar el torbellino.

Con el terror ciñendo mi cabeza dije: «Maestro, qué es lo que yo escucho,

y quién son éstos que el dolor abate?» Y él me repuso: «Esta mísera suerte tienen las tristes almas de esas gentes que vivieron sin gloria y sin infamia. Están mezcladas con el coro infame de ángeles que no se rebelaron, no por lealtad a Dios, sino a ellos mismos.

Los echa el cielo, porque menos bello no sea, y el infierno los rechaza,

pues podrían dar gloria a los caídos.» Y yo: «Maestro, ¿qué les pesa tanto y provoca lamentos tan amargos?»

Respondió: «Brevemente he de decirlo. No tienen éstos de muerte esperanza,

y su vida obcecada es tan rastrera, que envidiosos están de cualquier suerte. Ya no tiene memoria el mundo de ellos, compasión y justicia les desdeña;

de ellos no hablemos, sino mira y pasa.» Y entonces pude ver un
estandarte,

que corría girando tan ligero, que parecía indigno de reposo.

Y venía detrás tan larga fila

de gente, que creído nunca hubiera que hubiese a tantos la
muerte deshecho.

Y tras haber reconocido a alguno, vi y conocí la sombra del que
hizo por cobardía aquella gran renuncia. Al punto comprendí, y
estuve cierto,

que ésta era la secta de los reos

a Dios y a sus contrarios displacientes. Los desgraciados, que
nunca vivieron, iban desnudos y azuzados siempre

de moscones y avispas que allí había. Éstos de sangre el rostro
les bañaban, que, mezclada con llanto, repugnantes gusanos a
sus pies la recogían.

Y luego que a mirar me puse a otros, vi gentes en la orilla de un
gran río

y yo dije: «Maestro, te suplico

que me digas quién son, y qué designio les hace tan ansiosos
de cruzar

como discierno entre la luz escasa.»

Y él repuso: «La cosa he de contarte cuando hayamos parado
nuestros pasos en la triste ribera de Aqueronte.»

Con los ojos ya bajos de vergüenza, temiendo molestarle con
preguntas dejé de hablar hasta llegar al río.

Y he aquí que viene en bote hacia nosotros un viejo cano de
cabello antiguo,

gritando: «¡Ay de vosotras, almas pravas! No esperéis nunca
contemplar el cielo; vengo a llevaros hasta la otra orilla,
a la eterna tiniebla, al hielo, al fuego. Y tú que aquí te
encuentras, alma viva, aparta de éstos otros ya difuntos.» Pero
viendo que yo no me marchaba, dijo: «Por otra vía y otros
puertos

a la playa has de ir, no por aquí; más leve leño tendrá que
llevarte». Y el guía a él: «Caronte, no te irrites:

así se quiere allí donde se puede

lo que se quiere, y más no me preguntes.»

Las peludas mejillas del barquero del lívido pantano, cuyos ojos
rodeaban las llamas, se calmaron.

Mas las almas desnudas y contritas, cambiaron el color y
rechinaban,

cuando escucharon las palabras crudas. Blasfemaban de Dios y
de sus padres,

del hombre, el sitio, el tiempo y la simiente que los sembrara, y
de su nacimiento.

Luego se recogieron todas juntas, llorando fuerte en la orilla
malvada

que aguarda a todos los que a Dios no temen.

Carón, demonio, con ojos de fuego, llamándolos a todos
recogía;

da con el remo si alguno se atrasa. Como en otoño se vuelan las
hojas unas tras otras, hasta que la rama

ve ya en la tierra todos sus despojos, de este modo de Adán las
malas siembras

se arrojan de la orilla de una en una, a la señal, cual pájaro al
reclamo. Así se fueron por el agua oscura,

y aún antes de que hubieran descendido ya un nuevo grupo se
había formado.

«Hijo mío cortés dijo el maestro los que en ira de Dios hallan la
muerte

llegan aquí de todos los países: y están ansiosos de cruzar el río,
pues la justicia santa les empuja,

y así el temor se transforma en deseo. Aquí no cruza nunca un
alma justa, por lo cual si Carón de ti se enoja, comprenderás
qué cosa significa.»

Y dicho esto, la región oscura tembló con fuerza tal, que del
espanto

la frente de sudor aún se me baña. La tierra lagrimosa lanzó un
viento que hizo brillar un relámpago rojo y, venciéndome todos
los sentidos,
me caí como el hombre que se duerme.

CANTO IV

Rompió el profundo sueño de mi mente un gran trueno, de
modo que cual hombre que a la fuerza despierta, me repuse;
la vista recobrada volví en torno ya puesto en pie, mirando
fijamente, pues quería saber en dónde estaba.

En verdad que me hallaba justo al borde del valle del abismo
doloroso,

que atronaba con ayes infinitos. Oscuro y hondo era y
nebuloso,

de modo que, aun mirando fijo al fondo, no distinguía allí cosa
ninguna.

«Descendamos ahora al ciego mundo dijo el poeta todo
amortecido :

yo iré primero y tú vendrás detrás.» Y al darme cuenta yo de su color, dije: « ¿Cómo he de ir si tú te asustas, y tú a mis dudas sueles dar consuelo?» Y me dijo: «La angustia de las gentes que están aquí en el rostro me ha pintado la lástima que tú piensas que es miedo.

Vamos, que larga ruta nos espera.»

Así me dijo, y así me hizo entrar al primer cerco que el abismo ciñe. Allí, según lo que escuchar yo pude, llanto no había, mas suspiros sólo, que al aire eterno le hacían temblar.

Lo causaba la pena sin tormento que sufría una grande muchedumbre de mujeres, de niños y de hombres.

El buen Maestro a mí: «¿No me preguntas qué espíritus son estos que estás viendo?

Quiero que sepas, antes de seguir, que no pecaron: y aunque tengan méritos,

no basta, pues están sin el bautismo, donde la fe en que crees principio tiene.

Al cristianismo fueron anteriores, y a Dios debidamente no adoraron: a éstos tales yo mismo pertenezco. Por tal defecto, no por otra culpa,

perdidos somos, y es nuestra condena vivir sin esperanza en el deseo.» Sentí en el corazón una gran pena, puesto que gentes de mucho valor

vi que en el limbo estaba suspendidos.

«Dime, maestro, dime, mi señor yo comencé por querer estar cierto

de aquella fe que vence la ignorancia :

¿salió alguno de aquí, que por sus méritos o los de otro, se hiciera luego santo?»

Y éste, que comprendió mi hablar cubierto, respondió: «Yo era nuevo en este estado,

cuando vi aquí bajar a un poderoso, coronado con signos de victoria. Sacó la sombra del padre primero, y las de Abel, su hijo, y de Noé, del legista Moisés, el obediente; del patriarca Abraham, del rey David, a Israel con sus hijos y su padre,

y con Raquel, por la que tanto hizo, y de otros muchos; y les hizo santos; y debes de saber que antes de eso,

ni un espíritu humano se salvaba.» No dejamos de andar porque él hablase,

mas aún por la selva caminábamos, la selva, digo, de almas apiñadas No estábamos aún muy alejados

del sitio en que dormí, cuando vi un fuego, que al fúnebre
hemisferio derrotaba.

Aún nos encontrábamos distantes, mas no tanto que en parte
yo no viese cuán digna gente estaba en aquel sitio.

«Oh tú que honoras toda ciencia y arte, éstos ¿quién son, que
tal grandeza tienen, que de todos los otros les separa?»

Y respondió: «Su honrosa nombradía, que allí en tu mundo sigue
resonando gracia adquiere del cielo y recompensa.» Entre tanto
una voz pude escuchar:

«Honremos al altísimo poeta; vuelve su sombra, que marchado
había.» Cuando estuvo la voz quieta y callada,

vi cuatro grandes sombras que venían: ni triste, ni feliz era su
rostro.

El buen maestro comenzó a decirme:

«Fíjate en ése con la espada en mano, que como el jefe va
delante de ellos: Es Homero, el mayor de los poetas; el satírico
Horacio luego viene; tercero, Ovidio; y último, Lucano.

Y aunque a todos igual que a mí les cuadra el nombre que sonó
en aquella voz,

me hacen honor, y con esto hacen bien.»

Así reunida vi a la escuela bella de aquel señor del altísimo
canto, que sobre el resto cual águila vuela.

Después de haber hablado un rato entre ellos, con gesto favorable me miraron:

y mi maestro, en tanto, sonreía.

Y todavía aún más honor me hicieron porque me condujeron en su hilera,

siendo yo el sexto entre tan grandes sabios.

Así anduvimos hasta aquella luz, hablando cosas que callar es bueno, tal como era el hablarlas allí mismo. Al pie llegamos de un castillo noble, siete veces cercado de altos muros, guardado entorno por un bello arroyo. Lo cruzamos igual que tierra firme; crucé por siete puertas con los sabios: hasta llegar a un prado fresco y verde. Gente había con ojos graves, lentos,

con gran autoridad en su semblante: hablaban poco, con voces suaves. Nos apartamos a uno de los lados, en un claro lugar alto y abierto,

tal que ver se podían todos ellos. Erguido allí sobre el esmalte verde,

las magnas sombras fuéronme mostradas, que de placer me colma haberlas visto. A Electra vi con muchos compañeros, y entre ellos conocí a Héctor y a Eneas, y armado a César, con ojos grifaños.

Vi a Pantasilea y a Camila,

y al rey Latino vi por la otra parte, que se sentaba con su hija
Lavinia.

Vi a Bruto, aquel que destronó a Tarquino, a Cornelia, a
Lucrecia, a Julia, a Marcia;
y a Saladino vi, que estaba solo; y al levantar un poco más la
vista,

vi al maestro de todos los que saben, sentado en filosófica
familia.

Todos le miran, todos le dan honra: y a Sócrates, que al lado de
Platón,

están más cerca de él que los restantes; Demócrito, que el
mundo pone en duda, Anaxágoras, Tales y Diógenes,
Empédocles, Heráclito y Zenón;

y al que las plantas observó con tino, Dioscórides, digo; y via
Orfeo, Tulio, Livio y al moralista Séneca; al geómetra Euclides,
Tolomeo,

Hipócrates, Galeno y Avicena,

y a Averroes que hizo el «Comentario».

No puedo detallar de todos ellos, porque así me encadena el
largo tema, que dicho y hecho no se corresponden. El grupo de
los seis se partió en dos: por otra senda me llevó mi guía,

de la quietud al aire tembloroso

y llegué a un sitio en donde nada luce.

CANTO V

Así bajé del círculo primero
al segundo que menos lugar ciñe,
y tanto más dolor, que al llanto mueve.

Allí el horrible Minos rechinaba. A la entrada examina los
pecados; juzga y ordena según se relíe.

Digo que cuando un alma mal nacida llega delante, todo lo
confiesa;

y aquel conoedor de los pecados ve el lugar del infierno que
merece: tantas veces se ciñe con la cola,
cuantos grados él quiere que sea echada.

Siempre delante de él se encuentran muchos; van esperando
cada uno su juicio,

hablan y escuchan, después las arrojan.

«Oh tú que vienes al doloso albergue me dijo Minos en cuanto
me vio, dejando el acto de tan alto oficio ;

mira cómo entras y de quién te fías: no te engañe la anchura de
la entrada.» Y mi guta: «¿Por qué le gritas tanto?

No le entorpezcas su fatal camino; así se quiso allí donde se
puede

lo que se quiere, y más no me preguntes.»

Ahora comienzan las dolientes notas a hacérseme sentir; y llego
entonces allí donde un gran llanto me golpea.

Llegué a un lugar de todas luces mudo, que mugía cual mar en
la tormenta,

si los vientos contrarios le combaten. La borrasca infernal, que
nunca cesa, en su rapiña lleva a los espíritus; volviendo y
golpeando les acosa.

Cuando llegan delante de la ruina, allí los gritos, el llanto, el
lamento; allí blasfeman del poder divino.

Comprendí que a tal clase de martirio los lujuriosos eran
condenados, que la razón someten al deseo.

Y cual los estorninos forman de alas en invierno bandada larga
y prieta, así aquel viento a los malos espíritus: arriba, abajo, acá
y allí les lleva;

y ninguna esperanza les conforta, no de descanso, mas de
menor pena. Y cual las grullas cantando sus lays largas hileras
hacen en el aire,

así las vi venir lanzando ayes,

a las sombras llevadas por el viento. Y yo dije: «Maestro, quién son esas gentes que el aire negro así castiga?»

«La primera de la que las noticias quieres saber me dijo aquel entonces- fue emperatriz sobre muchos idiomas.

Se inclinó tanto al vicio de lujuria, que la lascivia licitó en sus leyes, para ocultar el asco al que era dada: Semíramis es ella, de quien dicen que sucediera a Nino y fue su esposa:

mandó en la tierra que el sultán gobierna.

Se mató aquella otra, enamorada, traicionando el recuerdo de Siqueo; la que sigue es Cleopatra lujuriosa.

A Elena ve, por la que tanta víctima el tiempo se llevó, y ve al gran Aquiles

que por Amor al cabo combatiera; ve a Paris, a Tristán.» Y a más de mil

sombras me señaló, y me nombró, a dedo, que Amor de nuestra vida les privara.

Y después de escuchar a mi maestro nombrar a antiguas damas y caudillos, les tuve pena, y casi me desmayo.

Yo comencé: «Poeta, muy gustoso hablaría a esos dos que vienen juntos y parecen al viento tan ligeros.»

Y él a mí: «Los verás cuando ya estén más cerca de nosotros; si les ruegas

en nombre de su amor, ellos vendrán.»

Tan pronto como el viento allí los trajo alcé la voz: «Oh almas
afanadas,

hablad, si no os lo impiden, con nosotros.» Tal palomas
llamadas del deseo,

al dulce nido con el ala alzada, van por el viento del querer
llevadas,

ambos dejaron el grupo de Dido y en el aire malsano se
acercaron, tan fuerte fue mi grito afectuoso:

«Oh criatura graciosa y compasiva que nos visitas por el aire
perso

a nosotras que el mundo ensangrentamos; si el Rey del Mundo
fuese nuestro amigo rogaríamos de él tu salvación,

ya que te apiada nuestro mal perverso. De lo que oír o lo que
hablar os guste, nosotros oiremos y hablaremos

mientras que el viento, como ahora, calle.

La tierra en que nací está situada en la Marina donde el Po
desciende y con sus afluentes se reúne.

Amor, que al noble corazón se agarra, a éste prendió de la bella
persona

que me quitaron; aún me ofende el modo. Amor, que a todo amado a amar le obliga, prendió por éste en mí pasión tan fuerte que, como ves, aún no me abandona.

El Amor nos condujo a morir juntos, y a aquel que nos mató Caína espera.» Estas palabras ellos nos dijeron.

Cuando escuché a las almas doloridas bajé el rostro y tan bajo lo tenía,

que el poeta me dijo al fin: «¿Qué piensas?» Al responderle comencé: «Qué pena, cuánto dulce pensar, cuánto deseo, a éstos condujo a paso tan dañoso.» Después me volví a ellos y les dije, y comencé: «Francesca, tus pesares llorar me hacen triste y compasivo;

dime, en la edad de los dulces suspiros

¿cómo o por qué el Amor os concedió que conocieses tan turbios deseos?»

Y repuso: «Ningún dolor más grande que el de acordarse del tiempo dichoso en la desgracia; y tu guía lo sabe.

Mas si saber la primera raíz

de nuestro amor deseas de tal modo, hablaré como aquel que llora y habla: Leíamos un día por deleite,

cómo hería el amor a Lanzarote; solos los dos y sin recelo alguno. Muchas veces los ojos suspendieron la lectura, y el rostro emblanquecía, pero tan sólo nos venció un pasaje.

Al leer que la risa deseada era besada por tan gran amante, éste, que de mí nunca ha de apartarse, la boca me besó, todo él temblando. Galeotto fue el libro y quien lo hizo; no seguimos leyendo ya ese día.»

Y mientras un espíritu así hablaba, lloraba el otro, tal que de piedad desfallecí como si me muriese;
y caí como un cuerpo muerto cae.

CANTO VI

Cuando cobré el sentido que perdí antes por la piedad de los cuñados, que todo en la tristeza me sumieron, nuevas condenas, nuevos condenados
veía en cualquier sitio en que anduviera y me volviese y a donde mirase.

Era el tercer recinto, el de la lluvia eterna, maldecida, fría y densa:

de regla y calidad no cambia nunca. Grueso granizo, y agua
sucia y nieve descienden por el aire tenebroso; hiede la tierra
cuando esto recibe.

Cerberero, fiera monstruosa y cruel, caninamente ladra con tres
fauces sobre la gente que aquí es sumergida.

Rojos los ojos, la barba unta y negra, y ancho su vientre, y
uñosas sus manos: clava a las almas, desgarrar y desuella. Los
hace aullar la lluvia como a perros,

de un lado hacen al otro su refugio, los míseros profanos se
revuelven. Al advertirnos Cerberero, el gusano,

la boca abrió y nos mostró los colmillos,

no había un miembro que tuviese quieto. Extendiendo las
palmas de las manos, cogió tierra mi guía y a puñadas

la tiró dentro del bramante tubo.

Cual hace el perro que ladrando rabia, y mordiendo comida se
apacigua, que ya sólo se afana en devorarla, de igual manera

las bocas impuras

del demonio Cerberero, que así atruena las almas, que quisieran
verse sordas.

Íbamos sobre sombras que atería la densa lluvia, poniendo las
plantas

en sus fantasmas que parecen cuerpos.

En el suelo yacían todas ellas, salvo una que se alzó a sentarse
al punto

que pudo vernos pasar por delante.

«Oh tú que a estos infiernos te han traído me dijo reconócame si
puedes:

tú fuiste, antes que yo deshecho, hecho.»

«La angustia que tú sientes yo le dije- tal vez te haya sacado de
mi mente, y así creo que no te he visto nunca.

Dime quién eres pues que en tan penoso lugar te han puesto, y
a tan grandes males, que si hay más grandes no serán tan
tristes.»

Y él a mí «Tu ciudad, que tan repleta de envidia está que ya
rebose el saco, en sí me tuvo en la vida serena.

Los ciudadanos Ciacco me llamasteis; por la dañosa culpa de la
gula,

como estás viendo, en la lluvia me arrastro. Mas yo, alma triste,
no me encuentro sola, que éstas se hallan en pena semejante
por semejante culpa», y más no dijo. Yo le repuse: «Ciacco, tu
tormento tanto me pesa que a llorar me invita, pero dime, si
sabes, qué han de hacerse de la ciudad partida los vecinos,
si alguno es justo; y dime la razón por la que tanta guerra la ha
asolado.» Y él a mí: «Tras de largas disensiones ha de haber

sangre, y el bando salvaje echará al otro con grandes ofensas;
después será preciso que éste caiga
y el otro ascienda, luego de tres soles, con la fuerza de Aquel
que tanto alaban.

Alta tendrá largo tiempo la frente, teniendo al otro bajo
grandes pesos,
por más que de esto se avergüence y llore.

Hay dos justos, mas nadie les escucha; son avaricia, soberbia y
envidia

las tres antorchas que arden en los pechos.» Puso aquí fin al
lagrimoso dicho.

Y yo le dije: «Aún quiero que me informes, y que me hagas
merced de más palabras; Farinatta y Tegghiaio, tan honrados,
Jacobo Rusticucci, Arrigo y Mosca,

y los otros que en bien obrar pensaron, dime en qué sitio están
y hazme saber, pues me aprieta el deseo, si el infierno

los amarga, o el cielo los endulza.» Y aquél: « Están entre las
negras almas;

culpas varias al fondo los arrojan; los podrás ver si sigues más
abajo.

Pero cuando hayas vuelto al dulce mundo, te pido que a otras mentes me recuerdes; más no te digo y más no te respondo.»

Entonces desvió los ojos fijos,

me miró un poco, y agachó la cara; y a la par que los otros cayó ciego. Y el guía dijo: «Ya no se levanta hasta que suene la angélica trompa, y venga la enemiga autoridad.

Cada cual volverá a su triste tumba, retomarán su carne y su apariencia,

y oirán aquello que atruena por siempre.»

Así pasamos por la sucia mezcla de sombras y de lluvia a paso lento,

tratando sobre la vida futura.

Y yo dije: «Maestro, estos tormentos crecerán luego de la gran sentencia, serán menores o tan dolorosos?»

Y él contestó: «Recurre a lo que sabes: pues cuanto más perfecta es una cosa

más siente el bien, y el dolor de igual modo,

Y por más que esta gente maldecida la verdadera perfección no encuentre,

entonces, más que ahora, esperan serlo.» En redondo seguimos nuestra ruta, hablando de otras cosas que no cuento;

y al llegar a aquel sitio en que se baja encontramos a Pluto: el
enemigo.

CANTO VII

«¡Papé Satán, Papé Satán aleppe!» dijo Pluto con voz
enronquecida; y aquel sabio gentil que todo sabe,
me quiso confortar: «No te detenga el miedo, que por mucho
que pudiese no impedirá que bajes esta roca.»

Luego volvióse a aquel hocico hinchado, y dijo: «Cállate maldito
lobo,

consúmete tú mismo con tu rabia. No sin razón por el infierno
vamos: se quiso en lo alto allá donde Miguel tomó venganza del
soberbio estupro.»

Cual las velas hinchadas por el viento revueltas caen cuando se
rompe el mástil, tal cayó a tierra la fiera cruel.

Así bajamos por la cuarta fosa, entrando más en el doliente
valle que traga todo el mal del universo.

¡Ah justicia de Dios!, ¿quién amontona nuevas penas y males
cuales vi,

y por qué nuestra culpa así nos triza?

Como la ola que sobre Caribdis,
se destroza con la otra que se encuentra, así viene a chocarse
aquí la gente.

Vi aquí más gente que en las otras partes,

y desde un lado al otro, con chillidos, haciendo rodar pesos con
el pecho. Entre ellos se golpean; y después cada uno volvíase
hacia atrás,

gritando «¿Por qué agarras?, ¿por qué tiras?»

Así giraban por el foso tétrico de cada lado a la parte contraria,
siempre gritando el verso vergonzoso.

Al llegar luego todos se volvían para otra justa, a la mitad del
círculo,

y yo, que estaba casi conmovido, dije: «Maestro, quiero que me
expliques quienes son éstos, y si fueron clérigos todos los
tonsurados de la izquierda.»

Y él a mí. «Fueron todos tan escasos de la razón en la vida
primera,

que ningún gasto hicieron con mesura.

Bastante claro ládranlo sus voces, al llegar a los dos puntos del
círculo donde culpa contraria los separa.

Clérigos fueron los que en la cabeza no tienen pelo, papas,
cardenales,

que están bajo el poder de la avaricia.» Y yo: «Maestro, entre tales sujetos debiera yo conocer bien a algunos, que inmundos fueron de tan grandes males.» Y él repuso: «Es en vano lo que piensas: la vida torpe que los ha ensuciado, a cualquier conocer los hace oscuros.

Se han de chocar los dos eternamente;

éstos han de surgir de sus sepulcros con el puño cerrado, y éstos, mundos; mal dar y mal tener, el bello mundo les ha quitado y puesto en esta lucha: no empleo mas palabras en contarlo. Hijo, ya puedes ver el corto aliento, de los bienes fiados a Fortuna, por los que así se enzarzan los humanos; que todo el oro que hay bajo la luna, y existió ya, a ninguna de estas almas fatigadas podría dar reposo.»

«Maestro dije yo , dime ¿quién es esta Fortuna a la que te refieres que el bien del mundo tiene entre sus garras?» Y él me repuso: «Oh locas criaturas, qué grande es la ignorancia que os ofende; quiero que tú mis palabras incorpores.

Aquel cuyo saber trasciendo todo, los cielos hizo y les dio quien
los mueve tal que unas partes a otras se iluminan,

distribuyendo igualmente la luz;

de igual modo en las glorias mundanales dispuso una ministra
que cambiase los bienes vanos cada cierto tiempo

de gente en gente y de una a la otra sangre, aunque el seso del
hombre no Lo entienda; por Lo que imperan unos y otros caen,
siguiendo los dictámenes de aquella

que está oculta en la yerba tal serpiente.

Vuestro saber no puede conocerla;

y en su reino provee, juzga y dispone cual las otras deidades en
el suyo.

No tienen tregua nunca sus mudanzas, necesidad la obliga a
ser ligera;

y aún hay algunos que el triunfo consiguen.

Esta es aquella a la que ultrajan tanto, aquellos que debieran
alabarla,

y sin razón la vejan y maldicen.

Mas ella en su alegría nada escucha; feliz con las primeras
criaturas mueve su esfera y alegre se goza. Ahora bajemos a
mayor castigo; caen las estrellas que salían cuando

eché a andar, y han prohibido entretenerse.»

Del círculo pasamos a otra orilla sobre una fuente que hierve y rebosa por un canal que en ella da comienzo. Aquel agua era negra más que persa; y, siguiendo sus ondas tan oscuras, por extraño camino descendimos.

Hasta un pantano va, llamado Estigia, este arroyuelo triste, cuando baja al pie de la maligna cuesta gris.

Y yo, que por mirar estaba atento, gente enfangada vi en aquel pantano toda desnuda, con airado rostro.

No sólo con las manos se pegaban, mas con los pies, el pecho y la cabeza, trozo a trozo arrancando con los dientes.

Y el buen maestro: «Hijo, mira ahora

las almas de esos que venció la cólera, y también quiero que por cierto tengas que bajo el agua hay gente que suspira, y al agua hacen hervir la superficie, como dice tu vista a donde mire.

Desde el limo exclamaban: «Triste hicimos el aire dulce que del sol se alegra, llevando dentro acidioso humo:

tristes estamos en el negro cieno.» Se atraviesa este himno en su gáznate,

y enteras no les salen las palabras. Así dimos la vuelta al sucio pozo, entre la escarpa seca y lo de enmedio;

mirando a quien del fango se atraganta: y al fin llegamos al pie
de una torre.

CANTO VIII

Digo, para seguir, que mucho antes de llegar hasta el pie de la
alta torre, se encaminó a su cima nuestra vista, porque vimos
allí dos lucecitas,

y otra que tan de lejos daba señas, que apenas nuestros ojos la
veían. Y yo le dije al mar de todo seso:

«Esto ¿qué significa? y ¿qué responde el otro foco, y quién es
quien lo hace?» Y él respondió: «Por estas ondas sucias ya
podrás divisar lo que se espera,
si no lo oculta el humo del pantano.»

Cuerda no lanzó nunca una saeta que tan ligera fuese por el
aire, como yo vi una nave pequeñita por el agua venir hacia
nosotros, al gobierno de un solo galeote,
gritando: «Al fin llegaste, alma alevosa.»

«Flegias, Flegias, en vano estás gritando díjole mi señor en este
punto ;

tan sólo nos tendrás cruzando el lodo.» Cual es aquel que gran engaño escucha que le hayan hecho, y luego se contiene, así hizo Flegias consumido en ira.

Subió mi guía entonces a la barca, y luego me hizo entrar detrás de él; y sólo entonces pareció cargada. Cuando estuvimos ambos en el leño, hendiendo se marchó la antigua proa el agua más que suele con los otros.

Mientras que el muerto cauce recorríamos uno, lleno de fango vino y dijo:

«¿Quién eres tú que vienes a destiempo?» Y le dije: « Si vengo, no me quedo;

pero ¿quién eres tú que estás tan sucio?» Dijo: «Ya ves que soy uno que llora.» Yo le dije: «Con lutos y con llanto, puedes quedarte, espíritu maldito,

pues aunque estés tan sucio te conozco.» Entonces tendió al leño las dos manos; mas el maestro lo evitó prudente, diciendo: «Vete con los otros perros.»

Al cuello luego los brazos me echó, besóme el rostro y dijo: «!Oh desdeñoso, bendita la que estuvo de ti encinta!

Aquel fue un orgulloso para el mundo; y no hay bondad que su memoria honre: por ello está su sombra aquí furiosa.

Cuantos por reyes tiénense allá arriba, aquí estarán cual puercos en el cieno, dejando de ellos un desprecio horrible.»` Y

yo: «Maestro, mucho desearía

el verle zambullirse en este caldo, antes que de este lago nos marchemos.»

Y él me repuso: «Aún antes que la orilla de ti se deje ver, serás saciado:

de tal deseo conviene que goces.»

Al poco vi la gran carnicería que de él hacían las fangosas gentes;

a Dios por ello alabo y doy las gracias.

«¡A por Felipe Argenti!», se gritaban, y el florentino espíritu altanero contra sí mismo volvía los dientes.

Lo dejamos allí, y de él más no cuento.

Mas el oído golpeóme un llanto, y miré atentamente hacia adelante.

Exclamó el buen maestro: «Ahora, hijo, se acerca la ciudad llamada Dite,

de graves habitantes y mesnadas.» Y yo dije: «Maestro, sus mezquitas en el valle distingo claramente, rojas cual si salido de una fragua

hubieran.» Y él me dijo: «El fuego eterno que dentro arde, rojas nos las muestra, como estás viendo en este bajo infierno.»

Así llegamos a los hondos fosos que ciñen esa tierra sin consuelo; de hierro aquellos muros parecían. No sin dar antes un rodeo grande,

llegamos a una parte en que el barquero

«Salid gritó con fuerza aquí es la entrada.»

Yo vi a más de un millar sobre la puerta de llovidos del cielo, que con rabia decían: «¿Quién es este que sin muerte va por el reino de la gente muerta?»

Y mi sabio maestro hizo una seña de quererles hablar secretamente.

Contuvieron un poco el gran desprecio y dijeron: « Ven solo y que se marche quien tan osado entró por este reino; que vuelva solo por la loca senda; pruebe, si sabe, pues que tú te quedas, que le enseñaste tan oscura zona.» Piensa, lector, el miedo que me entró al escuchar palabras tan malditas,

que pensé que ya nunca volvería.

«Guía querido, tú que más de siete veces me has confortado y hecho libre

de los grandes peligros que he encontrado, no me dejes le dije así perdido;

y si seguir mas lejos nos impiden, juntos volvamos hacia atrás
los pasos.»

Y aquel señor que allí me condujera

«No temas dijo porque nuestro paso nadie puede parar: tal nos
lo otorga. Mas espérame aquí, y tu ánimo flaco conforta y
alimenta de esperanza, que no te dejaré en el bajo mundo.»

Así se fue, y allí me abandonó

el dulce padre, y yo me quedé en duda pues en mi mente el no y
el sí luchaban.

No pude oír qué fue lo que les dijo: mas no habló mucho tiempo
con aquéllos, pues hacia adentro todos se marcharon.

Cerráronle las puertas los demonios en la cara a mi guía, y
quedó afuera, y se vino hacia mí con pasos lentos. Gacha la
vista y privado su rostro de osadía ninguna, y suspiraba:

« ¡Quién las dolientes casa me ha cerrado!» Y él me dijo: «Tú,
porque yo me irrite, no te asustes, pues venceré la prueba,
por mucho que se empeñen en prohibirlo. No es nada nueva
esta insolencia suya, que ante menos secreta puerta usaron,

que hasta el momento se halla sin cerrojos. Sobre ella
contemplaste el triste escrito:

y ya baja el camino desde aquélla, pasando por los cercos sin
escolta, quien la ciudad al fin nos hará franca.

CANTO IX

El color que sacó a mi cara el miedo cuando vi que mi guía se
tornaba, lo quitó de la suya con presteza.

Atento se paró como escuchando, pues no podía atravesar la
vista el aire negro y la neblina densa.

«Deberemos vencer en esta lucha comenzó él si no... Es la
promesa.

¡Cuánto tarda en llegar quien esperamos.»

Y me di cuenta de que me ocultaba lo del principio con lo que
siguió, pues palabras distintas fueron éstas; pero no menos
miedo me causaron, porque pensaba que su frase trunca tal
vez peor sentido contuviese.

« ¿En este fondo de la triste hoyo bajó algún otro, desde el
purgatorio donde es pena la falta de esperanza?» Esta
pregunta le hice y: «Raramente él respondió sucede que otro
alguno haga el camino por el que yo ando. Verdad es que otra
vez estuve aquí, por la cruel Eritone conjurado,
que a sus cuerpos las almas reclamaba. De mí recién desnuda
era mi sombrío,
cuando ella me hizo entrar tras de aquel muro, a traer un alma
del pozo de Judas.

Aquel es el más bajo, el más sombrío, y el lugar de los cielos
más lejano;

bien sé el camino, puedes ir sin miedo.

Este pantano que gran peste exhala en torno ciñe la ciudad
doliente, donde entrar no podemos ya sin ira.» Dijo algo más,
pero no lo recuerdo, porque mi vista se había fijado
en la alta torre de cima ardorosa, donde al punto de pronto
aparecieron tres sanguinosas furias infernales que cuerpo y
porte de mujer tenían, se ceñían con serpientes verdes;
su pelo eran culebras y cerastas con que peinaban sus horribles
sienes:

Y él que bien conocía a las esclavas de la reina del llanto
sempiterno Las Feroces Erinias dijo mira: Meguera es esa del
izquierdo lado, esa que llora al derecho es Aleto;

Tesfone está en medio.» Y más no dijo.

Con las uñas el pecho se rasgaban, y se azotaban, gritando tan
alto, que me estreché al poeta, temeroso.

«Ah, que venga Medusa a hacerle piedra las tres decían
mientras me miraban- malo fue el no vengarnos de Teseo.»

«Date la vuelta y cierra bien los ojos; si viniera Gorgona y la
mirases nunca podrías regresar arriba.»

Así dijo el Maestro, y en persona me volvió, sin fiarse de mis
manos,

que con las tuyas aún no me tapase. Vosotros que tenéis la
mente sana, observad la doctrina que se esconde bajo el velo
de versos enigmáticos.

Mas ya venía por las turbias olas
el estruendo de un son de espanto lleno, por lo que retemblaron
ambas márgenes; hecho de forma semejante a un viento que,
impetuoso a causa de contrarios ardores, hiere el bosque y, sin
descanso, las ramas troncha, abate y lejos lleva; delante
polvoroso va soberbio,
y hace escapar a fieras y a pastores. Me destapó los ojos:
«Lleva el nervio de la vista por esa espuma antigua,
hacia allí donde el humo es más acerbo.»

Como las ranas ante la enemiga bicha, en el agua se sumergen
todas, hasta que todas se juntan en tierra, más de un millar de
almas destruidas vi que huían ante uno, que a su paso cruzaba
Estigia con los pies enjutos.

Del rostro se apartaba el aire espeso de vez en cuando con la
mano izquierda;

y sólo esa molestia le cansaba.

Bien noté que del cielo era enviado,

y me volví al maestro que hizo un signo de que estuviera quieto
y me inclinase.

¡Cuán lleno de desdén me parecía! Llegó a la puerta, y con una
varita

la abrió sin encontrar impedimento.

«¡Oh, arrojados del cielo, despreciados! gritóles él desde el
umbral horrible .

¿Cómo es que aún conserváis esta arrogancia?

¿Y por que os resistis a aquel deseo cuyo fin nunca pueda
detenerse,

y que más veces acreció el castigo?

¿De qué sirve al destino dar de coces? Vuestro Cerbero, si bien
recordáis, aún hocico y mentón lleva pelados.» Luego tomó el
camino cenagoso,

sin decirnos palabra, mas con cara

de a quien otro cuidado apremia y muerde, y no el de aquellos
que tiene delante.

A la ciudad los pasos dirigimos, seguros ya tras sus palabras
santas.

Dentro, sin guerra alguna, penetramos; y yo, que de mirar
estaba ansioso todas las cosas que el castillo encierra, al estar
dentro miro en torno mío;

y veo en todas partes un gran campo, lleno de pena y reo de tormentos.

Como en Arlés donde se estanca el Ródano, o como el Pola cerca del Carnaro,

que Italia cierra y sus límites baña, todo el sitio ondulado hacen las tumbas,

de igual manera allí por todas partes, salvo que de manera aún más amarga, pues llamaradas hay entre las fosas;

y tanto ardían que en ninguna fragua,

el hierro necesita tanto fuego. Sus lápidas estaban removidas, y salían de allí tales lamentos,

que parecían de almas condenadas. Y yo: « Maestro, qué gentes son esas que, sepultadas dentro de esas tumbas, se hacen oír con dolientes suspiros?»

Y dijo: «Están aquí los heresiarcas, sus secuaces, de toda secta, y llenas

están las tumbas más de lo que piensas.

El igual con su igual está enterrado, y los túmulos arden más o menos.» Y luego de volverse a la derecha, cruzamos entre fosas y altos muros.

CANTO X

Siguió entonces por una oculta senda entre aquella muralla y
los martirios mi Maestro, y yo fui tras de sus pasos.

«Oh virtud suma, que en los infernales círculos me conduces a
tu gusto, háblame y satisface mis deseos:

a la gente que yace en los supulcros

¿la podré ver?, pues ya están levantadas todas las losas, y
nadie vigila.»

Y él repuso: «Cerrados serán todos cuando aquí vuelvan desde
Josafat

con los cuerpos que allá arriba dejaron.

Su cementerio en esta parte tienen

con Epicuro todos sus secuaces

que el alma, dicen, con el cuerpo muere.

Pero aquella pregunta que me hiciste pronto será aquí mismo
satisfecha, y también el deseo que me callas.»

Y yo: «Buen guía, no te oculta nada mi corazón, si no es por
hablar poco; y tú me tienes a ello predispuesto.»

«Oh toscano que en la ciudad del fuego caminas vivo, hablando
tan humilde,

te plazca detenerte en este sitio, porque tu acento demuestra
que eres natural de la noble patria aquella

a la que fui, tal vez, harto dañoso.»

Este son escapó súbitamente desde una de las arcas; y
temiendo, me arrimé un poco más a mi maestro.

Pero él me dijo: « Vuélvete, ¿qué haces? mira allí a Farinatta que
se ha alzado;

le verás de cintura para arriba.» Fijado en él había ya mi vista;
y aquél se erguía con el pecho y frente cual si al infierno mismo
despreciase.

Y las valientes manos de mi guía me empujaron a él entre las
tumbas,

diciendo: «Sé medido en tus palabras.» Como al pie de su
tumba yo estuviese, me miró un poco, y como con desdén,

me preguntó: «¿Quién fueron tus mayores?» Yo, que de
obedecer estaba ansioso,

no lo oculté, sino que se lo dije, y él levantó las cejas levemente.

«Con fiereza me fueron adversarios a mí y a mi partido y mis
mayores,

y así dos veces tuve que expulsarles.»

« Si les echaste dije regresaron de todas partes, una y otra vez;

mas los vuestros tal arte no aprendieron.» Surgió entonces al
borde de su foso otra sombra, a su lado, hasta la barba:

creo que estaba puesta de rodillas.

Miró a mi alrededor, cual si propósito tuviese de encontrar
conmigo a otro, y cuando fue apagada su sospecha, llorando
dijo: «Si por esta ciega cárcel vas tú por nobleza de ingenio,
¿y mi hijo?, ¿por qué no está contigo?» Y yo dije: «No vengo por
mí mismo, el que allá aguarda por aquí me lleva
a quien Guido, tal vez, fue indiferente.» Sus palabras y el modo
de su pena su nombre ya me habian revelado; por eso fue tan
clara mi respuesta.

Súbitamente alzado gritó: «¿Cómo

has dicho?, ¿Fue?, ¿Es que entonces ya no vive?

¿La dulce luz no hiere ya sus ojos?» Y al advertir que una cierta
demora antes de responderle yo mostraba, cayó de espaldas
sin volver a alzarse. Mas el otro gran hombre, a cuyo ruego

yo me detuve, no alteró su rostro,

ni movió el cuello, ni inclinó su cuerpo.

Y así, continuando lo de antes,

«Que aquel arte me dijo mal supieran, eso, más que este lecho,
me tortura.

Pero antes que cincuenta veces arda la faz de la señora que aquí reina, tú has de saber lo que tal arte pesa. Y así regreses a ese dulce mundo,

dime, ¿por qué ese pueblo es tan impío contra los míos en todas sus leyes?»

Y yo dije: «El estrago y la matanza que teñirse de rojo al Arbia hizo,

obliga a tal decreto en nuestros templos.» Me respondió moviendo la cabeza:

«No estuve solo álli, ni ciertamente sin razón me movi con esos otros: mas estuve yo solo, cuando todos en destruir Florencia consentían, defendiéndola a rostro descubierto.»

«Ah, que repose vuestra descendencia yo le rogué , este nudo desatadme

que ha enmarañado aquí mi pensamiento. Parece que sabéis, por lo que escucho, lo que nos trae el tiempo de antemano, mas usáis de otro modo en lo de ahora.»

«Vemos, como quien tiene mala luz, las cosas dijo que se encuentran lejos, gracias a lo que esplende el Sumo Guía.

Cuando están cerca, o son, vano es del todo

nuestro intelecto; y si otros no nos cuentan, nada sabemos del estado humano.

Y comprender podrás que muerto quede nuestro conocimiento
en aquel punto que se cierre la puerta del futuro.» Arrepentido
entonces de mi falta,

dije: «Diréis ahora a aquel yacente que su hijo aún se encuentra
con los vivos;

y si antes mudo estuve en la respuesta, hazle saber que fue
porque pensaba

ya en esa duda que me habéis resuelto.» Y ya me reclamaba mi
maestro;

y yo rogué al espíritu que rápido me refiriese quién con él
estaba.

Díjome: «Aquí con más de mil me encuentro; dentro se halla el
segundo Federico,

y el Cardenal, y de los otros callo.» Entonces se ocultó; y yo
hacia el antiguo poeta volví el paso, repensando

esas palabras que creí enemigas.

Él echó a andar y luego, caminando, me dijo: «¿Por qué estás
tan abatido?» Y yo le satisfice la pregunta.

« Conserva en la memoria lo que oíste contrario a ti me
aconsejó aquel sabio- y atiende ahora y levantó su dedo :

cuando delante estés del dulce rayo

de aquella cuyos ojos lo ven todo de ella sabrás de tu vida el
viaje.

Luego volvió los pies a mano izquierda:

dejando el muro, fuimos hacia el centro por un sendero que conduce a un valle, cuyo hedor hasta allí desagradaba.

CANTO XI

Por el extremo de un acantilado, que en circulo formaban peñas rotas, llegamos a un gentío aún más doliente;

y allí, por el exceso tan horrible de la peste que sale del abismo, al abrigo detrás nos colocamos

de un gran sepulcro, donde vi un escrito

«Aquí el papa Anastasio está encerrado que Fotino apartó del buen camino.»

«Conviene que bajemos lentamente, para que nuestro olfato se acostumbre al triste aliento; y luego no moleste.»

Así el Maestro, y yo: «Compensación díjele encuentra, pues que el tiempo en balde

no pase.» Y él: «Ya ves que en eso pienso.

Dentro, hijo mío, de estos pedregales luego empezó a decir tres
son los círculos que van bajando, como los que has visto.

Todos llenos están de condenados, mas porque luego baste que
los mires, oye cómo y por qué se les encierra: Toda maldad, que
el odio causa al cielo,

tiene por fin la injuria, y ese fin
o con fuerza o con fraude a otros contrista;

mas siendo el fraude un vicio sólo humano, más lo odia Dios,
por ello son al fondo los fraudulentos aún más castigados.

De los violentos es el primer círculo; mas como se hace fuerza a
tres personas, en tres recintos está dividido;

a Dios, y a sí, y al prójimo se puede forzar; digo a ellos mismos y
a sus cosas, como ya claramente he de explicarte.

Muerte por fuerza y dolientes heridas al prójimo se dan, y a sus
haberes ruinas, incendios y robos dañosos;

y así a homicidas y a los que mal hieren, ladrones e
incendiarios, atormenta

el recinto primero en varios grupos. Puede el hombre tener
violenta mano contra él mismo y sus cosas; y es preciso que en
el segundo recinto lo purgue

el que se priva a sí de vuestro mundo, juega y derrocha aquello
que posee, y llora allí donde debió alegrarse.

Puede hacer fuerza contra la deidad, blasfemando, negándola
en su alma, despreciando el amor de la natura;

y el recinto menor lleva la marca del signo de Cahors y de
Sodoma,

y del que habla de Dios con menosprecio. El fraude, que
cualquier conciencia muerde, se puede hacer a quien de uno se
fía,

o a aquel que la confianza no ha mostrado.

Se diría que de esta forma matan el vínculo de amor que hace
natura; y en el segundo círculo se esconden hipocresía,
adulación, quien hace

falsedad, latrocinio y simonía, rufianes, barateros y otros tales.

De la otra forma aquel amor se olvida de la naturaleza, y lo que
crea,

de donde se genera la confianza;

y al Círculo menor, donde está el centro del universo, donde
asienta Dite,

el que traiciona por siempre es llevado.»

Y yo: «Maestro, muy clara procede tu razón, y bastante bien
distingue este lugar y el pueblo que lo ocupa:

pero ahora dime: aquellos de la ciénaga, que lleva el viento, y
que azota la lluvia, y que chocan con voces tan acerbas,

¿por qué no dentro de la ciudad roja son castigados, si a Dios enojaron?

y si no, ¿por qué están en tal suplicio?» Y entonces él: «¿Por qué se aleja tanto dijo tu ingenio de lo que acostumbra?,

¿o es que tu mente mira hacia otra parte?

¿Ya no te acuerdas de aquellas palabras que reflejan en tu ÉTICA las tres inclinaciones que no quiere el cielo, incontinencia, malicia y la loca bestialidad? ¿y cómo incontinencia menos ofende y menos se castiga?

Y si miras atento esta sentencia,

y a la mente preguntas quién son esos que allí fuera reciben su castigo, comprenderás por qué de estos felones están aparte, y a menos crudeza

la divina venganza les somete.»

«Oh sol que curas la vista turbada, tú me contentas tanto resolviendo, que no sólo el saber, dudar me gusta. Un poco más atrás vuélvete ahora díjele , allí donde que usura ofende a Dios dijiste, y quítame el enredo.»

«A quien la entiende, la Filosofía hace notar, no sólo en un pasaje cómo natura su carrera toma del divino intelecto y de su arte; y si tu FÍSICA miras despacio,

encontrarás, sin mucho que lo busques, que el arte vuestro a
aquella, cuanto pueda, sigue como al maestro su discípulo,

tal que vuestro arte es como de Dios nieto.

Con estas dos premisas, si recuerdas el principio del Génesis,
debemos ganarnos el sustento con trabajo.

Y al seguir el avaro otro camino, por éste, a la natura y a sus
frutos,

desprecia, y pone en lo otro su esperanza. Mas sígueme, porque
avanzar me place; que Piscis ya remonta el horizonte

y todo el Carro yace sobre el Coro,

y el barranco a otro sitio se despeña.

CANTO XII

Era el lugar por el que descendimos alpestre y, por aquel que lo
habitaba, cualquier mirada hubiéralo esquivado. Como son

esas ruinas que al costado de acá de Trento azota el río Adigio,
por terremoto o sin tener cimientos, que de lo alto del monte,

del que bajan al llano, tan hendida está la roca

que ningún paso ofrece a quien la sube; de aquel barranco igual
era el descenso; y allí en el borde de la abierta sima,

el oprobio de Creta estaba echado que concebido fue en la
falsa vaca;

cuando nos vio, a sí mismo se mordía, tal como aquel que en ira
se consume.

Mi sabio entonces le gritó: «Por suerte piensas que viene aquí el
duque de Atenas, que allí en el mundo la muerte te trajo?

Aparta, bestia, porque éste no viene siguiendo los consejos de
tu hermana, sino por contemplar vuestros pesares.»

Y como el toro se deslaza cuando ha recibido ya el golpe de
muerte,

y huir no puede, mas de aquí a allí salta, así yo vi que hacía el
Minotauro;

y aquel prudente gritó: «Corre al paso;

bueno es que bajas mientras se enfurece.»

Descendimos así por el derrumbe de las piedras, que a veces se
movían bajo mis pies con esta nueva carga.

Iba pensando y díjome: «Tú piensas tal vez en esta ruina, que
vigila

la ira bestial que ahora he derrotado. Has de saber que en la
otra ocasión que descendí a lo hondo del infierno, esta roca no
estaba aún desgarrada; pero sí un poco antes, si bien juzgo, de
que viniese Aquel que la gran presa quitó a Dite del círculo

primero, tembló el infecto valle de tal modo que pensé que
sintiese el universo
amor, por el que alguno cree que el mundo muchas veces en
caos vuelve a trocarse;
y fue entonces cuando esta vieja roca se partió por aquí y por
otros lados.

Mas mira el valle, pues que se aproxima aquel río sangriento, en
el cual hierve aquel que con violencia al otro daña.»

¡Oh tú, ciega codicia, oh loca furia, que así nos mueves en la
corta vida, y tan mal en la eterna nos sumerges!

Vi una amplia fosa que torcía en arco, y que abrazaba toda la
llanura,

según lo que mi guía había dicho. Y por su pie corrían los
centauros, en hilera y armados de saetas,

como cazar solían en el mundo.

Viéndonos descender, se detuvieron, y de la fila tres se
separaron

con los arcos y flechas preparadas. Y uno gritó de lejos: «¿A qué
pena venís vosotros bajando la cuesta? Decidlo desde allí, o si
no disparo.»

«La respuesta le dijo mi maestro- daremos a Quirón cuando
esté cerca: tu voluntad fue siempre impetuosa.»

Después me tocó, y dijo: «Aquel es Neso, que murió por la bella Deyanira, contra sí mismo tomó la venganza.

Y aquel del medio que al pecho se mira, el gran Quirón, que fue el ayo de Aquiles; y el otro es Folo, el que habló tan airado.

Van a millares rodeando el foso, flechando a aquellas almas que abandonan la sangre, más que su culpa permite.»

Nos acercamos a las raudas fieras: Quirón cogió una flecha, y con la punta, de la mejilla retiró la barba.

Cuando hubo descubierto la gran boca, dijo a sus compañeros; «¿No os dais cuenta que el de detrás remueve lo que pisa?

No lo suelen hacer los pies que han muerto.» Y mi buen guía, llegándole al pecho, donde sus dos naturas se entremezclan, respondió: «Está bien vivo, y a él tan sólo

debo enseñarle el tenebroso valle:

necesidad le trae, no complacencia. Alguien cesó de cantar

Aleluya,

y ésta nueva tarea me ha encargado: él no es ladrón ni yo alma condenada. Mas por esta virtud por la cual muevo los pasos por camino tan salvaje, danos alguno que nos acompañe,

que nos muestre por dónde se vadea, y que a éste lleve encima de su grupa, pues no es alma que viaje por el aire.» Quirón se volvió atrás a la derecha,

y dijo a Neso: «Vuelve y dales guía,
y hazles pasar si otro grupo se encuentran.»

Y nos marchamos con tan fiel escolta por la ribera del bullir
rojizo,

donde mucho gritaban los que hervían.

Gente vi sumergida hasta las cejas, y el gran centauro dijo: «
Son tiranos que vivieron de sangre y de rapiña: lloran aquí sus
daños despiadados; está Alejandro, y el feroz Dionisio que a
Sicilia causó tiempos penosos. Y aquella frente de tan negro
pelo,

es Azolino; y aquel otro rubio, es Opizzo de Este, que de veras
fue muerto por su hijastro allá en el mundo.» Me volví hacia el
poeta y él me dijo:

«Ahora éste es el primero, y yo el segundo.»

Al poco rato se fijó el Centauro en unas gentes, que hasta la
garganta

parecían, salir del hervidero.

Díjonos de una sombra ya apartada:

«En la casa de Dios aquél hirió el corazón que al Támesis
chorrea.» Luego vi gentes que sacaban fuera del río la cabeza, y
hasta el pecho; y yo reconocí a bastantes de ellos. Así iba
descendiendo poco a poco aquella sangre que los pies cocía,

y por allí pasamos aquel foso.

«Así como tú ves que de esta parte el hervidero siempre va
bajando,

dijo el centauro quiero que conozcas que por la otra más y más
aumenta

su fondo, hasta que al fin llega hasta el sitio en donde están
gimiendo los tiranos.

La divina justicia aquí castiga a aquel Atila azote de la tierra
y a Pirro y Sexto; y para siempre ordeña las lágrimas, que
arrancan los hervores, a Rinier de Corneto, a Rinier Pazzo
qué en los caminos tanta guerra hicieron.» Volvióse luego y
franqueó aquel vado.

CANTO XIII

Neso no había aún vuelto al otro lado, cuando entramos
nosotros por un bosque al que ningún sendero señalaba.

No era verde su fronda, sino oscura;

ni sus ramas derechas, mas torcidas; sin frutas, mas con púas
venenosas.

Tan tupidos, tan ásperos matojos no conocen las fieras que
aborrecen entre Corneto y Cécina los campos.

Hacen allí su nido las arpías, que de Estrófane echaron al
Troyano con triste anuncio de futuras cuitas.

Alas muy grandes, cuello y rostro humanos y garras tienen, y el
vientre con plumas;

en árboles tan raros se lamentan.

Y el buen Maestro: «Antes de adentrarte, sabrás que este
recinto es el segundo me comenzó a decir y estarás hasta

que puedas ver el horrible arenal; mas mira atentamente; así
verás cosas que si te digo no creerías.» Yo escuchaba por todas
partes ayes, y no vela a nadie que los diese,

por lo que me detuve muy asustado. Yo creí que él creyó que yo
creía que tanta voz salía del follaje,

de gente que a nosotros se ocultaba.

Y por ello me dijo: «Si tronchases cualquier manojo de una de
estas plantas, tus pensamientos también romperías.» Entonces
extendí un poco la mano,

y corté una ramita a un gran endrino; y su tronco gritó: «¿Por
qué me hieres? Y haciéndose después de sangre oscuro

volvió a decir: «Por qué así me desgarras?

¿es que no tienes compasión alguna? Hombres fuimos, y ahora
matorrales; más piadosa debiera ser tu mano, aunque
fuéramos almas de serpientes.» Como. una astilla verde que
encendida por un lado, gotea por el otro,
y chirría el vapor que sale de ella, así del roto esqueje salen
juntas sangre y palabras: y dejé la rama caer y me quedé como
quien teme.

«Si él hubiese creído de antemano le respondió mi sabio , ánima
herida, aquello que en mis rimas ha leído, no hubiera puesto
sobre ti la mano: mas me ha llevado la increíble cosa a inducirle
a hacer algo que me pesa:

mas dile quién has sido, y de este modo algún aumento renueve
tu fama

allí en el mundo, al que volver él puede.» Y el tronco: «Son tan
dulces tus lisonjas que no puedo callar; y no os moleste
si en hablaros un poco me entretengo: Yo soy aquel que tuvo
las dos llaves que el corazón de Federico abrían
y cerraban, de forma tan suave, que a casi todos les negó el
secreto;

tanta fidelidad puse en servirle que mis noches y días perdí en
ello. La meretriz que jamás del palacio

del César quita la mirada impúdica, muerte común y vicio de las
cortes, encendió a todos en mi contra; y tanto encendieron a

Augusto esos incendios que el gozo y el honor trocose en lutos;
mi ánimo, al sentirse despreciado, creyendo con morir huir del
desprecio, culpable me hizo contra mí inocente.

Por las raras raíces de este leño, os juro que jamás rompí la fe
a mi señor, que fue de honor tan digno. Y si uno de los dos
regresa al mundo, rehabilite el recuerdo que se duele
aún de ese golpe que asesta la envidia.» Paró un poco, y
después: «Ya que se calla, no pierdas tiempo díjome el poeta-
habla y pregúntale si más deseas.» Yo respondí: «Pregúntale tú
entonces lo que tú pienses que pueda gustarme;

pues, con tanta aflicción, yo no podría.» Y así volvió a empezar:
«Para que te haga de buena gana aquello que pediste,
encarcelado espíritu, aún te plazca decirnos cómo el alma se
encadena

en estos troncos; dínos, si es que puedes, si alguna se despega
de estos miembros.» Sopló entonces el tronco fuememente
trocándose aquel viento en estas voces:

«Brevemente yo quiero responderos; cuando un alma feroz ha
abandonado

el cuerpo que ella misma ha desunido Minos la manda a la
séptima fosa.

Cae a la selva en parte no elegida; mas donde la fortuna la
dispara,

como un grano de espelta allí germina; surge en retoño y en
planta silvestre: y al converse sus hojas las Arpías, dolor le
causan y al dolor ventana.

Como las otras, por nuestros despojos, vendremos, sin que
vistan a ninguna; pues no es justo tener lo que se tira. A rastras
los traeremos, y en la triste selva serán los cuerpos
suspendidos,

del endrino en que sufre cada sombra.» Aún pendientes
estábamos del tronco creyendo que quisiera más contarnos,
cuando de un ruido fuimos sorprendidos, Igual que aquel que
venir desde el puesto escucha al jabalí y a la jauría

y oye a las bestias y un ruido de frondas; Y miro a dos que
vienen por la izquierda, desnudos y arañados, que en la huida,
de la selva rompían toda mata.

Y el de delante: «¡Acude, acude, muerte!» Y el otro, que más
lento parecía,
gritaba: «Lano, no fueron tan raudas en la batalla de Toppo tus
piernas.» Y cuando ya el aliento le faltaba,
de él mismo y de un arbusto formó un nudo.

La selva estaba llena detrás de ellos

de negros canes, corriendo y ladrando cual lebreles soltados de
traílla.

El diente echaron al que estaba oculto y lo despedazaron trozo
a trozo;

luego llevaron los miembros dolientes. Cogióme entonces de la
mano el guía, y me llevó al arbusto que lloraba,

por los sangrantes rotos, vanamente. Decía: «Oh Giácomo de
Sant' Andrea,

¿qué te ha valido de mí hacer refugio?

¿qué culpa tengo de tu mala vida?» Cuando el maestro se paró
a su lado,

dijo: «¿Quién fuiste, que por tantas puntas con sangre exhalas
tu habla dolorosa?»

Y él a nosotros: «Oh almas que llegadas sois a mirar el
vergonzoso estrago, que mis frondas así me ha desunido,
recogedlas al pie del triste arbusto.

Yo fui de la ciudad que en el Bautista cambió el primer patrón:
el cual, por esto con sus artes por siempre la hará triste;

y de no ser porque en el puente de Arno aún permanece de él
algún vestigio, esas gentes que la reedificaron

sobre las ruinas que Atila dejó, habrían trabajado vanamente.

Yo de mi casa hice mi cadalso.»

CANTO XIV

Y como el gran amor del lugar patrio me conmovió, reuní la rota fronda, y se la devolví a quien ya callaba.

Al límite llegamos que divide el segundo recinto del tercero, y vi de la justicia horrible modo.

Por bien manifestar las nuevas cosas, he de decir que a un páramo llegamos, que de su seno cualquier planta ahuyenta.

La dolorosa selva es su guirnalda, como para ésta lo es el triste foso; justo al borde los pasos detuvimos. Era el sitio una arena espesa y seca, hecha de igual manera que esa otra que oprimiera Catón con su pisada.

¡Oh venganza divina, cuánto debes ser temida de todo aquel que lea cuanto a mis ojos fuera manifiesto!

De almas desnudas vi muchos rebaños, todas llorando llenas de miseria,

y en diversas posturas colocadas: unas gentes yacían boca arriba; encogidas algunas se sentaban, y otras andaban incesantemente.

Eran las más las que iban dando vueltas, menos las que yacían en tormento, pero más se quejaban de sus males.

Por todo el arenal, muy lentamente, llueven copos de fuego
dilatados,
como nieve en los Alpes si no hay viento.

Como Alejandro en la caliente zona de la India vio llamas que
caían hasta la tierra sobre sus ejércitos; por lo cual ordenó pisar
el suelo

a sus soldados, puesto que ese fuego se apagaba mejor si
estaba aislado, así bajaba aquel ardor eterno;
y encendía la arena, tal la yesca bajo eslabón, y el tormento
doblaba.

Nunca reposo hallaba el movimiento de las míseras manos,
repeliendo aquí o allá de sí las nuevas llamas.

Yo comencé: «Maestro, tú que vences todas las cosas, salvo a
los demonios que al entrar por la puerta nos salieron,
¿Quién es el grande que no se preocupa del fuego y yace
despectivo y fiero, cual si la lluvia no le madurase?»

Y él mismo, que se había dado cuenta que preguntaba por él a
mi guía,

gritó: « Como fui vivo, tal soy muerto.

Aunque Jove cansara a su artesano de quien, fiero, tomó el
fulgor agudo con que me golpeó el último día,

o a los demás cansase uno tras otro, de Mongibelo en esa
negra fragua,
clamando: “Buen Vulcano, ayuda, ayuda” tal como él hizo en la
lucha de Flegra,
y me asaeteara con sus fuerzas, no podría vengarse
alegremente.»

Mi guía entonces contestó con fuerza tanta, que nunca le hube
así escuchado:

«Oh Capaneo, mientras no se calme tu soberbia, serás más
afligido: ningún martirio, aparte de tu rabia, a tu furor dolor
será adecuado.»

Después se volvió a mí con mejor tono,
«Éste fue de los siete que asediaron a Tebas; tuvo a Dios, y me
parece
que aún le tenga, desdén, y no le implora; mas como yo le dije,
sus despechos son en su pecho galardón bastante.

Sígueme ahora y cuida que tus pies no pisen esta arena tan
ardiente,

mas camina pegado siempre al bosque.» En silencio llegamos
donde corre fuera ya de la selva un arroyuelo, cuyo rojo color
aún me horripila: como del Bulicán sale el arroyo

que reparten después las pecadoras, t al corrta a través de
aquella arena.

El fondo de éste y ambas dos paredes eran de piedra, igual que
las orillas; y por ello pensé que ése era el paso.

«Entre todo lo que yo te he enseñado, desde que atravesamos
esa puerta cuyos umbrales a nadie se niegan, ninguna cosa has
visto más notable como el presente río que las llamas apaga
antes que lleguen a tocarle.»

Esto dijo mi guía, por lo cual
yo le rogué que acrecentase el pasto, del que acrecido me
había el deseo.

«Hay en medio del mar un devastado país me dijo que se llama
Creta; bajo su rey fue el mundo virtuoso. Hubo allí una montaña
que alegraban aguas y frondas, se llamaba Ida:

cual cosa vieja se halla ahora desierta. La excelsa Rea la
escogió por cuna para su hijo y, por mejor guardarlo, cuando
lloraba, mandaba dar gritos.

Se alza un gran viejo dentro de aquel monte, que hacia
Damiata vuelve las espaldas

y al igual que a un espejo a Roma mira.

Está hecha su cabeza de oro fino, y plata pura son brazos y
pecho,

se hace luego de cobre hasta las ingles; y del hierro mejor de aquí hasta abajo, salvo el pie diestro que es barro cocido: y más en éste que en el otro apoya.

Sus partes, salvo el oro, se hallan rotas por una raja que gotea lágrimas,

que horadan, al juntarse, aquella gruta; su curso en este valle se derrama: forma Aqueronte, Estigia y Flagetonte; corre después por esta estrecha espita al fondo donde más no se descende: forma Cocito; y cuál sea ese pantano ya lo verás; y no te lo describo.»

Yo contesté: «Si el presente riachuelo tiene así en nuestro mundo su principio,

¿como puede encontrarse en este margen?» Respondió: «Sabes que es redondo el sitio, y aunque hayas caminado un largo trecho hacia la izquierda descendiendo al fondo, aún la vuelta completa no hemos dado;

por lo que si aparecen cosas nuevas, no debes contemplarlas con asombro.» Y yo insistí «Maestro, ¿dónde se hallan Flegetonte y Leteo?; a uno no nombras, y el otro dices que lo hace esta lluvia.»

«Me agradan ciertamente tus preguntas dijo , mas el bullir del agua roja

debía resolverte la primera.

Fuera de aquí podrás ver el Leteo, allí donde a lavarse van las
almas, cuando la culpa purgada se borra.»

Dijo después: «Ya es tiempo de apartarse del bosque; ven
caminando detrás:

dan paso las orillas, pues no queman,
y sobre ellas se extingue cualquier fuego.»

CANTO XV

Caminamos por uno de los bordes, y tan denso es el humo del
arroyo, que del fuego protege agua y orillas.

Tal los flamencos entre Gante y Brujas, temiendo el viento que
en invierno sopla,

a fin de que huya el mar hacen sus diques; y como junto al
Brenta los paduanos por defender sus villas y castillos,
antes que Chiarentana el calor sienta; de igual manera estaban
hechos éstos, sólo que ni tan altos ni tan gruesos, fuese el que
fuese quien los construyera.

Ya estábamos tan lejos de la selva que no podría ver dónde me
hallaba,

aunque hacia atrás yo me diera la vuelta, cuando encontramos
un tropel de almas que andaban junto al dique, y todas ellas
nos miraban cual suele por la noche mirarse el uno al otro en
luna nueva;

y para vernos fruncían las cejas como hace el sastre viejo con la
aguja.

Examinado así por tal familia, de uno fui conocido, que agarró
mi túnica y gritó: «¡Qué maravilla!» y yo, al verme cogido por su
mano fijé la vista en su quemado rostro, para que, aun
abrasado, no impidiera, su reconocimiento a mi memoria;
e inclinando la mía hacia su cara respondí: «¿Estáis aquí, señor
Brunetto?»

«Hijo, no te disguste me repuso- si Brunetto Latino deja un rato
a su grupo y contigo se detiene.» Y yo le dije: «Os lo pido
gustoso;

y si queréis que yo, con vos me pare,

lo haré si place a aquel con el que ando.»

«Hijo repuso , aquel de este rebaño que se para, después cien
años yace, sin defenderse cuando el fuego quema. Camina
pues: yo marcharé a tu lado;

y alcanzaré más tarde a mi mesnada, que va llorando sus
eternos males.»

Yo no osaba bajarme del camino y andar con él; mas gacha la
cabeza

tenía como el hombre reverente.

Él comenzó: «¿Qué fortuna o destino antes de postrer día aquí
te trae?

¿y quién es éste que muestra el camino?»

Y yo: «Allá arriba, en la vida serena le respondí me perdí por un
valle, antes de que mi edad fuese perfecta. Lo dejé atrás ayer
por la mañana; éste se apareció cuando a él volvía, y me lleva
al hogar por esta ruta.»

Y él me repuso: «Si sigues tu estrella glorioso puerto alcanzarás
sin falta,

si de la vida hermosa bien me acuerdo; y si no hubiese muerto
tan temprano, viendo que el cielo te es tan favorable, dado te
habría ayuda en la tarea.

Mas aquel pueblo ingrato y malicioso que descende de Fiesole
de antiguo,

y aún tiene en él del monte y del peñasco, si obras bien ha de
hacerse tu contrario:

y es con razón, que entre ásperos serbales

no debe madurar el dulce higo.

Vieja fama en el mundo llama ciegos, gente es avara, envidiosa
y soberbia: líbrate siempre tú de sus costumbres.

Tanto honor tu fortuna te reserva, que la una parte y la otra
tendrán hambre de ti; mas lejos pon del chivo el pasto.

Las bestias fiesolanas se apacienten de ellas mismas, y no
toquen la planta, si alguna surge aún entre su estiércol,

en que reviva la simiente santa

de los romanos que quedaron, cuando hecho fue el nido de tan
gran malicia.»

«Si pudiera cumplirse mi deseo aún no estaríaís vos le repliqué-
de la humana natura separado;

que en mi mente está fija y aún me apena, querida y buena, la
paterna imagen vuestra, cuando en el mundo hora tras hora
me enseñabais que el hombre se hace eterno; y cuánto os lo
agradezco, mientras viva, conviene que en mi lengua se
proclame.

Lo que narráis de mi carrera escribo, para hacerlo glosar, junto
a otro texto, si hasta ella llego, a la mujer que sabe.

Sólo quiero que os sea manifiesto que, con estar tranquila mi
conciencia, me doy, sea cual sea, a la Fortuna.

No es nuevo a mis oídos tal augurio: mas la Fortuna hace girar
su rueda

como gusta, y el labrador su azada.» Entonces mi maestro la
mejilla derecha volvió atrás, y me miró;

dijo después: «Bien oye el precavido.»

Pero yo no dejé de hablar por eso con ser Brunetto, y pregunto
quién son

sus compañeros de más alta fama.

Y él me dijo: «Saber de alguno es bueno; de los demás será
mejor que calle,

que a tantos como son el tiempo es corto. Sabe, en suma, que
todos fueron clérigos y literatos grandes y famosos,
al mundo sucios de un igual pecado. Prisciano va con esa turba
miserable,

y Francesco D'Accorso; y ver con éste, si de tal tiña tuvieses
deseo,

podrás a quien el Siervo de los Siervos hizo mudar del Arno al
Bachiglión, donde dejó los nervios mal usados.

De otros diría, mas charla y camino no pueden alargarse, pues
ya veo surgir del arenal un nuevo humo.

Gente viene con la que estar no debo: mi “Tesoro” te dejo
encomendado, en el que vivo aún, y más no digo.» Luego se
fue, y parecía de aquellos que el verde lienzo corren en Verona
por el campo; y entre éstos parecía

de los que ganan, no de los que pierden.

CANTO XVI

Ya estaba donde el resonar se oía del agua que caía al otro
círculo,
como el que hace la abeja en la colmena; cuando tres sombras
juntas se salieron, corriendo, de una turba que pasaba
bajo la lluvia de la áspera pena. Hacia nosotros gritando venían:

«Detente quien parece por el traje ser uno de la patria
depravada.»

¡Ah, cuántas llagas vi en aquellos miembros, viejas y nuevas, de
la llama ardidas!

me siento aún dolorido al recordarlo.

A sus gritos mi guía se detuvo;

volvió el rostro hacia mí, y me dijo: « Espera, pues hay que ser
cortés con esta gente.

Y si no fuese por el crudo fuego que este sitio asaetea, te diría

que te apresures tú mejor que ellos.» Ellos, al detenernos,
reemprendieron su antiguo verso; y cuando ya llegaron, hacen
un corro de sí aquellos tres,

cual desnudos y untados campeones, acechando a su presa y su ventaja, antes de que se enzarcen entre ellos; y con la cara vuelta, cada uno

me miraba de modo que al contrario iba el cuello del pie continuamente.

«Si el horror de este suelo movedizo

vuelve nuestras plegarias despreciables uno empezó y la faz negra y quemada, nuestra fama a tu ánimo suplique que nos digas quién eres, que los vivos pies tan seguro en el infierno arrastras. Éste, de quien me ves pisar las huellas, aunque desnudo y sin pellejo vaya,

fue de un grado mayor de lo que piensas, pues nieto fue de la bella Gualdrada; se llamó Guido Guerra, y en su vida mucho obró con su espada y con su juicio.

El otro, que tras mí la arena pisa, es Tegghiaio Aldobrandi, cuya voz en el mundo debiera agradecerse;

y yo, que en el suplicio voy con ellos,

Jacopo Rusticucci; y fiera esposa más que otra cosa alguna me condena.» Si hubiera estado a cubierto del fuego, me hubiera ido detrás de ellos al punto,

y no creo que al guía le importase; mas me hubiera abrasado, y de ese modo

venció el miedo al deseo que tenía, pues de abrazarles yo me hallaba ansioso. Luego empecé: «No desprecio, mas pena en mi interior me causa vuestro estado, y es tanta que no puedo desprenderla, desde el momento en que mi guía dijo palabras, por las cuales yo pensaba que, como sois, se acercaba tal gente.

De vuestra tierra soy, y desde siempre

vuestras obras y nombres tan honrados, con afecto he escuchado y retenido.

Dejo la hiel y voy al dulce fruto que mi guía veraz me ha prometido, pero antes tengo que llegar al centro.»

«Muy largamente el alma te conduzcan todavía me dijo aquél tus miembros, y resplandezca luego tu memoria,

di si el valor y cortesía aún se hallan en nuestra patria tal como solían,

o si del todo han sido ya expulsados; que Giuglielmo Borsiere, el cual se duele desde hace poco en nuestro mismo grupo,

con sus palabras mucho nos aflige.»

«Las nuevas gentes, las ganancias súbitas, orgullo y desmesura han generado,

en ti, Florencia, y de ello te lamentas.» Así grité levantando la cara;

y los tres, que esto oyeron por respuesta, se miraron como ante
las verdades.

«Si en otras ocasiones no te cuesta satisfacer a otros me
dijeron , dichoso tú que dices lo que quieres.

Pero si sales de este mundo ciego y vuelves a mirar los bellos
astros, cuando decir “estuve allí” te plazca,
háblale de nosotros a la gente.» Rompieron luego el círculo y,
huyendo, alas sus raudas piernas parecían.

Un amén no podría haberse dicho

antes de que ellos se hubiesen perdido; por lo que el guía quiso
que partiésemos. Yo iba detrás, y no avanzamos mucho cuando
el agua sonaba tan de cerca,
que apenas se escuchaban las palabras.

Como aquel río sigue su carrera primero desde el Veso hacia el
levante, a la vertiente izquierda de Apenino, que Acquaqueta se
llama abajo, antes de que en un hondo lecho se desplome, y en
Forlí ya ese nombre no conserva, resuena allí sobre San
Benedetto,

de la roca cayendo en la cascada en donde mil debieran
recibirle; así en lo hondo de un despeñadero, oímos resonar el
agua roja,

que el oído ofendía al poco tiempo. Yo llevaba una cuerda a la cintura con la que alguna vez hube pensado cazar la onza de la piel pintada.

Luego de haberme toda desceñido, como mi guía lo había mandado, se la entregué recogida en un rollo.

Entonces se volvió hacia la derecha y, alejándose un trecho de la orilla, la arrojó al fondo de la escarpadura.

«Alguna novedad ha de venirnos pensaba para mí del nuevo signo,

que el maestro así busca con los ojos.» ¡Cuán cautos deberían ser los hombres

junto a aquellos que no sólo las obras, mas por dentro el pensar también conocen!

«Pronto dijo verás sobradamente

lo que espero, y en lo que estás pensando: pronto conviene que tú lo descubras.»

La verdad que parece una mentira debe el hombre callarse mientras pueda, porque sin tener culpa se avergüence:

pero callar no puedo; y por las notas, lector, de esta Comedia, yo te juro, así no estén de larga gracia llenas, que vi por aquel oire oscuro y denso venir nadando arriba una figura,

que asustaría el alma más valiente, tal como vuelve aquel que
va al fondo
a desprender el ancla que se agarra
a escollos y otras cosas que el mar cela, que el cuerpo extiende
y los pies se recoge.

CANTO XVII

«Mira la bestia con la cola aguda, que pasa montes, rompe
muros y armas; mira aquella que apesta todo el mundo.»
Así mi guía comenzó a decirme; y le ordenó que se acercase al
borde donde acababa el camino de piedra.
Y aquella sucia imagen del engaño se acercó, y sacó el busto y
la cabeza,
mas a la orilla no trajo la cola.

Su cara era la cara de un buen hombre, tan benigno tenía lo de
afuera,
y de serpiente todo lo restante. Garras peludas tiene en las
axilas;

y en la espalda y el pecho y ambos flancos pintados tiene
ruedas y lazadas.

Con más color debajo y superpuesto no hacen tapices tártaros
ni turcos, ni fue tal tela hilada por Aracne.

Como a veces hay lanchas en la orilla, que parte están en agua
y parte en seco; o allá entre los glotones alemanes

el castor se dispone a hacer su caza, se hallaba así la fiera
detestable

al horde pétreo, que la arena ciñe.

Al aire toda su cola movía, cerrando arriba la horca venenosa,
que a guisa de escorpión la punta armaba.

El guía dijo: «Es preciso torcer nuestro camino un poco, junto a
aquella malvada bestia que está allí tendida.»

Y descendimos al lado derecho, caminando diez pasos por su
borde, para evitar las llamas y la arena.

Y cuando ya estuvimos a su lado, sobre la arena vi, un poco
más lejos, gente sentada al borde del abismo. Aquí el maestro:
«Porque toda entera de este recinto la experiencia lleves me
dijo , ve y contempla su castigo.

Allí sé breve en tus razonamientos: mientras que vuelvas
hablaré con ésta, que sus fuertes espaldas nos otorgue.»

Así pues por el borde de la cima de aquel séptimo círculo yo
solo anduve, hasta llegar a los penados.

Ojos afuera estallaba su pena,

de aquí y de allí con la mano evitaban tan pronto el fuego como
el suelo ardiente:

como los perros hacen en verano, con el hocico, con el pie,
mordidos de pulgas o de moscas o de tábanos.

Y después de mirar el rostro a algunos, a los que el fuego
doloroso azota,

a nadie conocí; pero me acuerdo que en el cuello tenía una
bolsa

con un cierto color y ciertos signos, que parecían complacer su
vista. Y como yo anduviéralos mirando, algo azulado vi en una
amarilla, que de un león tenía cara y porte.

Luego, siguiendo de mi vista el curso, otra advertí como la roja
sangre,

y una oca blanca más que la manteca. Y uno que de una cerda
azul preñada señalado tenía el blanco saco,

dijo: «¿Qué andas haciendo en esta fosa?

Vete de aquí; y puesto que estás vivo, sabe que mi vecino

Vitaliano

aquí se sentará a mi lado izquierdo;

de Padua soy entre estos florentinos: y las orejas me atruenan
sin tasa gritando: “¡Venga el noble caballero que llenará la bolsa
con tres chivos!”»

Aquí torció la boca y se sacaba
la lengua, como el buey que el belfo lame.

Y yo, temiendo importunar tardando
a quien de no tardar me había advertido, atrás dejé las almas
lastimadas.

A mi guía encontré, que ya subido sobre la grupa de la fiera
estaba, y me dijo: «Sé fuerte y arrojado. Ahora bajamos por tal
escalera:

sube delante, quiero estar en medio, porque su cola no vaya a
dañarte.» Como está aquel que tiene los temblores de la
cuartana, con las uñas pálidas,

y tiembla entero viendo ya el relente, me puse yo escuchando
sus palabras; pero me avergoncé con su advertencia,

que ante el buen amo el siervo se hace fuerte.

Encima me senté de la espaldaza: quise decir, mas la voz no me
vino como creí: «No dejes de abrazarme.» Mas aquel que otras
veces me ayudara en otras dudas, luego que monté,

me sujetó y sostuvo con sus brazos. Y le dijo: «Gerión, muévete
ahora: las vueltas largas, y el bajar sea lento:

piensa en qué nueva carga estás llevando.»

Como la navecilla deja el puerto detrás, detrás, así ésta se alejaba; y luego que ya a gusto se sentía, en donde el pecho, ponía la cola, y tiesa, como anguila, la agitaba, y con los brazos recogía el aïire.

No creo que más grande fuese el miedo cuando Faetón abandonó las riendas,
por lo que el cielo ardió, como aún parece; ni cuando la cintura el pobre Ícaro

sin alas se notó, ya derretidas, gritando el padre: «¡Mal camino llevas!»; que el mío fue, cuando noté que estaba rodeado de aire, y apagada cualquier visión que no fuese la fiera;

ella nadando va lenta, muy lenta; gira y desciende, pero yo no noto

sino el viento en el rostro y por debajo.

Oía a mi derecha la cascada que hacía por encima un ruido horrible, y abajo miro y la cabeza asomo.

Entonces temí aún más el precipicio, pues fuego pude ver y escuchar llantos; por lo que me encogí temblando entero. Y vi después, que aún no lo había visto, al bajar y girar los grandes males,

que se acercaban de diversos lados.

Como el halcón que asaz tiempo ha volado, y que sin ver ni
señuelo ni pájaro

hace decir al halconero: «¡Ah, baja!»,

lento desciende tras su grácil vuelo, en cien vueltas, y a lo lejos
se pone de su maestro, airado y desdeñoso, de tal modo Gerión
se posó al fondo, al mismo pie de la cortada roca,
y descargadas nuestras dos personas, se disparó como de
cuerda tensa.

CANTO XVIII

Hay un lugar llamado Malasbolsas en el infierno, pétreo y
ferrugiento, igual que el muro que le ciñe entorno. Justo en el
medio del campo maligno se abre un pozo bastante largo y
hondo,

del cual a tiempo contaré las partes. Es redondo el espacio que
se forma entre el pozo y el pie del duro abismo, y en diez valles
su fondo se divide.

Como donde, por guarda de los muros, más y más fosos ciñen
los castillos,

el sitio en donde estoy tiene el aspecto; tal imagen los valles
aquí tienen.

Y como del umbral de tales fuertes a la orilla contraria hay
puentecillos, así del borde de la roca, escollos
conducen, dividiendo foso y márgenes, hasta el pozo que les
corta y les une.

En este sitio, ya de las espaldas de Gerión nos bajamos; y el
poeta

tomó a la izquierda, y yo me fui tras él.

A la derecha vi nuevos pesares, nuevos castigos y verdugos
nuevos, que la bolsa primera abarrotaban. Allí estaban
desnudos los malvados; una mitad iba dando la espalda,
otra de frente, con pasos más grandes; tal como en Roma la
gran muchedumbre,
del año jubilar, allí en el puente precisa de cruzar en doble vía,
que por un lado todos van de cara
hacia el castillo y a San Pedro marchan; y de otro lado marchan
hacia el monte. De aquí, de allí, sobre la oscura roca,
vi demonios cornudos con flagelos, que azotaban cruelmente
sus espaldas.

¡Ay, cómo hacían levantar las piernas a los primeros golpes!,
pues ninguno el segundo esperaba ni el tercero.

Mientras andaba, en uno mi mirada vino a caer; y al punto yo
me dije:

«De haberle visto ya no estoy ayuno.» Y así paré mi paso para
verlo:

y mi guía conmigo se detuvo,
y consintió en que atrás retrocediera.

Y el condenado creía ocultarse bajando el rostro; mas sirvió de
poco,

pues yo le dije: «Oh tú que el rostro agachas, si los rasgos que
llevas no son falsos, Venedico eres tú Caccianemico;

mas ¿qué te trae a salsas tan picantes?» Y repuso: «Lo digo de
mal grado; pero me fuerzan tus claras palabras,
que me hacen recordar el mundo antiguo.

Fui yo mismo quien a Ghisolabella indujo a hacer el gusto del
marqués, como relaten la sucia noticia.

Y boloñés no lloró aquí tan sólo, mas tan repleto está este sitio
de ellos, que ahora tantas lenguas no se escuchan que digan
"Sipa" entre Savena y Reno;

y si fe o testimonio de esto quieres, trae a tu mente nuestro
seno avaro.» Hablando así le golpeó un demonio con su
zurriago, y dijo: « Lárgate

rufián, que aquí no hay hembras que se vendan.» Yo me reuní al momento con mi escolta;

luego, con pocos pasos, alcanzamos un escollo saliente de la escarpa.

Con mucha ligereza lo subimos y, vueltos a derecha por su dorso,

de aquel círculo eterno nos marchamos. Cuando estuvimos ya donde se ahueca debajo, por dar paso a los penados, el guía dijo: « Espera, y haz que pongan la vista en ti esos otros malnacidos,

a los que aún no les viste el semblante, porque en nuestro sentido caminaban.» Desde el puente mirábamos el grupo que al otro lado hacia nosotros iba,

y que de igual manera azota el látigo. Y sin yo preguntarle el buen Maestro

«Mira aquel que tan grande se aproxima, que no le causa lágrimas el daño.

¡Qué soberano aspecto aún conserva!

Es Jasón, que por ánimo y astucia dejó privada del carnero a Cólquida. Éste pasó por la isla de Lemmos, luego que osadas hembras despiadadas muerte dieran a todos sus varones: con tretas y palabras halagüeñas

a Isifile engañó, la muchachita que antes había a todas
engañado. Allí la dejó encinta, abandonada; tal culpa le
condena a tal martirio;

también se hace venganza de Medea.

Con él están los que en tal modo engañan: y del valle primero
esto te baste

conocer, y de los que en él castiga.» Nos hallábamos ya donde
el sendero con el margen segundo se entrecruza, que a otro
arco le sirve como apoyo. Aquí escuchamos gentes que
ocupaban la otra bolsa y soplaban por el morro, pegándose a sí
mismas con las manos.

Las orillas estaban engrumadas
por el vapor que abajo se hace espeso, y ofendía a la vista y al
olfato.

Tan oscuro es el fondo, que no deja ver nada si no subes hasta
el dorso

del arco, en que la roca es más saliente.

Allí subimos; y de allá, en el foso vi gente zambullida en el
estiércol, cual de humanas letrinas recogido.

Y mientras yo miraba hacia allá abajo, vi una cabeza tan de
mierda llena, que no sabía si era laico o fraile.

Él me gritó: « ¿Por qué te satisface mirarme más a mí que a otros tan sucios?» Le dije yo: « Porque, si bien recuerdo, con los cabellos secos ya te he visto, y eres Alesio Interminei de Lucca: por eso más que a todos te miraba.» Y él dijo, golpeándose la chola:

«Aquí me han sumergido las lisonjas, de las que nunca se cansó mi lengua.»

Luego de esto, mi guía: «Haz que penetre dijo tu vista un poco más delante,

tal que tus ojos vean bien el rostro de aquella sucia y desgreñada esclava, que allí se rasca con uñas mierdosas, y ahora se tumba y ahora en pie se pone: es Thais, la prostituta, que repuso

a su amante, al decirle "¿Tengo prendas bastantes para ti?":
"aún más, excelsas".

Y sea aquí saciada nuestra vista.»

CANTO XIX

¡Oh Simón Mago! Oh mfseros secuaces

que las cosas de Dios, que de los buenos esposas deben ser,
como rapaces por el oro y la plata adulteráis!

sonar debe la trompa por vosotros, puesto que estáis en la
tercera bolsa. Ya estábamos en la siguiente tumba, subidos en
la parte del escollo

que cae justo en el medio de aquel foso.

¡Suma sabiduría! ¡Qué arte muestras en el cielo, en la tierra y el
mal mundo, cuán justamente tu virtud repartes!

Yo vi, por las orillas y en el fondo, llena la piedra livida de hoyos,
todos redondos y de igual tamaño.

No los vi menos amplios ni mayores que esos que hay en mi
bello San Juan, y son el sitio para los bautismos;

uno de los que no hace aún mucho tiempo yo rompí porque en
él uno se ahogaba: sea esto seña que a todos convenza.

A todos les salían por la boca

de un pecador los pies, y de las piernas hasta el muslo, y el
resto estaba dentro.

Ambas plantas a todos les ardían; y tan fuerte agitaban las
coyundas,

que habrían destrozado sogas y cuerdas. Cual suele el llamear en
cosas grasas moverse por la extrema superficie,

así era allí del talón a la punta.

«Quién es, maestro, aquel que se enfurece

pataleando más que sus consortes dije y a quien más roja llama
quema?»

Y él me dijo: «Si quieres que te lleve allí por la pendiente que
desciende, él te hablará de sí y de sus pecados.» Y yo: «Lo que
tú quieras será bueno, eres tú mi señor y no me aparto
de tu querer: y lo que callo sabes.» Caminábamos pues el cuarto
margen: volvimos y bajamos a la izquierda

al fondo estrecho y agujereado.

Entonces el maestro de su lado

no me apartó, hasta vernos junto al hoyo de aquel que se dolía
con las zancas.

«Oh tú que tienes lo de arriba abajo, alma triste clavada cual
madero,

le dije yo , contéstame si puedes.» Yo estaba como el fraile que
confiesa al pérfido asesino, que, ya hincado, por retrasar su
muerte le reclama.

Y él me gritó: «¿Ya estás aquí plantado?,
¿ya estás aquí plantado, Bonifacio? En pocos años me mintió lo
escrito.

¿Ya te cansaste de aquellas riquezas por las que hacer engaño
no temiste, y atormentar después a tu Señora?»

Me quedé como aquellos que se encuentran, por no entender lo
que alguien les responde, confundidos, y contestar no saben.

Dijo entonces Virgilio: «Dile pronto:

“No soy aquel, no soy aquel que piensas.”» Yo respondí como
me fue indicado.

Torció los pies entonces el espíritu, luego gimiendo y con voces
llorosas,

me dijo: «¿Entonces, para qué me buscas? si te interesa tanto el
conocerme,

que has recorrido así toda la roca, sabe que fui investido del
gran manto, y en verdad fui retoño de la Osa,

y tan ansioso de engordar oseznos,

que allí el caudal, aquí yo, me he embolsado.

Y bajo mi cabeza están los otros que a mí, por simonía,
precedieron,

y que lo estrecho de la piedra aplasta.

Allí habré yo de hundirme también cuando venga aquel que
creía que tú fueses,

al hacerte la súbita pregunta.

Pero mis pies se abrasan ya más tiempo y más estoy yo puesto
boca abajo,

del que estarán plantados sus pies rojos, pues vendrá luego de
él, aún más manchado, desde el poniente, un pastor sin
entrañas,

tal que conviene que a los dos recubra. Nuevo Jasón será,
como nos muestra MACABEOS, y como a aquel fue blando su
rey, así ha de hacer quien Francia rige.» No sé si fui yo loco en
demasía,

pues que le respondí con tales versos:

«Ah, dime ahora, qué tesoros quiso Nuestro Señor antes de que
a San Pedro

le pusiese las llaves a su cargo? Únicamente dijo: “Ven
conmigo”; ni Pedro ni los otros de Matías oro ni plata, cuando
sortearon

el puesto que perdió el alma traidora. Quédate ahí, que estás
bien castigado, y guarda las riquezas mal cogidas, que atrevido
te hicieron contra Carlos.

Y si no fuera porque me lo veda el respeto a las llaves
soberanas que fueron tuyas en la alegre vida, usaría palabras
aún más duras;

porque vuestra avaricia daña al mundo, hundiendo al bueno y
ensalzando al malo.

Pastores, os citó el evangelista, cuando aquella que asienta
sobre el agua

él vio prostituida con los reyes: aquella que nació con siete
testas,

y tuvo autoridad con sus diez cuernos, mientras que su virtud
plació al marido. Os habéis hecho un Dios de oro y de plata: y
qué os separa ya de los idólatras,
sino que a ciento honráis y ellos a uno? Constantino, ¡de cuánto
mal fue madre, no que te convirtieses, mas la dote
que por ti enriqueció al primer patriarca!» Y mientras yo
cantaba tales notas, mordido por la ira o la conciencia, con
fuerza las dos piernas sacudía.
Yo creo que a mi guía le gustaba,
pues con rostro contento había escuchado mis palabras
sinceramente dichas.
Entonces me cogió con los dos brazos; y luego de subirme
hasta su pecho, volvió a ascender la senda que bajamos.
No se cansó llevándome agarrado, hasta ponerme en la cima
del puente
que del cuarto hasta el quinto margen cruza.
Con suavidad aquí dejó la carga, suave, en el escollo áspero y
pino que a las cabras sería mala trocha. Desde ese sitio
descubrí otro valle.

CANTO XX

De nueva pena he de escribir los versos y dar materia al
vigésimo canto

de la primer canción, que es de los reos.

Estaba yo dispuesto totalmente a mirar en el fondo
descubierto,

que me bañaba de angustioso llanto; por el redondo valle vi a
unas gentes venir, calladas y llorando, al paso

con que en el mundo van las procesiones.

Cuando bajé mi vista aún más a ellas, vi que estaban torcidas
por completo desde el mentón al principio del pecho;
porque vuelto a la espalda estaba el rostro, y tenían que andar
hacia detrás,

pues no podían ver hacia delante.

Por la fuerza tal vez de perlesía alguno habrá en tal forma
retorcido, mas no lo vi, ni creo esto que pase. Si Dios te deja,
lector, coger fruto de tu lectura, piensa por ti mismo
si podría tener el rostro seco, cuando vi ya de cerca nuestra
imagen tan torcida, que el llanto de los ojos
les bañaba las nalgas por la raja.

Lloraba yo, apoyado en una roca del duro escollo, tal que dijo el
guía:

«¿Es que eres tú de aquellos insensatos?, vive aquí la piedad
cuando está muerta:

¿Quién es más criminal de lo que es ése que al designio divino
se adelanta?

Alza tu rostro y mira a quien la tierra a la vista de Tebas se
tragó;

y de allí le gritaban: “Dónde caes Anfiareo?, ¿por qué la guerra
dejas?”

Y no dejó de rodar por el valle hasta Minos, que a todos los
agarra. Mira cómo hizo pecho de su espalda: pues mucho quiso
ver hacia adelante, mira hacia atrás y marcha reculando.

Mira a Tiresias, que mudó de aspecto al hacerse mujer siendo
varón cambiándose los miembros uno a uno; y después,
golpear debía antes

las unidas serpientes, con la vara, que sus viriles plumas
recobrase.

Aronte es quien al vientre se le acerca, que en los montes de
Luni, que cultiva el carrarés que vive allí debajo,
tuvo entre blancos mármoles la cueva como mansión; donde al
mirar los astros y el mar, nada la vista le impedía.

Y aquella que las tetas se recubre, que tú no ves, con trenzas
desatadas, y todo el cuerpo cubre con su pelo,
fue Manto, que corrió por muchas tierras; y luego se afincó
donde naci,
por lo que un poco quiero que me escuches: Después de que su
padre hubiera muerto,
y la ciudad de Baco esclavizada, ella gran tiempo anduvo por el
mundo. En el norte de Italia se halla un lago,
al pie del Alpe que ciñe Alemania sobre el Tirol, que Benago se
llama. Por mil fuentes, y aún más, el Apenino ente Garda y
Camónica se baña,
por el agua estancada en dicho lago.
En su medio hay un sitio, en que el trentino pastor y el de
Verona, y el de Brescia,
si ese camino hiciese, bendijera.
Se halla Pesquiera, arnés hermoso y fuerte, frontera a
bergamescos y brescianos,
en la ribera que en el sur le cerca.
En ese sitio se desborda todo
lo que el Benago contener no puede, y entre verdes praderas se
hace un río.

Tan pronto como el agua aprisa corre, no ya Benago, mas
Mencio se llama hasta Governo, donde cae al Po.

Tras no mucho correr, encuentra un valle, en el cual se dilata y
empantana;

y en el estio se vuelve insalubre. Pasando por allí la virgen fiera,
vio tierra en la mitad de aquel pantano, sin cultivo y desnuda de
habitantes. Allí, para escapar de los humanos,
con sus siervas quedóse a hacer sus artes, y vivió, y dejó allí su
vano cuerpo.

Los hombres luego que vivían cerca, se acogieron al sitio, que
era fuerte, pues el pantano aquel lo rodeaba. Fundaron la
ciudad sobre sus huesos; y por quien escogió primero el sitio,
Mantua, sin otro augurio, la llamaron. Sus moradores fueron
abundantes, antes que la torpeza de Casoldi,
de Pinamonte engaño recibiese.

Esto te advierto por si acaso oyeras que se fundó de otro modo
mi patria, que a la verdad mentira alguna oculte.»

Y yo: «Maestro, tus razonamientos me son tan ciertos y tan bien
los creo, que apagados carbones son los otros. Mas dime, de la
gente que camina,

si ves alguna digna de noticia, pues sólo en eso mi mente se
ocupa.»

Entonces dijo: «Aquel que desde el rostro la barba ofrece por la espalda oscura, fue, cuando Grecia falta de varones tanto, que había apenas en las cunas augur, y con Calcante dio la orden de cortar en Aulide las amarras. Se llamaba Euripilo, y así canta algún pasaje de mi gran tragedia: tú bien lo sabes pues la sabes toda.

Aquel otro en los flancos tan escaso, Miguel Escoto fue, quien en verdad de los mágicos fraudes supo el juego. Mira a Guido Bonatti, mira a Asdente,

que haber tomado el cuero y el bramante ahora querría, mas tarde se acuerda;

Y a las tristes que el huso abandonaron, las agujas y ruecas, por ser magas

y hechiceras con hierbas y figuras. Mas ahora ven, que llega ya al confín de los dos hemisferios, y a las ondas bajo Sevilla, Caín con las zarzas,

y la luna ayer noche estaba llena: bien lo recordarás, que no fue estorbo alguna vez en esa selva oscura.»

Así me hablaba, y mientras caminábamos.

CANTO XXI

Así de puente en puente, conversando de lo que mi Comedia no
se ocupa,

subimos, y al llegar hasta la cima nos paramos a ver la otra
hondonada de Malasbolsas y otros llantos vanos; y la vi
tenebrosamente oscura.

Como en los arsenales de Venecia bulle pez pegajosa en el
invierno al reparar sus leños averiados, que navegar no pueden;
y a la vez

quién hace un nuevo leño, y quién embrea los costados a aquel
que hizo más rutas; quién remacha la popa y quién la proa;
hacen otros los remos y otros cuerdas; quién repara mesanas y
trinquetas;

asi, sin fuego, por divinas artes, bullía abajo una espesa resina,
que la orilla impregnaba en todos lados.

La veía, mas no veía en ella

más que burbujas que el hervor alzaba, todas hincharse y
explotarse luego.

Mientras allá miraba fijamente,

el poeta, diciendo: «¡Atento, atento!» a él me atrajo del sitio en
que yo estaba.

Me volvi entonces como aquel que tarda en ver aquello de que
huir conviene,
y a quien de pronto le acobarda el miedo, y, por mirar, no
demora la marcha;
y un diablo negro vi tras de nosotros, que por la roca corriendo
venía.

¡Ah, qué fiera tenía su apariencia, y parecían cuán amenazantes

sus pies ligeros, sus abiertas alas!

En su hombro, que era anguloso y soberbio, cargaba un
pecador por ambas ancas, agarrando los pies por los tendones.

«¡Oh Malasgarras dijo desde el puente , os mando a un
regidor de Santa Zita!

Ponedlo abajo, que voy a por otro
a esa tierra que tiene un buen surtido: salvo Bonturo todos son
venales;

del “ita” allí hacen “no” por el dinero.»

Abajo lo tiró, y por el escollo
se volvió, y nunca fue un mastín soltado persiguiendo a un
ladrón con tanta prisa. Aquél se hundió, y se salía de nuevo;
mas los demonios que albergaba el puente gritaron: «¡No está
aquí la Santa Faz,

y no se nada aquí como en el Serquio! así que, si no quieres
nuestros garfios, no te aparezcas sobre la resina.»

Con más de cien arpones le pinchaban, dicen: «Cubierto bailar
aquí debes,

tal que, si puedes, a escondidas hurtas.» No de otro modo al
pinche el cocinero hace meter la carne en la caldera,

con los tridentes, para que no flote.

Y el buen Maestro: «Para que no sepan que estás agua me dijo
ve a esconderte tras una roca que sirva de abrigo;

y por ninguna ofensa que me hagan, debes temer, que bien
conozco esto,

y otras veces me he visto en tales líos.» Después pasó del
puente a la otra parte; y cuando ya alcanzó la sexta fosa;

le fue preciso un ánimo templado.

Con la ferocidad y con la saña que los perros atacan al
mendigo, que de pronto se para y limosnea,

del puentecillo aquéllos se arrojaron, y en contra de él volvieron
los arpones; mas él gritó: «¡Que ninguno se atreva! Antes de que
me pinchen los tridentes,

que se adelante alguno para oírme, pensad bien si debéis
arponearme.»

«¡Que vaya Malacola!» se gritaron; y uno salió de entre los otros
quietos,

y vino hasta él diciendo: «¿De qué sirve?»

«Es que crees, Malacola, que me habrías visto venir le dijo mi
maestro-

seguro ya de todas vuestras armas, sin el querer divino y
diestro hado?

Déjame andar, que en el cielo se quiere que el camino salvaje
enseñe a otros.» Su orgullo entonces fue tan abatido que el
tridente dejó caer al suelo,

y a los otros les dijo: «No tocarlo.»

Y el guía a mí: «Oh tú que allí te encuentras tras las rocas del
puente agazapado, puedes venir conmigo ya seguro.»

Por lo que yo avancé hasta él deprisa; y los diablos se echaron
adelante,

tal que temí que el pacto no guardaran; así yo vi temer a los
infantes

yéndose, tras rendirse, de Caprona, al verse ya entre tantos
enemigos. Yo me arrimé con toda mi persona a mi guía, y los
ojos no apartaba

de sus caras que no eran nada buenas. Inclínaban los garfios:

«¿Que le pinche decíanse queréis, en el trasero?»

Y respondían: «Sí, pínchale fuerte.»

Pero el demonio aquel que había hablado con mi guía, volvióse
raudamente,

y dijo: «Para, para, Arrancapelos.» Luego nos dijo: « Más andar
por este escollo no se puede, pues que yace todo despedazado
el arco sexto;

y si queréis seguir más adelante podéis andar aquí, por esta
escarpa: hay otro escollo cerca, que es la ruta. Ayer, cinco horas
más que en esta hora,

mil y doscientos y sesenta y seis años hizo, que aquí se hundió
el camino.

Hacia allá mando a alguno de los míos para ver si se escapa
alguno de esos; id con ellos, que no han de molestaros.

¡Adelante Aligacho, Patasfrías,

él comenzó a decir y tú, Malchucho; y Barbatiesa guíe la
decena.

Vayan detrás Salido y Ponzoñoso, jabalí Colmilludo,
Arañaperros,

el Tartaja y el loco del Berrugas. Mirad en torno de la pez
hirviente; éstos a salvo lleguen al escollo que todo entero va
sobre la fosa.»

«¡Ay maestro, qué es esto que estoy viendo! dije vayamos solos
sin escolta,

si sabes ir, pues no la necesito. Si eres tan avisado como sueles,
¿no ves cómo sus dientes les rechinan, y su entrecejo males
amenaza?»

Y él me dijo: «No quiero que te asustes; déjalos que rechinen a
su gusto,

pues hacen eso por los condenados.» Dieron la vuelta por la
orilla izquierda, mas primero la lengua se mordieron hacia su
jefe, a manera de seña,

y él hizo una trompeta de su culo.

CANTO XXII

Caballeros he visto alzar el campo, comenzar el combate, o la
revista, y alguna vez huir para salvarse;

en vuestra tierra he visto exploradores,

¡Oh aretinos! y he visto las mesnadas, hacer torneos y correr las
justas,

ora con trompas, y ora con campanas, con tambores, y
hogueras en castillos, con cosas propias y también ajenas; mas
nunca con tan rara cornamusa,

moverse caballeros ni pendones, ni nave al ver una estrella o la
tierra.

Caminábamos con los diez demonios,
¡fiera compañía!, mas en la taberna con borrachos, con santos
en la iglesia.

Mas a la pez volvía la mirada, por ver lo que la bolsa contenía
y a la gente que adentro estaba ardiendo.

Cual los delfines hacen sus señales con el arco del lomo al
marinero, que le preparan a que el leño salve, por aliviar su
pena, de este modo

enseñaban la espalda algunos de ellos, escondiéndose en
menos que hace el rayo. Y como al borde del agua de un charco
hay renacuajos con el morro fuera,

con el tronco y las ancas escondidas, se encontraban así los
pecadores; mas, como se acercaba Barbatiesa, bajo el hervor
volvieron a meterse. Yo vi, y el corazón se me acongoja, que
uno esperaba, así como sucede que una rana se queda y otra
salta; Y Arañaperros, que a su lado estaba, le agarró por el pelo
empegotado

y le sacó cual si fuese una nutria.

Ya de todos el nombre conocía,
pues lo aprendí cuando fueron nombrados, y atento estuve
cuando se llamaban.

«Ahora, Berrugas, puedes ya clavarle

los garfios en la espalda y desollarlo» gritaban todos juntos los
malditos.

Y yo: «Maestro, intenta, si es que puedes, saber quién es aquel
desventurado, llegado a manos de sus enemigos.»

Y junto a él se aproximó mi guía; preguntó de dónde era, y él
repuso:

«Fui nacido en el reino de Navarra. Criado de un señor me hizo
mi madre, que me había engendrado de un bellaco, destructor
de si mismo y de sus cosas.

Después fui de la corte de Teobaldo: allí me puse a hacer
baratertas;

y en este caldo estoy rindiendo cuentas.» Y Colmilludo a cuya
boca asoman, tal jabalí, un colmillo a cada lado,
le hizo sentir cómo uno descosía. Cayó el ratón entre malvados
gatos;

mas le agarró en sus brazos Barbatiesa, y dijo: « Estaros quietos
un momento.» Y volviendo la cara a mi maestro

«Pregunta dijo aún, si más deseas de él saber, antes que esos
lo destrocen».

El guía entonces: «De los otros reos, di ahora si de algún latino
sabes

que esté bajo la pez.» Y él: «Hace poco a uno dejé que fue de allí
vecino.

¡Si estuviese con él aún recubierto no temería tridentes ni
garras!»

Y el Salido: «Esperamos ya bastante»,

dijo, y cogióle el brazo con el gancho, tal que se llevó un trozo
desgarrado. También quiso agarrarle Ponzoñoso piernas abajo;
mas el decurión

miró a su alrededor con mala cara.

Cuando estuvieron algo más calmados, a aquel que aún
contemplaba sus heridas le preguntó mi guía sin tardanza:

«¿Y quién es ése a quien enhoramala dejaste, has dicho, por
salir a flote?» Y aquél repuso: «Fue el fraile Gomita, el de
Gallura, vaso de mil fraudes; que apresó a los rivales de su amo,
consiguiendo que todos lo alabasen.

Cogió el dinero, y soltóles de plano, como dice; y fue en otros
menesteres, no chico, mas eximio baratero.

Trata con él maese Miguel Zanque de Logodoro; y hablan
Cerdeña

sin que sus lenguas nunca se fatiguen.

¡Ay de mí! ved que aquél rechina el diente: más te diría pero
tengo miedo

que a rascarme la tiña se aparezcan.» Y vuelto hacia el Tartaja
el gran preboste,

cuyos ojos herirle amenazaban, dijo: « Hazte a un lado, pájaro
malvado.»

«Si queréis conocerles o escucharles volvió a empezar el preso
temeroso- haré venir toscanos o lombardos; pero quietos estén
los Malasgarras

para que éstos no teman su venganza, y yo, siguiendo en este
mismo sitio, por uno que soy yo, haré venir siete cuando les
silbe, como acostumbramos hacer cuando del fondo sale
alguno.»

Malchucho en ese instante alzó el hocico, moviendo la cabeza, y
dijo: «Ved

qué malicia pensó para escaparse.» Mas él, que muchos trucos
conocía respondió: «¿Malicioso soy acaso, cuando busco a los
míos más tristeza?» No se aguantó Aligacho, y, al contrario de
los otros, le dijo: «Si te tiras,

yo no iré tras de ti con buen galope, mas batiré sobre la pez las
alas; deja la orilla y corre tras la roca; ya veremos si tú nos
aventajas.»

Oh tú que lees, oirás un nuevo juego: todos al otro lado se
volvieron,

y el primero aquel que era más contrario.

Aprovechó su tiempo el de Navarra; fijó la planta en tierra, y en un punto dio un salto y se escapó de su preboste.

Y por esto, culpables se sintieron, más aquel que fue causa del desastre, que se marchó gritando: «Ya te tengo.» Mas de poco valió, pues que al miedoso no alcanzaron las alas: se hundió éste,

y aquél alzó volando arriba el pecho. No de otro modo el ánade de golpe,

cuando el halcón se acerca, se sumerge, y éste, roto y cansado, se remonta.

Airado Patasfrías por la broma, volando atrás, lo cogió, deseando

que aquél huyese para armar camorra; y al desaparecer el baratero,

volvió las garras a su camarada,

tal que con él se enzarzó sobre el foso. Fue el otro gavilán bien amaestrado, sujetándole bien, y ambos cayeron en la mitad de aquel pantano hirviente.

Los separó el calor a toda prisa, pero era muy difícil remontarse, pues tenían las alas pegajosas. Barbatiesa, enfadado cual los otros, a cuatro hizo volar a la otra parte,

todos con garfios y muy prestamente. Por un lado y por otro
descendieron: echaron garfios a los atrapados,
que cocidos estaban en la costra, y así enredados los
abandonamos.

CANTO XXIII

Callados, solos y sin compañía caminábamos uno tras del otro,
lo mismo que los frailes franciscanos.

Vuelto había a la fábula de Esopo mi pensamiento la presente
riña, donde él habló del ratón y la rana,

porque igual que «enseguida» y «al instante», se parecen las
dos si se compara
el principio y el fin atentamente.

Y, cual de un pensamiento el otro sale, así nació de aquel otro
después,
que mi primer espanto redoblaba.

Yo así pensaba: «Si estos por nosotros quedan burlados con
daño y con befa, supongo que estarán muy resentidos. Si sobre
el mal la ira se acrecienta, ellos vendrán detrás con más
crueldad

que el can lleva una liebre con los dientes.»

Ya sentía erizados los cabellos por el miedo y atrás atento
estaba cuando dije: «Maestro, si escondite

no encuentras enseguida, me amedrentan los Malasgarras:
vienen tras nosotros: tanto los imagino que los siento.»

Y él: «Si yo fuese de azogado vidrio, tu imagen exterior no
copiaría

tan pronto en mí, cual la de dentro veo; tras mi pensar el tuyo
ahora venía, con igual acto y con la misma cara,

que un único consejo hago de entrambos. Si hacia el lado
derecho hay una cuesta, para poder bajar a la otra bolsa,
huiremos de la caza imaginada.»

Este consejo apenas proferido, los vi venir con las alas
extendidas, no muy de lejos, para capturarnos.

De súbito mi guía me cogió

cual la madre que al ruido se despierta y ve cerca de sí la llama
ardiente,

que coge al hijo y huye y no se para, teniendo, más que de ella,
de él cuidado, aunque tan sólo vista una camisa.

Y desde lo alto de la dura margen, de espaldas resbaló por la
pendiente, que cierra la otra bolsa por un lado. No corre por la
aceña agua tan rauda,

para mover la rueda del molino, cuando más a los palos se aproxima, cual mi maestro por aquel barranco, sosteniéndome encima de su pecho, como a su hijo, y no cual compañero. Y llegaron sus pies al lecho apenas del fondo, cuando aquéllos a la cima sobre nosotros; pero no temíamos, pues la alta providencia que los quiere hacer ministros de la quinta fosa, poder salir de allí no les permite.

Allí encontramos a gente pintada que alrededor marchaba a lentos pasos,

llorando fatigados y abatidos. Tenían capas con capuchas bajas hasta los ojos, hechas del tamaño que se hacen en Cluní para los monjes: por fuera son de oro y deslumbrantes, mas por dentro de plomo, y tan pesadas que Federico de paja las puso.

¡Oh eternamente fatigoso manto!

Nosotros aún seguimos por la izquierda a su lado, escuchando el triste lloro; mas cansados aquéllos por el peso, venían tan despacio, que con nuevos compañeros a cada paso estábamos.

Por lo que dije al guía: «Ve si encuentras a quien de nombre o de hechos se conozca,

y los ojos, andando, mueve entorno.» Uno entonces que oyó mi hablar toscano, de detrás nos gritó: « Parad los pasos,

los que corréis por entre el aire oscuro. Tal vez tendrás de mí lo que buscabas.» Y el guía se volvió y me dijo: «Espera, y luego anda conforme con sus pasos.»

Me detuve, y vi a dos que una gran ansia mostraban, en el rostro, de ir conmigo, mas la carga pesaba y el sendero.

Cuando estuvieron cerca, torvamente, me remiraron sin decir palabra; luego a sí se volvieron y decían:

«Ése parece vivo en la garganta;

y, si están muertos ¿por qué privilegio van descubiertos de la gran estola?» Dijéronme: «Oh Toscano, que al colegio de los tristes hipócritas viniste,

dinos quién eres sin tener reparo.»

«He nacido y crecido les repuse- en la gran villa sobre el Arno bello,

y con el cuerpo estoy que siempre tuve.

¿Quién sois vosotros, que tanto os destila el dolor, que así veo por el rostro,

y cuál es vuestra pena que reluce?»

«Estas doradas capas uno dijo-

son de plomo, tan gruesas, que los pesos hacen así chirriar a sus balanzas.

Frailes gozosos fuimos, boloñeses; yo Catalano y éste
Loderingo llamados, y elegidos en tu tierra, como suele
nombrarse a un imparcial por conservar la paz; y fuimos tales
que en torno del Gardingo aún puede verse.» Yo comencé: «Oh
hermanos, vuestros males »

No dije más, porque vi por el suelo a uno crucificado con tres
palos. Al verme, por entero se agitaba,
soplándose en la barba con suspiros; y el fraile Catalán que lo
advirtió,

me dijo: «El condenado que tú miras, dijo a los fariseos que era
justo ajusticiar a un hombre por el pueblo.

Desnudo está y clavado en el camino como ves, y que sienta es
necesario el peso del que pasa por encima;

y en tal modo se encuentra aquí su suegro en este foso, y los de
aquel concilio que a los judíos fue mala semilla.»

Vi que Virgilio entonces se asombraba por quien se hallaba allí
crucificado, en el eterno exilio tan vilmente.

Después dirigió al fraile estas palabras:

«No os desagrade, si podéis, decirnos si existe alguna trocha a
la derecha, por la cual ambos dos salir podamos, sin obligar a
los ángeles negros,

a que nos saquen de este triste foso.» Repuso entonces: «Antes que lo esperes, hay un peñasco, que de la gran roca sale, y que cruza los terribles valles, salvo aquí que está roto y no lo salva.

Subir podréis arriba por la ruina que yace al lado y el fondo recubre.»

El guía inclinó un poco la cabeza: dijo después: « Contaba mal el caso quien a los pecadores allí ensarta.»

Y el fraile: « Ya en Bolonia oí contar muchos vicios del diablo, y entre otros que es mentiroso y padre del embuste.»

Rápidamente el guía se marchó,

con el rostro turbado por la ira; y yo me separé de los cargados, detrás siguiendo las queridas plantas.

CANTO XXIV

En ese tiempo en el que el año es joven y el sol sus crines bajo Acuario templó, y las noches se igualan con los días, cuando la escarcha en tierra se asemeja a aquella imagen de su blanca hermana,

mas poco dura el temple de su pluma; el campesino falto de forraje,

se levanta y contempla la campiña toda blanca, y el muslo se golpea, vuelve a casa, y aquí y allá se duele, tal mezquino que no sabe qué hacerse; sale de nuevo, y cobra la esperanza, viendo que al monte ya le cambió el rostro en pocas horas, toma su cayado, y a pacer fuera saca las ovejas.

De igual manera me asustó el maestro cuando vi que su frente se turbaba, mas pronto al mal siguió la medicina; pues, al llegar al derruido puente,

el guía se volvió a mí con el rostro dulce que vi al principio al pie del monte;

abrió los brazos, tras de haber tomado una resolución, mirando antes

la ruina bien, y se acercó a empinarme. Y como el que trabaja y que calcula, que parece que todo lo prevea,

igual, encaramándome a la cima de un peñasco, otra roca examinaba, diciendo: «Agárrate luego de aquélla;

pero antes ve si puede sostenerte.» No era un camino para alguien con capa,

pues apenas, él leve, yo sujeto, podíamos subir de piedra en piedra.

Y si no fuese que en aquel recinto más corto era el camino que en los otros,

no sé de él, pero yo vencido fuera. Mas como hacia la boca
Malasbolsas del pozo más profundo toda pende, la situación de
cada valle hace

que se eleve un costado y otro baje; y así llegamos a la punta
extrema, donde la última piedra se destaca.

Tan ordeñado del pulmón estaba mi aliento en la subida, que
sin fuerzas

busqué un asiento en cuanto que llegamos.

«Ahora es preciso que te despereces

dijo el maestro , pues que andando en plumas no se consigue
fama, ni entre colchas;

el que la vida sin ella malgasta tal vestigio en la tierra de sí
deja,

cual humo en aire o en agua la espuma.

Así que arriba: vence la pereza con ánimo que vence cualquier
lucha, si con el cuerpo grave no lo impide.

Hay que subir una escala aún más larga; haber huido de éstos
no es bastante:

si me entiendes, procura que te sirva.» Alcé entonces,
mostrándome provisto de un ánimo mayor del que tenía,

« Vamos dije . Estoy fuerte y animoso.» Por el derrumbe empezamos a andar, que era escarpado y rocoso y estrecho, y mucho más pendiente que el de antes.

Hablando andaba para hacerme el fuerte; cuando una voz salió del otro foso,

que incomprensibles voces profería.

No le entendí, por más que sobre el lomo ya estuviese del arco que cruzaba: mas el que hablaba parecía airado.

Miraba al fondo, mas mis ojos vivos, por lo oscuro, hasta el fondo no llegaban, por lo que yo: «Maestro alcanza el otro recinto, y descendamos por el muro; pues, como escucho a alguno que no entiendo,

miro así al fondo y nada reconozco.

«Otra respuesta dijo no he de darte más que hacerlo; pues que demanda justa se ha de cumplir con obras, y callando.»

Desde lo alto del puente descendimos donde se cruza con la octava orilla, luego me fue la bolsa manifiesta;

y yo vi dentro terrible maleza

de serpientes, de especies tan distintas, que la sangre aún me hiela el recordarlo.

Más no se ufane Libia con su arena; que si quelidras, yáculos y faras produce, y caneros con anfisibenas, ni tantas pestilencias, ni tan malas, mostró jamás con la Etiopía entera, ni con aquel que está sobre el mar Rojo.

Entre el montón tristísimo corrían gentes desnudas y aterrorizadas, sin refugio esperar o heliotropía: esposados con sierpes a la espalda; les hincaban la cola y la cabeza

en los riñones, encima montadas.

De pronto a uno que se hallaba cerca, se lanzó una serpiente y le mordió

donde el cuello se anuda con los hombros.

Ni la O tan pronto, ni la I, se escribe, cual se encendió y ardió, y todo en cenizas

se convirtió cayendo todo entero;

y luego estando así deshecho en tierra amontonóse el polvo por si solo,

y en aquel mismo se tornó de súbito.

Así los grandes sabios aseguran que muere el Fénix y después renace, cuando a los cinco siglos ya se acerca:

no padece en vida cebada ni hierba, sólo de incienso lágrimas y amomo, y nardo y mirra son su último nido.

Y como aquel que cae sin saber cómo, porque fuerza diabólica
lo tira,

o de otra opilación que liga el ánimo, que levantado mira
alrededor,

muy conturbado por la gran angustia que le ha ocurrido, y
suspira al mirar: igual el pecador al levantarse.

¡Oh divina potencia, cuán severa, que tales golpes das en tu
venganza! El guía preguntó luego quién era:

y él respondió: «Lloví de la Toscana, no ha mucho tiempo, en
este fiero abismo. Vida de bestia me plació, no de hombre,
como al mulo que fui: soy Vanni Fucci

bestia, y Pistoya me fue buena cuadra.» Y yo a mi guía: «Dile
que no huya,

y pregunta qué culpa aquí le arroja; que hombre le vi de maldad
y de sangre.»

Y el pecador, que oyó, no se escondía, mas volvió contra mí el
ánimo y rostro, y de triste vergüenza enrojció;

y dijo: «Más me duele que me halles en la miseria en la que me
estás viendo, que cuando fui arrancado en la otra vida. Yo no
puedo ocultar lo que preguntas:

aquí estoy porque fui en la sacristía ladrón de los hermosos
ornamentos, y acusaron a otro hombre falsamente; mas porque
no disfrutes al mirarme, si del lugar oscuro tal vez sales,
abre el oído y este anuncio escucha: Pistoia de los negros
enflaquece:

luego en Florencia cambian gente y modos.

De Val de Magra Marte manda un rayo rodeado de turbios
nubarrones;

y en agria tempestad impetuosa, sobre el campo Piceno habrá
un combate;

y de repente rasgará la niebla,
de modo que herirá a todos los blancos.

¡Esto te digo para hacerte daño!»

CANTO XXV

El ladrón al final de sus palabras,

alzó las manos con un par de higas, gritando: «Toma, Dios, te
las dedico.» Desde entonces me agradan las serpientes, pues
una le envolvió entonces el cuello, cual si dijese: «No quiero que
sigas»;

y otra a los brazos, y le sujetó ciñéndose a sí misma por delante.
que no pudo con ella ni moverse.

¡Ah Pistoya, Pistoya, por qué niegas incinerarte, así que más no
dures, pues superas en mal a tus mayores!

En todas las regiones del infierno
no vi a Dios tan soberbio algún espíritu, ni el que cayó de la
muralla en Tebas. Aquel huyó sin decir más palabra;
y vi venir a un centauro rabioso, llamando: «¿Dónde, dónde está
el soberbio?»

No creo que Maremma tantas tenga, cuantas bichas tenía por
la grupa,

hasta donde comienzan nuestras formas.

Encima de los hombros, tras la nuca, con las alas abiertas, un
dragón tenía; y éste quema cuanto toca.

Mi maestro me dijo: « Aquel es Caco, que, bajo el muro del
monte Aventino, hizo un lago de sangre muchas veces. No va
con sus hermanos por la senda, por el hurto que fraudulento
hizo

del rebaño que fue de su vecino; hasta acabar sus obras tan
inicias

bajo la herculea maza, que tal vez ciento le dio, mas no sintió el
deceno.» Mientras que así me hablaba, se marchó, y a nuestros

pies llegaron tres espíritus, sin que ni yo ni el guía lo
advirtiésemos, hasta que nos gritaron: «¿Quiénes sois?»:
por lo cual dimos fin a nuestra charla, y entonces nos volvimos
hacia ellos.

Yo no les conocí, pero ocurrió, como suele ocurrir en ocasiones,
que tuvo el uno que llamar al otro,
diciendo: «Cianfa, ¿dónde te has metido?» Y yo, para que el
guía se fijase,
del mentón puse el dedo a la nariz.

Si ahora fueras, lector, lento en creerte lo que diré, no será nada
raro,
pues yo lo vi, y apenas me lo creo.

A ellos tenía alzada la mirada,
y una serpiente con seis pies a uno, se le tira, y entera se le
enrosca.

Los pies de en medio cogieronle el vientre, los de delante
prendieron sus brazos,
y después le mordió las dos mejillas. Los delanteros lanzóle a los
muslos y le metió la cola entre los dos,
y la trabó detrás de los riñones.

Hiedra tan arraigada no fue nunca
a un árbol, como aquella horrible fiera por otros miembros
enroscó los suyos. Se juntan luego, tal si cera ardiente

fueran, y mezclan así sus colores, no parecían ya lo que antes eran, como se extiende a causa del ardor, por el papel, ese color oscuro,

que aún no es negro y ya deja de ser blanco.

Los otros dos miraban, cada cual gritando: «¡Agnel, ay, cómo estás cambiando!

¡mira que ya no sois ni dos ni uno! Las dos cabezas eran ya una sola, y mezcladas se vieron dos figuras en una cara, donde se perdían.

Cuatro miembros hiciéronse dos brazos; los muslos con las piernas, vientre y tronco en miembros nunca vistos se tornaron.

Ya no existían las antiguas formas: dos y ninguna la perversa imagen parecía; y se fue con paso lento. Como el lagarto bajo el gran azote de la canícula, al cambiar de seto, parece un rayo si cruza el camino; tal parecía, yendo a las barrigas

de los restantes, una sierpe airada, tal grano de pimienta negra y livida; y en aquel sitio que primero toma nuestro alimento, a uno le golpea; luego al suelo cayó a sus pies tendida.

El herido miró, mas nada dijo; antes, con los pies quietos, bostezaba,

como si fiebre o sueño le asaltase. Él a la sierpe, y ella a él miraba;

él por la llaga, la otra por la boca humeaban, el humo
confundiendo. Calle Lucano ahora donde habla del mísero
Sabello y de Nasidio,

y espere a oír aquello que describo. Calle Ovidio de Cadmo y de
Aretusa;

que si aquél en serpiente, en fuente a ésta convirtió,
poetizando, no le envidio; que frente a frente dos naturalezas
no trasmutó, de modo que ambas formas a cambiar
dispusieran sus materias.

Se respondieron juntos de tal modo, que en dos partió su cola la
serpiente, y el herido juntaba las dos hormas.

Las piernas con los muslos a sí mismos tal se unieron, que a
poco la juntura
de ninguna manera se veía.

Tomó la cola hendida la figura que perdía aquel otro, y su
pellejo

se hacía blando y el de aquélla, duro. Vi los brazos entrar por las
axilas,

y los pies de la fiera, que eran cortos, tanto alargar como
acortarse aquéllos. Luego los pies de atrás, torcidos juntos,
el miembro hicieron que se oculta el hombre, y el mísero del
suyo hizo dos patas.

Mientras el humo al uno y otro empaña de color nuevo, y pelo
hace crecer por una parte y por la otra depila,

cayó el uno y el otro levantóse,

sin desviarse la mirada impía, bajo la cual cambiaban sus
hocicos.

El que era en pie lo trajo hacia las sienas, y de mucha materia
que allí había,

salió la oreja del carrillo liso; lo que no fue detrás y se retuvo
de aquel sobrante, a la nariz dio forma, y engrosó los dos
labios, cual conviene.

El que yacía, el morro adelantaba, y escondió en la cabeza las
orejas, como del caracol hacen los cuernos. Y la lengua, que
estaba unida y presta para hablar antes, se partió; y la otra
partida, se cerró; y cesó ya el humo. El alma que era en fiera
convertida, se echó a correr silbando por el valle,

y la otra, en pos de ella, hablando escupe.

Luego volvióle las espaldas nuevas, y dijo al otro: «Quiero que
ande Buso como hice yo, reptando, su camino.»

Así yo vi la séptima zahúrda mutar y trasmutar; y aquí me
excuse la novedad, si oscura fue la pluma.

Y sucedió que, aunque mi vista fuese algo confusa, y encogido
el ánimo, no pudieron huir, tan a escondidas

que no les viese bien, Puccio Sciancato de los tres compañeros
era el único

que no cambió de aquellos que vinieron- era el otro a quien tú,
Gaville, lloras,

CANTO XXVI

¡Goza, Florencia, ya que eres tan grande, que por mar y por
tierra bate alas,

y en el infierno se expande tu nombre! Cinco nobles hallé entre
los ladrones de tus vecinos, de donde me vino vergüenza, y
para ti no mucha honra.

Mas si el soñar al alba es verdadero, conocerás, de aquí a no
mucho tiempo, lo que Prato, no ya otras, te aborrece.

No fuera prematuro, si ya fuese:

¡Ojalá fuera ya, lo que ser debe! que más me pesará, cuanto
envejezco.

Nos marchamos de allí, y por los peldaños que en la bajada nos
sirvieron antes,

subió mi guía y tiraba de mí. Y siguiendo el camino solitario, por
los picos y rocas del escollo, sin las manos, el pie no se valía.

Entonces me dolió, y me duele ahora, cuando, el recuerdo a lo
que vi dirijo, y el ingenio refreno más que nunca, porque sin
guía de virtud no corra;

tal que, si buena estrella, o mejor cosa, me ha dado el bien, yo
mismo no lo enturbie.

Cuantas el campesino que descansa en la colina, cuando aquel
que alumbra el mundo, oculto menos tiene el rostro,

cuando a las moscas siguen los mosquitos, luciérnagas
contempla allá en el valle, en el lugar tal vez que ara y vendimia;

toda resplandecía en llamaradas la bolsa octava, tal como
advirtiera

desde el sitio en que el fondo se veía. Y como aquel que se
vengó con osos, vio de Elías el carro al remontarse,
y erguidos los caballos a los cielos, que con los ojos seguir no
podía, ni alguna cosa ver salvo la llama, como una nubecilla
que subiese; tal se mueven aquéllas por la boca

del foso, mas ninguna enseña el hurto, y encierra un pecador
cada centella. Yo estaba tan absorto sobre el puente, que si una
roca no hubiese agarrado, sin empujarme hubiérame caído.

Y viéndome mi guía tan atento dijo: « Dentro del fuego están las
almas, todas se ocultan en donde se queman.»

«Maestro le repuse , al escucharte estoy más cierto, pero ya he notado que así fuese, y decírtelo quería:

¿quién viene en aquel fuego dividido, que parece surgido de la pira

donde Eteocles fue puesto con su hermano?»

Me respondió: «Allí dentro se tortura a Ulises y a Diomedes, y así juntos en la venganza van como en la ira;

y dentro de su llama se lamenta

del caballo el ardid, que abrió la puerta que fue gentil semilla a los romanos. Se llora la traición por la que, muerta, aún

Daidamia se duele por Aquiles,

y por el Paladión se halla el castigo.»

«Si pueden dentro de aquellas antorchas hablar le dije pídotte, maestro,

y te suplico, y valga mil mi súplica, que no me impidas que aguardar yo pueda

a que la llama cornuda aquí llegue; mira cómo a ellos lleva mi deseo.»

Y él me repuso: «Es digno lo que pides de mucha loa, y yo te lo concedo; pero procura reprimir tu lengua.

Déjame hablar a mí, pues que comprendo lo que quieres; ya que serán esquivos por ser griegos, tal vez, a tus palabras.»

Cuando la llama hubo llegado a donde lugar y tiempo pareció a
mi guía,

yo le escuché decir de esta manera:

«¡Oh vosotros que sois dos en un fuego, si os merecí, mientras
que estaba vivo, si os merecí, bien fuera poco o mucho, cuando
altos versos escribí en el mundo, no os alejéis; mas que alguno
me diga dónde, por él perdido, halló la muerte.» El mayor
cuerno de la antigua llama empezó a retorcerse murmurando,
tal como aquella que el viento fatiga;

luego la punta aquí y acá moviendo, cual si fuese una lengua la
que hablara, fuera sacó la voz, y dijo: «Cuando
me separé de Circe, que sustrajó- me más de un año allí junto a
Gaeta, antes de que así Eneas la llamase,
ni la filial dulzura, ni el cariño del viejo padre, ni el amor debido,
que debiera alegrar a Penélope, vencer pudieron el ardor
interno que tuve yo de conocer el mundo,
y el vicio y la virtud de los humanos; mas me arrojé al profundo
mar abierto, con un leño tan sólo, y la pequeña tripulación que
nunca me dejaba.

Un litoral y el otro vi hasta España, y Marruecos, y la isla de los
sardos,

y las otras que aquel mar baña en torno. Viejos y tardos ya nos
encontrábamos, al arribar a aquella boca estrecha
donde Hércules plantara sus columnas, para que el hombre más
allá no fuera: a mano diestra ya dejé Sevilla,
y la otra mano se quedaba Ceuta.»

«Oh hermanos dije , que tras de cien mil peligros a occidente
habéis llegado, ahora que ya es tan breve la vigilia
de los pocos sentidos que aún nos quedan, negaros no queráis
a la experiencia, siguiendo al sol, del mundo inhabitado.

Considerar cuál es vuestra progenie: hechos no estáis a vivir
como brutos, mas para conseguir virtud y ciencia.» A mis
hombres les hice tan ansiosos del camino con esta breve
arenga, que no hubiera podido detenerlos;
y vuelta nuestra proa a la mañana, alas locas hicimos de los
remos,
inclinándose siempre hacia la izquierda.

Del otro polo todas las estrellas vio ya la noche, y el nuestro tan
bajo
que del suelo marino no surgía. Cinco veces ardiendo y
apagada era la luz debajo de la luna,
desde que al alto paso penetramos, cuando vimos una
montaña, oscura por la distancia, y pareció tan alta

cual nunca hubiera visto monte alguno. Nos alegramos, mas se
volvió llanto: pues de la nueva tierra un torbellino nació, y le
golpeó la proa al leño.

Le hizo girar tres veces en las aguas; a la cuarta la popa alzó a
lo alto, bajó la proa como Aquél lo quiso-
hasta que el mar cerró sobre nosotros.

CANTO XXVII

Quieta estaba la llama ya y derecha para no decir más, y se
alejaba

con la licencia del dulce poeta, cuando otra, que detrás de ella
venía, hizo volver los ojos a su punta, porque salía de ella un son
confuso.

Como mugía el toro siciliano que primero mugió, y eso fue justo,
con el llanto de aquel que con su lima lo templó, con la voz del
afligido,

que, aunque estuviese forjado de bronce, de dolor parecía
traspasado;

así, por no existir hueco ni vía para salir del fuego, en su
lenguaje las palabras amargas se tornaban. Mas luego al
encontrar ya su camino por el extremo, con el movimiento que

la lengua le diera con su paso, escuchamos: «Oh tú, a quien yo
dirijo

la voz y que has hablado cual lombardo,
diciendo: “Vete ya; más no te incito”, aunque he llegado acaso
un poco tarde, no te pese el quedarte a hablar conmigo:

¡Mira que no me pesa a mí, que ardo! Si tú también en este
mundo ciego has oído de aquella dulce tierra latina, en que yo
fui culpable, dime

si tiene la Romaña paz o guerra; pues yo nací en los montes
entre Urbino

y el yugo del que el Tiber se desata.» Inclinado y atento aún me
encontraba, cuando al costado me tocó mi guía,

diciéndome: «Habla tú, que éste es latino.» Yo, que tenía la
respuesta pronta,

comencé a hablarle sin demora alguna:

«Oh alma que te escondes allá abajo, tu Romaña no está, no
estuvo nunca, sin guerra en el afán de sus tiranos; mas palpable
ninguna dejé ahora.

Rávena está como está ha muchos años: le los Polenta el águila
allí anida,

al que a Cervia recubre con sus alas. La tierra que sufrió la
larga prueba hizo de francos un montón sangriento, bajo las
garras verdes permanece.

El mastín viejo y joven de Verruchio, que mala guardia dieron a
Montaña, clavan, donde solían, sus colmillos.

Las villas del Santerno y del Camone manda el leoncito que
campea en blanco, que de verano a invierno el bando muda; y
aquella cuyo flanco el Savio baña, como entre llano y monte se
sitúa,

vive entre estado libre y tiranía.

Ahora quién eres, pido que me cuentes: no seas más duro que
lo fueron otros;

tu nombre así en el mundo tenga fama.» Después que el fuego
crepitó un momento a su modo, movió la aguda punta

de aquí, de allí, y después lanzó este soplo:

«Si creyera que diese mi respuesta a persona que al mundo
regresara,

dejaría esta llama de agitarse; pero, como jamás desde este
fondo nadie vivo volvió, si bien escucho, sin temer a la infamia,
te contestó: Guerrero fui, y después fui cordelero, creyendo, así
ceñido, hacer enmienda,

y hubiera mi deseo realizado,

si a las primeras culpas, el gran Preste, que mal haya, tornado
no me hubiese;

y el cómo y el porqué, quiero que escuches: Mientras que forma
fui de carne y huesos que mi madre me dio, fueron mis obras
no leoninas sino de vulpeja; las acechanzas, las ocultas sendas
todas las supe, y tal llevé su arte,

que iba su fama hasta el confín del mundo.

Cuando vi que llegaba a aquella parte de mi vida, en la que
cualquiera debe arriar las velas y lanzar amarras,

lo que antes me plació, me pesó entonces, y arrepentido me
volví y confeso,

¡ah miserable!, y me hubiera salvado.

El príncipe de nuevos fariseos, haciendo guerra cerca de Letrán,
y no con sarracenos ni judíos,

que su enemigo todo era cristiano, y en la toma de Acre nadie
estuvo

ni comerciando en tierras del Sultán; ni el sumo oficio ni las
sacras órdenes en sí guardó, ni en mí el cordón aquel

que suele hacer delgado a quien lo ciñe.

Pero, como a Silvestre Constantino, allí en Sirati a curarle de
lepra, así como doctor me llamó éste para curarle la soberbia

fiebre:

pidióme mi consejo, y yo callaba, pues sus palabras ebrias parecían.

Luego volvió a decir: «Tu alma no tema; de antemano te absuelvo; enséñame

la forma de abatir a Penestrino.

El cielo puedo abrir y cerrar puedo, porque son dos las llaves, como sabes, que mi predecesor no tuvo aprecio.» Los graves argumentos me punzaron y, pues callar peor me parecía,

le dije: “Padre, ya que tú me lavas de aquel pecado en el que caigo ahora,

larga promesa de cumplir escaso hará que triunfes en el alto solio.” Luego cuando morí, vino Francisco, mas uno de los negros querubines

le dijo: “No lo laves: no me enfades. Ha de venirse con mis condenados, puesto que dio un consejo fraudulento, y le agarro del pelo desde entonces;

que a quien no se arrepiente no se absuelve, ni se puede querer y arrepentirse,

pues la contradicción no lo consiente.”

¡Oh miserable, cómo me aterraba al agarrarme diciéndome:

“¿Acaso

no pensabas que lógico yo fuese?” A Minos me condujo, y ocho veces al duro lomo se ciñó la cola, y después de morderse enfurecido, dijo: “Este es reo de rabiosa llama”, por lo cual donde ves estoy perdido y, así vestido, andando me lamento.» Cuando hubo terminado su relato, se retiró la llama dolorida, torciendo y debatiendo el cuerno agudo.

A otro lado pasamos, yo y mi guía, por cima del escollo al otro arco que cubre el foso, donde se castiga a los que, discordiando, adquieren pena.

CANTO XXVIII

Aun si en prosa lo hiciese, ¿quién podría de tanta sangre y plagas como vi hablar, aunque contase mochas veces? En verdad toda lengua fuera escasa porque nuestro lenguaje y nuestra mente no tienen juicio para abarcar tanto. Aunque reuniesen a todo aquel gentío que allí sobre la tierra infortunada de Apulia, fue de su sangre doliente por los troyanos y la larga guerra que tan grande despojo hizo de anillos, cual Livio escribe, y nunca se equivoca; y quien sufrió los daños de los golpes

por oponerse a Roberto Guiscardo;
y la otra cuyos huesos aún se encuentran en Caperano, donde
fue traidor
todo el pullés; y la de Tegliacozzo, que venció desarmado el
viejo Alardo, y cuál cortado y cuál roto su miembro mostrase,
vanamente imitaría
de la novena bolsa el modo inmundo. Una cuba, que duela o
fondo pierde, como a uno yo vi, no se vacía,
de la barbilla abierto al bajo vientre; por las piernas las tripas le
colgaban, vela la asadura, el triste saco
que hace mierda de todo lo que engulle. Mientras que en verlo
todo me ocupaba, me miró y con la mano se abrió el pecho
diciendo: «¡Mira cómo me desgarró! imira qué tan maltrecho
está Mahoma!
Delante de mí Alí llorando marcha, rota la cara del cuello al
copete.

Todos los otros que tú ves aquí, sembradores de escándalo y de
cisma vivos fueron, y así son desgarrados. Hay detrás un
demonio que nos abre, tan crudamente, al tajo de la espada,
cada cual de esta fila sometiendo, cuando la vuelta damos al
camino; porque nuestras heridas se nos cierran antes que otros
delante de él se pongan.

Mas ¿quién eres, que husmeas en la roca,

tal vez por retrasar ir a la pena, con que son castigadas tus
acciones?»

«Ni le alcanza aún la muerte, ni el castigo respondió mi maestro
le atormenta; mas, por darle conocimiento pleno,
yo, que estoy muerto, debo conducirlo por el infierno abajo
vuelta a vuelta:

y esto es tan cierto como que te hablo.» Mas de cien hubo que,
cuando lo oyeron, en el foso a mirarme se pararon
llenos de asombro, olvidando el martirio.

« Pues bien, di a Fray Dolcín que se abastezca, tú que tal vez
verás el sol en breve,

si es que no quiere aquí seguirme pronto, tanto, que, rodeado
por la nieve,

no deje la victoria al de Novara, que no sería fácil de otro
modo.»

Después de alzar un pie para girarse, estas palabras díjome
Mahoma; luego al marcharse lo fijó en la tierra.

Otro, con la garganta perforada, cortada la nariz hasta las
cejas, que una oreja tenía solamente, con los otros quedó,
maravillado,

y antes que los demás, abrió el gáznate, que era por fuera rojo
por completo;

y dijo: «Oh tú a quien culpa no condena y a quien yo he visto en
la tierra latina, si mucha semejanza no me engaña, acuérdate
de Pier de Medicina,

si es que vuelves a ver el dulce llano, que de Vercelli a Marcabó
desciende. Y haz saber a los dos grandes de Fano, a maese
Guido y a maese Angiolello, que, si no es vana aquí la profecía,
arrojados serán de su bajel,

y agarrotados cerca de Cattolica, por traición de tirano
fementido.

Entre la isla de Chipre y de Mallorca no vio nunca Neptuno tal
engaño, no de piratas, no de gente argólica. Aquel traidor que
ve con sólo uno,

y manda en el país que uno a mi lado quisiera estar ayuno de
haber visto, ha de hacerles venir a una entrevista; luego hará
tal, que al viento de Focara no necesitarán preces ni votos.»

Y yo le dije: «Muéstrame y declara, si quieres que yo lleve tus
noticias, quién es el de visita tan amarga.» Puso entonces la
mano en la mejilla de un compañero, y abrióle la boca,
gritando: «Es éste, pero ya no habla; éste, exiliado, sembraba la
duda,

diciendo a César que el que está ya listo siempre con daño el
esperar soporta.»

¡Oh cuán acobardado parecía, con la lengua cortada en la garganta, Curión que en el hablar fue tan osado! Y uno, con una y otra mano mochas,

que alzaba al aire oscuro los muñones, tal que la sangre le ensuciaba el rostro, gritó: «Te acordarás también del Mosca, que dijo: “Lo empezado fin requiere”, que fue mala simiente a los toscanos.» Y yo le dije: «Y muerte de tu raza.»

Y él, dolor a dolor acumulado, se fue como persona triste y loca. Mas yo quedé para mirar el grupo, y vi una cosa que me diera miedo,

sin más pruebas, contarla solamente, si no me asegurase la conciencia, esa amiga que al hombre fortifica en la confianza de sentirse pura.

Yo vi de cierto, y parece que aún vea, un busto sin cabeza andar lo mismo que iban los otros del rebaño triste; la testa trunca agarraba del pelo,

cual un farol llevándola en la mano; y nos miraba, y «¡Ay de mí!» decía. De sí se hacía a sí mismo lucerna,

y había dos en uno y uno en dos: cómo es posible sabe Quien tal manda. Cuando llegado hubo al pie del puente,

alzó el brazo con toda la cabeza, para decir de cerca sus palabras,

que fueron: «Mira mi pena tan cruda

tú que, inspirando vas viendo a los muertos; mira si alguna hay
grande como es ésta.

Y para que de mí noticia lleves

sabrás que soy Bertrand de Born, aquel que diera al joven rey
malos consejos. Yo hice al padre y al hijo enemistarse:

Aquitael no hizo más de Absalón y de David con perversas
punzadas: Y como gente unida así he partido, partido llevo mi
cerebro, ¡ay triste!,

de su principio que está en este tronco. Y en mí se cumple la
contrapartida.»

CANTO XXIX

La mucha gente y las diversas plagas, tanto habían mis ojos
embriagado, que quedarse llorando deseaban;

mas Virgilio me dijo: «¿En qué te fijas?

¿Por qué tu vista se detiene ahora tras de las tristes sombras
mutiladas? Tú no lo hiciste así en las otras bolsas; piensa, si
enumerarlas crees posible, que millas veintidós el valle abarca.

Y bajo nuestros pies ya está la luna: Del tiempo concedido
queda poco,

y aún nos falta por ver lo que no has visto.»

«Si tú hubieras sabido le repuse- la razón por la cual miraba, acaso me hubieses permitido detenerme.» Ya se marchaba, y yo detrás de él, mi guía, respondiendo a su pregunta y añadiéndole: «Dentro de la cueva,

donde los ojos tan atento puse, creo que un alma de mi sangre llora la culpa que tan caro allí se paga.»

Dijo el maestro entonces: «No entretengas de aquí adelante en ello el pensamiento: piensa otra cosa, y él allá se quede; que yo le he visto al pie del puentecillo señalarte, con dedo amenazante,

y llamarlo escuché Geri del Bello.

Tan distraído tú estabas entonces con el que tuvo Altaforte a su mando, que se fue porque tú no le atendías.»

«Oh guía mío, la violenta muerte que aún no le ha vengado yo repuse- ninguno que comparta su vergüenza, hácele desdeñoso; y sin hablarme

se ha marchado, del modo que imagino; con él por esto he sido más piadoso.» Conversamos así hasta el primer sitio que desde el risco el otro valle muestra,

si hubiese allí más luz, todo hasta el fondo. Cuando estuvimos ya en el postrer claustro de Malasbolsas, y que sus profesos

a nuestra vista aparecer podían, lamentos saeteáronme
diversos,
que herrados de piedad dardos tenían; y me tapé por ello los
oídos.

Como el dolor, si con los hospitales de Valdiquiana entre junio y
septiembre, los males de Maremma y de Cerdeña,

en una fosa juntos estuvieran, tal era aquí; y tal hedor
desprendía,

como suele venir de miembros muertos.

Descendimos por la última ribera del largo escollo, a la siniestra
mano; y entonces pude ver más claramente allí hacia el fondo,
donde la ministra

del alto Sir, infafble justicia, castiga al falseador que aquí
condena.

Yo no creo que ver mayor tristeza en Egina pudiera el pueblo
enfermo, cuando se llenó el aire de ponzoña, pues, hasta el
gusanillo, perecieron los animales; y la antigua gente, según
que los poeta aseguran,

se engendró de la estirpe de la hormiga; como era viendo por el
valle oscuro languidecer las almas a montones.

Cuál sobre el vientre y cuál sobre la espalda, yacía uno del otro,
y como a gatas,

por el triste sendero caminaban.

Muy lentamente, sin hablar, marchábamos, mirando y escuchando a los enfermos, que levantar sus cuerpos no podían.

Vi sentados a dos que se apoyaban, como al cocer se apoyan teja y teja, de la cabeza al pie llenos de pústulas.

Y nunca vi moviendo la almohaza a muchacho esperado por su amo,

ni a aquel que con desgana está aún en vela,

como éstos se mordían con las uñas a ellos mismos a causa de la saña del gran picor, que no tiene remedio; y arrancaban la sarna con las uñas, como escamas de meros el cuchillo, o de otro pez que las tenga más grandes.

«Oh tú que con los dedos te desuellas se dirigió mi guía a uno de aquéllos- y que a veces tenazas de ellos haces, dime si algún latino hay entre éstos que están aquí, así te duren las uñas eternamente para esta tarea.»

«Latinos somos quienes tan gastados aquí nos ves llorando uno repuso ;

¿y quién tú, que preguntas por nosotros?»

Y el guía dijo: «Soy uno que baja con este vivo aquí, de grada en grada, y enseñarle el infierno yo pretendo.» Entonces se rompió
el común apoyo;

y temblando los dos a mí vinieron con otros que lo oyeron de
pasada.

El buen maestro a mí se volvió entonces, diciendo: «Diles todo lo
que quieras»; y yo empecé, pues que él así quería:

«Así vuestra memoria no se borre de las humanas mentes en el
mundo, mas que perviva bajo muchos soles, decidme quiénes
sois y de qué gente: vuestra asquerosa y fastidiosa pena
el confesarlo espanto no os produzca.»

«Yo fui de Arezzo, y Albero el de Siena repuso uno púsome en el
fuego,

pero no me condena aquella muerte. Verdad es que le dije
bromeando:

“Yo sabré alzarme en vuelo por el aire” y aquél, que era curioso
a insensato, quiso que le enseñase el arte; y sólo porque no le
hice Dédalo, me hizo arder así como lo hizo su hijo.

Mas en la última bolsa de las diez,
por la alquimia que yo en el mundo usaba, me echó Minos, que
nunca se equivoca.» Y yo dije al maestro: «tHa habido nunca
gente tan vana como la sienesa?

cierto, ni la francesa llega a tanto.» Como el otro leproso me escuchara, repuso a mis palabras: «Quita a Stricca, que supo hacer tan moderados gastos; y a Niccolò, que el uso dispendioso del clavo descubrió antes que ninguno, en el huerto en que tal simiento crece; y quita la pandilla en que ha gastado Caccia d'Ascian la viña y el gran bosque, y el Abbagliato ha perdido su juicio.

Mas por que sepas quién es quien te sigue contra el sienés, en mí la vista fija,

que mi semblante habrá de responderte: verás que soy la sombra de Capoccio, que falseé metales con la alquimia; y debes recordar, si bien te miro,

que por naturaleza fui una mona.»

CANTO XXX

Cuando Juno por causa de Semele odio tenia a la estirpe tebana,
como lo demostró en tantos momentos, Atamante volvióse tan demente,

que, viendo a su mujer con los dos hijos que en cada mano a uno conducía, gritó: «¡Tendamos redes, y atrapemos a la leona al pasar y a los leoncitos!»; y luego con sus garras despiadadas. agarró al que Learco se llamaba, le volteó y le dio contra una piedra; y ella se ahogó cargada con el otro. Y cuando la fortuna echó por tierra la soberbia de Troya tan altiva, tal que el rey junto al reino fue abatido, Hécuba triste, mísera y cautiva, luego de ver a Polixena muerta, y a Polidoro allí, junto a la orilla del mar, pudo advertir con tanta pena, desgarrada ladró tal como un perro; tanto el dolor su mente trastornaba.

Mas ni de Tebas furias ni troyanas se vieron nunca en nadie tan crueles, ni a las bestias hiriendo, ni a los hombres, cuanto en dos almas pálidas, desnudas, que mordiendo corrían, vi, del modo que el cerdo cuando deja la pocilga. Una cogió a Capocchio, y en el nudo del cuello le mordió, y al empujarle, le hizo arañar el suelo con el vientre. Y el aretino, que quedó temblando, me dijo: « El loco aquel es Gianni Schichi, que rabioso a los otros así ataca.»

«Oh le dije así el otro no te hinque los dientes en la espalda, no
te importe el decirme quién es antes que escape.»

Y él me repuso: «El alma antigua es ésa de la perversa Mirra,
que del padre lejos del recto amor, se hizo querida.

El pecar con aquél consiguió ésta falsificándose en forma de
otra,

igual que osó aquel otro que se marcha, por ganarse a la reina
de las yeguas, falsificar en sí a Buoso Donati, testando y dando
norma al testamento.» Y cuando ya se fueron los rabiosos,
sobre los cuales puse yo la vista,
la volví por mirar a otros malditos.

Vi a uno que un laúd parecería
si le hubieran cortado por las ingles del sitio donde el hombre se
bifurca.

La grave hidropesía, que deforma los miembros con humores
retenidos,
no casado la cara con el vientre,
le obliga a que los labios tenga abiertos, tal como a causa de la
sed el hético,

que uno al mentón, y el otro lleva arriba.

«Ah vosotros que andáis sin pena alguna, y yo no sé por qué, en
el mundo bajo

él nos dijo , mirad y estad atentos a la miseria de maese
Adamo: mientras viví yo tuve cuanto quise,
y una gota de agua, ¡ay triste!, ansío. Los arroyuelos que en las
verdes lomas de Casentino bajan hasta el Arno,
y hacen sus cauces fríos y apacibles, siempre tengo delante, y
no es en vano; porque su imagen aún más me reseca que el mal
con que mi rostro se descarna.

La rígida justicia que me hiere se sirve del lugar en que pequé
para que ponga en fuga más suspiros. Está Romena allí, donde
hice falsa la aleación sigilada del Bautista,
por lo que el cuerpo quemado dejé.

Pero si viese aquí el ánima triste
de Guido o de Alejandro o de su hermano, Fuente Branda, por
verlos, no cambiase.

Una ya dentro está, si las rabiosas sombras que van en torno
no se engañan,

¿mas de qué sirve a mis miembros ligados?

Si acaso fuese al menos tan ligero que anduviese en un siglo
una pulgada,

en el camino ya me habría puesto, buscándole entre aquella
gente infame, aunque once millas abarque esta fosa,

y no menos de media de través.

Por aquellos me encuentro en tal familia: pues me indujeron a
acuñar florines con tres quilates de oro solamente.»

Y yo dije: «¿Quién son los dos mezquinos que humean, cual las
manos en invierno, apretados yaciendo a tu derecha?»

«Aquí los encontré, y no se han movido me repuso al llover yo
en este abismo ni eternamente creo que se muevan.

Una es la falsa que acusó a José; otro el falso Sinón, griego de
Troya: por una fiebre aguda tanto hieden.»

Y uno de aquéllos, lleno de fastidio tal vez de ser nombrados
con desprecio,

le dio en la dura panza con el puño. Ésta sonó cual si fuese un
tambor; y maese Adamo le pegó en la cara

con su brazo que no era menos duro, diciéndole: «Aunque no
pueda moverme, porque pesados son mis miembros, suelto
para tal menester tengo mi brazo.»

Y aquél le respondió: « Al encaminarte al fuego, tan veloz no lo
tuviste:

pero sí, y más, cuando falsificabas.» Y el hidrópico dijo: «Eso es
bien cierto;

mas tan veraz testimonio no diste al requerirte la verdad en
Troya.»

«Si yo hablé en falso, el cuño falseaste dijo Sinón y aquí estoy
por un yerro,

y tú por más que algún otro demonio.»

«Acuérdate, perjuro, del caballo repuso aquel de la barriga hinchada ; y que el mundo lo sepa y lo castigue.»

«Y te castigue a ti la sed que agrieta dijo el griego la lengua, el agua inmunda que al vientre le hace valla ante tus ojos.»

Y el monedero dilo: «Así se abra la boca por tu mal, como acostumbra;

que si sed tengo y me hincha el humor, te duele la cabeza y tienes fiebre;

y a lamer el espejo de Narciso, te invitarían muy pocas palabras.»

Yo me estaba muy quieto para oírles cuando el maestro dijo: «¡Vamos, mira! no comprendo qué te hace tanta gracia.» Al oír que me hablaba con enojo,

hacia él me volví con tal vergüenza, que todavía gira en mi memoria.

Como ocurre a quien sueña su desgracia, que soñando aún desea que sea un sueño, tal como es, como si no lo fuese, así yo estaba, sin poder hablar, deseando escusarme, y escusábame sin embargo, y no pensaba hacerlo.

«Falta mayor menor vergüenza lava dijo el maestro , que ha sido la tuya; así es que ya descarga tu tristeza.

Y piensa que estaré siempre a tu lado, si es que otra vez te lleva
la fortuna

donde haya gente en pleitos semejantes: pues el querer oír eso
es vil deseo.»

CANTO XXXI

La misma lengua me mordió primero, haciéndome teñir las dos
mejillas,

y después me aplicó la medicina: así escuché que solía la lanza
de Aquiles y su padre ser causante primero de dolor, después
de alivio, Dimos la espalda a aquel mísero valle por la ribera
que en torno le ciñe,

y sin ninguna charla lo cruzamos. No era allí ni de día ni de
noche, y poco penetraba con la vista;

pero escuché sonar un alto cuerno, tanto que habría a los
truenos callado, y que hacia él su camino siguiendo, me dirigió
la vista sólo a un punto.

Tras la derrota dolorosa, cuando Carlomagno perdió la santa
gesta, Orlando no tocó con tanta furia. A poco de volver allí mi
rostro, muchas torres muy altas creí ver;

y yo: «Maestro, di, ¿qué muro es éste?» Y él a mí: «Como cruzas
las tinieblas demasiado a lo lejos, te sucede
que en el imaginar estás errado. Bien lo verás, si llegas a su
vera,

cuánto el seso de lejos se confunde; así que marcha un poco
más aprisa.» Y con cariño cogióme la mano,
y dijo: «Antes que hayamos avanzado, para que menos raro te
parezca,

sabe que no son torres, mas gigantes, y en el pozo al que cerca
esta ribera están metidos, del ombligo abajo.» Como al irse la
niebla disipando,

la vista reconoce poco a poco

lo que esconde el vapor que arrastra el aire, así horadando el
aura espesa y negra,

más y más acercándonos al borde, se iba el error y el miedo me
crecía; pues como sobre la redonda cerca Monterregión de
torres se corona,

así aquel margen que el pozo circunda con la mitad del cuerpo
torreaban los horribles gigantes, que amenaza aún desde el
cielo Júpiter tronando. Y yo miraba ya de alguno el rostro,
la espalda, el pecho y gran parte del vientre, y los brazos
cayendo a los costados.

Cuando dejó de hacer Naturaleza aquellos animales, muy bien
hizo, porque tales ayudas quitó a Marte;

Y si ella de elefantes y ballenas no se arrepiente, quien atento
mira,

más justa y más discreta ha de tenerla; pues donde el
argumento de la mente

al mal querer se junta y a la fuerza, el hombre no podría
defenderse.

Su cara parecía larga y gruesa como la Piña de San Pedro, en
Roma, y en esta proporción los otros huesos;

y así la orilla, que les ocultaba del medio abajo, les mostraba
tanto de arriba, que alcanzar su cabellera tres frisiones en vano
pretendiesen; pues treinta grandes palmos les veía

de abajo al sitio en que se anuda el manto.

«Raphel may amech zabi almi», a gritar empezó la fiera boca,

a quien más dulces salmos no convienen. Y mi guía hacia él: «

¡Alma insensata, coge tu cuerno, y desfoga con él

cuanta ira o pasión así te agita! Mirate al cuello, y hallarás la

soga que amarrado lo tiene, alma turbada, mira cómo tu

enorme pecho aprieta.»

Después me dijo: «A sí mismo se acusa. Este es Nembrot, por

cuya mala idea sólo un lenguaje no existe en el mundo.

Dejémosle, y no hablemos vanamente, porque así es para él cualquier lenguaje, cual para otros el suyo: nadie entiende.»

Seguimos el viaje caminando

a la izquierda, y a un tiro de ballesta, otro encontramos más feroz y grande. Para ceñirlo quién fuera el maestro,

decir no sé, pero tenía atados delante el otro, atrás el brazo diestro,

una cadena que le rodeaba

del cuello a abajo, y por lo descubierta le daba vueltas hasta cinco veces.

«Este soberbio quiso demostrar contra el supremo Jove su potencia dijo mi guía y esto ha merecido.

Se llama Efialte; y su intentona hizo al dar miedo a los dioses los gigantes:

los brazos que movió, ya más no mueve.» Y le dije: «Quisiera, si es posible,

que del desmesurado Briareo puedan tener mis ojos experiencia.» Y él me repuso: «A Anteo ya verás cerca de aquí, que habla y está libre,

que nos pondrá en el fondo del infierno. Aquel que quieres ver, está muy lejos,

y está amarrado y puesto de igual modo, salvo que aún más feroz el rostro tiene.» No hubo nunca tan fuerte terremoto, que moviese una torre con tal fuerza, como Efialte fue pronto en revolverse.

Más que nunca temí la muerte entonces, y el miedo solamente bastaría

aunque no hubiese visto las cadenas. Seguimos caminando hacia adelante y llegamos a Anteo: cinco alas salían de la fosa, sin cabeza.

«Oh tú que en el afortunado valle

que heredero a Escipión de gloria hizo, al escapar Aníbal con los suyos,

mil leones cazaste por botín,

y que si hubieses ido a la alta lucha de tus hermanos, hay quien ha pensado

que vencieran los hijos de la Tierra; bájanos, sin por ello despreciarnos, donde al Cocito encierra la friura. A Ticio y a Tifeo no nos mandes; éste te puede dar lo que deseas; inclínate, y no tuerzas el semblante.

Aún puede darte fama allá en el mundo, pues que está vivo y larga vida espera, si la Gracia a destiempo no le llama.»

Así dijo el maestro; y él de prisa tendió la mano, y agarró a mi
guía,

con la que a Hércules diera el fuerte abrazo.

Virgilio, cuando se sintió cogido, me dijo: «Ven aquí, que yo te
coja»;

luego hizo tal que un haz éramos ambos.

Cual parece al mirar la Garisenda donde se inclina, cuando va
una nube sobre ella, que se venga toda abajo; tal parecióme

Anteo al observarle

y ver que se inclinaba, y fue en tal hora que hubiera preferido
otro camino.

Mas levemente al fondo que se traga a Lucifer con Judas, nos
condujo;

y así inclinado no hizo más demora, y se alzó como el mástil en
la nave.

CANTO XXXII

Si rimas broncas y ásperas tuviese, como merecerfa el agujero
sobre el que apoyan las restantes rocas exprimiría el jugo de mi
tema

más plenamente; mas como no tengo, no sin miedo a contarlo
me dispongo; que no es empresa de tomar a juego de todo el
orbe describir el fondo,

ni de lengua que diga «mama» o «papa».

Mas a mi verso ayuden las mujeres que a Anfión a cerrar Tebas
ayudaron, y del hecho el decir no sea diverso.

¡Oh sobre todas mal creada plebe, que el sitio ocupas del que
hablar es duro,

mejor serla ser cabras u ovejas!

Cuando estuvimos ya en el negro pozo, de los pies del gigante
aún más abajo, y yo miraba aún la alta muralla,

oí decirme: «Mira dónde pisas: anda sin dar patadas a la triste
cabeza de mi hermano desdichado.»

Por lo cual me volví, y vi por delante y a mis plantas un lago
que, del hielo, de vidrio, y no de agua, tiene el rostro.

A su corriente no hace tan espeso velo, en Austria, el Danubio
en el invierno,

ni bajo el frío cielo allá el Tanais,

como era allí; porque si el Pietrapana o el Tambernic, encima le
cayese,

ni «crac» hubiese hecho por el golpe.

Y tal como croando está la rana, fuera del agua el morro,
cuando sueña con frecuencia espigar la campesina, lívidas,
hasta el sitio en que aparece

la vergüenza, en el hielo había sombras, castañeteando el
diente cual cigüeñas. Hacia abajo sus rostros se volvían:

el frío con la boca, y con los ojos el triste corazón
testimoniaban.

Después de haber ya visto un poco en torno, miré, a mis pies, a
dos tan estrechados,

que mezclados tenían sus cabellos.

«Decidme, los que así apretáis los pechos les dije ¿Quiénes
sois?» Y el cuello irguieron;

y al alzar la cabeza, chorrearon sus ojos, que antes eran sólo
blandos

por dentro, hasta los labios, y ató el hielo las lágrimas entre
ellos, encerrándolos.

Leño con leño grapa nunca une
tan fuerte; por lo que, como dos chivos, los dos se golpearon
iracundos.

Y uno, que sin orejas se encontraba por la friura, con el rostro
gacho,

dijo: «¿Por qué nos miras de ese modo? Si saber quieres quién
son estos dos, el valle en que el Bisenzo se derrama

fue de Alberto, su padre, y de estos hijos.

De igual cuerpo salieron; y en Caína podrás buscar, y no encontrarás sombra más digna de estar puesta en este hielo; no aquel a quien rompiera pecho y sombra, por la mano de Arturo, un solo golpe; no Focaccia; y no éste, que me tapa con la cabeza y no me deja ver, y fue llamado Sassol

Mascheroni:

si eres toscano bien sabrás quién fue.

Y porque en más sermones no me metas, sabe que fui

Camincion dei Pazzi;

y espero que Carlino me haga bueno.» Luego yo vi mil rostros por el frío amoratados, y terror me viene,

y siempre me vendrá de aquellos hielos.

Y mientras que hacia el centro caminábamos, en el que toda gravedad se aúna,

y yo en la eterna lobreguez temblaba, si el azar o el destino o Dios lo quiso, no sé; mas paseando entre cabezas, golpeé con el pie el rostro de una.

Llorando me gritó: «¿Por qué me pisas? Si a aumentar tú no vienes la venganza de Monteaperti, ¿por qué me molestas?» Y yo: «Maestro mío, espera un poco pues quiero que me saque éste de dudas; y luego me darás, si quieres, prisa.»

El guía se detuvo y dije a aquel que blasfemaba aún muy duramente:

« ¿Quién eres tú que así reprendes a otros?»

«Y tú ¿quién eres que por la Antenora vas golpeando respondió los rostros,

de tal forma que, aun vivo, mucho fuera?»

«Yo estoy vivo, y acaso te convenga fue mi respuesta , si es que quieres fama, que yo ponga tu nombre entre los otros.»

Y él a mí: «Lo contrario desearía; márchate ya de aquí y no me molestes, que halagar sabes mal en esta gruta.» Entonces le cogí por el cogote,

y dije: «Deberás decir tu nombre, o quedarte sin pelo aquí debajo.»

Por lo que dijo: «Aunque me descabelles, no te diré quién soy, ni he de decirlo, aunque mil veces golpees mi cabeza.»

Ya enroscados tenía sus cabellos,

y ya más de un mechón le había arrancado, mientras ladraba con la vista gacha, cuando otro le gritó: «¿Qué tienes, Bocca?

¿No te basta sonar con las quijadas, sino que ladras? ¿quién te da tormento?»

«Ahora le dije yo no quiero oírte, oh malvado traidor: que en tu deshonra,

he de llevar de ti veraces nuevas.»

«Vete repuso y di lo que te plazca, pero no calles, si de aquí salieras, de quien tuvo la lengua tan ligera. Él llora aquí el dinero del francés:

“Yo vi podrás decir- a aquel de Duera, donde frescos están los pecadores.”

Si fuera preguntado “¿y esos otros?”, tienes al lado a aquel de Beccaría, del cual segó Florencia la garganta. Gianni de Soldanier creo que está allá con Ganelón y Teobaldelo, que abrió Faenza mientras que dormía.» Nos habíamos de éstos alejado, cuando vi a dos helados en un hoyo, y una cabeza de otra era sombrero; y como el pan con hambre se devora, así el de arriba le mordía al otro donde se juntan nuca con cerebro.

No de otra forma Tideo roía

la sien a Menalipo por despecho, que aquél el cráneo y las restantes cosas.

«Oh tú, que muestras por tan brutal signo un odio tal por quien así devoras, dime el porqué le dije de ese trato, que si tú con razón te quejas de él, sabiendo quiénes sois, y su pecado, aún en el mundo pueda yo vengarte,

si no se seca aquella con la que hablo.»

CANTO XXXIII

De la feroz comida alzó la boca el pecador, limpiándola en los
pelos

de la cabeza que detrás roía.

Luego empezó: «Tú quieres que renueve el amargo dolor que
me atenaza

sólo al pensarlo, antes que de ello hable. Mas si han de ser
simiente mis palabras que dé frutos de infamia a este traidor
que muerdo, al par verás que lloro y hablo.

Ignoro yo quién seas y en qué forma has llegado hasta aquí,
mas de Florencia de verdad me pareces al oírte.

Debes saber que fui el conde Ugolino y este ha sido Ruggieri, el
arzobispo; por qué soy tal vecino he de contarte.

Que a causa de sus malos pensamientos, y fiándome de él fui
puesto preso

y luego muerto, no hay que relatarlo; mas lo que haber oído no
pudiste, quiero decir, lo cruel que fue mi muerte, escucharás:
sabrás si me ha ofendido.

Un pequeño agujero de «la Muda» que por mí ya se llama «La
del Hambre», y que conviene que a otros aún encierre,
enseñado me había por su hueco muchas lunas, cuando un mal
sueño tuve

que me rasgó los velos del futuro. Éste me apareció señor y
dueño, a la caza del lobo y los lobeznos
en el monte que a Pisa oculta Lucca.

Con perros flacos, sabios y amaestrados, los Gualandis,
Lanfrancos y Sismondis al frente se encontraban bien
dispuestos.

Tras de corta carrera vi rendidos
a los hijos y al padre, y con colmillos

agudos vi morderles los costados.

Cuando me desperté antes de la aurora, llorar sentí en el sueño
a mis hijitos que estaban junto a mí, pidiendo pan. Muy cruel
serás si no te dueles de esto,

pensando lo que en mi alma se anunciaba: y si no lloras, ¿de
qué llorar sueles?

Se despertaron, y llegó la hora en que solían darnos la comida,
y por su sueño cada cual dudaba.

Y oí clavar la entrada desde abajo de la espantosa torre; y yo miraba la cara a mis hijitos sin moverme. Yo no lloraba, tan de piedra era; lloraban ellos; y Anselmuccio dijo:

«Cómo nos miras, padre, ¿qué te pasa?»

Pero yo no lloré ni le repuse

en todo el día ni al llegar la noche, hasta que un nuevo sol salía a mundo.

Como un pequeño rayo penetrase en la penosa cárcel, y mirara en cuatro rostros mi apariencia misma, ambas manos de pena me mordía;

y al pensar que lo hacía yo por ganas de comer, bruscamente levantaron, diciendo: « Padre, menos nos doliera si comes de nosotros; pues vestiste estas míseras carnes, las despoja.»

Por más no entristecerlos me calmaba; ese día y al otro nada hablamos:

Ay, dura tierra, ¿por qué no te abriste? Cuando hubieron pasado cuatro días, Gaddo se me arrojó a los pies tendido, diciendo: «Padre, ¿por qué no me ayudas?» Allí murió: y como me estás viendo,

vi morir a los tres uno por uno al quinto y sexto día; y yo me daba

ya ciego, a andar a tientas sobre ellos.

Dos días les llamé aunque estaban muertos: después más que el
dolor pudo el ayuno.»

Cuando esto dijo, con torcidos ojos volvió a morder la mísera
cabeza,

y los huesos tan fuerte como un perro.

¡Ah Pisa, vituperio de las gentes del hermoso país donde el «sí»
suena!,

pues tardos al castigo tus vecinos, muévanse la Gorgona y la
Capraia,

y hagan presas allí en la hoz del Arno, para anegar en ti a toda
persona;

pues si al conde Ugolino se acusaba por la traición que hizo a
tus castillos, no debiste a los hijos dar tormento.

Inocentes hacía la edad nueva, nueva Tebas, a Uguiccione y al
Brigada

y a los otros que el canto ya ha nombrado.» A otro lado
pasamos, y a otra gente envolvía la helada con crudeza,

y no cabeza abajo sino arriba.

El llanto mismo el lloro no permite, y la pena que encuentra el
ojo lleno,

vuelve hacia atrás, la angustia acrecentando; pues hacen muro
las primeras lágrimas,

y así como viseras cristalinas, llenan bajo las cejas todo el vaso.

Y sucedió que, aun como encallecido por el gran frío cualquier sentimiento hubiera abandonado ya mi rostro,

me parecía ya sentir un viento,

por lo que yo: «Maestro, ¿quién lo hace?,

¿No están extintos todos los vapores?» Y él me repuso: «En breve será cuando a esto darán tus ojos la respuesta, viendo la causa que este soplo envía.» Y un triste de esos de la fría costra gritó: «Ah vosotras, almas tan crueles, que el último lugar os ha tocado,

del rostro levantar mis duros velos,

que el dolor que me oprime expulsar pueda, un poco antes que el llanto se congele.»

Y le dije: «Si quieres que te ayude, dime quién eres, y si no te libro, merezca yo ir al fondo de este hielo.» Me respondió: «Yo soy fray Alberigo; soy aquel de la fruta del mal huerto, que por el higo el dátil he cambiado.»

«Oh, ¿ya estás muerto díjele yo entonces?»

Y él repuso: «De cómo esté mi cuerpo en el mundo, no tengo ciencia alguna.

Tal ventaja tiene esta Tolomea, que muchas veces caen aquí las almas

antes de que sus dedos mueva Atropos; y para que de grado tú
me quites

las lágrimas vidriadasas de mi rostro, sabe que luego que el
alma traiciona, como yo hiciera, el cuerpo le es quitado por un
demonio que después la rige, hasta que el tiempo suyo todo
acabe.

Ella cae en cisterna semejante;

y es posible que arriba esté aún el cuerpo de la sombra que
aquí detrás inverna.

Tú lo debes saber, si ahora has venido: que es Branca Doria, y
ya han pasado muchos

años desde que fuera aquí encerrado.»

«Creo le dije yo que tú me engañas; Branca Doria no ha muerto
todavía,

y come y bebe y duerme y paños viste.»

«Al pozo él respondió de Malasgarras, donde la pez rebulle
pegajosa,

aún no había caído Miguel Zaque, cuando éste le dejó al
diablo un sitio en su cuerpo, y el de un pariente suyo que la
traición junto con él hiciera.

Mas extiende por fin aquí la mano; abre mis ojos.» Y no los abrí;
y cortesia fue el villano serle.

¡Ah genoveses, hombres tan distantes de todo bien, de toda
lacra llenos!,

¿por qué no sois del mundo desterrados?

Porque con la peor alma de Romaña hallé a uno de vosotros,
por sus obras

su espíritu bañando en el Cocito,
y aún en la tierra vivo con el cuerpo.

CANTO XXXIV

«Vexilla regis prodeunt inferni contra nosotros, mira, pues,
delante

dijo el maestro a ver si los distingues.» Como cuando una
espesa niebla baja, o se oscurece ya nuestro hemisferio,
girando lejos vemos un molino, una máquina tal creí ver
entonces;

luego, por aquel viento, busqué abrigo tras de mi guía, pues no
hallé otra gruta. Ya estaba, y con terror lo pongo en verso,
donde todas las sombras se cubrían, traspareciendo como paja
en vidrio: Unas yacen; y están erguidas otras,
con la cabeza aquella o con las plantas; otra, tal arco, el rostro
a los pies vuelve.

Cuando avanzamos ya lo suficiente, que a mi maestro le plació
mostrarme la criatura que tuvo hermosa cara,
se me puso delante y me detuvo,
«Mira a Dite diciendo , y mira el sitio donde tendrás que
armarte de valor.» De cómo me quedé helado y atónito,
no lo inquietas, lector, que no lo escribo, porque cualquier
hablar poco sería.

Yo no morí, mas vivo no quedé:

piensa por ti, si algún ingenio tienes, cual me puse, privado de
ambas cosas.

El monarca del doloroso reino,
del hielo aquel sacaba el pecho afuera; y más con un gigante
me comparo, que los gigantes con sus brazos hacen: mira pues
cuánto debe ser el todo

que a semejante parte corresponde.

Si igual de bello fue como ahora es feo, y contra su hacedor
alzó los ojos,

con razón de él nos viene cualquier luto.

¡Qué asombro tan enorme me produjo cuando vi su cabeza con
tres caras!

Una delante, que era toda roja: las otras eran dos, a aquella unidas por encima del uno y otro hombro, y uníanse en el sitio de la cresta; entre amarilla y blanca la derecha parecía; y la izquierda era tal los que vienen de allí donde el Nilo discurre. Bajo las tres salía un gran par de alas, tal como convenía a tanto pájaro: velas de barco no vi nunca iguales. No eran plumosas, sino de murciélago su aspecto; y de tal forma aleteaban, que tres vientos de aquello se movían: por éstos congelábase el Cocito; con seis ojos lloraba, y por tres barbas corría el llanto y baba sanguinosa.

En cada boca hería con los dientes

a un pecador, como una agramadera, tal que a los tres atormentaba a un tiempo.

Al de delante, el morder no era nada comparado a la espalda, que a zarpazos toda la piel habíale arrancado.

«Aquella alma que allí más pena sufre dijo el maestro es Judas Iscariote, con la cabeza dentro y piernas fuera. De los que la cabeza afuera tienen,

quien de las negras fauces cuelga es Bruto:

¡mirale retorcerse! ¡y nada dice!

Casio es el otro, de aspecto membrudo. Mas retorna la noche, y ya es la hora de partir, porque todo ya hemos visto.» Como él lo quiso, al cuello le abracé;

y escogió el tiempo y el lugar preciso, y, al estar ya las alas bien abiertas, se sujetó de los peludos flancos:

y descendió después de pelo en pelo, entre pelambre hirsuta y costra helada. Cuando nos encontramos donde el muslo se ensancha y hace gruesas las caderas, el guía, con fatiga y con angustia,

la cabeza volvió hacia los zancajos, y al pelo se agarró como quien sube, tal que al infierno yo creí volver.

«Cógete bien, ya que por esta escala dijo el maestro exhausto y jadeante es preciso escapar de tantos males.» Luego salió por el hueco de un risco,

y junto a éste me dejó sentado; y puso junto a mí su pie prudente.

Yo alcé los ojos, y pensé mirar a Lucifer igual que lo dejamos, y le vi con las piernas para arriba; y si desconcertado me vi entonces,

el vulgo es quien lo piensa, pues no entiende cuál es el trago que pasado había.

«Ponte de pie me dijo mi maestro : la ruta es larga y el camino
es malo, y el sol ya cae al medio de la tercia.»

No era el lugar donde nos encontrábamos pasillo de palacio,
mas caverna

que poca luz y mal suelo tenía.

«Antes que del abismo yo me aparte, maestro dije cuando
estuve en pie , por sacarme de error háblame un poco:

¿Dónde está el hielo?, ¿y cómo éste se encuentra tan boca
abajo, y en tan poco tiempo,

de noche a día el sol ha caminado?»

Y él me repuso: « Piensas todavía que estás allí en el centro, en
que agarré

el pelo del gusano que perfora

el mundo: allí estuviste en la bajada; cuando yo me volví,
cruzaste el punto

en que converge el peso de ambas partes: y has alcanzado ya
el otro hemisferio

que es contrario de aquel que la gran seca recubre, en cuya
cima consumido

fue el hombre que nació y vivió sin culpa;

tienes los pies sobre la breve esfera que a la Judea forma la
otra cara.

Aquí es mañana, cuando allí es de noche: y aquél, que fue
escalera con su pelo,

aún se encuentra plantado igual que antes.

Del cielo se arrojó por esta parte; y la tierra que aquí antes se
extendía, por miedo a él, del mar hizo su velo,

y al hemisferio nuestro vino; y puede que por huir dejara este
vacío

eso que allí se ve, y arriba se alza.» Un lugar hay de Belcebú
alejado tanto cuanto la cárcava se alarga, que el sonido
denota, y no la vista,

de un arroyuelo que hasta allí descende por el hueco de un
risco, al que perfora su curso retorcido y sin pendiente.

Mi guía y yo por esa oculta senda fuimos para volver al claro
mundo; y sin preocupación de descansar, subimos, él primero y
yo después, hasta que nos dejó mirar el cielo un agujero, por el
cual salimos

a contemplar de nuevo las estrellas.

PURGATORIO

CANTO I

Por surcar mejor agua alza las velas ahora la navecilla de mi
ingenio,
que un mar tan cruel detrás de sí abandona; y cantaré de aquel
segundo reino donde el humano espíritu se purga
y de subir al cielo se hace digno. Mas renazca la muerta poesía,
oh, santas musas, pues que vuestro soy; . y Calíope un poco se
levante,
mi canto acompañando con las voces que a las urracas míseras
tal golpe dieron, que del perdón desesperaron.
Dulce color de un oriental zafiro, que se expandía en el sereno
aspecto del aire, puro hasta la prima esfera, reapareció a mi
vista deleitoso,
en cuanto que salí del aire muerto, que vista y pecho
contristado había.
El astro bello que al amor invita hacía sonreír todo el oriente,
y los Peces velados lo escoltaban. Me volví a la derecha
atentamente, y vi en el otro polo cuatro estrellas que sólo vieron
las primeras gentes.

Parecía que el cielo se gozara con sus luces: ¡Oh viudo
septentrión,

ya que de su visión estás privado!

Cuando por fin dejé de contemplarlos dirigiéndome un poco al
otro polo,

por donde el Carro desapareciera, vi junto a mí a un anciano
solitario, digno al verle de tanta reverencia,

que más no debe a un padre su criatura.

Larga la barba y blancos mechones llevaba, semejante a sus
cabellos,

que al pecho en dos mechones le caían.

Los rayos de las cuatro luces santas llenaban tanto su rostro de
luz, que le veía como al Sol de frente.

¿Quién sois vosotros que del ciego río habéis huido la prisión
eterna?

dijo moviendo sus honradas plumas.

¿Quién os condujo, o quién os alumbraba, al salir de esa noche
tan profunda,

que ennegrece los valles del infierno?

¿Se han quebrado las leyes del abismo?

¿o el designio del cielo se ha mudado y venís, condenados, a
mis grutas?» Entonces mi maestro me empujó,
y con palabras, señales y manos piernas y rostro me hizo
reverentes.

Después le respondió: «Por mí no vengo.

Bajó del cielo una mujer rogando que, acompañando a éste, le
ayudara. Mas como tu deseo es que te explique más
ampliamente nuestra condición, no puede ser el mío el ocultarlo.
Éste no ha visto aún la última noche; mas estuvo tan cerca en
su locura,

que le quedaba ya muy poco tiempo. Y a él, como te he dicho,
fui enviado para salvarle; y no había otra ruta
más que esta por la cual le estoy llevando.

Le he mostrado la gente condenada; y ahora pretendo las
almas mostrarle que están purgando bajo tu mandato.

Es largo de contar cómo lo traje; bajó del Alto virtud que me
ayuda

a conducirlo a que te escuche y vea. Dígnate agradecer que
haya venido: busca la libertad, que es tan preciada, cual sabe
quién a cambio da la vida. Lo sabes, pues por ella no fue
amarga en Utica tu muerte; allí dejaste

la veste que radiante será un día.

No hemos quebrado las eternas leyes, pues éste vive y Minos no
me ata; soy de la zona de los castos ojos
de tu Marcia, que sigue suplicando que la tengas por tuya, oh
santo pecho: en nombre de su amor, senos benigno. Deja que
andemos por tus siete reinos; le mostraré nuestro
agradecimiento,
si quieres que te nombre allí debajo.»

«Tan placentera Marcia fue a mis ojos mientras que estuve allí
dijo él entonces- que cuanto me pidió le concedía.

Ahora que vive tras el río amargo, no puede ya moverme, por la
ley

que cuando me sacaron fue dispuesta. Mas si te manda una
mujer del cielo, como has dicho, lisonjas no precisas: basta en
su nombre pedir lo que quieras.

Puedes marchar, mas haz que éste se ciña con un delgado
junco y lave el rostro,
y que se limpie toda la inmundicia; porque no es conveniente
que cubierto de niebla alguna, vaya hasta el primero de los
ministros ya del Paraíso.

En todo el derredor de aquella islita, allí donde las olas la
combaten,

crecen los juncos sobre el blanco limo: ninguna planta que
tuviera fronda

o que dura se hiciera, viviría, pues no soportaría sus embates.
Luego no regreséis por este sitio; el sol os mostrará, que surge
ahora, del monte la subida más sencilla.»

Él desapareció; y me levanté sin hablar, acercándome a mi
guía, dirigiéndole entonces la mirada.

Él comenzó: «Sigue mis pasos, hijo: volvamos hacia atrás, que
esta llanura va declinando hasta su último margen.»

Vencía el alba ya a la madrugada que escapaba delante, y a lo
lejos divisé el tremolar de la marina.

Por la llanura sola caminábamos como quien vuelve a la
perdida senda,

y hasta encontrarla piensa que anda en vano.

Cuando llegamos ya donde el rocío resiste al sol, por estar en un
sitio donde, a la sombra, poco se evapora, ambas manos
abiertas en la hierba suavemente puso mi maestro:

y yo, que de su intento me di cuenta, volví hacia él mi rostro
enlagrimado; y aquí me descubrió completamente

aquel color que me escondió el infierno.

Llegamos luego a la desierta playa, que nadie ha visto navegar
sus aguas, que conserve experiencias del regreso.

Me ciñó como el otro había dicho:
¡oh maravilla! pues cuando él cortó la humilde planta, volvió a
nacer otra de donde la arrancó, súbitamente.

CANTO II

Ya había el sol llegado al horizonte que cubre con su cerco
meridiano Jerusalén en su más alto punto;
y la noche, que a él opuesta gira, del Ganges se salía con
aquellas
balanzas, que le caen cuando ha triunfado; tal que la blanca y
sonrosada cara, donde yo estaba, de la bella Aurora mientras
crecía se tornaba de oro.

A la orilla del mar nos encontrábamos,

como aquel que pensara su camino, que va en corazón y en
cuerpo se queda. Y entonces, cual del alba sorprendido,
por el denso vapor Marte enrojece sobre el lecho del mar por el
poniente, tal se me apareció, y así aún la viera, una luz que en el
mar tan rauda iba, que al suyo ningún vuelo se parece.
Y separando de ella unos instantes los ojos, a mi guía
preguntando,
la vi de nuevo más luciente y grande.

Apareció después a cada lado un no sabía qué blanco, y debajo
poco a poco otra cosa también blanca.

Nada el maestro aún había dicho, cuando vi que eran alas lo
primero; y cuando supo quién era el piloto, me gritó: « Dobra,
dobra las rodillas.

Mira el ángel de Dios: junta las manos, verás a muchos de estos
oficiales.

Ve que desdeña los humanos medios, y no quiere más remo ni
más velas entre orillas remotas, que sus alas. Mira cómo las
alza hacia los cielos moviendo el aire con eternas plumas, que
cual mortal cabello no se mudan.»

Después al acercarse más y más el pájaro divino, era más claro:
y pues de cerca no lo soportaban
los ojos, me incliné, y llegó a la orilla

con una barca tan ligera y ágil, que parecía no cortar el agua.

A popa estaba el celestial barquero, cual si la beatitud llevara
escrita;

y dentro había más de cien espíritus.

«In exitu Israel de Aegipto» cantaban todos juntos a una voz,
y todo lo que sigue de aquel salmo. Después les hizo el signo de
la cruz; y todos se lanzaron a la playa:

y él se marchó tan veloz como vino. La turba que quedó, muy sorprendida pareció del lugar, mirando en torno como aquel que contempla cosas nuevas.

De todas partes asaeteaba al día el sol, que había echado con sus flechas de la mitad del cielo a Capricornio, cuando la nueva gente alzó la cara a nosotros, diciendo: «Si sabéis, mostradnos el camino que va al monte.» Y respondió Virgilio: « Estáis pensando que este sitio nosotros conocemos;

mas peregrinos somos de igual forma. Llegamos poco antes que vosotros, por camino tan áspero y tan fuerte, que ahora el subir parece un simple juego.» Las almas que se dieron cuenta entonces por mi respiración, de que vivía, maravilladas, empalidecieron.

Y como al mensajero que el olivo

trae, va la gente para oír noticias, y de apretarse esquivos no se muestran, así a mi vista se agolparon todas aquellas almas apesadumbradas, casi olvidando el ir a hacerse bellas. Y yo vi que una de ellas se acercaba para abrazarme, con tan grande afecto, que me movió a que hiciese yo lo mismo.

¡Ah vanas sombras, salvo la apariencia! tres veces por detrás
pasé mis brazos, y tantas otras los volví a mi pecho.

Creo que enrojecí, maravillado, y sonrió la sombra y se alejaba,
y yo me fui detrás para seguirla. Suavemente me dijo que
parase;

supe entonces quién era, y le rogué que, para hablarme, allí se
detuviera.

«Así me respondió como te amaba en el cuerpo mortal, libre te
amo:

por eso me detengo; y tú ¿qué haces?»

«Por volver otra vez, Cassella mío, adonde estoy, viajo; mas
¿por qué

le dije tantas horas te han quitado?» Y él a mí: «No me hicieron
injusticia,

si aquel que lleva cuándo y a quien quiere, me ha negado el
pasaje muchas veces;

de justa voluntad sale la suya: mas desde hace tres meses ha
traído a quien quisiera entrar, sin oponerse.

Por lo que yo, que estaba en la marina

donde el agua del Tíber sal se hace, benignamente fui por él
llevado.

El vuelo a aquella desembocadura dirigió, pues que siempre se
congregan allí los que a Aqueronte no descienden.»

Y yo: «Si no te quitan nuevas leyes la memoria o el uso de los
cantos

de amor, que mis deseos quietaban, con ellos té suplico que
consueles

mi alma que, viniendo con mi cuerpo

a este lugar, se encuentra muy angustiada.» El amor que en la
mente me razona entonces comenzó tan dulcemente,

que en mis adentros oigo aún la dulzura.

Mi maestro y yo y aquellas gentes que estaban junto a él, tan
complacidas parecían, que en nada más pensaban.

Todos pendientes y fijos estábamos de sus notas; y el viejo
venerable

nos gritó: «¿Qué sucede, lentas almas?

¿qué negligencia, qué esperar es éste? corred al monte a echar
las impurezas que no os permiten contemplar a Dios.» Como
cuando al coger avena o mijo, las palomas rodean el sustento,
quietas y sin mostrar su usado orgullo, si algo sucede que las
amedrenta, súbitamente dejan la comida,

pues un mayor cuidado las asalta; yo vi a aquella mesnada
recién hecha

dejar el canto y escapar al monte, como quien va y no sabe
dónde acabe: no fue nuestra partida menos presta.

CANTO III

Por más que aquella huida repentina por la llanura a todos
dispersara,
hacia el monte en que aguija la justicia, a mi fiel compañero me
arrimé:

¿pues cómo habría yo sin él corrido?

¿Quién por el monte hubiérame llevado?

Le creí descontento de sí mismo:

¡Oh qué digna y qué pura conciencia con qué amargor te
muerde un leve fallo!

Cuando sus pies dejaron de ir aprisa, que a cualquier acto
quítale el decoro, mi pensamiento, empecinado antes, reanudó
su discurso, deseoso,

y dirigí mis ojos hacia el monte que al cielo más se eleva de las
aguas.

El sol, que atrás en rojo flameaba, se rompía delante de mi
cuerpo, pues sus rayos en mí se detenían. Me volví hacia los
lados temeroso de estar abandonado, cuando vi sólo ante mí la
tierra oscurecida;

y: «¿Por qué desconfías? mi consuelo volviéndose hacia mí
empezó a decirme-

¿no crees que te acompaño y que te guío?

Es ya la tarde donde sepultado
está aquel cuerpo en el que sombra hacía; no en Brindis, sino en
Nápoles se encuentra.

Por lo cual si ante mí nada se ensombra, no debes extrañarte,
igual que el cielo no detiene el camino de los rayos.

Por sufrir penas, frías y calientes, Dios ha dispuesto cuerpos
semejantes, de modo que no quiere revelarnos.

Loco es quien piense que nuestra razón pueda seguir por la
infinita senda

que sigue una sustancia en tres personas.

Os baste con el quía, humana prole; pues, si hubierais podido
verlo todo, ocioso fuese el parto de María;

y tú has visto sin frutos desearlo a tales que aquietaran su
deseo, que eternamente ahora les enluta: de Aristóteles hablo y
de Platón

y aun de otros más»; y aquí inclinó la frente, y más no dijo y
quedóse turbado.

Llegamos entretanto al pie del monte; tan escarpadas estaban
las rocas,

que en vano habrá piernas bien dispuestas.

Entre Rurbia y Lerice el más desierto, el más roto barranco, es
escalera, comparado con éste, abierta y fácil.

«¿Ahora quién sabe en donde la pendiente deteniéndose, dijo
mi maestro-

pueda subir aquel que va sin alas?»

Y mientras meditaba con la vista baja, sobre la suerte del
camino, y yo miraba arriba del peñasco,

a mano izquierda apareció una turba de almas que venía hacia
nosotros, mas tan lentos que no lo parecía.

«Alza dije maestro, la mirada: hay aquí quien podrá darnos
consejo, si no puedes tenerlo por ti mismo.»

Entonces miró, y con el rostro sereno me dijo: «Vamos pues, que
vienen lentos;

y afirma la esperanza, dulce hijo.» Tan lejos aún estaba aquella
gente, luego de haber mil pasos caminado, como un buen
lanzador alcanzaria, cuando a las duras peñas se arrimaron de
la alta sima, quietos y apretados, cual caminante que dudoso
mira.

«Felices muertos, almas elegidas Virgilio dijo por la paz aquella
que todos esperáis, según bien creo, decidnos dónde baja la
montaña, para poder subir; pues más disgusta

perder el tiempo a quien su precio sabe.»

Cual salen del redil las ovejillas de una, de dos, de tres y
temerosas

están las otras, vista y morro en tierra; y lo que la primera
hacen las otras, acercándose a ella si se para,
simples y calmas, y el porqué no saben;

así vi que venía la cabeza

de aquella grey afortunada entonces, con recatado andar y
rostro honesto. Al ver los de delante interrumpida la luz en tierra
a mi derecho flanco

desde mí hasta la roca haciendo sombra, se detuvieron, y hacia
atrás se echaron, y todos esos que detrás venían,

no sabiendo por qué, lo mismo hicieron.

«Sin que lo preguntéis yo os comunico que este cuerpo que veis
es cuerpo humano; por lo que el sol ha interceptado en tierra.

No os debéis asombrar, pero creedme que no sin que lo quieran
en el cielo estas paredes escalar pretende.»

Así el maestro; y esas dignas gentes:

«Volved dijeron y seguid un poco», haciéndonos señales con la
mano.

Y uno de aquéllos empezó: «Quien quiera que seas, vuelve el
rostro mientras andas: recuerda si me viste en la otra vida.»

Volví la vista a él muy fijamente rubio era y bello y de gentil
aspecto, mas un tajo una ceja le partía.

Cuando con humildad hube negado haberle visto nunca, él dijo:
«Mira» y mostróme una llaga sobre el pecho.

Luego sonriendo dijo: «Soy Manfredo: la emperatriz Constanza
fue mi abuela; y te suplico que, cuando regreses,

le digas a mi hermosa hija, madre del honor de Aragón y de
Sicilia,

la verdad, si es que cuentan de otro modo.

Después de ser mi cuerpo atravesado por dos golpes mortales,
me volví llorando a quien perdona de buen grado.

Abominables mis pecados fueron mas tan gran brazo tiene la
bondad infinita, que acoge a quien la implora.

Si el pastor de Cosenza, que a mi caza entonces fue enviado
por Clemente, la página divina comprendiera,

los huesos de mi cuerpo aún estarían al pie del puente junto a
Benevento, y por pesadas piedras custodiados.

Mas los baña la lluvia y mueve el viento, fuera del reino, casi
junto al Verde, donde él los trasladó sin luz alguna.

Mas por su maldición, nunca se pierde, sin que pueda volver, el
infinito

amor, mientras florezca la esperanza. Verdad es que quien muere contumaz, con la Iglesia, aunque al fin arrepentido, fuera debe de estar de esta montaña, treinta veces el tiempo que viviera

en esa presunción, si tal decreto no se acorta con buenas oraciones.

Piensa pues lo dichoso que me harías, a mi buena Constanza revelando cómo me has visto, y esta prohibición:

que aquí, por los de allá, mucho se avanza.

CANTO IV

Cuando algún sufrimiento o alegría de alguna facultad nuestra se adueña, toda en ella se centra nuestra alma,

y no atiende a ninguna otra potencia y es esto contra aquel error que opina

que un alma sobre otra alma arda en nosotros.

Por eso, cuando se oye o se ve algo que atraiga al alma fuertemente a ello,

el tiempo pasa y nada el hombre advierte; porque es una potencia la que escucha,

y otra la que retiene al alma entera: una está casi presa, y la otra libre. Puede experimentar de veras esto, escuchando a aquel alma y admirando; pues bien cincuenta grados ya subido había el sol, sin darme cuenta, cuando llegamos donde, a una, aquellas almas gritaron: «Aquí está lo que buscáis.» Mayor portillo muchas veces cierra con un manojo apenas de zarzales

el campesino al madurar la uva, de lo que era la senda que subimos, yo detrás de mi guía, los dos solos al partir de nosotros aquel grupo. Se va a Sanleo, a Noli se desciende,

se sube a Bismantova hasta la cumbre

a pie, pero volar aquí es preciso; digo con leves alas y con plumas del deseo, detrás de aquel llevado, que me daba esperanza y me alumbraba.

Por un girón subimos de la roca, cuyas paredes casi se juntaban,

y el suelo nos pedía pies y manos.

Cuando ya al borde superior llegamos de la alta base, a un sitio descubierto

«Maestro dije ¿qué camino haremos?» Y él me dijo: «No tuerzas ningún paso; únicamente sígueme hacia el monte, hasta que llegue alguna escolta sabia.»

La cima, de tan alta, era invisible y aún más pina la cuesta que
la raya

que une el medio cuadrante con el centro.

Estaba muy cansado y exclamé:

«Oh dulce padre, vuélvete y advierte que solo quedaré, si no te
paras.»

«Hijo me contestó sube hasta allí», un repliegue más alto
señalando que por allí giraba todo el monte.

Tanto me espolearon sus palabras, que me esforcé trepando
tras de él hasta que puse pies en la cornisa.

Nos sentamos los dos vueltos a oriente, donde estaba el
camino que subimos, que siempre de mirar es agradable.

La vista dirigí primero abajo; luego arriba, hacia el sol, y me
admiraba

que nos hería por el lado izquierdo.

Bien comprendió el poeta que yo estaba por el carro solar
estupefacto,

que entre nosotros y Aquilón nacía.

Por lo cual me explicó: «Si los Gemelos fuesen en compañía de
ese espejo

que lleva la luz arriba y abajo, verías al Zodiaco enrojido

girar aún más cercano de las Osas, si no saliera del camino
usado.

Cómo pueda ocurrir, pensarlo puedes si atentamente observas
que Sión

en la tierra se opone a esta montaña; un horizonte mismo
tienen ambas

y hemisferios diversos; y el camino que mal supiera recorrer
Faetonte, podrás ver cómo en ésta va por uno, y por aquella
por el otro lado,

si lo ves claro con la inteligencia.»

«Cierta maestro dije que hasta ahora no i claro, como lo
discierno,

allí donde mi ingenio me faltaba, que la mitad del cielo que alto
gira, que se llama Ecuador en algún arte,

y entre sol y entre invierno se halla siempre, por la causa que
dices, dista tanto

respecto al Septentrión, cuanto en Judea lo contemplaban en la
parte cálida.

Mas sabría gustoso, si quisieras, cuánto habremos de andar;
pues sube el monte

más de lo que subir pueden mis ojos.» Y él me dijo: «Este monte
es de tal modo,

que siempre pesa al comenzar abajo; y cuando más se sube, menos daña. Y así cuando le sientas tan suave, que te haga caminar ya tan ligero como nave que empuja la corriente, habrás llegado al fin de este sendero: reposar allí espera tu fatiga.

Más no respondo, y esto lo sé cierto.» Y después de decir estas palabras, oímos una voz cercana: «¡Acaso necesites sentarte mucho antes!» Los dos al escucharle nos volvimos, y vimos a la izquierda un gran peñasco, que antes ninguno habíamos notado.

Allí fuimos; y había allí personas que estaban a la sombra de la piedra como se pone el hombre por vagancia.

Y uno, que fatigado parecía, se sentaba abrazando sus rodillas, con el rostro inclinado puesto entre ellas.

«Oh mi dulce señor dije contempla al que más negligente no verías

si la pereza fuese hermana suya.» Entonces se volvió, mirando atento, levantando su rostro de los muslos:

«¡Sube tú, puesto que eres tan valiente!» Supe quién era entonces, y el cansancio que aún el aliento un poco me cortaba,

no me impidió acercarme a él; y cuando estuve al lado, alzó la vista apenas diciendo: « ¿Has entendido cómo el sol lleva su carro por el hombro izquierdo?» Sus gestos perezosos y sus breves palabras me causaron leve risa; Después: «Belacqua dije no me duelo ya de ti; pero di, ¿por qué te sientas aquí precisamente? ¿escolta esperas, o la antigua costumbre te domina?»

Y él: «De qué sirve, hermano, el ir a arriba, pues no me dejaría ir al castigo

el ángel del Señor que está en la puerta.

Es necesario que antes gire el cielo sobre mí tantas veces, cuanto en vida, pues que dejé para el final el llanto; si es que antes no me ayuda la oración de un corazón surgida que esté en gracia: porque la otra en el cielo no se escucha.» Y ya delante de mí iba el poeta, diciendo: «Vamos ven, mira que toca el sol el meridiano, y en la orilla cubre el pie de la noche ya Marruecos.»

CANTO V

De esa sombra me había separado, y seguía los pasos de mi guía,

cuando detrás de mí, su dedo alzando, una gritó: «¡Mirad, que
no iluminan

los rayos a la izquierda del de abajo, y cual vivo parece
comportarse!» Volví los ojos al oír aquello,
y los vi que miraban asombrados, sólo a mí, y a la luz que
interceptaba.

«¿Tú ánimo por qué se enreda tanto dijo el maestro que el
andar retardas?

¿qué te importa lo que esos cuchichean? Deja hablar a la gente
y ven conmigo: sé como aquella torre que no tiembla
nunca su cima aunque los vientos soplen; pues aquel en quien
bulle un pensamiento sobre otro pensamiento, se extravía,
porque el fuego del uno ablanda al otro.»

¿Qué podía decir si no: « Ya voy»?

Díjelo, más cubriéndome el color que digno de perdón al
hombre vuelve.

Mientras tanto a través de la ladera una gente venía hacia
nosotros, cantando el «Miserere», verso a verso.

Cuando notaron que ocasión no daba de atravesar los rayos
con mi cuerpo,

por un gran «Oh» cambiaron su cantiga; y dos de ellos, en
forma de emisarios, corrieron hacia mí y me preguntaron:

«Háznos saber de vuestra condición» Y mi maestro: «Bien podéis marcharos y a aquellos que os mandaron referirles que el cuerpo de éste es carne verdadera. Si al contemplar su sombra se pararon,

como yo creo, baste la respuesta: hacedle honor, que acaso os aproveche.»

Tan rápidos vapores encendidos no vi rasgar el cielo en plena noche, ni las nubes de agosto en el ocaso, como aquellos a lo alto se volvieron, y junto a los demás dieron la vuelta, como un tropel sin freno hacia nosotros.

«Mucha es la gente que a nosotros viene, y te quieren rogar dijo el poeta :

mas sigue andando, y caminando escucha.»

«Oh alma que caminas con aquellos miembros con que naciste, a ser dichoso, se acercaban gritando aquieta el paso.

Mira si a alguno de nosotros viste, para que de él allí noticias lleves:

¡Ah!, ¿por qué sigues? ¡Ah!, ¿por qué no paras?

Todos muertos violentamente fuimos, y hasta el último instante pecadores; la luz del cielo entonces nos dio juicio y, arrepentidos, perdonando, fuera salimos de la vida en paz con Dios,

y el deseo de verle nos aflige.»

Y yo: «Por más que mire vuestros rostros no os reconozco: mas

si deseáis

algo que pueda hacer, buenos espíritus, decídmelo y lo haré,

por esa paz

que, detrás de los pasos de mi guía, de mundo en mundo

buscar se me hace.»

Y uno repuso: «Todos nos fiamos

de tus bondades sin que nos lo jures, si es que tu voluntad no es

impedida.

Por lo que yo que hablé antes que los otros, te ruego, que si ves

esa comarca

que está entre la Romaña y la de Carlos, que de tus ruegos me

hagas cortesía

en Fano, y que por mi bien se suplique, y las graves ofensas

purgar pueda.

Allí nací, mas los profundos huecos por los que huyó la sangre

en que vivía, en tierras de Antenor me fueron hechos,

donde estar confiaba más seguro: que lo mandó el de Este,

pues me odiaba

más de lo que el derecho lo permite. Pero si hacia la Mira
hubiese huido, cuando fui sorprendido en Oriaco, aun estaría
donde se respira.

Corrí al pantano, donde cieno y cañas estorbaron mi paso y me
caí;

y vi mi sangre en tierra hacer un lago.»

Luego otro dijo: «¡Ay, así el deseo se cumpla que te trae a esta
montaña, con piedad bondadosa ayuda al mío! Yo nací en
Montefeltro, soy Bonconte;

Giovanna y los demás no me recuerdan, y sigo a estos con la
frente gacha.»

Y le dije: «¿qué fuerza o qué aventura de Campaldino te llevó
tan lejos

que tu sepulcro nunca se ha encontrado?»

«Oh me repuso , al pie del Casentino

un agua corre que se llama Arquiano, nace en los Apeninos,
sobre el Ermo.

Donde su nombre ya no necesita, llegué con una herida en la
garganta,

huyendo a pie y ensangrentando el llano.

Allí perdí la vista, y mi palabra terminó con el nombre de María,
y allí al caer mi carne quedó sola. Te diré la verdad y tú a los
vivos:

un ángel me cogió, y el del Infierno gritaba: «Oh tú, el del Cielo,
¿por qué quieres

privarme de él, llevándote lo eterno, porque una lagrimilla me lo
quita? mas yo tendré el gobierno de lo otro.»

«Bien sabes que en el aire se recoge el húmedo vapor que se
hace agua,

en cuanto sube donde encuentra el frío. Llegó aquel mal querer,
que males busca con su sabiduría, y humo y viento movió con el
poder de que es dotado.

El valle entonces, cuando cayó el día, se cubrió desde el monte
a Protomagno de niebla; y todo el cielo se nubló,

y el aire denso convirtiéndose en agua; cayó la lluvia, y vino a los
barrancos toda la que la tierra no absorbía;

y como se juntara en torrenteras, tan veloz en el río principal
cayó, que nada pudo retenerla.

Mi cuerpo helado, en donde desemboca

halló al soberbio Arquiano: y éste al Arno lo arrastró,
deshaciendo de mi pecho

la cruz que hiciera del dolor vencido; me volteó en la orilla y en
el fondo, y me cubrió y ciñó con sus botines.»

«Ay, cuando al mundo regresado hayas, y descansado de la
larga ruta

siguió un tercer espíritu al segundo recuerdame, soy Pía, me
hizo Siena, Maremma me deshizo: bien lo sabe aquel que, luego
de poner su anillo, con su gema me había desposado.»

CANTO VI

Cuando se acaba el juego de la zara, el perdedor se queda algo
mohino y triste aprende, repitiendo lances;

con el otro se va toda la gente; cuál va delante, cuál detrás le
agarra,

cuál a su lado quiere darle coba; él no se para y los escucha a
todos;

a quien tiende la mano, al fin le suelta; y así de aquel gentío se
ve libre.

Tal entre aquella turba me encontraba, de aquí y de allá
volviéndoles el rostro, y prometiendo me soltaba de ellos.

Estaba el Aretino, quien del brazo fiero de Ghin de Tacco halló
la muerte, y el otro que se ahogó yendo de caza.

Suplicaba, tendiéndome las manos,
Federico Novello, y el de Pisa que hiciera parecer fuerte a
Marzucco. Vi al conde Orso y su alma separada de su cuerpo
por odio y por envidia,
como decia, y no por culpa alguna. Pier de la Broccia digo; y
que provea,
mientras que aún está aquí, la de Brabante si con peor rebaño
andar no quiere.

Cuando ya me libré de todas esas sombras que suplicaban
otras súplicas, porque su salvación les llegue antes, yo
comencé: « Parece que me niegas expresamente, oh luz, en
algún texto que aplaque la oración leyes del cielo; y esta gente
por ello sólo ruega:

¿es que vanas son pues sus esperanzas,
o es que no he comprendido bien tu texto?» Y él me dijo: «Es
sencilla mi escritura;
y en esperar ninguno se equivoca, si con la mente clara bien se
mira; pues la cima del juicio no se allana
porque el fuego de amor cumpla en un punto lo que satisfacer
aquí se espera;

y allí donde hice tal afirmación, no se enmendaba, por rezar, la
culpa, pues la oración de Dios estaba lejos. No te fijes en dudas
tan profundas sino tan sólo en lo que diga aquella que entre
mente y la verdad alumbre.

No sé si entiendes: de Beatriz te hablo; arriba la verás, sobre la
cima

de este monte, dichosa y sonriendo.» Y yo: «Señor, vayamos
más aprisa, que ya no estoy cansado como antes, y ya veo que
el monte arroja sombra.»

« Caminaremos mientras dure el día él me repuso el tiempo que
podamos; mas no es la cosa como la imaginas.

Antes de estar arriba, volverás a ver aquel que oculta la ladera,
de modo que sus rayos ya no rompes. Pero mira aquel alma
que allá inmóvil, completamente sola, nos contempla: el camino
más corto ha de mostrarnos. Nos acercamos: ¡oh ánima
lombarda qué altiva y desdeñosa aparecías,
qué noble y lenta en el mover los ojos!

Ella no nos decía una palabra, mas nos dejaba andar, sólo
mirando

a guisa de león cuando reposa.

Mas Virgilio acercóse a él, pidiendo que nos mostrase la mejor
subida; pero a su ruego nada respondió, mas de nuestro país y
nuestra vida nos preguntó; y mi guía comenzaba

«Mantua...» y la sombra, toda en ella absorta, vino hacia él del
sitio en que se hallaba diciendo: «¡Oh mantuano, soy Sordello,
soy de tu misma tierra!», y se abrazaron.

¡Ah esclava Italia, albergue de dolores, nave sin timonel en la
borrasca, burdel, no soberana de provincias!

Aquel alma gentil tan prestamente, sólo al oír el nombre de su
tierra, comenzó a festejar a su paisano,

y en ti ahora sin guerras no se hallan tus vivos, y se muerden
unos a otros,

los que un foso y un muro mismo encierran.

Busca, mísera, en torno de tus costas tus playas, y después
mira en el centro, si alguna parte en ti de paz disfruta.

¿De qué vale que el freno te pusiera, Justiniano, si nadie hay en
la silla? Menor fuera sin ése la vergüenza. Ah gentes que debíais
ser devotas, y consentir al César en su trono,

si aquello que Dios manda comprendieseis, esa fiera mirad
cuán indomable,

por no ser corregida por la espuela, al poner en las riendas
vuestras manos.

¡Oh tú, tedesco Alberto, que la dejas al verla tan salvaje y tan
indómita,

y debiste apretarle los ijares, caiga de las estrellas justo juicio
sobre tu sangre, y sea nuevo y claro, tal que tu sucesor le tenga
miedo! Pues habéis consentido tú y tu padre, por la codicia de
eso distraídos,

que el jardín del imperio esté desierto.

Ven y vé a Capuletos y Montescos, Filipeschos, Monaldos, ah,
indolente, esos ya tristes, y estos con recelos!

¡Ven, cruel, ven y vé la tiranía de tus nobles, y cura sus
desmanes;

verás a Santaflora tan oscura!

Ven y contempla tu Roma llorando viuda y sola, llamando
noche y día:

« Oh mi César, por qué no me acompañas? »

¡Verás lo mucho que se quieren todos! y si a piedad ninguna te
movemos, ven y tendrás vergüenza de tu fama. Y si me es
permitido, oh sumo Jove que por nosotros en cruz te pusieron,

¿es que has vuelto los ojos a otra parte?

¿o te estás preparando, en el abismo de tus designios, para
hacer un bien

que se escapa del todo a nuestra mente?

Pues llenas de tiranos las ciudades están de Italia toda, y un
Marcelo

se vuelve cualquier ruin que entra en un bando.

Puedes estar contenta, ah, mi Florencia, por esta digresión que
no te alcanza, pues se las sabe solventar tu pueblo.

La justicia en su pecho muchos guardan, y, prudentes, disparan
tarde el arco; mas tu pueblo la tiene en plena boca.

Muchos rechazan cargos oficiales, mas tu pueblo solícito
responde

sin ser llamado, y grita: «¡Yo lo acepto!»

¡Alégrate, porque motivos tienes: tú rica, tú con paz, y tú
prudente!

De si digo verdad, están las muestras. Las Atenas y Espartas,
que inventaron las viejas leyes tan civilizadas

del bien vivir, hicieron débil prueba comparadas contigo, pues
que haces tan sutiles decretos, que a noviembre los que hiciste
en octubre nunca llegan. Hasta donde recuerdo, ¿cuántas veces
leyes, monedas, hábitos y oficios,

has mudado, y cambiado de habitantes?

Y si te acuerdas bien y lo ves claro, te verás semejante a
aquella enferma que no encuentra reposo sobre plumas, mas
dando vueltas calma sus dolores.

CANTO VII

Los saludos corteses y dichosos por tres y cuatro veces
reiterados,

Sordello se apartó y dijo: «¿Quién sois?»

«Antes de que llegaran a este monte las almas dignas de subir a Dios, Octavio dio a mis huesos sepultura. Yo soy Virgilio; y por culpa ninguna, salvo el no tener fe, perdí los cielos.» Así repuso entonces mi maestro.

Como queda quien ve súbitamente algo maravilloso frente a él,

que cree y que no, diciendo «Es..., o no es...», aquel así; después bajó los ojos,

y se volvió hacia él humildemente, y le abrazó donde el menor se agarra.

«Gloria de los latinos, por el cual mostró cuánto podía nuestra lengua, oh prez eterna, del pueblo natal,

qué mérito o qué gracia a mí te muestra? Si de escuchar soy digno tus palabras, dime si acaso vienes del infierno.»

«Por los recintos todos de aquel reino doliente, aquí he llegado respondió- y, enviado del cielo, con él vengo.

Perdí, no por hacer, mas por no hacer, el ver el alto sol que tú deseas,

pues que fue tarde por mí conocido. No entristecen martirios aquel sitio sino tinieblas sólo; y los lamentos no suenan como ayes, son suspiros.

Allí estoy con los niños inocentes del diente de la muerte antes
mordidos que de la humana culpa fueran libres.

Con aquellos estoy que las tres santas virtudes no vistieron,
mas sin vicio supieron y siguieron las restantes.

Mas si sabes y puedes, un indicio danos, con que poder llegar
más pronto a donde el purgatorio da comienzo.»

Respondió: «Un lugar fijo no me han puesto; y me es licito andar
por todos lados;

te acompaño cual gu(a mientras pueda.

Pero contempla cómo cae el día, y subir por la noche no se
puede; será bueno pensar en un refugio. A la derecha hay almas
retiradas; si lo permites, a ellas te conduzco, y te dará placer el
conocerlas.

«¿Cómo es eso? repuso ¿quien quisiese subir de noche, se lo
impediría

alguno, o es que él mismo no pudiera? Y el buen Sordello en
tierra pasó el dedo diciendo: «¿Ves?, ni siquiera esta raya
pasarías después de que anochezca:

no porque haya otra cosa que te impida subir, sino las sombras
de la noche; que, de impotencia, quitan los deseos.

Con ellas bien podrías descender y caminar en torno de la
cuestra,

mientras que al día encierra el horizonte.» Entonces mi señor,
casi admirado,

«llévanos dijo donde nos contaste, pues podrá ser gozosa la
demora». De allí poco alejados estuvimos,
cuando noté que el monte estaba hendido, del modo como un
valle aquí los hiende.

«Allí dijo la sombra , marcharemos donde la cuesta hace de sí
un regazo; y esperaremos allí el nuevo día.» Entre llano y
pendiente, un tortuoso camino nos condujo hasta la parte

del valle de laderas menos altas. Oro, albayalde, grana y plata
fina, indigo, leño lúcido y sereno,
fresca esmeralda al punto en que se quiebra, por las hierbas y
flores de aquel valle,
sus colores serían derrotados, como el mayor derrota al más
pequeño.

No pintó solamente allí natura, mas con la suavidad de mil
olores, incógnito, indistinto, uno creaba.

Salve Regina, sobre hierba y flores sentadas, vi a unas almas
que cantaban, que no vimos por fuera de aquel valle.

«Antes que el poco sol vuelva a su nido comenzó nuestro guta el
Mantuano-

no pretendáis que entre esos os conduzca.

Mejor desde esta loma las acciones y los rostros veréis de cada
uno, que mezclados con ellos allá abajo.

Quien más alto se sienta y que parece desatender aquello que
debiera,

y no mueve la boca con los otros, Rodolfo fue, que pudo, con su
imperio, sanar las plagas que han matado a Italia, y así tarde el
remedio de otros llega.

Aquel que le consuela con la vista, rigió la tierra donde el agua
nace

que al Albia el Molda, el Albia al mar se lleva.

Otocar se llamó, y desde la infancia fue mejor que el barbudo
Wenceslao,

su hijo que lujuria y ocio pace.

Y aquel chatito que charla muy junto con aquel de un aspecto
tan benigno, murió escapando y desflorando el lirio:

¡Ved allí cómo el pecho se golpea! Mirad al otro que ha hecho a
su mano de su mejilla, suspirando, lecho.

Del mal de Francia son el padre y suegro: saben su villa sucia y
enviciada;

de esto viene el dolor que les lancea. Aquel tan corpulento que
acompaña su canto con aquel tan narigudo,

de toda las virtudes ciñó cuerda; y si rey después de él hubiera
sido

el jovencito sentado detrás, iría la virtud de vaso en vaso.

No es lo mismo los otros herederos; tienen el trono Jaime y
Federico; mas el lote mejor ninguno tiene.

Raras veces renace por las ramas la probidad humana; y esto
quiere

quien la otorga, para que la pidamos.

También esto concierne al narigudo
y no menos que a Pedro, con quien canta, de quien Pulla y
Provenza se lamentan.

Tan inferior la planta es a su grano, cuanto, más que Beatriz y
Margarita, Constanza del marido se envanece.

Mirad al rey de la vida sencilla sentado aparte, Enrique de
Inglaterra:

el vástago mejor tiene en sus ramas.

Aquel que está más bajo echado en tierra, mirando arriba, es
Guillermo el marqués, por quien a Alejandría y sus batallas
lloran el Canavés y Monferrato.

CANTO VIII

Era la hora en que quiere el deseo enternecer el pecho al navegante, cuando de sus amigos se despide; y que de amor el nuevo peregrino sufre, si escucha lejos una esquila, que parece llorar el día muerto; cuando yo comencé a dejar de oír, y a mirar hacia un alma que se alzaba pidiendo con la mano que la oyeran. Juntó y alzó las palmas, dirigiendo los ojos hacia oriente, de igual modo

que si dijese a Dios: «Sólo en ti pienso.»

Con tanta devoción Te lucis ante le salió de la boca en dulces notas, que le hizo a mi mente enajenarse; y las otras después dulces y pías

seguir tras ella, completando el himno, puestos los ojos en la extrema esfera.

A la verdad aguza bien los ojos, lector, que el velo ahora es tan sutil, que es fácil traspasarlo ciertamente.

Yo aquel gentil ejército veía

callado luego contemplar el suelo, como esperando pálido y humilde; y vi salir de lo alto y descender

dos ángeles con dos ardientes gladios trancos y de la punta desprovistos. Verdes como las hojas más tempranas sus ropas eran, y las verdes plumas por detrás las batfan y aventaban.

Uno se puso encima de nosotros, y bajó el otro por el lado
opuesto,

tal que en medio las gentes se quedaron.

Bien distinguía su cabeza rubia; mas su rostro la vista me
turbaba,

cual facultad que a demasiado aspira.

«Vinieron del regazo de María dijo Sordello a vigilar el valle,
por la serpiente que vendrá muy pronto.» Y yo, que no sabía por
qué sitio,

me volví alrededor y me estreché a las fieles espaldas, todo
helado.

«Ahora bajemos añadió Sordello- entre las grandes sombras
para hablarles; pues el veros muy grato habrá de serles.»

Sólo tres pasos creo que había dado y abajo estuve; y vi a uno
que miraba hacia mí, pareciendo conocerme.

Tiempo era ya que el aire oscureciera, mas no tal que sus ojos y
los míos

lo que antes se ocultaba no advirtiesen. Hacia mí vino, y yo me
fui hacia él:

cuánto me complació, gentil juez Nino, cuando vi que no
estabas con los reos.

Ningún bello saludo nos callamos luego me preguntó: «
¿Cuándo llegaste al pie del monte por lejanas aguas?»
«Oh dije vine por los tristes reinos esta mañana, en mi primera
vida, aunque la otra, andando así, pretendo.» Y cuando fue
escuchada mi respuesta, Sordello y él se echaron hacia atrás
como gente de súbito turbada.

Volvióse uno a Virgilio, el otro a alguien sentado allí y gritó:
«¡Mira, Conrado! ven a ver lo que Dios por gracia quiere.»

Y vuelto a mí: « Por esa rara gracia que debes al que de ese
modo esconde

sus primeros porqués, que no se entienden, cuando hayas
vuelto a atravesar las ondas

di a mi Giovanna que en mi nombre implore, en donde se
responde a la inocencia.

No creo que su madre ya me ame luego que se cambió las
blancas tocas,

que conviene que, aún, ¡pobre!, las quisiera.

Por ella fácilmente se comprende cuánto en mujer el fuego de
amor dura, si la vista o el tacto no lo encienden.

Tan bella sepultura no alzaría la sierpe del emblema de Milán,
como lo haría el gallo de Gallura.» Así dijo, y mostraba señalado

su aspecto por aquel amor honesto que en el pecho se enciende
con mesura.

Yo alzaba ansioso al cielo la mirada, adonde son más tardas las
estrellas, como la rueda más cercana al eje.

Y mi guía: « ¿Qué miras, hijo, en lo alto?»

Y yo le dije: «Aquellas tres antorchas por las que el polo todo
hasta aquí arde.»

Y él respondió: « Las cuatro estrellas claras que esta mañana
vimos, han bajado

y éstas en su lugar han ascendido» Mientras hablaba cogióle
Sordello diciendo: «Ved allá a nuestro adversario»; y para que
mirase alzó su dedo.

De aquella parte donde se abre el valle había una serpiente,
acaso aquella que le dio a Eva el alimento amargo.

Entre flores y hierba iba el reptil, volviendo la cabeza, y sus
espaldas lamiendo como bestia que se limpia. Yo no lo vi, y por
eso no lo cuento, qué hicieron los azores celestiales; pero bien vi
moverse a uno y a otro. Al escuchar hendir las verdes alas,
escapó la serpiente, y regresaron
a su lugar los ángeles a un tiempo.

La sombra que acercado al juez se había cuando este la llamó,
mientras la lucha no dejó ni un momento de mirarme.

« Así la luz que a lo alto te conduce

encuentre en tu servicio tanta cera, cuanta hasta el sumo
esmalte necesites, comenzó si noticia verdadera
de Val de Magra o de parte vecina conoces, dímelas, que allí fui
grande.

Me llamaba Corrado Malaspina; no el antiguo, sino su
descendiente; a mis deudos amé, y he de purgarlo.

«Oh yo le dije por vuestras comarcas no estuve nunca; pero no
hay un sitio en toda Europa que las desconozca.

La fama con que se honra vuestra casa, celebra a los señores y
a sus tierras, tal que sin verlas todos las conocen.

Y yo os juro que, así vuelva yo arriba, vuestra estirpe honorable
no desdora el precio de la bolsa y de la espada.

Uso y natura así la privilegian,

que aunque el malvado jefe tuerza el mundo, derecha va y
desprecia el mal camino.»

y él: «Marcha pues, que el sol no ha de ocupar siete veces el
lecho que el Carnero

cubre y abarca con sus cuatro patas, sin que esta opinión tuya
tan cortés claven en tu cabeza con mayores clavos que las
palabras de los otros, si el transcurrir dispuesto no se para.»

CANTO IX

Del anciano Titón la concubina emblanquecía en el balcón de
oriente, fuera ya de los brazos de su amigo; en su frente las
gemas relucían puestas en forma del frío animal

que con la cola a la gente golpea;

la noche, de los pasos con que asciende, dos llevaba en el sitio
en donde estábamos, y el tercero inclinaba ya las alas;

cuando yo, que de Adán algo conservo, adormecido me tumbé
en la hierba donde los cinco estábamos sentados. Cuando a sus
tristes layes da comienzo la golondrina al tiempo de alborada,
acaso recordando el primer llanto,

y nuestra mente, menos del pensar presa, y más de la carne
separada, casi divina se hace a sus visiones, creí ver, en un
sueño, suspendida

un águila en el cielo, de áureas plumas, con las alas abiertas y
dispuesta

a descender, allí donde a los suyos dejara abandonados

Ganimedes, arrebatado al sumo consistorio.

¡Acaso caza ésta por costumbre aquí -pensé-, y acaso de otro
sitio desdeña arrebatarse ninguna presa!

Luego me pareció que, tras dar vueltas, terrible como el rayo
descendía,

y que arriba hasta el fuego me llevaba.

Allí me pareció que ambos ardíamos; y el incendio soñado me quemaba tanto, que el sueño tuvo que romperse.

No de otro modo se inquietara Aquiles, volviendo en torno los despiertos ojos y no sabiendo dónde se encontraba, cuando su madre de Quirón a Squirra en sus brazos dormido le condujo, donde después los griegos lo sacaron;

cual yo me sorprendí, cuando del rostro el sueño se me fue, y me puse pálido,

como hace el hombre al que el espanto hiela.

Sólo estaba a mi lado mi consuelo, y el sol estaba ya dos horas alto, y yo la cara al mar tenía vuelta.

«No tengas miedo mi señor me dijo ; cálmate, que a buen puerto hemos llegado; no mengües, mas alarga tu entereza.

Acabas de llegar al Purgatorio:

ve la pendiente que en redor le cierra; y ve la entrada en donde se interrumpe.

Antes, al alba que precede al día, cuando tu alma durmiendo se encontraba, sobre las flores que aquel sitio adornan,

vino una dama, y dijo: «Soy Lucía; deja que tome a éste que ahora duerme; así le haré más fácil el camino.» Sordello se quedó, y las otras formas; Te cogió y cuando el día clareaba,

vino hacia arriba y yo tras de tus pasos.

Te dejó aquí, mas me mostraron antes sus bellos ojos esa entrada; y luego ella y tu sueño a una se marcharon.»

Como un hombre que sale de sus dudas y que cambia en sosiego sus temores, después que la verdad ha descubierto, cambié yo; y como sin preocupaciones me vio mi guía, por la escarpadura anduvo, y yo tras él hacia lo alto.

Lector, observarás cómo realzo mis argumentos, y aún con más arte

si los refuerzo, no te maravilles.

Nos acercamos hasta el mismo sitio que antes me había parecido roto, como una brecha que un muro partiera, vi una puerta, y tres gradas por debajo para alcanzarla, de colores varios,

y un portero que aún nada había dicho. Y como yo aún los ojos más abriera, le vi sentado en la grada más alta, con tal rostro que no pude mirarlo;

y una espada tenía entre las manos, que los rayos así nos reflejaba, que en vano a ella dirigí mi vista.

«Decidme desde allí: ¿Qué deseáis él comenzó a decir ¿y vuestra escolta?»

No os vaya a ser dañosa la venida.»

«Una mujer del cielo, que esto sabe, le respondió el maestro nos
ha dicho antes, id por allí, que está la puerta.»

«Y ella bien ha guiado vuestros pasos cortésmente el portero
nos repuso : venid pues y subid los escalones.

Allí subimos; y el primer peldaño era de mármol blanco y tan
pulido, que en él me espejeé tal como era.

Era el segundo oscuro más que el perso hecho de piedra áspera
y reseca, agrietado a lo largo y a lo ancho.

El tercero que encima descansaba, me pareció tan llameante
pórfido,

cual la sangre que escapa de las venas.

Encima de éste colocaba el ángel

de Dios, sus plantas, al umbral sentado, que piedra de
diamante parecía.

Por los tres escalones, de buen grado, el guía me llevó, diciendo:
«Pide humildemente que abran el cerrojo.» A los pies santos me
arrojé devoto;

y pedí que me abrieran compasivos, mas antes di tres golpes en
mi pecho.

Siete P, con la punta de la espada, en mi frente escribió: «Lavar
procura

estas manchas me dijo cuando entres.»

La ceniza o la tierra seca eran del color mismo de sus
vestiduras;
y de debajo se sacó dos llaves. Era de plata una y la otra de
oro;
con la blanca y después con la amarilla algo que me alegró le
hizo a la puerta.

«Cuando cualquiera de estas llaves falla, y no da vueltas en la
cerradura
dijo él esta entrada no se abre.

Más rica es una; pero la otra, antes de abrir, requiera más
ingenio y arte, porque es aquella que el nudo desata.

Me las dio Pedro; y díjome que errase antes en el abrirla que en
cerrarla, mientras la gente en tierra se prosterne.» Después
empujó la puerta sagrada, diciéndonos: «Entrad, pero os
advierto que vuelve afuera aquel que atrás mirase.»

Y al girar en sus goznes las esquinas de aquellas sacras
puertas, que de fuertes

y sonoros metales están hechas, no rechinó ni se mostró tan
dura

Tarpeya, cuando al bueno de Metelo la arrebataron, y quedó
arruinada. Yo me volví con el sonar primero,

y Te Deum Laudamus parecía escucharse en la voz y en dulces
sones.

Tal imagen al punto me venía de lo que oía, como la que suele
cuando cantar con órgano se escucha;
que ahora no, que ahora sí, se entiende el texto.

CANTO X

Y al cruzar el umbral de aquella puerta que el mal amor del
alma hace tan rara,

pues que finge derecho el mal camino, resonando sentí que la
cerraban;

y si la vista hubiese vuelto a ella,

¿con qué excusara falta semejante? Ascendimos por una piedra
hendida, que se movía de uno y de otro lado como la ola que
huye y se aleja.

«Aquí es preciso usar de la destreza dijo mi guía y que nos
acerquemos aquí y allá del lado que se aparta.» Y esto nos hizo
retardar el paso, tanto que antes el resto de la luna volvió a su
lecho para cobijarse,

que aquel desfiladero abandonásemos; mas al estar ya libres y a lo abierto, donde el monte hacia atrás se replegaba, cansado yo, y los dos sobre la ruta inciertos, nos paramos en un sitio más solo que un camino en el desierto. Desde el borde que cae sobre el vacío, al pie del alto farallón que asciende, tres veces mediría el cuerpo humano; y hasta donde alcanzaba con los ojos, por el derecho y el izquierdo lado, esa cornisa igual me parecía.

Nuestros pies no se habían aún movido cuando noté que la pared aquella, que no daba derecho de subida, era de mármol blanco y adornado con relieves, que no ya a Policeto,

a la naturaleza vencerían.

El ángel que a la tierra trajo anuncio de aquella paz llorada tantos años,

que abrió los cielos tras veto tan largo, tan verdadero se nos presentaba aquí esculpido en gesto tan suave, que imagen muda no nos parecía.

Jurado habría que él decía: «¡Ave!» porque representada estaba aquella que tiene llave del amor supremo; e impresas en su gesto estas palabras “Ecce ancilla Dei”, del modo

con que en cera se imprime una figura.

«En un lugar tan sólo no te fijes dijo el dulce maestro, que en el
lado donde se tiene el corazón me puso.

Por lo que yo volví la vista, y vi tras de María, por aquella parte
donde se hallaba quien me dirigía, otra historia en la roca
figurada;

y me acerqué, cruzando ante Virgilio, para verla mejor ante mis
ojos.

Allí en el mismo mármol esculpido estaban carro y bueyes con
el arca

que hace temible el no mandado oficio.

Delante había gente; y toda ella en siete coros, que mis dos
sentidos uno decía: «No», y otro: «Sí canta.»

Y al igual con el humo del incienso representado, la nariz y el ojo

entre el no y entre el sí tuvieron pugna.

Ante el bendito vaso daba brincos el humilde salmista
arremangado,

más y menos que rey en ese instante.

Frente a él, figurada en la azotea,

de un gran palacio, Micol se asombraba como mujer
despreciativa y triste.

Moví los pies del sitio en donde estaba, para ver otra historia
más de cerca, que detrás de Micol resplandecía.

Aquí estaba historiada la alta gloria del principe romano, a
quien Gregorio hizo por sus virtudes victorioso;
hablo de aquel emperador Trajano; y de una viuda que cogióle
el freno, de dolor traspasada y de sollozos.

Había en torno a él gran muchedumbre de caballeros, y las
águilas áureas sobre ellos se movían con el viento. La pobrecilla
entre todos aquellos parecía decir: «Dame venganza,
señor, de mi hijo muerto, que me aflige.»

Y él que le contestaba: «Aguarda ahora a mi regreso»; y ella: «
Señor mío como alguien del dolor impacientado ,
¿y si no vuelves?» y él: «Quien en mi puesto esté, lo hará»; y ella:
« El bien que otro haga

¿qué te importa si el tuyo has olvidado?» Por lo cual él:
«Consuélate; es preciso que cumpla mi deber antes de irme:

la piedad y justicia me retienen.» Aquel que nunca ha visto
cosas nuevas fue quien produjo aquel hablar visible,
nuevo a nosotros pues que aquí no se halla.

Mientras yo me gozaba contemplando los simulacros de
humildad tan grande, más gratos aún de ver por su artesano,

«Por acá vienen, mas con lentos pasos murmuraba el poeta
muchas gentes: éstas podrán llevamos más arriba.» Mis ojos,
que en mirar se complacían por ver lá novedad que deseaban,
en volverse hacia él no fueron lentos.

Mas no quiero lector desanimarte de tus buenos propósitos si
escuchas cómo desea Dios cobrar las deudas. No atiendas a la
forma del martirio:

piensa en lo que vendrá; y que en el peor caso, no irá más lejos
de la gran sentencia.

Yo comencé: «Maestro, lo que veo venir aquí, personas no
parecen,

y no sé qué es: turbada está mi vista.» Y aquel: «La condición
abrumadora de su martirio a tierra les inclina,

y aun mis ojos dudaron al principio. Mas mira fijamente, y
desentraña quiénes vienen debajo de esas peñas: podrás verlos
a todos doblegados.» Oh soberbios cristianos, infelices, que
enfermos de la vista de la mente,

la fe ponéis en pasos que atrás vuelven,

¿no comprendéis que somos los gusanos de quien saldrá la
mariposa angélica que a la justicia sin reparos vuela?

¿de qué se ensorberbecen vuestras almas, si cual insectos sois
defectuosos, gusanos que no llegan a formarse?

Como por sustentar suelo o tejado, por ménsulas a veces hay
figuras cuyas rodillas llegan hasta el pecho, que sin ser de
verdad causan angustia verdadera en aquellos que las miran;
así los vi al mirarles más atento.

Cierto que más o menos contraídas, según el peso que
portando estaban; y aún aquel más paciente parecía decir
llorando: «Ya no lo resisto.»

CANTO XI

«Oh padre nuestro, que estás en los cielos, no circunscrito, sino
por más grande amor que a tus primeras obras tienes,
alabados tu nombre y tu potencia sean de cualquier hombre,
como es justo

darle gracias a tu dulce vapor.

De tu reino la paz venga a nosotros, que nosotros a ella no
alcanzarnos,

si no viene, con todo nuestro esfuerzo. Como por gusto suyo
hacen los ángeles,

cantando osanna, a ti los sacrificios, hagan así gustosos los
humanos.

El maná cotidiano danos hoy, sin el cual por este áspero
desierto

quien más quiere avanzar más retrocede.

Y al igual que nosotros las ofensas perdonamos a todos, sin
que mires el mérito, perdónanos, benigno.

Nuestra virtud que cae tan prontamente no ponga a prueba el
antiguo enemigo, mas líbranos de aquel que así la hostiga.

Esta última plegaria, amado Dueño. no se hace por nosotros, ni
hace falta, mas por aquellos que detrás quedaron.»

Para ellas y nosotros buen camino pidiendo andaban esas
sombras, bajo un peso igual al que a veces se sueña,
angustiadas en formas desiguales

y en la primera cornisa cansadas, purgando las calígines del
mundo.

Si allí bien piden siempre por nosotros,

¿aquí qué hacer y qué pedir podrían los que en Dios han echado
sus raíces?

Debemos ayudarles a lavarse las manchas, tal que puros y
ligeros puedan ganar las estrelladas ruedas.

«Ah, la justicia y la Piedad os libren pronto, tal que podáis
mover las alas, que os conduzcan según vuestros deseos:
mostradnos por qué parte a la escalera

más rápido se va; y, si hay más caminos, enseñadnos aquel
menos pendiente; pues a quien me acompaña, por la carga de
la carne de Adán con que se viste, contra su voluntad, subir le
cuesta.»

Las palabras que respondieron a éstas que había dicho aquel
que yo seguía, de quién vinieran no lo supe; pero dijeron: «Por la
orilla a la derecha veniros, y hallaremos algún paso
que lo pueda subir un hombre vivo. Y si no fuese un estorbo la
piedra que mi cerviz soberbia doma, y tengo por esto que llevar
el rostro gacho,

a aquel que vive aún y no se nombra, miraría por ver si lo
conozco,

para hacer que este peso compadezca. Latino fui, de un gran
toscano hijo: Giuglielrno Aldobrandeschi fue mi padre; no sé si
conocéis el nombre suyo.

La sangre antigua y las gloriosas obras de mis mayores,
arrogancia tanta

me dieron, que ignorando a nuestra madre común, todos los
hombres despreciaba

y por ello morí; sábenlo en Siena, y en Campagnático todos los
niños.

Soy Omberto; y no sólo la soberbia me dañó a mí , que a todos
mis parientes

ha arrastrado consigo a la desgracia. Y aquí es preciso que este
peso lleve

por ella, hasta que Dios se satisfaga: Pues no lo hice de vivo, lo
hago muerto.» Incliné al escucharle la cabeza;

y uno de ellos, no aquel que había hablado, se volvió bajo el
peso que llevaba,

y me llamó al mirarme y conocerme, con los ojos fijados con
gran pena, pues andaba inclinado junto a ellos.

«Oh yo le dije ¿No eres Oderisi, honra de Gubbio, y honra de
aquel arte que se llama en París iluminar?»

«Hermano dijo rien más las cartas que ahora ilumina Franco, el
de Bolonia; suyo es todo el honor, y en parte, mío.

No hubiera sido yo tan generoso mientras vivía, por el gran
deseo de superar a todos que albergaba. De tal soberbia pago
aquí la pena;

y aun no estaría aquí de no haber sido que, pudiendo pecar,
volvime a Dios.

¡Oh, vana gloria del poder humano!

¡qué poco dura el verde de la cumbre, si no le sigue un tiempo
decadente! Creisteis que en pintura Cimabue tuviese el campo,
y es de Giotto ahora, y la fama de aquel ha oscurecido.

Igual un Guido al otro le arrebató la gloria de la lengua; y nació
acaso el que arroje del nido a uno y a otro.

No es el ruido mundano más que un soplo

de viento, ahora de un lado, ahora del otro, y muda el nombre
como cambia el rumbo.

¿Qué fama has de tener, si viejo apartas de ti la carne, como si
murieras antes de abandonar el sonajero,

cuando pasen mil años? Pues es corto ese espacio en lo eterno,
más que un guiño

en el más tardo giro de los cielos. Aquel que va delante tan
despacio de mí, en Toscana entera era famoso; y de él en Siena
apenas cuchichean, en donde era señor cuando abatieron la
rabia florentina, que soberbia

fue en aquel tiempo tal como ahora es puta.

Color de hierba es vuestra nombradía, que viene y va, y el
mismo la marchita que la hace brotar verde de la tierra.»

Y yo le dije: «Tu verdad me empuja a la humildad, y abate mi
soberbia;

pero quién es aquel de quien hablabas?»

«Es respondió Provenzano Salviati: y está aquí porque tuvo
pretensiones de llevar Siena entera entre sus manos. Anduvo así
y aún anda, sin descanso, desde su muerte: tal moneda paga

aquel que en vida a demasiado aspira.» Y yo: «Si aquel espíritu
que deja arrepentirse al fin de su existencia, queda abajo y no
sube sin la ayuda

de una buena oración, antes que pase

un tiempo semejante al que ha vivido,

¿Cómo le consintieron que viniese?»

«Cuando vivía más glorioso –dijo–, en la plaza de Siena
libremente vencida su vergüenza, se plantó

y allí para salvar a cierto amigo, en la prisión de Carlos
condenado, de tal modo actuó que tembló entero. Más no diré y
oscuro sé que hablo;

pero dentro de poco, tus vecinos harán de modo que glosarlo
puedas. Esta acción le sacó de esos confines.»

CANTO XII

A la par, como bueyes en la yunta, con el alma cargada
caminaba, mientras lo consintió mi pedagogo.

Mas cuando dijo: «Déjale y avanza; que es menester que con
alas y remos empuje su navío cada uno», enderecé, cual para
andar conviene

el cuerpo todo, mas los pensamientos se me quedaron sencillos
y humildes. Me puse a andar, y seguía con gusto los pasos del
maestro, y ambos dos de ligereza hacíamos alarde;
y él dijo: «vuelve al suelo la mirada, pues para caminar seguro
es bueno ver el lugar donde las plantas pones».

Como, para dejar memoria de ellos, sobre las tumbas en tierra
excavadas está escrito quién era cuando vivo, y de nuevo se
llora muchas veces por el agujoneo del recuerdo,
que tan sólo espolea a los piadosos; con mayor semejanza,
pues tal era el artificio, lleno de figuras
vi aquel camino que en el monte avanza.

Veía a aquél que noble fue creado más que criatura alguna, de
los cielos como un rayo caer, por una parte.

Veía a Briareo, que yacía

en otra, de celeste flecha herido, por su hielo mortal grave a la
tierra. Veía a Marte, a Palas y a Timbreo, aún armados en tomo
de su padre,

mirando a los Gigantes desmembrados. Veía al pie, a Nemrot,
de la gran obra ya casi enloquecido, contemplando

los que en Senar con él fueron soberbios.

¡Oh Niobe, con qué dolientes ojos te veía grabada en el sendero,
entre tus muertos siete y siete hijos!

¡Oh Saúl, cómo con la propia espada en Gelboé ya muerto
aparecías, que no sentiste lluvia ni rocío!

Oh loca Aracne, así pude mirarte ya medio araña, triste entre
los restos
de la obra que por tu mal hiciste.

Oh Roboán, no parece que asuste aquí tu efigie; mas lleno de
espanto

le lleva un carro, sin que le eche nadie.

Mostraba aún el duro pavimento como Alcmeón a su madre
hizo caro aquel adorno tan desventurado.

Mostraba cómo se lanzaron sobre Senaquerib sus hijos en el
templo,

y cómo, muerto, allí lo abandonaron. Mostraba el crudo ejemplo
y la ruina que hizo Tamiris cuando dijo a Ciro:

«tuviste sed de sangre y te doy sangre». Mostraba cómo
huyeron derrotados, tras morir Holofernes, los asirios,
y también de su muerte los despojos. Veía a Troya en ruinas y
en cenizas;

¡oh Ilión, cuán abatida y despreciable mostrábate el relieve que
veías

¿Qué pincel o buril allí trazara

las sombras y los rasgos, que admirarse harían a cualquier sutil
ingenio?

Muertos tal muertos, vivos como vivos: no vio mejor que yo
quien vio de veras, cuanto pisaba, al ir mirando el suelo.

¡Ah, caminad soberbios y altaneros, hijos de Eva, y no inclinéis
el rostro para poder mirar el mal camino!

Mas al monte la vuelta habíamos dado, y su camino el sol más
recorrido

de lo que mi alma absorta calculaba,

cuando el que atento siempre caminaba delante, dijo: «Alza la
cabeza,

ya no hay más tiempo para ir tan absorto.

Mira un ángel allí que se apresura por venir a nosotros; ve que
vuelve la esclava sexta del diario oficio. De reverencia adorna
rostro y porte, para que guste arriba conducirnos;

piensa que ya este día nunca vuelve.» Acostumbrado estaba a
sus mandatos de no perder el tiempo, así que en esa materia no
me hablaba oscuramente. El bello ser, de blanco, se acercaba,
con el rostro cual suele aparecer tremolando la estrella
matutina.

Abrió los brazos, y después las alas; dijo: «Venid, cercanos los
peldaños están y ya se sube fácilmente.

Muy pocos a esta invitación alcanzan: oh humanos que
nacisteis a altos vuelos,
¿cómo un poco de viento os echa a tierra?» A la roca cortada
nos condujo;
allí batió las alas por mi frente, y prometió ya la marcha segura.
Como al subir al monte, a la derecha, en donde está la iglesia
que domina la bien guiada sobre el Rubaconte, del subir se
interrumpe la fatiga
por escalones que se construyeron cuando sumario y pesas
eran ciertos;
tal se suaviza aquella ladera que cae a plomo del otro repecho;
mas rozando la piedra a un lado y otro.
Al dirigirnos por ese camino Beati pauperes spiritu, de un modo
inefable cantaban unas voces.
Ah qué distintos eran estos pasos
de aquellos del infierno: aquí con cantos se entra y allí con
feroces lamentos.
Por los santos peldaños ya subíarnos y bastante más leve me
encontraba, de lo que en la llanura parecía.
Por lo que yo: «Maestro ¿qué pesada carga me han levantado,
que ninguna fatiga casi tengo caminando?»

Él respondió: «Cuando las P que quedan aún en tu rostro a punto de borrarse, estén, como una de ellas, apagadas, tan vencidos los pies de tus deseos
estarán, que no sólo sin fatiga, sino con gozo arriba han de llevarte.»

Entonces hice como los que llevan en la cabeza un algo que no saben, y sospechan por gestos de los otros;
y por lo cual se ayudan con la mano, que busca y halla y cumple así el oficio que no pudiera hacerlo con la vista; extendiendo los dedos de la diestra,
sólo encontré seis letras, que en mi frente el de la llave habíame grabado:

y viendo esto sonrió mi guía.

CANTO XIII

Llegarnos al final de la escalera, donde por vez segunda se recoge el monte, que subiendo purifica. Allí del núsmo modo una cornisa, igual que la primera, lo rodea; sólo que el giro se completa antes.

No había sombras ni señales de ellas: liso el camino y lisa la muralla, del lívido color de los roquedos.

«Si, para preguntar, gente esperarnos me decía el poeta
mucho temo que se retrase nuestra decisión.»

Luego en el sol clavó los ojos fijos; de su diestra hizo centro al
movimiento, y se volvió después hacia la izquierda.

«Oh dulce luz en quien confiado entro por el nuevo camino,
llévanos decía cual requiere este paraje.

Tú calientas el mundo, y sobre él luces: si otra razón lo contrario
no manda, serán siempre tus rayos nuestro guía.» Cuanto por
una milla aquí se cuenta, tanto en aquella parte caminamos
al poco, pues las ganas acuciaban; y sentimos volar hacia
nosotros espíritus sin verlos, que invitaban

cortésmente a la mesa del amor.

La voz primera que pasó volando “Vinum non habent” dijo
claramente, y tras nosotros lo iba repitiendo.

Y aún antes de perderse por completo al alejarse, otra: «Soy
Orestes» pasó gritando igual sin detenerse.

Yo dije: «Oh padre ¿qué voces son éstas?» Y escuché al
preguntarlo una tercera diciendo: «Amad a quien el mal os
hizo.»

Y el buen maestro «Azota esta cornisa la culpa de la envidia,
mas dirige

la caridad las cuerdas del flagelo. Su freno quiere ser la voz
contraria: y podrás escucharla, según creo,
antes que el paso del perdón alcances.

Mas con fijeza mira, y verás gente que está sentada enfrente de
nosotros, apoyada a lo largo de la roca.»

Abrí entonces los ojos más que antes; miré delante y sombras vi
con mantos del color de la piedra no distintos.

Y al haber avanzado un poco más, oí gritar: «María, por
nosotros

ruega» y «Miguel» y «Pedro» y «Santos todos».

No creo que ahora existe por la tierra hombre tan duro, a quien
no le moviese a compasión lo que después yo vi;

pues cuando estuve tan cercano de ellos que sus gestos veía
claramente,

grave dolor me vino por los ojos.

De cilicio cubiertos parecían

y uno aguantaba con la espalda al otro, y el muro a todas ellas
aguantaba.

Así los ciegos faltos de sustento, piden limosna en días de
indulgencia, y la cabeza inclina uno sobre otro,
por despertar piedad más prontamente, no sólo por el son de
las palabras, mas por la vista que no menos pide.

Y como el sol no llega hasta los ciegos,
lo mismo aquí a las sombras de las que hablo no quería llegar la
luz del cielo;
pues un alambre a todos les cosía y horadaba los párpados, del
modo
que al gavián que nunca se está quieto.
Al andar, parecía que ultrajaba a aquellos que sin verme yo
veía;
por lo cual me volví al sabio maestro.
Él sabía que, aun mudo, deseaba hablarle; y no esperando mi
pregunta, él me dijo: «Habla breve y claramente.»
Virgilio caminaba por la parte de la cornisa en que caer se
puede,
pues ninguna baranda la rodea; por la otra parte estaban las
devotas sombras, que por su horrible cosedura
lloraban y mojaban sus mejillas.
Me volví a ellas y: «Oh, gentes confiadas yo comencé de ver la
luz suprema
que vuestro desear sólo procura, así pronto la gracia os vuelva
limpia vuestra conciencia, tal que claramente

por ella baje de la mente el río, decidme, pues será grato y amable, si hay un alma latina entre vosotros, que acaso útil le sea el conocerla.»

«Oh hermano todos somos ciudadanos de una Ciudad auténtica; tú dices que viviese en Italia peregrina.» Esto creí escuchar como respuesta un poco más allá de donde estaba, por lo que procuré seguir oyendo.

Entre otras vi a una sombra que en su aspecto esperaba; y si alguno dice “¿Cómo?”, alzaba la barbilla como un ciego.

«Alma que por subir te estás domando, si eres le dije ~ me respondiste, haz que conozca tu nombre o tu patria.»

«Yo fui Sienesa repuso y con estos otros enmiendo aquí la mala vida, pidiendo a Aquél que nos conceda el verle. No fui sabia, aunque Sapia me llamaron, y fui con las desgracias de los otros aún más feliz que con las dichas mías.

Y para que no creas que te miento, oye si fui, como te digo, loca, ya descendiendo el arco de mis años. Mis paisanos estaban junto a Colle cerca del campo de sus enemigos,

y yo pedía a Dios lo que El quería. Vencidos y obligados a los pasos amargos de la fuga, al yo saberlo, gocé de una alegría incomparable, tanto que arriba alcé atrevido el rostro gritando a Dios: «De ahora no te temo» como hace el mirlo con poca bonanza. La paz quise con Dios ya en el extremo de mi vivir; y por la penitencia

no estaría cumplida ya mi deuda, si no me hubiese Piero Pettinaio recordado en sus santas oraciones, quien se apiadó de mí caritativo.

¿Tú quién eres, que nuestra condición vas preguntando, con los ojos libres, como yo creo, y respirando hablas?»

«Los ojos dije acaso aquí me cierran, mas poco tiempo, pues escasamente he pecado de haber tenido envidia.

Mucho es mayor el miedo que suspende mi alma del tormento de allí abajo, que ya parece pesarme esa carga.»

Y ella me dijo: «¿Quién te ha conducido entre nosotros, que volver esperas?»

Y yo: «Este que está aquí sin decir nada. Vivo estoy; por lo cual puedes pedirme, espíritu elegido, si es preciso que allí mueva por ti mis pies mortales.»

«Tan rara cosa de escuchar es ésta, que es signo dije, de que Dios te ama;

con tus plegarias puedes ayudarme. Y te suplico, por lo que
más quieras, que si pisas la tierra de Toscana,
que a mis parientes mi fama devuelvas. Están entre los necios
que ahora esperan en Talamón, y allí más esperanzas perderán
que en la busca de la Diana.

Pero más perderán los almirantes.

CANTO XIV

«¿Quién es éste que sube nuestro monte antes de que la muerte
alas le diera,

y abre los ojos y los cierra a gusto?»

«No sé quién es, mas sé que no está sólo; interrógale tú que
estás más cerca,

y recíbelo bien, para que hable.» Así dos, apoyado uno en el
otro, conversaban de mí a mano derecha;

luego los rostros, para hablar alzaron.

Y dijo uno: «Oh alma que ligada al cuerpo todavía, al cielo
marchas,

por caridad consuélanos y dinos quién eres y de dónde, pues
nos causas

con tu gracia tan grande maravilla, cuanto pide una cosa
inusitada.»

Y yo: «Se extiende en medio de Toscana un riachuelo que nace
en Falterona,

y no le sacian cien millas de curso. junto a él este cuerpo me fue
dado;

decir quién soy sería hablar en balde, pues mi nombre es aún
poco conocido.»

«Si he penetrado bien lo que me has dicho con mi intelecto me
repuso entonces

el que dijo primero hablas del Arno.» Y el otro le repuso: «¿Por
qué esconde éste cuál es el nombre de aquel río,

cual hace el hombre con cosas horribles?» y la sombra de
aquello preguntada

así le replicó: «No sé, mas justo

es que perezca de tal valle el nombre; porque desde su cuna, en
que el macizo del que es trunco el Peloro, tan preñado está, que
en pocos sitios le superan, hasta el lugar aquel donde devuelve

lo que el sol ha secado en la marina, de donde toman su caudal
los ríos, es la virtud enemiga de todos

y la huyen cual la bicha, o por desgracia del sitio, o por mal uso
que los mueve: tanto han cambiado su naturaleza

los habitantes del mísero valle, cual si hechizados por Circe
estuvieran.

Entre cerdos, más dignos de bellotas que de ningún otro
alimento humano, su pobre curso primero endereza.

Chuchos encuentra luego, en la bajada, pero tienen más rabia
que fiereza,

y desdeñosa de ellos tuerce el morro.

Va descendiendo; y cuanto más se acrece,

halla que lobos se hicieron los perros, esa maldita y
desgraciada fosa.

Bajando luego en más profundos cauces, halla vulpejas llenas
de artimañas,

que no temen las trampas que las cacen. No callaré por más
que éste me oiga;

y será al otro útil, si recuerda

lo que un veraz espíritu me ha dicho. Yo veo a tu sobrino que se
vuelve cazador de los lobos en la orilla

del fiero río, y los espanta a todos.

Vende su carne todavía viva; luego los mata como antigua
fiera;

la vida a muchos, y él la honra se quita.

Sangriento sale de la triste selva;
y en tal modo la deja, que en mil años no tomará a su estado
florecente.»

Como al anuncio de penosos males
se turba el rostro del que está escuchando de cualquier parte
que venga el peligro, así yo vi turbar y entristecerse
a la otra alma, que vuelta estaba oyendo, cuando hubo
comprendido las palabras.

A una al oírla y a la otra al mirarla, me dieron ganas de saber
sus nombres,

e híceles suplicante mi pregunta; por lo que el alma que me
habló primero

volvió a decir: «Que condescienda quieres y haga por ti lo que
por mí tú no haces.

Mas porque quiere Dios que en ti se muestre

tanto su gracia, no seré tacaño;

y así sabrás que fui Guido del Duca. Tan quemada de envidia
fue mi sangre. que si dichoso hubiese visto a alguno, cubierto
de livor me hubieras visto.

De mi simiente recojo tal grano;

¡Oh humano corazón, ¿por qué te vuelcas en bienes que no
admiten compañía?

Este es Rinieri, prez y mayor honra de la casa de Cálboli, y
ninguno de sus virtudes es el heredero.

Y no sólo su sangre se ha privado, entre el monte y el Po y el
mar y el Reno,

del bien pedido a la verdad y al gozo; pues están estos límites
tan llenos

de plantas venenosas, que muy tarde, aun labrando, serían
arrancadas.

¿Dónde están Lizio, y Arrigo Mainardi, Pier Traversaro y Guido
de Carpigna?

¡Bastardos os hicisteis, romañoles!

¿Cuando renacerá un Fabbro en Bolonia?

¿cuando en Faenza un Bernardín de Fosco, rama gentil aun de
simiente humilde?

No te asombres, toscano, si es que lloro cuando recuerdo, con
Guido da Prata,

a Ugolin d'Azzo que vivió en Romagna, Federico Tignoso y sus
amigos,

a los de Traversara y Anartagi (sin descendientes unos y los
otros),

a damas y a galanes, las hazañas,

los afanes de amor y cortesía, donde ya tan malvadas son las
gentes.

¿Por qué no te esfumaste, oh Brettinoro, cuando se hubo
marchado tu familia, y mucha gente por no ser perversa?

Bien hizo Bagnacaval, ya sin hijos; e hizo mal Castrocaro, y peor
Conio,

que tales condes en prohijar se empeña.

Bien harán los Pagan, cuando al fin pierdan su demonio; si bien
ya nunca puro

ha de quedar de aquellos el recuerdo.

Oh Ugolino dei Fantolín, seguro está tu nombre y no se espera a
nadie que, corrompido, oscurecerlo pueda.

Y ahora vete, toscano, que deseo más que hablarte, llorar; así la
mente

nuestra conversación me ha obnubilado.»

Sabíamos que aquellas caras almas nos oían andar, y así,
callando, hacían confiarnos del camino.

Nada más avanzar, ya los dos solos, igual que un rayo que en el
aire hiende, se oyó una voz venir en contra nuestra:

«Que me mate el primero que me encuentre»; y huyó como
hace un trueno que se escapa,
si la nube de súbito se parte.

Apenas tregua tuvo nuestro oído,

y otra escuchamos con tan grande estrépito, que pareció un
tronar que al rayo sigue.

«Yo soy Aglauro, que tornóse en piedra»,

y por juntarme entonces al poeta, un paso di hacia atrás, y no
adelante.

Quieto ya el aire estaba en todas partes; y me dijo: «Aquel debe
ser el freno

que contenga en sus límites al hombre.

Pero mordéis el cebo, y el anzuelo del antiguo adversario, y os
atrapa; y poco vale el freno y el reclamo.

El cielo os llama y gira en torno vuestro, mostrando sus bellezas
inmortales,

y ponéis en la tierra la mirada;

y así os castiga quien todo conoce.»

CANTO XV

Cuanto hay entre el final de la hora tercia y el principio de día
en esa esfera,

que al igual que un chiquillo juega siempre tanto ya parecía que
hacia el véspero aún le faltaba al sol de su camino:

allí la tarde, aquí era medianoche. En plena cara heríannos los
rayos, pues giramos el monte de tal forma, que al ocaso
derechos caminábamos, cuando sentí en mi frente pesadumbre
de un resplandor mucho mayor que el de antes, y me asombró
tan extraño suceso;
por lo que alcé las manos por encima de las cejas, haciéndome
visera
que del exceso de luz nos protege.

Como cuando del agua o del espejo el rayo salta a la parte
contraria, ascendiendo de un modo parecido al que ha bajado,
y es tan diferente del caer de la piedra en igual caso,
como experiencia y arte lo demuestran; así creí que la luz
reflejada
por delante de mí me golpease; y en apartarse fue rauda mi
vista.

«¿Quién es, de quien no puedo, dulce padre, la vista resguardar,
por más que hago,
y parece venir hacia nosotros?»

«Si celestial familia aún te deslumbra respondió no te asombres:
mensajero es que viene a invitar a que subamos. Dentro de
poco el mirar estas cosas no será grave, mas será gozoso

cuanto natura dispuso que sientas.» Cuando cerca del ángel
estuvimos

«Entrad aquí nos dijo dulcemente donde hay una escalera
menos dura.»

Subíamos, dejando el sitio aquel y cantar “Beati misericordes”
escuchamos, y “Goza tú que vences” Mi maestro y yo solos
caminábamos hacia la altura; y yo al andar pensaba sacar de
su palabra algún provecho; y a él me dirigí y le pregunté:
«¿Qué ha querido decir el de Romaña. con bienes que no
admiten compañía?»

Y él contestó: «De su mayor defecto conoce el daño, así que no
te admires si es reprendido por que más no llore.

Porque si vuestro anhelo se dirige a lo que compartido
disminuye,

hace la envidia que suspire el fuelle. Mas si el amor de la esfera
suprema los deseos volviera hacia lo alto,

tal temor no tendría vuestro pecho; pues, cuanto más allí se
dice “nuestro”, tanto del bien disfruta cada uno,

y más amor aún arde en ese claustro.»

«Estoy de estar contento más ayuno dije- que si no hubiera
preguntado,

y aún más dudas me asaltan en la mente.

¿Cómo puede algún bien, distribuido en muchos poseedores, aún más ricos hacer de él, que si pocos lo tuvieran?» Y aquel me contestó: «Como no pones la mente más que en cosas terrenales, sacas tinieblas de luz verdadera.

Ese bien inefable e infinito

que arriba está, al amor tal se apresura como a un lúcido cuerpo viene el rayo. Tanto se da cuanto encuentra de ardor; y al aumentarse así la caridad, sobre ella crece la eterna virtud.

Y así cuanto más gente ama allá arriba, hay allí más amor, y más se ama,

y unos y otros son como los espejos.

Y si lo que te digo no te sacia, verás a Beatriz que plenamente este o cualquier deseo ha de quitarte. Procura pues que pronto se te extingan, como han sido ya dos, las cinco heridas que cicatrizan al estar contrito.» Cuando decir quería: «Me aplacaste», me vi llegado al círculo de arriba, y me hizo callar la vista ansiosa. Allí me pareció en una visión estática de súbito estar puesto, y ver muchas personas en un templo; y una mujer decía en los umbrales, con dulce gesto maternal: «Oh hijo,

¿por qué has obrado esto con nosotros? Tu padre y yo angustiados estuvimos buscándote.» Y como ella se callara, se me borró lo que veía antes.

Después me vino otra, con el agua que en sus mejillas el dolor destila,

que un gran despecho hacia otros nos provoca diciendo: «Si eres sir de la ciudad,

por cuyo nombre dioses contendieron, y donde toda ciencia resplandece, véngate de esos brazos atrevidos

que a mi hija abrazaron, Pisistrato.» Y el Señor, que benigno parecía, le respondía con templado rostro:

«¿Qué haremos a quien males nos desea, si a aquellos que nos aman condenarnos?»

Luego vi gente ardiendo en fuego de ira, a pedradas matando a un jovencito, gritando: «Martiriza, martiriza»,

y al joven inclinarse, por la muerte que le apesadumbraba, hacia la tierra, mas sus ojos alzaba siempre al cielo, pidiendo al alto Sir, en guerra tanta, que perdonase a sus perseguidores, con ese aspecto que a piedad nos mueve. Cuando volvió mi alma hacia las cosas que son, fuera de ella, verdaderas, supe que mis errores no eran falsos. Mi guía entonces, que me contemplaba como a aquel que del sueño se despierta,

dijo: «¿Qué tienes que te tambaleas, y has caminado más de media legua con los ojos cerrados, dando tumbos, a guisa de quien turban sueño o vino?»

«Oh dulce padre mío, si me escuchas te contaré le dije lo que he visto,

cuando las piernas me fueron tan flojas.» Y él dijo: «Si cien máscaras tuvieses sobre el rostro, cerrados no tendría tus pensamientos, aun los más pequeños.

Es lo que viste para que no excuses al agua de la paz abrir el pecho, que de la eterna fuente se derrama.

No pregunté “qué tienes”, como hiciera quien mira, sin ver nada, con los ojos, cuando desanimado el cuerpo yace;

mas pregunté para animar tus pasos tal conviene avivar al perezoso,

que tardo emplea al despertar su tiempo.» Por el ocaso andábamos, mirando hasta donde alcanzaba nuestra vista contra la luz radiante y vespertina.

Y vimos poco a poco una humareda venir hacia nosotros, cual la noche; ni un sitio había para resguardarnos: el aire puro nos quitó y la vista.

CANTO XVI

Negror de infierno y de noche privada de estrella alguna, bajo
un pobre cielo, hasta el sumo de nubes tenebroso,
tan denso velo no tendió en mi rostro como aquel humo que nos
envolvió, y nunca sentí tan áspero pelo.

No podía siquiera abrir los ojos por lo que, sabia y fiel, la
escolta mía

vino hacia mí ofreciéndome su hombro. Como el ciego que va
tras de su guía para que no se pierda ni tropiece
en obstáculo alguno, o tal vez muera, andaba por el aire
amargo y sucio, escuchando a Virgilio aconsejarme:

«Ten cuidado y de mí no te separes».

Oía voces como que implorasen la paz y la clemencia del
Cordero

de Dios que borra todos los pecados. Agnus Dei, era, pues,
como empezaban todos a un tiempo y en el mismo modo, y en
completa concordia parecían.

«Maestro, lo que oigo ¿son espíritus?» le dije. Y él a mí: «Bien lo
pensaste; de la iracundia van soltando el nudo.»

«¿Quién eres tú que cortas nuestro humo, y de nosotros hablas
como si

aún midieses el tiempo por calendas?» Esto por una voz fue
preguntado;

«Contéstale me dijo mi maestro y si hay subida por aquí
pregunta.»

«Oh, criatura le dije que te limpias para volver hermosa a quien
te hizo, maravillas oirás si me acompañas.»

«Cuanto me es permitido he de seguirte; y si vernos el humo no
nos deja,

nos mantendrá cercanos el oírnos.» Entonces comencé: «Con
este rostro que destruye la muerte, voy arriba,

y he llegado hasta aquí desde el infierno.

Y si Dios en su gracia me ha tomado, tanto que quiere que su
corte vea

de modo inusitado en estos tiempos,

no me ocultes quién fuiste antes de muerto; dímelo, y dime si el
camino es éste;

y tus palabras sean nuestra escolta.»

«Yo fui lombardo y Marco me llamaban; del mundo supe, y amé
esa virtud

a la que nadie tiende ya su arco. Para subir camina siempre
recto»

Me respondió y dijo luego: «Te pido que por mí imploras cuando
estés arriba.»

«Por mi fe yo le dije te prometo que haré lo que me pides; mas
me estalla dentro una duda, y tengo que aclararla.

Era antes simple y ahora se ha hecho doble con tus palabras,
que me dan certeza

de lo otro, con la cual las relaciono. El mundo por completo está
desierto de cualquiera virtud, como tú dices, y de maldad
cubierto y agravado; mas la razón te pido que me digas, tal que
la vea y que la enserle a otros;

que a la tierra o al cielo lo atribuyen.» Un gran suspiro que
acabó en un ¡ay! lanzó primero; y luego dijo: «Herrnano, el
mundo es ciego, y tú de él has venido.

Cualquier causa achacáis los que estáis vivos al cielo, igual que
si moviese todas

las cosas él obligatoriamente. Destruído sería así en vosotros el
libre arbitrio, y no sería justo

dar la alegría al bien, y al mal dar luto. El cielo inicia vuestros
movimientos; no digo todos, mas aunque lo diga, una luz para
el bien o el mal os dieron,

Y libre voluntad; que si se cansa en el primer combate contra el
cielo,

luego lo vence si bien se sustenta. A mayor fuerza y a mejor
natura libres estáis sujetos; y ella cría
vuestra mente, en que el cielo nada puede.

Y por esto, si el mundo os descamina, la causa que buscáis está
en vosotros: y verdaderamente he de explicártelo: De la mano
de Aquél que la acaricia, aun antes de existir, cual la muchacha
que llorando y riendo juguetea,

sale sencilla el alma y nada sabe, salvo que, obra de un gozoso
artista, gustosa vuelve a aquello que la alegra.

Primero saborea el bien pequeño; aquí se engaña y corre detrás
de él, si no tuerce su amor freno ni guía. Y es necesario el freno
de las leyes;

y es necesario un rey, que al menos vea de la ciudad auténtica
la torre.

Hay leyes, pero ¿quién las administra?

Nadie, pues su pastor acaso rumie, mas no tiene partida la
pezuña;

y la gente, que sabe que su guía

sólo tiende a aquel bien del que ella come, pace de aquel, y no
busca otra cosa.

Bien puedes ver que la mala conducta es la razón que al mundo
ha condenado, y no vuestra natura corrompida.

Solía Roma, que hizo bueno el mundo, tener dos soles que una y
otra senda,

la humana y la divina, les mostraban. Uno a otro apagó; y está
la espada junto al báculo; y una y otro unidos forzosamente,
marchan mal las cosas; porque juntos no temen uno al otro: Si
no me crees, recuerda las espigas, pues distingue las hierbas la
simiente. En la tierra que riegan Po y Adige, valor y cortesía se
encontraban,

antes de entrar en liza Federico.

Ahora puede cruzar sin miedo alguno cualquiera que dejase,
por vergüenza, de acercarse a los buenos o de hablarlos.

Tres viejos hay aún con quien reprende a la nueva la antigua
edad, y tardo Dios les parece en que con él les llame: Corrado
de Palazzo, el buen Gherardo, y Guido de Castel, mejor llamado
el sencillo lombardo, a la francesa. Puedes decir que la Iglesia
de Roma, por confundir en ella dos poderes

ella y su carga en el fango se ensucian.»

«Oh Marco mío -dije- bien hablaste; y ahora discierno por qué
de la herencia

los hijos de Leví privados fueron.

Más qué Gherardo es ése que, por sabio, dices, quedó de
aquella raza extinta como reproche del siglo salvaje?»

«Me engañan tus palabras o me tientan,
-me respondió pues, hablando toscano,

del buen Gherardo nunca hayas oído. Por ningún otro nombre le
conozco, si de Gaya, su hija, no lo saco.

Quedad con Dios, pues más no os acompaño Ved el albor, que
irradia por el humo
ya clareando; debo retirarme (allí está el ángel) antes que me
vea.»

De este modo se fue y no quiso oírme.

CANTO XVII

Acuérdate, lector, si es que en los Alpes te sorprendió la niebla,
y no veías sino como los topos por la piel,
cómo, cuando los húmedos y espesos vapores se dispersan ya,
la esfera del sol por ellos entra débilmente;
y tu imaginación será ligera en alcanzar a ver cómo de nuevo
contemplé el sol, que estaba ya en su ocaso.

Mis pasos a los fieles del maestro emparejando, fuera de tal
nube

salí a los rayos muertos ya en lo bajo.

Oh fantasía que le sacas tantas veces de sí, que el hombre nada
advierte, aunque suenen en torno mil trompetas,

¿si no son los sentidos, quién te mueve?

Una luz que en cielo se conforma, por sí o por el Querer que
aquí la empuja.

De la impiedad de aquella que se hizo

el ave que en cantar más nos deleita, a mi imaginación vino la
huella;

y entonces tanto se encerró mi mente en si misma, que nada le
llegaba del exterior que recibir pudiese.

Luego llovió en mi fantasía uno crucificado, fiero y desdeñoso
en su apariencia, y así se moría; alrededor estaba el gran
Asuero,

Ester su esposa, Mardoqueo el justo, tan íntegro en sus obras y
palabras.

Y como se rompiera aquella imagen por ella misma, igual que
una burbuja a la que falta el agua que la hizo, surgió de mi
visión una muchacha

llorando, y dijo: «Oh reina, ¿por qué airada te quisiste matar?

Ahora estás muerta

por no querer perder a tu Lavinia;

¡Y me has perdido! soy la que lamento antes, madre, los tuyos,
que otros males.» Como se rompe el sueño de repente cuando
hiere en los ojos la luz nueva, que aún antes de morir roto se

agita;

así mi imaginar cayó por tierra

en cuanto que una luz hirió en mis ojos, mucho mayor de la que
se acostumbra.

Yo me volví para mirar qué fuese, cuando una voz me dijo:
«Aquí se sube», que me apartó de otro cualquier intento; y tan
prestas las ganas se me hicieron

para mirar quién era el que me hablaba, que no cesara hasta no
contemplarlo. Mas como al sol que ciega nuestra vista y por
sobrado vela su figura,

me faltaban así mis facultades.

«Es un divino espíritu que muestra el camino de arriba sin
pedirlo,

y él a sí mismo con su luz esconde.

Nos hace igual que un hombre hace consigo; que quien se hace
rogar, viendo un deseo,

su negativa con maldad prepara. A tal invitación el paso
unamos; procuremos subir antes que venga

la noche y hasta el alba no se pueda.»

Así dijo mi guía, y yo con él nos dirigimos hacia la escalera;
y cuando estuve en el primer peldaño, sentí cerca de mí que un
ala el rostro me abanicaba y escuché: «Beati pacifici, que están
sin mala ira.» Estaban ya tan altos los postreros rayos de los
que va detrás la noche, que en torno aparecían las estrellas.

«¡Oh, por qué me abandonas, valor mío!» decía para mí, porque
sentía

la fuerza de las piernas flaquearte. Ya donde más no subía
llegamos la escalera, y allí nos detuvimos,
como la nave que ha llegado al puerto.

Puse atención un poco, por si oía

alguna cosa en este nuevo círculo; luego al maestro me volví y
le dije:

«Mi dulce padre, dime, ¿qué pecado se purga en este círculo? Si
quedos

están los pies, no lo estén las palabras.» Y él me dijo: «El amor
del bien, escaso de sus deberes, aquí se repara;

aquí se arregla el remo perezoso.

Y para que lo entiendas aún más claro, vuelve hacia mí la
mente, y sacarás algún buen fruto de nuestra dernora.»

Ni el Creador ni la criatura, nunca sin amor estuvieron él me dijo- o natural o de ánimo; ya sabes. El natural no se equivoca nunca,

mas puede el otro equivocarse su objeto, porque el vigor o poco o mucho sea. Mientras que se dirige al bien primero, y en el segundo él mismo se controla, no puede ser razón de mal deleite;

mas cuando al mal se tuerce, o con cuidado más o menos al bien de lo que debe,

contra el Autor se vuelven sus acciones.

Entenderás por ello que el amor es semilla de todas las virtudes y de todos los actos condenables. Ahora bien, como nunca de la dicha de su sujeto amor la vista aparta,

del propio odio las cosas están libres; y como dividido no se entiende,

ni por sí mismo, a nadie del Principio, odiar a aquel ninguno puede hacerlo.

Resta, si bien dividido, que se ama el mal del prójimo; y que dicho amor

de vuestro fango nace en tres maneras: Quién, suprimido su vecino, aguarda elevarse, y por esto sólo quiere

que derriben a aquel de su grandeza; quién que el poder, la
gracia, honor y fama
teme perder porque otro le supere, y se entristece y quiere lo
contrario;
y hay quien por las injurias se enfurece, de la venganza se hace
deseoso,
y necesita urdir el mal ajeno.

Este triforme amor aquí debajo
se llora; y ahora quiero que conozcas, el que corre hacia el bien
corruptamente. Todos confusamente un bien seguimos donde
se aquiete el ánimo, y lo ansiamos;
y por lograrlo combatimos todos.

Si lento es ese amor en dirigirse
o en conquistar a Aquel, esta cornisa, tras justo arrepentirse, le
atormenta.

Hay otro bien que hace infeliz al hombre; no es la felicidad, la
buena esencia, que es el fruto y raíz de todo bien.

El amor que a este bien se ha abandonado, sobre nosotros se
purga en tres círculos; mas cómo tripartito se organiza,
para que tú lo encuentres, me lo callo.

CANTO XVIII

Había terminado sus razones

mi alto doctor, mirando atentamente si en mis ojos mostraba
mi contento; y yo, a quien nueva sed atormentaba, callaba, mas
por dentro me decía:

«mi preguntar acaso le molesta».

Mas el padre veraz, que se dio cuenta del medroso deseo que
ocultaba

sin hablar, me alentó a que preguntase.

Y yo: «Maestro, mi visión se aviva tanto en tu luz, que ya
distingo claro lo que tu ciencia abarca o me describe: Y así te
pido, caro y dulce padre,
me expliques ese Amor al que reduces cualquiera bien obrar o
su contrario.»

«Dirige dijo a mí las claras luces del intelecto, y el error verás
de los ciegos que en guía se convierten. El alma, que a amar
presta fue creada, se mueve a cualquier cosa que le place, tan
pronto del placer es puesta en acto.

La percepción, de seres verdaderos saca la imagen que
despliega dentro,
e impulsa al alma a que se vuelva a ésta; y si, vuelta hacia ella,
se doblega, Amor se llama ese doblegamiento,
que por gozar de nuevo entra en vosotros.

Y, como el fuego a lo alto se dirige, porque su forma a subir fue creada donde más se conserva en su materia, presa el alma se entrega así al deseo, impulso espiritual, y no reposa hasta que goza de la cosa amada.

Ahora comprenderás cuánto está oculta esta verdad a la gente que dice

que todo amor sea loable cosa; porque acaso parece su materia

que es siempre buena, mas no todo sello es bueno aunque la cera sea buena.»

«Con tus palabras y mi ingenio atento le respondí ya sé qué es el amor,

pero esto de otras dudas me ha llenado; pues si el amor se ofrece desde fuera, y el alma no procede de otro modo, no es mérito si va torcida o recta. »

«Cuanto ve la razón puedo decirte dijo-; si quieres más, aguarda entonces a Beatriz, pues que de fe es materia. Cualquiera fortuna sustancial, que aparte de la materia está, y está a ella unida,

una específica virtud contiene,

la cual no es perceptible sino obrando, ni se demuestra más que por efectos,

cual la vida en las plantas por sus frondas Mas de dónde nos
vengan las primeras nociones a la mente, lo ignorarnos,
y del primer apetecer las causas,

que en vosotros están, como en la abeja el arte de hacer miel; y
este deseo no merece desprecio ni alabanza.

Mas porque a éste aún otros se añaden, innata os es la virtud
que aconseja,

y el umbral guarda del consentimiento. Este es pues el principio
del que parte en vosotros el mérito, según

que buen o mal amor tome o desdeñe. Los que al fondo
llegaron razonando, se dieron cuenta de esta libertad;

y al mundo le dejaron sus morales.

Aun suponiendo que obligadamente surja el amor que dentro se
os encienda, la potestad tenéis de refrenarlo.

A esta noble virtud Beatriz la llama libre albedrío, y procurar
debieras recordarlo por si ella te habla de esto.» La luna, casi a
media noche tarda,

más raras las estrellas nos hacía, como un caldero ardiendo por
completo;

corriendo por el cielo los caminos que el sol inflama cuando los
de Roma

lo ven caer entre Corsos y Sardos.

Y la sombra gentil, por quien a Piétola más que a la propia
Mantua se celebra me había liberado de mi peso;
y yo, que la razón abierta y llana tenía ya después de mis
preguntas, divagaba cual hombre adormilado;

mas fue esta soñolencia interrumpida súbitamente por gentes
que a espaldas nuestras, hacia nosotros caminaban. Como el
Ismeno y el Asopo vieron furia y turbas de noche en sus orillas,
cuando a Baco imploraban los tebanos, así por aquel círculo
avanzaban,

por lo que pude ver, quienes venían del buen querer y justo
amor llevados. Enseguida llegaron, pues corriendo aquella
magna turba se movía,

y dos gritaban llorando delante:

«Corrió María apresurada al monte; y para sojuzgar Lérída
César,

tocó en Marsella y luego corrió a España.»

«Raudo, raudo, que el tiempo no se pierda por poco amor
gritaban los demás ;

que el arte de obrar bien torne la gracia.»

«Oh gente a quien fervor agudo ahora compensa negligencia o
dilaciones que por tibieza en bien obrar pusisteis, éste que vive,
y cierto no os engaño, en cuanto luzca el sol quiere ir arriba;

decidnos pues dónde hay una abertura.» Estas palabras díjolas
mi guía;

y uno de estos espíritus: «Seguidnos detrás nos dijo y
hallaréis el paso. De movernos estamos tan ansiosos que parar
no podemos; tú perdona si la justicia te es descortesía.

Yo fui abad de San Zeno de Verona bajo el imperio del buen
Barbarroja, del cual doliente aún Milán se acuerda. Y hay
alguno con un pie ya en la fosa, que pronto llorará aquel
monasterio,

y triste se hallará de haber mandado; porque a su hijo, mal del
cuerpo entero, y peor de la mente, y malnacido,

ha puesto en vez de su pastor legal.» Ignoro si calló o si más
nos dijo,

tan lejos se encontraba de nosotros; esto escuché y me agrada
el recordarlo. Y aquel que en todo trance me ayudaba dijo:
«Vuélvete aquí y mira esos dos que vienen dando muerdos a la
acidia.»

Detrás todos decían: «Antes muerto estuvo el pueblo a quien el
mar se abriera, de que el Jordán su descendencia viese.

Y aquellos que la suerte no sufrieron del vástago de Anquises
hasta el fin, a una vida sin gloria se ofrecieron.»

Luego cuando esas sombras tan lejanas estaban, que ya verse
no podían,

se me introdujo un nuevo pensamiento, del que nacieron otros
y diversos;
y tanto de uno en otro divagaba, que por divagación cerré los
ojos,
y en sueño convertí mi pensamiento.

CANTO XIX

Cuando el calor diurno no consigue hacer ya tibio el frío de la
luna,
por la tierra vencido y por Saturno, que es cuando los
geomantes la Fortuna
Mayor ven en oriente antes del alba, surgir por vía oscura poco
tiempo me llegó en sueños una tartamuda,
bizca en los ojos, y en los pies torcida, descolorida y con las
manos mancadas.
Yo la miraba; y como el sol conforta los fríos miembros que la
noche oprime,
así mi vista le volvía suelta
la lengua, y bien derecha la ponía al poco, y su semblante
desmayado, como quiere el amor, coloreaba.
Después de haberse en el hablar soltado, a cantar comenzó, tal
que con pena habría de ella apartado mi mente.

«Yo soy cantaba la dulce sirena, que en la mar enloquece a los marinos; tan grande es el placer que da el oírme. Yo aparté a Ulises de su incierta ruta con mi cantar; y quien se me habitúa, raramente me deja: ¡Así lo atraigo!»

Aún no se había cerrado su boca, cuando yo vi una dama santa y presta al lado de mí para confundirla.

«Oh, Virgilio, Virgilio, ¿quién es ésta?» fieramente decía, ; y él llegaba

en la honesta fijándose tan sólo.

Cogió a la otra, y le abrió por delante, rasgándole el traje, y mostrándole el vientre; me despertó el hedor que desprendía.

Miré, y el buen maestro: «¡Al menos tres voces te he dado! dijo , ven, levanta; hallaremos la entrada para que entres.»

Me levanté, y estaban ya colmados de pleno día el monte y sus recintos;

con sol nuevo a la espalda caminábamos.

Siguiéndole, llevaba la cabeza

tal quien de pensanúentos va cargado, que hace de sí un medio arco de puente; Cuando escuché «Venid, aquí se cruza» dicho de un modo suave y benigno,

que no se escucha en esta mortal marca.

Con alas, que de cisne parecían, arriba nos condujo quien
hablaba entre dos caras del duro macizo. Movi6 luego las
plumas dando aire, Qui lugent afirmando ser dichosos,
pues tendrán dueña el alma del consuelo.

«¿Qué tienes que a la tierra sólo miras?» mi guía comenzó a
decirme, apenas sobrepasados fuimos por el ángel.

Y yo: «Me hace marchar con tantas dudas esa nueva visión, que
a ella me inclina, y no puedo apartar del pensamiento.»

«Has visto dijo aquella antigua bruja por quien se llora encima
de nosotros;

y cómo de ella el hombre se libera. Bástete así, y camina más
aprisa; vuelve la vista al reclamo que mueve el rey eterno con
las grandes ruedas.» Cual primero el halcón sus patas mira, y
luego vuelve al grito, y se apresura por afán de la presa que le
llama,

así hice yo; y así, cuanto se parte la roca por dar paso a aquel
que sube, anduve hasta llegar donde se cruza.

Cuando en el quinto círculo hube entrado, vi por aquel a gentes
que lloraban, tumbados en la tierra boca abajo.

Adhaesit pavimento anima mea' oí decir con tan altos suspiros,
que apenas se entendían las palabras.

«Oh elegidos de Dios, cuyos sufrimientos justicia y esperanza hacen más blandos, hacia la alta subida dirigirnos.»

«Si venís de yacer aquí librados,
y queréis pronto hallar vuestro camino, llevad siempre por fuera
la derecha.»

Así rogó el poeta, y contestado fue así poco delante de
nosotros; y yo descubrí en el hablar a un escondido;
y a los de mi señor volví los ojos: él asintió con ceño placentero,
a aquello que mi vista le pedía.

Luego que pude hacer lo que gustaba, me puse sobre aquella
criatura,

cuyas palabras mi atención movieron,

«Alma diciendo en cuyo llanto eso que no puede volver a
Dios madura, deja un poco por mí el mayor cuidado.

¿Quién fuisteis, y por qué vuelta la espalda tenéis arriba.P

¿Quieres que te pida algo de allí de donde vengo vivo?»

Y él me dijo: «El porqué nuestras espaldas vuelve el cielo hacia
sí, sabrás; mas antes scías quod ego fui succesor Petri

Entre Siestri y Chiavani va corriendo un río hermoso, y en su
nombre tiene el título mi estirpe máspreciado.

Cómo pesa el gran manto a quien lo guarda del fango, provee
un mes y poco más; plumas parecen todas otras cargas.

Mi conversión tardía fue, ¡Ay de mí!; pero cuando elegido fui
romano pastor, vi que la vida era mentira.

Vi que allí el corazón no se aquietaba, ni subir más podía en esa
vida;

por lo cual me encendí de amor por ésta.

Hasta aquel punto, mísera, apartada de Dios estuvo mi alma
avariciosa; y, como ves, aquí estoy castigado. Lo que hace la
avaricia, se declara en la purga del alma convertida;

no hay en el monte más amarga pena.

Y como nuestros ojos no pusimos en alto, fijos sólo en lo
terreno,

la justicia en la tierra aquí los clava. Y como la avaricia a
cualquier bien apagó nuestro amor, y nuestras obras se
perdieron, nos tiene la Justicia

de pies y manos presos y amarrados: y cuanto le complazca al
justo Sir inmóviles, tumbados estaremos».

Me había arrodillado y quise hablarle; mas cuanto comencé, y él
se dio cuenta, de mi respeto, sólo al escucharle,

«¿Por qué te inclinas dijo de ese modo?» y le dije: «Por vuestra
dignidad

estar de pie me impide mi conciencia.»

«¡Endereza las piernas y levanta, hermano! respondió , no te equivoques: de un poder mismo todos somos siervos.

Y si aquel santo evangélico texto que dice necque nubent,
entendiste,

comprenderás por qué hablo de este modo Ahora vete, no quiero que te pares

más, pues turbas mi llanto con tu estancia, con el cual se madura lo que has dicho. Tan sólo una sobrina, Alagia, tengo,
buena de suyo, si es que nuestra casa

no la haya hecho a su ejemplo malvada; y ésta tan sólo de allí me ha quedado.»

CANTO XX

Contra un mejor querer otro no lucha;

y contra mi placer, por complacerle, saqué del agua la esponja
aún sedienta.

Eché a andar y mi guía echó a andar por los lugares libres,
siguiendo la roca,

cual pegados de un muro a las almenas; pues la gente que
vierte gota a gota

por los ojos el mal que el mundo llena, al borde se acercaba
demasiado.

¡Maldita seas tú, oh antigua loba, que más que el resto de las
bestias matas,

a causa de tus hambres desmedidas!

¡Oh, cielo, que se cree que cuando gira puede cambiar las leyes
de aquí abajo!,

¿cuándo vendrá quien a ésta le haga huir?

A paso lento y corto caminábamos, atento yo a las sombras,
que sentía llorar piadosamente y lamentarse y por ventura oí.

«¡Dulce María!»

clamar así en el llanto ante nosotros, como hace una mujer que
esté pariendo; y que seguía «Fuiste tú tan pobre cuanto se
puede ver por el cobijo

donte tu santa carga deposiste.» Oí seguidamente: «Oh buen
Fabricio,

antes virtud quisiste en la pobreza, que gran riqueza poseer
vicioso.» Estas palabras tanto me placían,

que avancé un poco más por conocer a aquel que parecía
proferirlas.

Aquel hablaba aún del generoso

trato de Nicolás con las doncellas para guardar su juventud
honestamente.

«Oh espíritu que tanto bien proclamas, dime quién fuiste dije y
por qué sólo repites estas dignas alabanzas.

No quedarán tus palabras sin premio, si vuelvo a completar la
corta senda, de aquella vida que al término vuela.» Y aquél: «Te
lo diré, no porque espere consuelo en ello, sino porque tanta
gracia en ti luce aun antes de estar muerto.

Yo fui raíz de aquella mala planta que la tierra cristiana ha
ensombrecido,

tal que buen fruto rara vez se coge. Mas si Duay y Gante, Lila y
Brujas pudieran, su venganza encontrarían; yo la suplico a
aquel que todo juzga.

Hugo Capeto fui llamado abajo; de mí nacieron Felipes y Luises
por quien Francia regida fue de nuevo.

De un carnicero de París fui hijo: al extinguirse ya los viejos
reyes,

salvo el que en paños grises envolvieron, me encontré entre las
manos con las riendas del gobierno, y con tanto poderío
adquirido, y con tantos partidarios,

que a la corona viuda promovida fue la cabeza de mi hijo, el
cual hizo nacer los consagrados huesos.

Mientras que la gran dote de Provenza

no quitó la vergüenza de mi estirpe, valía poco, pero mal no
hacía.

Allí empezó con fuerza y con mentira su rapiña; mas luego, por
enmienda, Ponthieu tomó, Gascuña y Normandía. Carlos a
Italia vino y, por enmienda, víctima hizo a Corradino; y luego
a Tomás, por enmienda, empujó al cielo.

Un tiempo veo, no muy lejos de ese, en que saldrá de Francia
aún otro Carlos,
para que sepan más de él y los suyos.

Sale sin armas, con la lanza sólo con la que judas contendió, y
la clava en Florencia, y el vientre le desgarró. Tierras no, mas
pecados y deshonor, para él adquirirá, tanto más graves,
cuanto más leve el daño le parezca. A otro, que sale preso de
una nave,

a su hija vender regateando veo cual los corsarios las esclavas.
¡Oh avaricia! ¿qué más hacer puedes, si de mi sangre así te has
adueñado, que no se cuida de su propia carne? Por remediar lo
hecho y lo futuro, veo en Anagi entrar la flor de lis,
y en su vicario hacer cautivo a Cristo.

Le veo nuevamente escarnecido; hiel y vinagre renovar le veo,
y entre vivos ladrones darle muerte.

Veo al nuevo Pilatos tan cruel,

que no le sacia esto, y sin decreto lleva las velas avaras al
Templo.

¿Cuándo podré alegrarme, Señor mío, mirando la venganza
que, escondida, hace dulce el secreto de tu ira?

Lo que decía de la única esposa del Espíritu Santo, y que te hizo
volverte a mí para que te explicara, la letanía es de nuestras
preces

mientras el día dura; y cuando marcha es un contrario son el
que entonarnos. A Pigmalión recordarnos entonces,

a quien traidor, ladrón y parricida hizo su desmedido afán de
oro; y del avaro Midas la miseria,

que siguió a su pedir desmesurado, que será bueno reírlo por
siempre; al loco Acán después nos referimos, cómo robó el
botín, tal que la ira

de Josué parece que aún le muerda.

A Safira acusamos y al marido; de Eliodoro las coces alabamos;

y gira en todo el monte por su infamia.

Polinestor que mató a Polidoro; y para terminar se grita: "Craso

di, ¿cómo sabe el oro, pues lo sabes?" Así habla en alto el uno,
en bajo el otro; según la fuerza que nos espolea

a andar a paso lento o más ligero: Mas proclamando la virtud
diurna

no era el único; sólo que aquí cerca la voz no levantaba ningún otro.» Nos habíamos ya ido de su lado, procurando avanzar en el camino lo que nuestros recursos permitían,

cuando escuché, como si algo se hundiera, temblar el monte, y me asaltó tal frío como le asalta a aquel que va a la muerte.

De cierto no tembló tan fuerte Delos, antes de que Latona hiciera el nido, para alumbrar del cielo los dos ojos.

Luego un clamor se oyó por todas partes tal, que el maestro se volvió hacia mí

«Mientras te guíe dijo no te asustes.»

Gloria in excelsis todos deo decían, por lo que escuché, de cerca, y pude comprender lo que gritaban. Suspendidos e inmóviles estábamos,

igual que los pastores al oírlo, hasta que terminó el temblor y el canto.

Luego seguimos nuestra santa ruta, viendo yacer las sombras por la tierra, vueltas de nuevo al llanto acostumbrado.

Con tanta guerra nunca la ignorancia de conocer me hizo deseoso,

si es que no se equivoca mi memoria, cuanta creí tener, pensando, entonces; ni a preguntar osaba por la prisa,

ni comprendía nada por mí mismo: y marchaba asustado y pensativo.

CANTO XXI

Esa sed natural que no se aplaca sino con aquel agua que la joven samaritana pidió como gracia, me apenaba, y punzábame la prisa por la difícil senda tras mi guía doliéndome con la justa venganza.

Y he aquí que, como escribe Lucas que a dos en el camino vino Cristo, salido de la boca del sepulcro, apareció una sombra detrás de nosotros, al pie mirando la turba yacente;

y antes de percatamos de él, nos dijo:

«Oh hermanos míos, Dios os de la paz».

Nos volvimos de súbito, y Virgilio le devolvió el saludo que se debe. Dijo después: «En la corte beata, en paz te ponga aquel veraz concilio, que en el exilio eterno me relega.»

«¡Cómo! nos dijo, caminando aprisa :

¿si sombras sois que aquí Dios no destina, quién os ha hecho subir por su escalera?»

Y mi doctor: «Si miras las señales que éste lleva, y que un ángel
ha marcado

verás que puede irse con los buenos. Mas como la que hila día y
noche no le había acabado aún la husada que Cloto impone y a
todos apresta,

su alma, que es hermana de las nuestras, subiendo no podía
venir sola,

porque no puede ver como nosotros. Y me sacaron de la gran
garganta infernal, para guiarle, y guiarele

hasta donde mi escuela pueda hacerlo. Mas, si lo sabes, dime,
¿por qué tales sacudidas dio el monte, y por qué a una
parecieron gritar hasta su base.?»

Así dio, preguntando, en todo el blanco de mi deseo, y con las
esperanzas aquella sed sentí más satisfecha.

Y aquel dijo: «No hay cosa que sin orden pase en la santidad de
la montaña,

o que suceda fuera de costumbre. De toda alteración esto está
libre:

uno que el cielo dio y que en él recibe puede ser la razón, y no
otra causa. Porque la lluvia, el granizo, la nieve, el rocío y la
escarcha más arriba

no caen de la escalera de tres gradas; nubes espesas no hay ni enrarecidas, ni rayos, ni la hija de Taumente, que abajo cambia a menudo de sitio; no sigue el viento seco más arriba que la más alta de las escaleras, donde se sienta el vicario de Pedro. Acaso tiemble abajo, poco o mucho, mas por mucho que el viento allá se esconda, no sé cómo, aquí arriba nunca tiembla.

Tiembla cuando algún alma ya limpiada se siente, y se levanta o se encamina para subir; y tal grito la sigue.

Da prueba ese deseo de estar limpia, que, libre ya para mudar de sitio, toma al alma y la empuja con deseo.

Antes lo quiso, y lo impidió el talento pues contra ese deseo, la Justicia, como fue en el pecar, pone al castigo.

Y yo que en estas penas he yacido más de quinientos años, sólo ahora anhelo libremente un mejor solio: por eso el terremoto y los piadosos espíritus oisteis, alabando a aquel Señor, que pronto los reclame.»

Así nos dijo; y tal como disfruta más del beber quien tiene sed más grande, no podría explicar mi gran contento.

Y el sabio guía: «Ya comprendo ahora la red que os prende y cómo deslazarla, y por qué hay regocijos y temblores.

Ahora quién fuiste plázcate contarme, y por qué tantos siglos
has yacido aquí, muéstramelo con tus palabras.»

«En la edad que el buen Tito, con la ayuda del sumo rey, vengó
los agujeros

de aquella sangre por Judas vendida, con el nombre que más
dura y más honra

vivía yo» repuso aquel espíritu- ya bastante famoso, mas sin fe.

Tan grande fue lo dulce de mi canto, que, tolosano, a Roma me
trajeron,

y merecí con mirto honrar mis sienes. Por Estacio aún la gente
me conoce: canté de Tebas y del gran Aquiles; mas quedó en el
camino la segunda. Semilla de mi ardor fueron las ascuas, que
me quemaron, de la llama santa

en que han sido encendidos más de miles; de la Eneida te hablo,
la cual madre

me fue, y me fue nodriza en la poesía: sin ella no valdría ni un
adarme.

Y por haber vivido cuando allí vivió Virgilio, un sol consentiría

más del debido aún antes de marcharme.» Se volvió a mí
Virgilio a estas palabras con rostro que, callando, dijo: «Calla»;
mas la virtud no puede cuanto quiere,

que risa y llanto siguen tan de cerca la pasión que genera a
cada uno,

que al querer menos sigue en los sinceros.

Así que sonreí como al secreto; y se calló la sombra, y me miró
los ojos que revelan más el alma; y: «así tanto trabajo en bien
acabe

dijo ¿por qué hace un rato tu semblante me ha mostrado un
relámpago de risa?»

Ahora estaba cogido por dos partes una me hace callar, la otra
me pide

que hable; y yo suspiro y me comprende

mi maestro, y «No tengas ningún miedo de hablar me dice ;
háblale y revela lo que con tanto afán ha preguntado» Por lo
que yo: «Quizás te maravilles de por qué me reí, oh antiguo
espíritu,

pero aún quedarás más admirado. Este que arriba guía mi
mirada,

es el mismo Virgilio, en quien las fuerzas tomaste de cantar
dioses y héroes.

Si de otra causa pareció mi risa, olvídale por falsa, y sólo vino
de las palabras que le prodigaste.»

Para abrazar los pies ya se inclinaba a mi doctor, más él le dijo:

«Hermano,

no lo hagas, porque somos los dos sombras.» Y él alzando:

«Ahora puedes comprender la cantidad de amor en que me

enciendes,

cuando olvido que somos cosas vanas, y trato como sólidas las

sombras.»

CANTO XXII

Ya el ángel se quedó tras de nosotros, aquel que al sexto círculo

nos trajo, una señal quitando de mi frente;

y a los que tienen ansias de justicia llamó beatos, pero sus

palabras

hasta el sitiunt, no más, lo proclamaron. Y yo más leve que en

los otros pasos caminaba, tal que sin pena alguna

seguía a los espíritus veloces; cuando Virgilio comenzó: «El

Amor

prendido en la virtud, siempre a otro prende con tal de que su

llama manifieste;

desde el punto en que vino con nosotros Juvenal hasta el limbo

del infierno,

y cuánto te admiraba me dijera, yo fui contigo tan benevolente como nunca con alguien que no has visto, y esta escalera me parece corta.

Pero dime, y perdona como amigo si excesiva confianza alarga el freno, y como amigo explícame la causa:

cómo pudo encontrar dentro de ti un sitio la avaricia, junto a tanto saber que por estudios poseías?»

A Estacio estas palabras le causaron primero una sonrisa, luego dijo:

«Me prueba tu cariño lo que dices. En verdad muchas veces pasan cosas que dan materia falsa a nuestras dudas, porque la causa cierta está escondida. Tu pregunta me muestra que pensabas que en la otra vida hubiera sido avaro, acaso pues me viste en aquel círculo.

Sabe pues que alejado de avaricia fui demasiado; y esta desmesura miles de lunas castigada ha sido.

Y si el rumbo no hubiese enderezado, al comprender allí donde escribías,

casi irritado con el ser del hombre,

«¿Por dónde no conduces tú, maldita hambre de oro, el afán de los mortales?» en los tristes torneos diera vueltas.

Supé entonces que mucho abrir las alas puede gastar las
manos, y de esa falta me arrepentí cual de las otras.

¿Cuántos renacerán todos pelados por ignorancia, pues quien
peca en esto, ni en vida, ni al extremo se arrepiente?

Y sabrás que la culpa que replica, y diametral se opone a algún
pecado,

juntamente con él su verdor seca; por lo cual si con esa gente
estuve que llora la avaricia, por purgarme justo de lo contrario
me encontraba.»

«Cuando contaste las peleas crueles de la doble tristeza de
Yocasta

dijo el cantor de bucólicos versos por aquello que te inspirara
Clío, no parece que fueses todavía

fiel a la fe sin la que el bien no basta. Si esto es así, ¿qué sol,
qué luminarias, disipando la sombra, enderezaron detrás del
pescador luego tus velas?»

Y aquél a éste: «Tú me dirigiste a beber en las grutas del
Parnaso;

y luego junto a Dios me iluminaste. Hiciste como aquél que va
de noche con una luz detrás, que a él no le sirve,

mas hace tras de sí a la gente sabia, cuando dijiste: «El siglo se
renueva,

y el primer tiempo y la justicia vuelven, nueva progenie de los
cielos baja.»

Por ti poeta fui, por ti cristiano: mas para ver mejor lo que
dibujo, para darle color la mano extendo.

Preñado estaba el mundo todo entero de la fe verdadera, que
sembraron los mensajeros del eterno reino,

y tus palabras que antes he citado con las prédicas nuevas
concordaban; y tomé por costumbre el visitarles.

Tan santos luego fueron pareciendo, que en la persecución de
Domiciano, sin mis lágrimas ellos no lloraban;

y mientras que en mi mano hacerlo estuvo les ayudaba, y con
sus rectas vidas

me hicieron despreciar toda otra secta. Y antes de poetizar
sobre los griegos y sobre Tebas, tuve mi bautismo;

pero por miedo fui un cristiano oculto, mostrándome pagano
mucho tiempo; y esa tibieza en el recinto cuarto

me recluyó por más de cuatro siglos. Tú pues, que ya este velo
has levantado que me escondía cuanto bien he dicho, mientras
que de subir nos ocupamos, dónde está, dime, aquel Terencia
antiguo,

Varrón, Plauto, Cecilio, si lo sabes:

y si están condenados y en qué círculo.»

Esos y Persio, y yo, y bastantes otros le respondió se
encuentran con el Griego
a quien las musas más amamantaron, en el primer recinto de la
cárcel;
y hablarnos muchas veces de aquel monte donde nuestras
nodrizas se hallan siempre.
También están Simónides y Eurípides, Antifonte, Agatón y
muchos otros griegos que de laureles se coronan. Allí se ven
aquellas gentes tuyas,
Antígona, Deífile y Argía
y así como lo fue de triste, a Ismene. Vemos a aquella que
mostró Langía, a Tetis y la hija de Tiresias,
y a Deidamia con todos sus hermanos.» Ya se callaban ambos
dos poetas,
de nuevo atentos a mirar en torno, ya libres de subir y de
paredes;
y habían cuatro siervas ya del día atrás quedado, y al timón la
quinta enderezaba a lo alto el carro ardiente,
cuando mi guía: «Creo que hacia el borde volver el hombro
diestro nos conviene, dando la vuelta al monte cual solemos. »
Así fue nuestro guía la costumbre,
y emprendimos la ruta más tranquilos pues lo aprobaba aquel
alma tan digna.

Ellos iban delante, y solitario yo detrás, escuchando sus
palabras,

que en poetizar me daban su intelecto. Mas pronto rompió las
dulces razones un árbol puesto en medio del camino, con
manzanas de olor bueno y suave; y así como el abeto se
adelgaza

de rama en rama, aquel abajo hacía, para que nadie, pienso, lo
subiera.

Del lado en que el camino se cortaba, caía de la roca un licor
claro,

que se extendía por las hojas altas. Al árbol se acercaron los
poetas;

y una voz desde dentro de la fronda gritó: «Muy caro cuesta
este alimento.»

«Más pensaba María en que las bodas siguió fueran honradas,
que en su boca, esa que ahora intercede por vosotros.

Las antiguas romanas sólo agua bebían; y Daniel, que
despreciaba el alimento, conquistó la ciencia. La edad primera,
bella como el oro, hizo con hambre gustar las bellotas,
y néctar con la sed cualquier arroyo. Miel y langostas fueron las
viandas que en el yermo nutrieron al Bautista; por lo cual es tan
grande y tan glorioso como en el Evangelio se demuestra.»

CANTO XXIII

Mientras los ojos por la verde fronda

fijaba de igual modo que quien suele del pajarillo en pos perder
la vida, el más que padre me decía: «Hijo,
ven pronto, pues el tiempo que nos dieron más útilmente
aprovechar se debe.» Volví el rostro y el paso sin tardarme,
junto a los sabios, que en tal forma hablaban, que me hicieron
andar sin pena alguna.

Y en esto se escuchó llorar y un canto labia mea domine, en tal
modo,
cual si pariera gozo y pesadumbre.

«Oh dulce padre, ¿qué es lo que ahora escucho?», yo comencé;
y él: «Sombras que caminan
de sus deudas el nudo desatando.» Como los pensativos
peregrinos, al encontrar extraños en su ruta, que se vuelven a
ellos sin pararse, así tras de nosotros, más aprisa,
al llegar y pasamos, se asombraba de ánimas turba tácita y
devota.

Todos de ojos hundidos y apagados, de pálidos semblantes, y tan flacos que del hueso la piel tomaba forma. No creo que a pellejo tan extremo seco, hubiese llegado Erisitone, ni cuando fue su ayuno más severo. Y pensando decíame: «¡Aquí viene la gente que perdió Jerusalén, cuando María devoró a su hijo!

Parecían sus órbitas anillos

sin gemas: y quien lee en la cara "omo" bien podría encontrar aquí la eme.

¿Quién pensaría que el olor de un fruto tal hiciese, el anhelo produciendo,

o el de una fuente, no sabiendo cómo?

Maravillado estaba de tal hambre, pues la razón aún no conocía de su piel escarnada y su flaqueza, cuando de lo más hondo de su rostro fija su vista me volvió una sombra;

luego fuerte exclamó: "¿Qué gracia es ésta?" Nunca el rostro le hubiese conocido; pero en la voz se me hizo manifiesto

lo que el aspecto había deformado.

Esta chispa encendió de aquel tan otro rostro del todo mi conocimiento,

y conocí la cara de Forese.»

«Ah, no te fijes en la seca roña que me destiñe rogaba la piel,
ni por la falta de carne que tenga;

dime en verdad de ti, y de quién son esas dos ánimas que allí te
dan escolta;

¡no te quedes aquí sin que me hables!»

«Tu cara, que lloré cuando moriste, con no menos dolor ahora la
lloro

le respondí al mirarla tan cambiada. Pero dime, por Dios que
así os deshoja; no pidas que hable, pues estoy atónito; mal
podrá hablar quien otra cosa quiere.» Y él a mí «Del querer
eterno baja

un efecto en el agua y en el árbol que dejasteis atrás, que así
enflaquece.

Toda esta gente que llorando canta, por seguir a la gula sin
medida,

santa se vuelve aquí con sed y hambre De comer y beber nos
da el deseo

el olor de la fruta y del rocío que se extiende por sobre la
verdura.

Y ni un solo momento en este espacio dando vueltas, mitiga
nuestra pena: pena digo y debiera decir gozo,

que aquel deseo al árbol nos conduce donde Cristo gozoso dijo
'Eli', cuando nos redimió la sangre suya.» Yo contesté: «Forese,
desde el día que el mundo por mejor vida trocaste, cinco años
aún no han transcurrido.

Si antes se terminó el que tú pudieras pecar aún más, de que
llegase la hora

del buen dolor que a Dios volver nos hace,

¿cómo es que estás arriba ya tan pronto?

Yo pensaba encontrarte allí debajo, donde el tiempo con tiempo
se repara.»

Y él respondió: «Tan pronto me ha logrado que beba el dulce
ajenjo del martirio

mi Nela con su llanto sin fatiga.

Con devotas plegarias y suspiros me trajo de la playa en que se
espera, y me ha librado de los otros círculos. Tanto más cara a
Dios y más dilecta

es mi viudita, a la que tanto amaba, cuanto en su bien obrar
está más sola; puesto que la Barbagia de Sicilia
es más púdica ya con sus mujeres que la Barbagia en donde la
he dejado. Dulce hermano ¿qué quieres que te diga?

Ya presiento unos tiempos venideros de que esta hora ya no
está lejana, en que será en el púlpito vedado

el que las descaradas florentinas vayan mostrando en público
las tetas.

¿Qué bárbara hubo nunca o musulmanas que precisaran para
andar cubiertas disciplina en el alma o de las otras?

Mas si supieran esas sinvergüenzas lo que veloz el cielo les
depara, ya para aullar sus bocas abrirían;

pues si el vaticinar aquí no engaña, sufrirán antes de que crezca
el bozo a los que ahora con nanas consuelan.

Ahora ya no te escondas más, oh hermano, que no sólo yo, más
toda esta gente, mira el lugar donde la luz no pasa.»

Por lo que yo le dije: «Si recuerdas lo que fui para ti, y para mi
fuiste, aún será triste el recordar presente. De aquella vida me
sustrajo aquel que va delante, el otro día, cuando redonda se
mostró la hermana de ese señalé el sol. Y aquél por la profunda

noche llevóme de los muertos ciertos con esta carne cierta que
le sigue.

De allí con sus auxilios me ha traído, subiendo y rodeando la
montaña,

que os endereza a los que el mundo tuerce.

Dice que habrá de hacerme compañía hasta que esté donde
Beatriz se encuentra; allí es preciso que sin él me quede.

Virgilio es quien tal cosa me ha contado y se lo señalé ; y aquél
la sombra
por quien se ha conmovido cada cuesta de vuestro reino del
que ya se marcha.»

CANTO XXIV

Ni hablar a andar, ni andar a aquel más lento hacía, mas
hablando a prisa íbamos
cual nao que empuja un viento favorable; y las sombras, más
muertas pareciendo, admiración ponían en las cuencas
de los ojos, sabiendo que vivía.

Y yo, continuando mis palabras dije: «Y asciende acaso más
despacio de lo que en otro momento lo haría. Mas dime de
Piccarda, si es que sabes; y dime si estoy viendo a alguien
notable entre esta gente que así me contempla.»

«Mi hermana, que entre hermosa y entre buena no sé qué fuera
más, alegre triunfa
en el Olimpo ya de su corona.»

Dijo primero; y luego: «Aquí podemos a cualquiera nombrar
pues tan mudado nuestro semblante está por la abstinencia.

Ese y le señaló es Bonagiunta, Bonagiunta de Lucca; y esa cara
a su lado, cosida más que otras.

tuvo la santa iglesia entre sus brazos: nació en Tours, y aquí
purga con ayunos el vino y las anguilas de Bolsena.»

Uno por uno a muchos me nombró; y al nombrarles contentos
parecían, y no vi ningún gesto de tristeza.

Vi por el hambre en vano usar los dientes a Ubaldín de la Pila y
Bonifacio,

que apacentara a muchos con su torre. Vi a Maese Marqués,
que ocasión tuvo de beber en Forlí sin sequedades,

y que nunca veíase saciado.

Mas como hace el que mira y luego aprecia más a uno que otro,
hice al luqués,

que de mí más curioso parecía.

Él murmuraba, y no sé que «Gentucca» sentía yo, donde él
sentía la plaga

de la justicia que así le roía.

«Alma -dije- que tal deseo muestras de hablar conmigo, hazlo
claramente, y a los dos satisfaz con tus palabras.»

«Hay nacida, aún sin velo, una mujer él comenzó que hará que
mi ciudad

te plazca aunque otros muchos la desprecien.

Tú marcharás con esta profecía:

si en mi murmullo alguna duda tienes, la realidad en claro ha de
ponerlo.

Pero dime si veo a quien compuso aquellas nuevas rimas que
empezaban:

«Mujeres que el Amor bien conocéis.» Y yo le dije: «Soy uno que
cuando Amor me inspira, anoto, y de esa forma voy
expresando aquello que me dicta.»

«¡Ah hermano, ya comprendo dijo el nudo que al Notario, a
Guiton y a mí separa del dulce estilo nuevo que te escucho!

Bien veo ahora cómo vuestras plumas detrás de quien os dicta
van pegadas, lo que no sucedía con las nuestras;
y quien se ponga a verlo de otro modo no encontrará ninguna
diferencia.»

Y se calló bastante satisfecho.

Cual las aves que invernan junto al Nilo, a veces en el aire hacen
bandadas,

y luego aprisa vuelan en hilera, así toda la gente que allí estaba,
volviendo el rostro apresuró su paso, por su flaqueza y su deseo
raudas.

Y como el hombre de correr cansado deja andar a los otros, y
pasea

hasta que calma el resollar del pecho, dejó que le pasara la grey
santa

y conmigo detrás vino Forese, diciendo: «¿Cuándo te veré de
nuevo?»

«No sé repuse-, cuánto viviré; mas no será mi vuelta tan
temprano, que antes no esté a la orilla mi deseo;
porque el lugar donde a vivir fui puesto, del bien, de día en día,
se despoja,
y parece dispuesto a triste ruina.»

Y él: «Ánimo, pues veo al más culpable, arrastrado a la cola de
un caballo

hacia aquel valle donde no se purga. La bestia a cada paso va
más rauda, siempre más, hasta que ella le golpea, y deja el
cuerpo vilmente deshecho.

No mucho han de rodar aquellas ruedas y miró al cielo y claro
habrá de serte esto que más no puedo declararte.

Ahora quédate aquí, que es caro el tiempo en este reino, y ya
perdí bastante caminando contigo paso a paso.»

Como al galope sale algunas veces un jinete del grupo que
cabalga,

por ganar honra en los primeros golpes, con pasos aún
mayores nos dejó;

y me quedé con esos dos que fueron en el mundo tan grandes
mariscales. Y cuando estuvo ya tan adelante, que mis ojos
seguían tras de él, como mi mente tras de sus palabras. vi las
ramas cargadas y frondosas
de otro manzano, no mucho más lejos por haber sólo entonces
hecho el giro

Vi gentes bajo aquel alzar las manos y gritar no sé qué hacia la
espesura, como en vano anhelantes chiquitines
que piden, y a quien piden no responde, mas por hacer sus
ganans más agudas, les muestra su deseo puesto en alto.
Luego se fueron ya desengañadas; y nos aproximamos al gran
árbol, que tanto llanto y súplicas desdeña.

«Seguid andando y no os aproximéis: un leño hay más arriba
que mordido fue por Eva y es éste su retoño.» Entre las frondas
no sé quién hablaba; y así Virgilio, Estacio y yo, apretados
seguimos caminando por la cuesta.

Decía: «Recordad a los malditos nacidos de las nubes, que,
borrachos, con dos pechos lucharon con Teseo; y a los hebreos,
por beber tan flojos, que Gedeón no quiso de su ayuda,
cuando a Madián bajó de las colinas.» Así arrimados a uno de
los bordes, oyendo fuimos culpas de la gula seguidas del
castigo miserable.

Ya en la senda desierta, distanciados, más de mil pasos nos
llevaron lejos, los tres mirando sin decir palabra.

«Solos así los tres ¿qué vais pensando?», dijo una voz de pronto;
y me agité como un caballo joven y espantado.

Alcé mi rostro para ver quién era; y jamás pude ver en ningún
horno

vidrio o metal tan rojo y tan luciente, como a quien vi diciendo:

«Si os complace subir, aquí debéis de dar la vuelta;

quien marcha hacia la paz, por aquí pasa.» Me deslumbró la
vista con su aspecto; por lo que me volví hacia mis doctores,

como el hombre a quien guía lo que escucha.

Y como, del albor anunciadora, sopla y aroma la brisa de mayo,
de hierba y flores toda perfumada;

yo así sentía un viento por en medio de la frente, y sentí un
mover de plumas,

que hizo oler a ambrosía el aura toda. Sentí decir: «Dichosos los
que alumbra tanto la gracia, que el amor del gusto en su pecho
no alienta demasiado, apeteciendo siempre cuanto es justo.»

CANTO XXV

Dilación no admitía la subida; puesto que el sol había ya dejado

la noche al Escorpión, el día al Toro: y así como hace aquél que
no se para, mas, como sea, sigue su camino,
por la necesidad aguijonado, así fuimos por el desfiladero,
subiendo la escalera uno tras otro,

pues su estrechez separa a los que suben.

Y como el cigoñino el ala extiende por ganas de volar, y no se
atreve a abandonar el nido, y las repliega; tal mis ganas
ardientes y apagadas
de preguntar; haciendo al fin el gesto que hacen aquellos que al
hablar se aprestan.

Por ello no dejó de andar aprisa, sino dijo mi padre: «Suelta el
arco

del decir, que hasta el hierro tienes tenso.» Ya entonces
confiado abrí la boca,

y dije: «Cómo puede adelgazarse allí donde comer no es
necesario.»

«Si recordaras cómo Meleagro

se extinguió al extinguirse el ascua aquella me dijo de esto no
te extrañarías;

y si pensaras cómo, si te mueves, también tu imagen dentro del
espejo, claro verás lo que parece oscuro.

Mas para que el deseo se te aquiete, aquí está Estacio; y yo le llamo y pido que sea el curador de tus heridas.»

«Si la visión eterna le descubro repuso Estacio , estando tú delante, el no poder negarme me disculpe.»

Y después comenzó: «Si mis palabras, hijo, en la mente guardas y recibes, darán luz a aquel "cómo" que dijiste. La sangre pura que no es absorbida por las venas sedientas, y se queda

cual alimento que en la mesa sobra, toma en el corazón a cualquier miembro la virtud de dar forma, como aquella que a hacerse aquellos vase por las venas.

Digerida, desciende, donde es bello más callar que decir, y allí destila en vaso natural sobre otra sangre. Allí se mezclan una y otra juntas,

una a sufrir dispuesta, a hacer la otra, pues que procede de un lugar perfecto;

y una vez que ha llegado, a obrar comienza coagulando primero, y avivando

lo que hizo consistente su materia.

Alma ya hecha la virtud activa cual de una planta, sólo diferente

que una en camino está y otra ha llegado, sigue obrando después, se mueve y siente, como un hongo marino; y organiza

esas potencias de las que es semilla. Aquí se extiende, hijo, y se
despliega la virtud que salió del corazón

del generante, y forma da a los miembros. Mas cómo el animal
se vuelve hablante no puedes ver aún, y uno más sabio
que tú, se equivocaba en este punto, y así con su doctrina
separaba

del alma la posible inteligencia,

por no encontrarle un órgano adecuado. A la verdad que viene
abre tu pecho; y sabrás que, tan pronto se termina

de articularle al feto su cerebro, complacido el Primer Motor se
vuelve a esa obra de arte, en la que inspira nuevo espíritu, lleno
de virtudes,

que lo que encuentra activo aquí reúne en su sustancia, y hace
un alma sola, que vive y siente y a sí misma mira. Y por que no
te extrañen mis palabras mira el calor del sol que se hace vino,
junto al humor que nace de las vidas. Cuando más lino Laquesis
no tiene, se suelta de la carne, y virtualmente

lo divino y lo humano se lo lleva. Ya enmudecidas sus otras
potencias, inteligencia, voluntad, memoria

en acto quedan mucho más agudas.

Sin detenerse, por sí misma cae maravillosamente en una u otra
orilla; y de antemano sabe su camino.

En cuanto ese lugar la circunscribe, la virtud formativa irradia
en torno

del mismo modo que en los miembros vivos: y como el aire,
cuanto está muy húmedo, por otro rayo que en él se refleja,
con diversos colores se engalana; así el aire cercano se dispone,
y en esa misma forma que le imprime virtualmente el alma allí
parada;

Y después, a la llama semejante que sigue al fuego al sitio
donde vaya,

la nueva forma al espíritu sigue. Y como aquí recibe su
aparencia,
sombra se llama; y luego aquí organiza cualquier sentido,
incluso el de la vista.

Por esta causa hablamos y reímos; y suspiros y lágrimas
hacemos

que has podido sentir por la montaña.

Según que nos afligen los deseos y los otros afectos, toma
forma

la sombra, y es la causa que te admira.» Y ya llegado al último
tormento habíamos, y vuelto a la derecha,

y estábamos atentos a otras cosas. Aquí dispara el muro
llamaradas,

y por el borde sopla un viento a lo alto que las rechaza y las
aleja de él;

y por esto debíamos andar

por el lado de afuera de uno en uno; y yo temía el fuego o la
caída.

«Por este sitio -guía iba diciendo- a los ojos un freno hay que
ponerles, pues errar se podría por muy poco.

Summae Deus Clamentiae en el seno del gran ardor oí cantar
entonces, que no menos ardor dio de volverme; y vi almas
caminando por las llamas; así que a ellas miraba y a mis pasos,
repartiendo la vista por momentos.

Una vez que aquel himno terminaron gritaron alto: «Virum no
cognosco»;

y el himno repetían en voz baja.

Y al terminar gritaban: «En el bosque Diana se quedó y arrojó a
Elice porque probó de Venus el veneno.» Luego a cantar
volvían; y de esposas y de maridos castos proclamaban,
cual la virtud y el matrimonio imponen.

Y de esta forma creo que les baste
en todo el tiempo que el fuego les quema:

Con tal afán conviene y en tal forma que la postrera herida
cicatrice.

CANTO XXVI

Mientras que por la orilla uno tras otro marchábamos y el buen
maestro a veces

«Mira decía como te he advertido»; sobre el hombro
derecho el sol me hería, que ya, radiando, todo el occidente
el celeste cambiaba en blanco aspecto; y hacía con mi sombra
más rojiza

la llama parecer; y al darse cuenta
vi que, andando, miraban muchas sombras.

Esta fue la ocasión que les dio pie
a que hablaran de mí , y así empezaron
«Este cuerpo ficticio no parece»; luego vueltos a mí cuanto
podían, se cercioraron de ello, con cuidado
siempre de no salir de donde ardiesen.

«Oh tú que vas, no porque tardo seas,

mas tal vez reverente, tras los otros, respóndeme, que en este
fuego ardo. No sólo a mí aproveche tu respuesta; pues mayor
sed tenemos todos de ella que de agua fría la India o la Etiopía.

Dinos cómo es que formas de ti un muro al sol, de tal manera
que no hubieses aún entrado en las redes de la muerte.»

Así me hablaba uno; y yo me hubiera ya explicado, si no
estuviese atento a otra novedad que entonces vino;
que por medio de aquel sendero ardiente vino gente mirando
hacia los otros,

lo cual, suspenso, me llevó a observarlo.

Apresurarse vi por todas partes y besarse a las almas unas a
otras sin pararse, felices de tal fiesta; así por medio de su hilera
oscura

una a la otra se hocican las hormigas, por saber de su suerte o
su camino. En cuanto dejan la acogida amiga, antes de dar
siquiera el primer paso, en vocear se cansan todas ellas:

la nueva gente: «Sodoma y Gomorra»; los otros: «En la vaca
entra Pasifae, para que el toro corra a su lujuria.»

Después como las grullas que hacia el Rif vuelan en parte, y
parte a las arenas,

o del hielo o del sol haciendo ascos, una gente se va y otra se
viene;

vuelven llorando a sus primeros cantos y a gritar eso que más
les atañe;

y acercáronse a mí, como hace poco esos otros habíanme
rogado, deseosos de oír en sus semblantes.

Yo que dos veces viera su deseo;

«Oh almas ya seguras comencé-

de conseguir la paz tras de algún tiempo, no han quedado ni
verdes ni maduros allí mis miembros, mas aquí los traigo con su
sangre y sus articulaciones.

Subo para no estar ya nunca ciego; una mujer me obtuvo la
merced,

de venir con el cuerpo a vuestro mundo. Mas vuestro anhelo
mayor satisfecho sea pronto, y así os albergue el cielo que lleno
está de amor y más se espacia, decidme, a fin de que escribirlo
pueda, quiénes seáis, y quién es esa turba
que se marchó detrás a vuestra espalda.»

No de otro modo estúpido se turba el montañés, y mira y
enmudece,

cuando va a la ciudad , rudo y salvaje, que en su apariencia
todas esas sombras; más ya de su estupor recuperadas,
que de las altas almas pronto sale,

«¡Dichoso tú que de nuestras regiones volvió a decir aquel que
habló primero , para mejor morir sapiencia adquieres!

La gente que no viene con nosotros,

pecó de aquello por lo que en el triunfo César oyó que "reina" lo
llamaban: por eso vanse gritando "Sodoma", reprobándose a sí,
como has oído,

con su vergüenza el fuego acrecentando.

Hermafrodita fue nuestro pecado;

y pues que no observamos ley humana, siguiendo el apetito
como bestias,

en nuestro oprobio, por nosotros se oye cuando partimos el
nombre de aquella que en el leño bestial bestia se hizo.

Ya sabes nuestros actos, nuestras culpas: y si de nombre
quieres conocemos, decirlo no sabría, pues no hay tiempo.

Apagaré de mí, al menos, tus ganas: Soy Guido Guinizzelli, y
aquí peno por bien antes del fin arrepentirme.» Igual que en la
tristeza de Licurgo hicieron los dos hijos a su madre, así hice yo,
pero sin tanto ímpetu,

cuando escuché nombrarse él mismo al padre mío y de todos, el
mejor que rimas

de amor usaron dulces y donosas; y pensativo, sin oír ni hablar,
contemplándole anduve un largo rato, mas, por el fuego, sin
aproximarme.

Luego ya de mirarle satisfecho, me ofrecí enteramente a su
servicio con juramentos que a otros aseguran. y él me dijo: «Tú
dejas tales huellas

en mí, por lo que escucho, y tan palpables, que no puede
borrarlas el Leteo.

Mas si en verdad juraron tus palabras, dirne por qué razones
me demuestras al mira.rme y hablarme tanto aprecio.» Y yo le
dije: «Vuestros dulces versos, que, mientras duren los modernos
usos, harán preciada aun su misma tinta.»

«Oh hermano dijo, , ése que te indico y señaló un espíritu
delante-

fue el mejor artesano de su lengua.

En los versos de amor o en narraciones a todos superó; y deja a
los tontos

que creen que el Lemosín le aventajaba. A las voces se vuelven,
no a lo cierto, y su opinión conforman de este modo

antes de oír a la razón o al arte. Así hicieron antaño con
Guittone,

de voz en voz corriendo su alabanza, hasta que la verdad se ha
impuesto a todos.

Ahora si tienes tanto privilegio, que lícito te sea ir hasta el
claustro del colegio del cual abad es Cristo,

de un padre nuestro dile aquella parte, que nos es necesaria en
este mundo, donde poder pecar ya no es lo nuestro.»

Luego tal vez por dar cabida a otro que cerca estaba, se perdió
en el fuego,

como en el agua el pez que se va al fondo. Yo me acerqué a
quien antes me indicara,

y dije que a su nombre mi deseo un sitio placentero disponía.

Y comenzó a decirme cortésmente:

«Tan m'abelfis vostre cortes deman, qu'ieu non me puesc ni voil
a vos cobrire.

Ieu sui Arnaut, que plor e vau cantan; consiros vei la passada
folor,

a vei jausen lo joi que'esper, denan.

Ara voz prec, per aquella valor que vos guida al som de
l'escalina, sovenha vos a temps de ma dolor.»

Luego se hundió en el fuego que le salva.

CANTO XXVII

Igual que vibran los primeros rayos donde esparció la sangre su
Creador, cayendo el Ebro bajo la alta Libra,

y a nona se caldea el agua al Ganges, el sol estaba; y se marchaba el día, cuando el ángel de Dios alegre vino. Fuera del fuego sobre el borde estaba y cantaba: «¡Beati mundi cordi!»

con voz mucho más viva que la nuestra. Luego: «Más no se avanza, si no muerde almas santas, el fuego: entrad en él y escuchad bien el canto de ese lado.» Nos dijo así cuanto estuvimos cerca; por lo que yo me puse, al escucharle, igual que aquel que meten en la fosa.

Por protegerme alcé las manos juntas en vivo imaginando, al ver el fuego, humanos cuerpos que quemar he visto. Hacia mí se volvió mi buena escolta;

y Virgilio me dijo entonces: «Hijo, puede aquí haber tormento, mas no muerte.

¡Acuérdate, acuérdate! Y si yo sobre Gerión a salvo te conduje, ¿ahora qué haría ya de Dios más cerca? Cree ciertamente que si en lo profundo de esta llama aun mil años estuvieras, no te podría ni quitar un pelo.

Y si tal vez creyeras que te engaño vete hacia ella, vete a hacer la prueba, con tus manos al borde del vestido. Dejón, depón ahora cualquier miedo; vuélvete y ven aquí. seguro entra.»

Y en contra yo de mi conciencia, inmóvil.

Al ver que estaba inmóvil y reacio, dijo un poco turbado: «Mira,
hijo: entre Beatriz y tú se alza este muro.»

Corno al nombre de Tisbe abrió los ojos Píramo, y antes de
morir la vio,
cuando el moral se convirtió en bermejo; así, mi obstinación
más ablandada,
me volví al sabio guía oyendo el nombre que en nú memoria
siempre se renueva. Y él movió la cabeza, y dijo: «¡Cómo!
¿quieres quedarte aquí?»; y me sonreía, como a un niño a quien
vence una manzana.

Luego delante de mí entró en el fuego, pidiendo a Estacio que
tras mi viniese, que en el largo camino estuvo en medio.

En el vidrio fundido, al estar dentro, me hubiera echado para
refrescarme, pues tanto era el ardor desmesurado. Y por
reconfortarme el dulce padre,

me hablaba de Beatriz mientras andaba:

«Ya me parece que sus ojos veo.» Nos guiaba una voz que al
otro lado cantaba y, atendiendo sólo a ella, llegamos fuera,
adonde se subía.

'¡ Venite, benedictis patris mei!'

se escuchó dentro de una luz que había, que me venció y que no
pude mirarla.

«El sol se va siguió y la tarde viene; no os detengáis,
acelerad el paso,
mientras que el occidente no se adumbre.» Iba recto el camino
entre la roca hacia donde los rayos yo cortaba
delante, pues el Sol ya estaba bajo. Y poco trecho habíamos
subido cuando ponerse el sol, al extinguirse
mi sombra, por detrás los tres sentimos. Y antes que en todas
sus inmensas partes tomara el horizonte un mismo aspecto,
y adquiriese la noche su dominio, de un escalón cada uno hizo
su lecho;
que la natura del monte impedía el poder subir más y nuestro
anhelo.

Como quedan rumiando mansamente esas cabras, indómitas y
hambrientas antes de haber pastado, en sus picachos, tácitas
en la sombra, el sol hirviendo, guardadas del pastor que en el
cayado se apoya y es de aquellas el vigía;
y como el rabadán se alberga al raso, y pemocta junto al
rebaño quieto,
guardando que las fieras no lo ataquen; así los tres estábamos
entonces,

yo como cabra y ellos cual pastores, aquí y allí guardados de
alta gruta. Poco podía ver de lo de afuera; mas, de lo poco, las
estrellas vi

mayores y más claras que acostumbran.

De este modo rumiando y contemplándolas, me tomó el sueño;
el sueño que a menudo, antes que el hecho, sabe su noticia.

A la hora, creo, que desde el oriente irradiaba en el monte
Citerea,

en el fuego de amor siempre encendida, joven y hermosa
aparecióme en sueños una mujer que andaba por el campo que
recogía flores; y cantaba:

«Sepan los que preguntan por mi nombre que soy Lía, y que voy
moviendo en torno las manos para hacerme una guirnalda.

Por gustarme al espejo me engalano; Mas mi hermana Raquel
nunca se aleja del suyo, y todo el día está sentada.

Ella de ver sus bellos ojos goza como yo de adornarme con las
manos; a ella el mirar, a mí el hacer complace.»

Y ya en el esplendor de la alborada, que es tanto máspreciado
al peregrino, cuando al regreso duermo menos lejos, huían las
tinieblas, y con ellas

mi sueño; por lo cual me levanté, viendo ya a los maestros
levantados.

«El dulce fruto que por tantas ramas buscando va el afán de los mortales, hoy logrará saciar toda tu hambre.» Volviéndose hacia mí Virgilio, estas palabras dijo; y nunca hubo regalo que me diera un placer igual a éste. Tantas ansias vinieron sobre el ansia de estar arriba ya, que a cada paso plumas para volar crecer sentía.

Cuando debajo toda la escalera quedó, y llegarnos al peldaño sumo, en mí clavó Virgilio su mirada,

«El fuego temporal, el fuego eterno has visto hijo; y has llegado a un sitio

en que yo, por mí mismo, ya no entiendo.

Te he conducido con arte y destreza; tu voluntad ahora es ya tu guía:

fuera estás de camino estrecho o pino. Mira el sol que en tu frente resplandece; las hierbas, los arbustos y las flores que la tierra produce por sí sola.

Hasta que alegres lleguen esos ojos que llorando me hicieron ir a ti, puedes sentarte, o puedes ir tras ellas.

No esperes mis palabras, ni consejos ya; libre, sano y recto es tu albedrío,

y fuera error no obrar lo que él te diga: y por esto te mitro y te coronó.»

CANTO XXVIII

Deseoso de ver por dentro y fuera la divina floresta espesa y
viva,

que a los ojos ternplaba el día nuevo, sin esperar ya más, dejé
su margen, andando, por el campo a paso lento por el suelo
aromado en todas partes. Un aura dulce que jamás mudanza
tenía en sí, me hería por la frente

con no más golpe que un suave viento; con el cual tremolando
los frondajes todos se doblegaban hacia el lado

en que el monte la sombra proyectaba; mas no de su estar
firme tan lejanos, que por sus copas unasavecillas dejaran
todas de ejercer su arte;

mas con toda alegría en la hora prima, la esperaban cantando
entre las hojas, que bordón a sus rimas ofrecían, como de rama
en rama se acrecienta en la pineda junto al mar de Classe,

cuando Eolo al Siroco desencierra.

Lentos pasos habíanme llevado ya tan adentro de la antigua
selva, que no podía ver por dónde entrara; y vi que un río el
avanzar vedaba,

que hacia la izquierda con menudas ondas doblegaba la hierba
a sus orillas.

Toda el agua que fuera aquí más límpida, arrastrar impurezas
pareciera,

a ésta que nada oculta comparada, por más que ésta discurra
oscurecida bajo perpetuas sombras, que no dejan nunca paso a
la luz del sol ni luna.

Me detuve y crucé con la mirada, por ver al otro lado del arroyo
aquella variedad de frescos mayos; y allí me apareció, como
aparece algo súbitamente que nos quita cualquier otro pensar,
maravillados, una mujer que sola caminaba,
cantando y escogiendo entre las flores de que pintado estaba
su camino.

«Oh, hermosa dama, que amorosos rayos te encienden, si creer
debo al semblante que dar suele del pecho testimonio, tengas a
bien adelantarte ahora

díjele- lo bastante hacia la orilla, para que pueda escuchar lo
que cantas. Tú me recuerdas dónde y cómo estaba

Proserpina, perdida por su madre,

cuando perdió la dulce primavera.» Como se vuelve con las
plantas firmes en tierra y juntas, la mujer que baila,

y un pie pone delante de otro apenas, volvió sobre las rojas y
amarillas florecillas a mí, no de otro modo

que una virgen su honesto rostro inclina; y así mis ruegos fueron
complacidos, pues tanto se acercó, que el dulce canto llegaba a
mí, entendiendo sus palabras. Cuando llegó donde la hierba
estaba bañada de las ondas del riachuelo,

de alzar sus ojos hizome regalo.

Tanta luz yo no creo que esplendiera Venus bajo sus cejas,
traspasada, fuera de su costumbre, por su hijo. Ella reía en pie
en la orilla opuesta, más color disponiendo con sus manos, que
esa elevada tierra sin semillas.

Me apartaban tres pasos del arroyo; y el Helesponto que Jerjes
cruzó

aún freno a toda la soberbia humana, no soportó más odio de
Leandro cuando nadaba entre Sesto y Abido, que aquel de mí,
pues no me daba paso.

«Sois nuevos y tal vez porque sonrío en el sitio elegido dijo
ella-

como nido de la natura humana, asombrados os tiene alguna
duda; mas luz el salmo Delestasti otorga,

que puede disipar vuestro intelecto. Y tú que estás delante y me
rogaste, dime si quieres más oír; pues presta a resolver tus
dudas he venido.

«El son de la floresta dije , el agua, me hacen pensar en una
cosa nueva,
de otra cosa distinta que he escuchado.»

Y ella: «Te explicaré cómo deriva de su causa este hecho que te
asombra,
despejando la niebla que te ofende. El sumo bien que sólo en Él
se goza, hizo bueno y al bien al hombre en este
lugar que le otorgó de paz eterna. Pero aquí poco estuvo por su
falta; por su falta en gemidos y en afanes cambió la honesta
risa, el dulce juego.

Y para que el turbar que abajo forman los vapores del agua y
de la tierra, que cuanto pueden van tras del calor, al hombre no
le hiciese guerra alguna,
subió tanto hacia el cielo esta montaña, y libre está de él,
donde se cierra.

Mas como dando vueltas por entero con la primera esfera el
aire gira,
si el círculo no es roto en algún punto, en esta altura libre, el aire
vivo
tal movimiento repercute y hace, que resuene la selva en su
espesura; tanto puede la planta golpeada,
que su virtud impregna el aura toda,

y ella luego la esparce dando vueltas; y según la otra tierra sea
digna,

por su cielo y por sí, concibe y cría de diversa virtud diversas
plantas. Luego no te parezca maravilla, oído esto, cuando
alguna planta crezca allí sin semilla manifiesta.

Y sabrás que este campo en que te hallas, repleto está de todas
las simientes,

y tiene frutos que allí no se encuentran. El agua que aquí ves no
es de venero que restaure el vapor que el hielo funde,

como un río que adquiere o pierde cauce; mas surge de fontana
estable y cierta, que tanto del querer de Dios recibe, cuando
vierte en dos partes separada.

Por este lado con el don desciende de quitar la memoria del
pecado; por el otro de todo el bien la otorga; Aquí Leteo; igual
del otro lado Eünoé se llama, y no hace efecto

si en un sitio y en otro no es bebida: este supera a todos los
sabores.

Y aunque bastante pueda estar saciada tu sed para que más
no te descubra, un corolario te daré por gracia;

no creo que te sea menos caro mi decir, si te da más que
prometo.

Tal vez los que de antiguo poetizaron sobre la Edad de oro y sus
delicias,

en el Parnaso este lugar soñaban. Fue aquí inocente la humana
raíz; aquí la primavera y fruto eterno;
este es el néctar del que todos hablan.»
Me dirigí yo entonces hacia atrás y a mis poetas vi que
sonrientes escucharon las últimas razones;
luego a la bella dama torné el rostro.

CANTO XXIX

Cantando cual mujer enamorada, al terminar de hablar
continuó: 'Beati quorum tacta sunt peccata.'
Y cual las ninfas que marchaban solas por las sombras
selváticas, buscando cuál evitar el sol, cuál recibirlo,
se dirigió hacia el río, caminando por la ribera; y yo al compás
de ella, siguiendo lentamente el lento paso. Y ciento ya no había
entre nosotros, cuando las dos orillas dieron vuelta, y me quedé
mirando hacia levante.
Tampoco fue muy largo así el camino, cuando a mí la mujer se
dirigió,
diciendo: «Hermano mío, escucha y mira.» Y se vio un
resplandor súbitamente por todas partes de la gran floresta,

que acaso yo pensé fuera un relámpago. Pero como éste igual
que viene, pasa,

y aquel, durando, más y más lucía, decía para mí. «¿Qué cosa es
ésta;?»

Resonaba una dulce melodía

por el aire esplendente; y con gran celo yo a Eva reprochaba de
su audacia, pues donde obedecían cielo y tierra, tan sólo una
mujer, recién creada,

no consintió vivir con velo alguno; bajo el cual si sumisa hubiera
estado, habría yo gozado esas delicias inefables, aún antes y
más tiempo.

Mientras yo caminaba tan absorto entre tantas primicias del
eterno placer, y deseando aún más deleite, cual un fuego
encendido, ante nosotros el aire se volvió bajo el ramaje;
y el dulce son cual canto se entendía.

Oh sacrosantas vírgenes, si fríos por vosotras sufrí, vigilias y
hambres, razón me urge que a favor os mueva.

El manar de Heliconia necesito,

y que Urania me inspire con su coro poner en verso cosas tan
abstrusas. Más adelante, siete árboles áureos falseaba en la
mente el largo trecho del espacio que había entre nosotros;

pero cuando ya estaba tan cercano que el objeto que engaña
los sentidos ya no perdía forma en la distancia,
la virtud que prepara el intelecto,

me hizo ver que eran siete candelabros, y Hosanna era el cantar
de aquellas voces.

Por encima el conjunto flameaba más claro que la luna en la
serena medianoche en el medio de su mes. Yo me volví de
admiración colmado al bueno de Virgilio, que repuso
con ojos llenos de estupor no menos. Volví la vista a aquellas
maravillas que tan lentas venían a nosotros, que una recién
casada las venciera.

La mujer me gritó: «¿Por qué contemplas con tanto ardor las
vivas luminarias,

y lo que viene por detrás no miras?» Y tras los candelabros vi
unas gentes venir despacio, de blanco vestidas;

y tanta albura aquí nunca la vimos.

Brillaba el agua a nuestro lado izquierdo, el izquierdo costado
devolviéndome,

si se miraba en ella cual espejo.

Cuando estuve en un sitio de mi orilla, que sólo el río de ellos me
apartaba, para verles mejor detuve el paso,

y vi las llamas que iban por delante dejando tras de sí el aire
pintado, como si fueran trazos de pinceles; de modo que en lo
alto se veían siete franjas, de todos los colores
con que hace el arco el Sol y Delia el cinto. Los pendones de
atrás eran más grandes

que mi vista; y diez pasos separaban, en mi opinión, a los de los
extremos Bajo tan bello cielo como cuento, coronados de lirios,
veinticuatro ancianos avanzaban por parejas.

Cantaban: «Entre todas Benedicta las nacidas de Adán, y
eternamente benditas sean las bellezas tuyas.» Después de que
las flores y la hierba, que desde el otro lado contemplaba, se
vieron libres de esos elegidos, como luz a otra luz sigue en el
cielo, cuatro animales por detrás venían,
de verde fronda todos coronados.

Seis alas cada uno poseía;
con ojos en las plumas; los de Argos tales serían, si vivo
estuviese.

A describir su forma no dedico lector, más rimas, pues que me
urge otra

tarea, y no podría aquí alargarme; pero léete a Ezequiel, que te
lo pinta como él los vio venir desde la fría

zona, con viento, con nubes, con fuego; y como lo verás en sus
escritos,

tales eran aquí, salvo en las plumas; Juan se aparta de aquel y
está conmigo. En el espacio entre los cuatro había, sobre dos
ruedas, un carro triunfal,

que de un grifo venía conducido. Hacia arriba tendía las dos
alas

entre la franja que había en el centro y las tres y otras tres, mas
sin tocarlas.

Subían tanto que no se veían; de oro tenía todo lo de pájaro,
y blanco lo demás con manchas rojas.

No sólo Roma en carro tan hermoso no honrase al Africano, ni
aun a Augusto,

mas el del sol mezquino le sería; aquel del sol que ardiera,
extraviado, por petición de la tierra devota, cuando fue Jove
arcanamente justo.

Tres mujeres en círculo danzaban en el lado derecho; una de
rojo, que en el fuego sería confundida; otra cual si los huesos y
la carne

hubieran sido de esmeraldas hechos; cual purísima nieve la
tercera;

y tan pronto guiaba la de blanco, tan pronto la de rojo; y a su
acento caminaban las otras, raudas, lentas. Otras cuatro a la
izquierda solazaban,
de púrpura vestidas, con el ritmo de una de ellas que tenía tres
ojos.

Detrás de todo el nudo que he descrito vi dos viejos de trajes
desiguales,
mas igual su ademán grave y honesto.

Uno se parecía a los discípulos de Hipócrates, a quien natura
hiciera
para sus animales más queridos; contrario afán el otro
demostraba

con una espada aguda y reluciente, tal que me amedrentó
desde mi orilla. Luego vi cuatro de apariencia humilde;
y de todos detrás un viejo solo, que venía durmiendo, iluminado.

Y estaban estos siete como el grupo primero ataviados, mas
con lirios no adornaban en torno sus cabezas, sino con rosas y
bermejas flores;

se juraría, aun vistas no muy lejos, que ardían por encima de los
ojos. Y cuando el carro tuve ya delante,
un trueno se escuchó, y las dignas gentes parecieron tener su
andar vedado,

y se pararon junto a las enseñas.

CANTO XXX

Y cuando el septentrión del primer cielo, que no sabe de ocaso
ni de orto;

ni otra niebla que el velo de la culpa, y que a todos hacía
sabedores

de su deber, como hace aquí el de abajo al que gira el timón
llegando a puerto, inmóvil se quedó: la gente santa
que entre el grito y aquel primero vino, como a su paz se dirigió
hacia el carro;

y uno de ellos, del cielo mensajero, 'Veni sponsa de Libano',
cantando gritó tres veces, y después los otros.

Cual los salvados al último bando prestamente alzarán de su
caverna, aleluyando en voces revestidas, sobre el divino carro
de tal forma cien se alzaron, ad vocem tanti senis, ministros y
enviados del Eterno. '¡Benedictus qui venis!' entonaban, tirando
flores por todos los lados '¡Manibus, oh, date ilia plenis'

Yo he visto cuando comenzaba el día rosada toda la región de
oriente, bellamente sereno el demás cielo;

y aún la cara del sol nacer en sombras, tal que, en la tibiedad
de los vapores, el ojo le miraba un largo rato:

lo mismo dentro de un turbión de flores que de manos angélicas
salía,

cayendo dentro y fuera: coronada, sobre un velo blanquísimo,
de olivo, contemplé una mujer de manto verde vestida del color
de ardiente llama.

Y el espíritu mío, que ya tanto tiempo había pasado que sin
verla

no estaba de estupor, temblando, herido, antes de conocerla
con los ojos,

por oculta virtud de ella emanada, sentió del viejo amor el
poderío. Nada más que en mi vista golpeó la alta virtud que ya
me traspasara antes de haber dejado de ser niño,

me volví hacia la izquierda como corre confiado el chiquillo
hacia su madre cuando está triste o cuando tiene miedo, por
decir a Virgilio: «Ni un adarme
de sangre me ha quedado que no tiemble: conozco el signo de
la antigua llama.»

Mas Virgilio privado nos había de sí, Virgilio, dulcísimo padre,
Virgilio, a quien me dieran por salvarme; todo lo que perdió la
madre antigua,

no sirvió a mis mejillas que, ya limpias, no se volvieran negras
por el llanto.

«Dante, porque Virgilio se haya ido tú no llores, no llores
todavía;

pues deberás llorar por otra espada.» Cual almirante que en
popa y en proa pasa revista a sus subordinados
en otras naves y al deber les llama; por encima del carro, hacia
la izquierda, al volverme escuchando el nombre mío,
que por necesidad aquí se escribe, vi a la mujer que antes
contemplara oculta bajo el angélico halago, volver la vista a mí
de allá del río.

Aunque el velo cayendo por el rostro, ceñido por la fronda de
Minerva, no me dejase verla claramente,
con regio gesto todavía altivo continuó lo mismo que quien
habla y al final lo más cálido reserva:

«¡Mírame bien!, soy yo, sí, soy Beatriz,

¿cómo pudiste llegar a la cima?

¿no sabías que el hombre aquí es dichoso?» Los ojos incliné a la
clara fuente;

mas me volvía a la yerba al reflejarme, pues me abatió la cara
tal vergüenza.

Tan severa cree el niño que es su madre, así me pareció; puesto
que amargo siente el sabor de la piedad acerba.

Ella calló; y los ángeles cantaron de súbito: 'in te, Domine,
speravi'; pero del 'pedes meos' no siguieron.

Como la nieve entre los vivos troncos en el dorso de Italia se
congela, azotada por vientos boreales,
luego, licuada, en sí misma rezuma, cuando la tierra sin sombra
respira,

y es como el fuego que funde una vela; mis suspiros y lágrimas
cesaron

antes de aquel cantar de los que cantan tras de las notas del
girar eterno;

mas luego que entendí que el dulce canto se apiadaba de mí,
más que si dicho hubiese: «Mujer, por qué lo avergüenzas», el
hielo que en mi pecho se apretaba,

se hizo vapor y agua, y con angustia se salió por la boca y por
los ojos. Ella, parada encima del costado dicho del carro, a las
sustancias pías dirigió sus palabras de este modo:

«Veláis vosotros el eterno día,

sin que os roben ni el sueño ni la noche ningún paso del siglo en
su camino; así pues más cuidado en mi respuesta

pondré para que entienda aquel que llora, e igual medida culpa
y duelo tengan.

No sólo por efecto de las ruedas que a cada ser a algún final
dirigen según les acompañen sus estrellas, mas por largueza de
gracia divina, que en tan altos vapores hace lluvia, que no
pueden mirarlos nuestros ojos,

ese fue tal en su vida temprana potencialmente, que cualquier
virtud maravilloso efecto en él hiciera.

Mas tanto más maligno y más silvestre, inculto y mal sembrado
se hace el campo, cuanto más vigorosa tierra sea.

Le sostuve algún tiempo con mi rostro: mostrándole mis ojos
juveniles,

junto a mí le llevaba al buen camino. Tan pronto como estuve en
los umbrales de mi segunda edad y cambié de vida, de mí se
separó y se entregó a otra.

Cuando de carne a espíritu subí, y virtud y belleza me crecieron,
fui para él menos querida y grata; y por errada senda volvió el
paso,

imágenes de un bien siguiendo falsas, que ninguna promesa
entera cumplen.

No me valió impetrar inspiración, con la cual en un sueño o de
otros modos

lo llamase: ¡tan poco le importaron! Tanto cayó que todas las razones para su salvación no le bastaban, salvo enseñarle el pueblo condenado.

Fui por ello a la entrada de los muertos, y a aquel que le ha traído hasta aquí arriba,
le dirigí mis súplicas llorando.

Una alta ley de Dios se habría roto, si el Leteo pasase y tal banquete fuese gustado sin ninguna paga del arrepentimiento que se llora.»

CANTO XXXI

«Oh tú que estás de allá del sacro río, dirigiéndome en punta sus palabras, que aun de filo tan duras parecieron, volvió a decir sin pausa prosiguiendo- di si es esto verdad, pues de tan seria acusación debieras confesarte.» Estaba mi valor tan confundido,

que mi voz se movía, y se apagaba antes que de sus órganos saliera.

Esperó un poco, y me dijo: «¿En qué piensas? respóndeme, pues las memorias tristes

en ti aún no están borradas por el agua.» La confusión y el miedo entremezclados como un «sí» me arrancaron de la boca,

que fue preciso ver para entenderlo. Cual quebrada ballesta se
dispara, por demasiado tensos cuerda y arco, y sin fuerzas la
flecha al blanco llega, así estallé abrumado de tal carga,
lágrimas y suspiros despidiendo,
y se murió mi voz por el camino.

«Por entre mis deseos dijo ella- que al amor por el bien te
conducían,

que cosa no hay de aspiración más digna,

¿qué fosos se cruzaron, qué cadenas hallaste tales que del
avanzar perdiste de tal forma la esperanza?

¿Y cuál ventaja o qué facilidades en el semblante de los otros
viste,

para que de ese modo los rondaras?» Luego de suspirar
amargamente, apenas tuve voz que respondiera, formada a
duras penas por los labios.

Llorando dije: «Lo que yo veía con su falso placer me extraviaba
tan pronto se escondió vuestro semblante.»

Y dijo: «Si callaras o negases lo que confieras, igual se sabría
tu culpa: ¡es tal el juez que la conoce! Mas cuando sale de la
propia boca confesar el pecado, en nuestra corte hace volver
contra el filo la piedra. Sin embargo, para que te avergüences
ahora de tu error, y ya otras veces

seas fuerte, escuchando a las sirenas, deja ya la raíz del llanto y
oye:

y escucharás cómo a un lugar contrario debió llevarte mi
enterrada carne.

Arte o natura nunca te mostraron mayor placer, cuanto en los
miembros donde

me encerraron, en tierra ahora esparcidos; y si el placer
supremo te faltaba

al estar muerta, ¿qué cosa mortal te podría arrastrar en su
deseo?

A las primeras flechas de las cosas falaces, bien debiste alzar la
vista

tras de mí, pues yo no era de tal modo.

No te debían abatir las alas, esperando más golpes, ni mocitas,
ni cualquier novedad de breve uso.

El avecilla dos o tres aguarda;

que ante los ojos de los bien plumados la red se extiende en
vano o la saeta.»

Cual los chiquillos por vergüenza, mudos están con ojos gachos,
escuchando, conociendo su falta arrepentidos,

así yo estaba; y ella dijo: «Cuando te duela el escuchar, alza la
barba

y aún más dolor tendrás si me contemplas.» Con menos
resistencia se desgaja robusta encina, con el viento norte
o con aquel de la tierra de Jarba, como el mentón alcé con su
mandato;

pues cuando dijo «barba» en vez de «rostro»

de sus palabras conocí el veneno; y pude ver al levantar la cara
que las criaturas que llegaron antes en su aspersion habían ya
cesado; y mis ojos, aún poco seguros,

a Beatriz vieron vuelta hacia la fiera que era una sola en dos
naturalezas. Bajo su velo y desde el otro margen a sí misma
vencerse parecía,

vencer a la que fue cuando aquí estaba.

Me picó tanto el arrepentimiento con sus ortigas, que enemigas
me hizo

esas cosas que más había amado. Y tal reconocer mordiome el
pecho,

y vencido caí; y lo que pasara lo sabe aquella que la culpa tuvo,

Y vi a aquella mujer, al recobrarme, que había visto sola, puesta
encima

«¡cógete a mí, cógete a mí!» diciendo. Hasta el cuello en el río
me había puesto, y tirando de mí detrás venía,

como esquife ligera sobre el agua. Al acercarme a la dichosa
orilla,

«Asperges me» escuché tan dulcemente, que recordar no
puedo, ni escribirlo.

Abrió sus brazos la mujer hermosa; y hundióme la cabeza con
su abrazo para que yo gustase de aquel agua. Me sacó luego, y
mojado me puso en medio de la danza de las cuatro

hermosas; cuyos brazos me cubrieron.

«Somos ninfas aquí, en el cielo estrellas; antes de que Beatriz
bajara al mundo, como sus siervas fuimos destinadas.

Te hemos de conducir ante sus ojos; mas a su luz gozosa han de
aguzarte

las tres de allí, que miran más profundo.»

Así empezaron a cantar; y luego hasta el pecho del grifo me
llevaron, donde estaba Beatriz vuelta a nosotros. Me dijeron:

«No ahorres tus miradas;

ante las esmeraldas te hemos puesto desde donde el Amor
lanzó sus flechas.» Mil deseos ardientes más que llamas mis
ojos empujaron a sus ojos relucientes, aún puestos en el grifo.

Lo mismo que hace el sol en el espejo, la doble fiera dentro se
copiaba,

con una o con la otra de sus formas.

Imagina, lector, mi maravilla al ver estarse quieta aquella cosa,
y en el ídolo suyo transmutarse.

Mientras que llena de estupor y alegre mi alma ese alimento
degustaba

que, saciando de sí, aún de sí da ganas, demostrando que de
otro rango eran en su actitud, las tres se adelantaron, danzando
con su angélica cantiga.

«¡Torna, torna, Beatriz, tus santos ojos decía su canción a tu
devoto

que para verte ha dado tantos pasos! Por gracia haznos la
gracia que desvele a él tu boca, y que vea de este modo
la segunda belleza que le ocultas.» Oh resplandor de viva luz
eterna,

¿quién que bajo las sombras del Parnaso palideciera o bebiera
en su fuente,

no estuviera ofuscado, si tratara de describirte cual te
apareciste

donde el cielo te copia armonizando, cuando en el aire abierto
te mostraste?

CANTO XXXII

Mi vista estaba tan atenta y fija por quitarme la sed de aquel
decenio, que mis demás sentidos se apagaron.

Y topaban en todas partes muros para no distraerse ¡así la
santa sonrisa con la antigua red prendía! ; cuando a la fuerza
me hicieron girar

aquellas diosas hacia el lado izquierdo, pues las oí decir: «¡Miras
muy fijo!»; y la disposición que hay en los ojos
que el sol ha deslumbrado con sus rayos, sin vista me dejó por
algún tiempo.

Cuando pude volver a ver lo poco (digo «lo poco» con respecto
al mucho de la luz cuya fuerza me cegara),

vi que se retiraba a la derecha

el glorioso ejército, llevando el sol y las antorchas en el rostro.

Cual bajo los escudos por salvarse con su estandarte el
escuadrón se gira, hasta poder del todo dar la vuelta;
esa milicia del celeste reino que iba delante, desfiló del todo
antes que el carro torciera su lanza. A las ruedas volvieron las
mujeres, y la bendita carga llevó el grifo

sin que moviese una pluma siquiera. La hermosa dama que
cruzar me hizo,

Estacio y yo, seguíamos la rueda que al dar la vuelta hizo un
menor arco.

Así cruzando la desierta selva, culpa de quien creyera a la
serpiente, ritmaba el paso un angélico canto.

Anduvimos acaso lo que vuela una flecha tres veces disparada,
cuando del carro descendió Beatriz.

Yo escuché murmurar: «Adán» a todos; y un árbol rodearon,
despojado

de flores y follajes en sus ramas.

Su copa, que en tal forma se extendía cuanto más sube, fuera
por los indios aun con sus grandes bosques, admirada.

«Bendito seas, grifo, porque nada picoteas del árbol dulce al
gusto,

porque mal se separa de aquí el vientre.» Así en tomo al robusto
árbol gritaron

todos ellos; y el animal biforme:

«Así de la virtud se guarda el germen.» Y volviendo al timón del
que tiraba, junto a la planta viuda lo condujo,

y arrimado dejó el leño a su leño.

Y como nuestras plantas, cuando baja la hermosa luz, mezclada
con aquella que irradia tras de los celestes Peces, túrgidas se
hacen, y después renuevan su color una a una, antes que el sol
sus corceles dirija hacia otra estrella; menos que rosa y más

que violeta color tomando, se hizo nuevo el árbol, que antes tan
sólo tuvo la enramada.

Yo no entendí, porque aquí no usa el himno que cantaron esas
gentes, ni pude oír la melodía entera.

Si pudiera contar cómo durmieron, oyendo de Siringa, los cien
ojos

a quien tanto costó su vigilancia; como un pintor que pinte con
modelo, cómo me adormecí dibujaría;

mas otro sea quien el sueño finja. Por eso paso a cuando
desperté,

y digo que una luz me rasgó el velo

del dormir, y una voz: «¿Qué haces?, levanta.»

Como por ver las flores del manzano que hace ansiar a los
ángeles su fruto, y esponsales perpetuos en el cielo, Pedro,
Juan y Jacob fueron llevados

y vencidos, tornóles la palabra

que sueños aún más grandes ha quebrado, y se encontraron sin
la compañía tanto de Elías como de Moisés,

y al maestro la túnica cambiada; así me recobré, y vi sobre mí
aquella que, piadosa conductora fue de mis pasos antes junto
al río.

Y «¿dónde está Beatriz.?», dije con miedo.

Respondió: «Véla allí, bajo la fronda nueva, sentada sobre las
raíces.

Mira la compañía que la cerca; detrás del grifo los demás se
marchan
con más dulce canción y más profunda.» Y si fueron más largas
sus palabras, no lo sé, porque estaba ante mis ojos
la que otra cualquier cosa me impedía.

Sola sobre la tierra se sentaba, como dejada en guardia de
aquel carro
que vi ligado a la biforme fiera.

En torno suyo un círculo formaban las siete ninfas, con las siete
antorchas

que de Austro y de Aquilón están seguras

«Silvano aquí tú serás poco tiempo; habitarás conmigo para
siempre

esa Roma donde Cristo es romano.

Por eso, en pro del mundo que mal vive, pon la vista en el carro,
y lo que veas escríbelo cuando hayas retornado.» Así Beatríz; y
yo que a pie juntillas

me encontraba sumiso a sus mandatos, mente y ojos donde ella
quiso puse. De un modo tan veloz no bajó nunca de espesa
nube el rayo, cuando llueve de aquel confín del cielo más

remoto, cual vi calar al pájaro de Júpiter, rompiendo, árbol
abajo, la corteza,
las florecillas y las nuevas hojas; e hirió en el carro con toda su
saña;
y él se escoró como nave en tormenta, a babor o a estribor de
olas vencida.

Y luego vi que dentro se arrojaba de aquel carro triunfal una
vulpeja, que parecía ayuna de buen pasto; mas, sus feos
pecados reprobando, mi dama la hizo huir de tal manera,
cuanto huesos sin carne permitían.

Y luego por el sitio que viniera, vi descender al águila en el arca
del carro y la cubría con sus plumas; y cual sale de un pecho
que se queja, tal voz salió del cielo que decía
«¡Oh navecilla mía, qué mal cargas!» Luego creí que la tierra se
abriera entre ambas ruedas, y salió un dragón que por cima del
carro hincó la cola; y cual retira el aguijón la avispa,
así volviendo la cola maligna, arrancó el fondo, y se marchó
contento.

Aquello que quedó, como de grama

la tierra, de las plumas, ofrecidas tal vez con intención benigna
y santa, se recubrió, y también se recubrieron las ruedas y el
timón, en menos tiempo

que un suspiro la boca tiene abierta.

Al edificio santo, así mudado le salieron cabezas; tres salieron
en el timón, y en cada esquina una. Las primeras cornudas
como bueyes, las otras en la frente un cuerno sólo: nunca fue
visto un monstruo semejante. Segura, cual castillo sobre un
monte,

sentada una ramera desceñida, sobre él apareció, mirando en
torno; y como si estuviera protegiéndola,
vi un gigante de pie, puesto a su lado; con el cual a menudo se
besaba.

Mas al volver los ojos licenciosos y errantes hacia mí, el feroz
amante la azotó de los pies a la cabeza.

Crudo de ira y de recelos lleno, desató al monstruo, y lo llevó a
la selva,

hasta que de mis ojos se perdieron la ramera y la fiera
inusitada.

CANTO XXXIII

‘Deus venerunt Gentes’, alternando ya las tres, ya las cuatro, su
salmodia, llorando comenzaron las mujeres;

y Beatriz, piadosa y suspirando,

lo escuchaba de forma que no mucho más se mudara ante la cruz María. Mas cuando las doncellas la dejaron lugar para que hablase, puesta en pie, respondió, colorada como el fuego:

«Modicum, et non videbitis me mis queridas hermanas, et iterum , modicum, et vos videbitis me.» Luego se puso al frente de las siete,

y me hizo andar tras de ella con un gesto, y a la mujer y al sabio que quedaba.

Así marchaba; y no creo que hubiera dado apenas diez pasos en el suelo, cuando me hirió los ojos con sus ojos; y con tranquilo gesto: «Ven deprisa para que, si quisiera hablar, contigo, estés para escucharme bien dispuesto.» Y al ir, como debía, junto a ella,

díjome: «Hermano, ¿por qué no te atreves, ya que vienes conmigo, a preguntarme?» Como aquellos que tanta reverencia muestran si están hablando a sus mayores, que la voz no les sale de los dientes, a mí me sucedió y, balbuceando, dije: «Señora lo que necesito vos sabéis, y qué es bueno para ello.» Y dijo: «De temor y de vergüenza quiero que en adelante te despojes, y que no me hables como aquel que sueña.

Sabe que el vaso que rompió la sierpe fue y ya no es; mas crean
los culpables que el castigo de Dios no teme sopas.

No estará sin alguno que la herede mucho tiempo aquel águila
que plumas dejó en el carro, monstruo y presa hecho.

Que ciertamente veo, y lo relato, las estrellas cercanas a ese
tiempo, de impedimento y trabas ya seguro,

en que un diez, en que un cinco, en que un quinientos enviado
de Dios, a la ramera

matará y al gigante con quien peca. Tal vez estas palabras tan
oscuras,

cual de Esfinge o de Temis, no comprendas, pues a su modo el
intelecto ofuscan;

Mas Náyades serán pronto los hechos, que han de explicar
enigma tan oscuro sin daño de rebaños ni cosechas.

Toma nota; y lo mismo que las digo, lleva así mis palabras a
quien vive

el vivir que es carrera hacia la muerte.

Y ten cuidado, cuando lo relates,

y no olvides que has visto cómo el árbol ha sido despojado por
dos veces.

Cualquiera que le robe o que le expolie, con blasfemias ofende
a Dios, pues santo sólo para su uso lo ha creado.

Por morder de él, en penas y en deseos el primer ser más de
cinco mil años anheló a quien en sí purgó el mordisco.

Tu ingenio está dormido, si no aprecia por qué extraña razón se
eleva tanto, y tanto se dilata por su cima.

Y si no hubieran sido agua del Elsa los vanos pensamientos por
tu mente, y el placer como a Píramo la mora, solamente por
estas circunstancias

la justicia de Dios conocerías, moralmente, al hacer prohibido el
árbol.

Mas como veo que tu inteligencia
se ha hecho de piedra, y empedrada, oscura, y te ciega la luz de
mis palabras,

quiero que, si no escritas, sí pintadas, dentro de ti las lleves por
lo mismo

que las palmas se traen en los bordones.» Y yo: «Como la cera
de los sellos, donde no cambia la figura impresa, por vos ya mi
cerebro está sellado.

¿Pero por qué tan fuera de mi alcance vuestra palabra deseada
vuela,

que más la pierde cuanto más se obstinad»

«Por que conozcas dijo aquella escuela que has seguido, y que
veas cómo puede seguir a mis palabras su doctrina;

y veas cuánto dista vuestra senda de la divina, cuanto se
separa

el cielo más lejano de la tierra.» Por lo que yo le dije: «No
recuerdo que alguna vez de vos yo me alejase, ni me remuerde
nada la conciencia.»

«Si acordarte no puedes de esas cosas acuérdate repuso
sonriente

que hoy bebiste las aguas del Leteo; Y si del humo el fuego se
deduce, concluye esta olvidanza claramente que era culpable tu
querer errado. Estarán desde ahora ya desnudas mis palabras,
cuanto lo necesite

tu ruda mente para comprenderlas.» Fulgiendo más y con más
lentos pasos el sol atravesaba el mediodía,

que allá y aquí, como lo miran, cambia, cuando se detuvieron,
como aquellos que van a la vanguardia de una tropa, si
encuentran novedades o vestigios, las mujeres, junto a un lugar
sombrio, cual bajo fronda verde y negras ramas se ve en los
Alpes sobre sus riachuelos.

Delante de él al Éufrates y al Tigris creí ver brotando de una
misma fuente, y, casi amigos, lentos separarse.

«Oh luz, oh gloria de la estirpe humana,
¿qué agua es ésta que mana en este sitio de un principio, y que
a sí de sí se aleja?»

A tal pregunta me dijeron: «Pide que te explique Matelda»; y
respondió,
como hace quien de culpa se libera, la hermosa dama: «Esta y
otras cosas le dije, y de seguro que las aguas
del Leteo escondidas no le tienen.»

Y Beatriz: «Acaso otros cuidados, que muchas veces privan de
memoria, los ojos de su mente oscurecieron.

Pero allí va fluyendo el Eunoé: condúcele hasta él, y como
sueles, reaviva su virtud amortecida.»

Como un alma gentil, que no se excusa, sino su gusto al gusto
de otro pliega, tan pronto una señal se lo sugiere;
de igual forma, al llegarme junto a ella, echó a andar la mujer, y
dijo a Estacio con femenina gracia: «Ve con él.»

Si tuviese lector, más largo espacio para escribir, en parte
cantaría

de aquel dulce beber que nunca sacia; mas como están
completos ya los pliegos que al cántico segundo destinaba,
no me deja seguir del arte el freno.

De aquel agua santísima volví transformado como una planta
nueva con un nuevo follaje renovada,
puro y dispuesto a alzarme a las estrellas.

PARAÍSO

CANTO I

La gloria de quien mueve todo el mundo

el universo llena, y resplandece en unas partes más y en otras
menos.

En el cielo que más su luz recibe estuve, y vi unas cosas que no
puede ni sabe repetir quien de allí baja; porque mientras se
acerca a su deseo, nuestro intelecto tanto profundiza, que no
puede seguirle la memoria.

En verdad cuanto yo del santo reino atesorar he podido en mi
mente será materia ahora de mi canto.

¡Oh buen Apolo, en la última tarea hazme de tu poder vaso tan
lleno, como exiges al dar tu amado lauro! Una cima hasta ahora
del Parnaso me fue bastante; pero ya de ambas ha menester la
carrera que falta.

Entra en mi pecho, y habla por mi boca igual que cuando a
Marsias de la vaina de sus númbros aún vivos arrancaste.

¡Oh divina virtud!, si me ayudaras tanto que las imágenes del
cielo en mi mente grabadas manifieste,
me verás junto al árbol que prefieres llegar, y coronarme con las
hojas

que merecer me harán tú y mi argumento.

Tan raras veces, padre, eso se logra, triunfando como César o
poeta,

culpa y vergüenza del querer humano, que debiera ser causa de
alegría

en el délfico dios feliz la fronda penea, cuando alguno a aquélla
aspira.

Gran llama enciende una chispa pequeña: quizá después de mí
con voz más digna se ruegue a fin que Cirra le responda.

La lámpara del mundo a los mortales por muchos huecos viene;
pero de ése que con tres cruces une cuatro círculos, con mejor
curso y con mejor estrella sale a la par, y la mundana cera
sella y calienta más al modo suyo.

Allí mañana y noche aquí había hecho tal hueco, y casi todo allí
era blanco el hemisferio aquel, y el otro negro,

cuando Beatriz hacia el costado izquierdo vi que volvía y que
hacia el sol miraba: nunca con tal fijeza lo hizo un águila.

Y así como un segundo rayo suele del primero salir volviendo
arriba, cual peregrino que tomar desea, este acto suyo, infuso
por los ojos en mi imaginación, produjo el mío,

y miré fijo al sol cual nunca hacemos. Allí están permitidas
muchas cosas que no lo son aquí, pues ese sitio para la especie
humana fue creado.

Mucho no lo aguanté, mas no tan poco que alrededor no viera
sus destellos, cual un hierro candente el fuego deja; y de súbito
fue como si un día

se juntara a otro día, y Quien lo puede con otro sol el cielo
engalanara.

En las eternas ruedas por completo fija estaba Beatriz: y yo mis
ojos fijaba en ella, lejos de la altura.

Por dentro me volví, al mirarla, como Glauco al probar la hierba
que consorte en el mar de los otros dioses le hizo.

Trashumanarse referir per verba

no se puede; así pues baste este ejemplo a quien tal experiencia
dé la gracia.

Si estaba sólo con lo que primero de mí creaste, amor que el
cielo riges, lo sabes tú, pues con tu luz me alzaste.

Cuando la rueda que tú haces eterna al desearte, mi atención
llamó

con el canto que afinas y repartes, tanta parte del cielo vi
encenderse por la llama del sol, que lluvia o río nunca hicieron
un lago tan extenso. La novedad del son y el gran destello de su

causa, un anhelo me inflamaron nunca sentido tan
agudamente.

Y entonces ella, al verme cual yo mismo, para aquietarme el
ánimo turbado,
sin que yo preguntase, abrió la boca, y comenzó: «Tú mismo te
entorpeces con una falsa idea, y no comprendes lo que podrías
ver si la desechas.

Ya no estás en la tierra, como piensas;

mas un rayo que cae desde su altura no corre como tú
volviendo a ella.» Si fui de aquella duda desvestido, con sus
breves palabras sonrientes, envuelto me encontré por una
nueva, y dije: «Ya contento requiévi
de un asombro tan grande; mas me asombro cómo estos leves
cuerpos atravieso.»

Y ella, tras suspirar piadosamente, me dirigió la vista con el
gesto

que a un hijo enfermo dirige su madre, y dijo: «Existe un orden
entre todas las cosas, y esto es causa de que sea
a Dios el universo semejante.

Aquí las nobles almas ven la huella del eterno saber, y éste es la
meta a la cual esa norma se dispone.

Al orden que te he dicho tiende toda naturaleza, de diversos
modos,
de su principio más o menos cerca; y a puertos diferentes se
dirigen
por el gran mar del ser, y a cada una les fue dado un instinto
que las guía. Éste conduce al fuego hacia la luna; y mueve los
mortales corazones;
y ata en una las partes de la tierra; y no sólo a los seres que
carecen de razón lanza flechas este arco,
también a aquellas que quieren y piensan. La Providencia, que
ha dispuesto todo,
con su luz pone en calma siempre al cielo, en el cual gira aquel
que va más raudo; ahora hacia allí, como a un sitio ordenado,
nos lleva la virtud de aquella cuerda
que en feliz blanco su disparo clava.

Cierto es que, cual la forma no se pliega a menudo a la idea del
artista,
pues la materia es sorda a responderle, así de este camino se
separa
a veces la criatura, porque puede torcer, así impulsada, hacia
otra parte; y cual fuego que cae desde una nube, así el primer
impulso, que desvían falsos placeres, la abate por tierra.

Más no debe admirarte, si bien juzgo, tu subida, que un río que
bajara
de la cumbre del monte a la llanura. Asombroso sería en ti si, a
salvo de impedimento, abajo te sentaras,
como en el fuego el aquietarse en tierra.» Volvió su rostro
entonces hacia el cielo.

CANTO II

Oh vosotros que en una barquichuela deseosos de oír, seguís mi
leño
que cantando navega hacia otras playas, volved a contemplar
vuestras riberas: no os echéis al océano que acaso
si me perdéis, estaríais perdidos.

No fue surcada el agua que atravieso; Minerva sopla, y
condúceme Apolo y nueve musas la Osa me señalan. Vosotros,
los que, pocos, os alzasteis al angélico pan tempranamente
del cual aquí se vive sin saciarse, podéis hacer entrar vuestro
navío en alto mar, si seguís tras mi estela
antes de que otra vez se calme el agua.

Los gloriosos que a Colcos arribaron no se asombraron como
haréis vosotros,

viendo a Jasón convertido en boyero.

La innata sed perpetua que tenía de aquel reino deiforme, nos
llevaba tan veloces cual puede verse el cielo. Beatriz arriba, y yo
hacia ella miraba;

y acaso en tanto en cuanto un dardo es puesto y vuela
disparándose del arco,

me vi llegado a donde una admirable cosa atrajo mi vista;
entonces ella que conocía todos mis cuidados,

vuelta hacia mí tan dulce como hermosa,

«Dirige a Dios la mente agradecida dijo que al primer astro nos
condujo.» Pareció que una nube nos cubriera, brillante, espesa,
sólida y pulida,

como un diamante al cual el sol hiriese.

Dentro de sí la perla sempiterna nos recibió, como el agua
recibe los rayos de la luz quedando unida.

Si yo era cuerpo, y es inconcebible cómo una dimensión
abarque a otra, cual si penetra un cuerpo en otro ocurre, más
debiera encendernos el deseo

de ver aquella esencia en que se observa cómo nuestra natura
y Dios se unieron.

Podremos ver allí lo que creemos, no demostrado, mas por sí
evidente,

cual la verdad primera en que cree el hombre.

Yo respondí. «Señora, tan devoto cual me sea posible, os
agradezco

que del mundo mortal me hayáis sacado. Mas decidme: ¿qué
son las manchas negras de este cuerpo, que a algunos en la
tierra hacen contar patrañas de Caín?»

Rió ligeramente, y «Si no acierta me dijo la opinión de los
mortales donde no abre la llave del sentido, punzarte no
debieran ya las flechas del asombro, pues sabes la torpeza con
que va la razón tras los sentidos.

Mas dime lo que opinas por ti mismo.» Y yo: «Lo que aparece
diferente, cuerpos densos y raros lo producen.»

Y ella: «En verdad verás que lo que piensas se apoya en el error,
si bien escuchas

el argumento que diré en su contra.

La esfera octava os muestra muchas luces, las cuales en el
cómo y en el cuánto pueden verse de aspectos diferentes.

Si lo raro y lo denso hicieran esto, un poder semejante habría en
todas, en desiguales formas repartido.

Deben ser fruto las distintas fuerzas de principios formales
diferentes,

que, salvo uno, en tu opinión destruyes.

Aún más, si fuera causa de la sombra la menor densidad, o tan
ayuno
fuera de su materia en la otra parte este planeta, o, tal como
comparte
grueso y delgado un cuerpo, igual tendría de éste el volumen
hojas diferentes.

Si fuera lo primero, se vería al eclipsarse el sol y atravesarla
la luz como a los cuerpos poco densos.

Y no sucede así. por ello lo otro examinemos; y si lo otro rompo,
verás tu parecer equivocado.

Si no traspasa el trozo poco denso, debe tener un límite del cual
no le deje pasar más su contrario; y de allí el otro rayo se refleja
como el color regresa del cristal
que por el lado opuesto esconde plomo.

Dirás que se aparece más oscuro el rayo más aquí que en otras
partes, porque de más atrás viene el reflejo.

De esta objeción pudiera liberarte
la experiencia, si alguna vez lo pruebas, que es la fuente en que
manan vuestras artes.

Coloca tres espejos; dos que disten de ti lo mismo, y otro, más
lejano,

que entre los dos encuentre tu mirada.

Vuelto hacia ellos, haz que tras tu espalda te pongan una luz
que los alumbre

y vuelva a ti de todos reflejada.

Aunque el tamaño de las más distantes pueda ser más
pequeño, notarás

que de la misma forma resplandece. Ahora, como a los golpes
de los rayos se desnuda la tierra de la nieve

y del color y del frío de antes,

al quedar de igual forma tu intelecto, de una luz tan vivaz
quiero llenarle, que en ti relumbrará cuando la veas.

Dentro del cielo de la paz divina un cuerpo gira en cuyo poderío
se halla el ser de las cosas que contiene.

El siguiente, que tiene tantas luces, parte el ser en esencias
diferentes, contenidas en él, mas de él distintas. Los círculos
restantes de otras formas la distinción que tienen dentro de
ellos disponen a sus fines y simientes.

Así van estos órganos del mundo como ya puedes ver, de grado
en grado,

que dan abajo lo que arriba toman.

Observa atento ahora cómo paso de aquí hacia la verdad que
deseabas,

para que sepas luego seguir solo.

Los giros e influencias de los cielos, cual del herrero el arte del
martillo, deben venir de los motores santos;
y el cielo al que embellecen tantas luces, de la mente profunda
que lo mueve toma la imagen y la imprime en ellas.
Y como el alma llena vuestro polvo por diferentes miembros,
conformados al ejercicio de potencias varias,
así la inteligencia en las estrellas despliega su bondad
multiplicada, y sobre su unidad va dando vueltas.
Cada virtud se liga a su manera con el precioso cuerpo al que
da el ser,
y en él se anuda, igual que vuestra vida.
Por la feliz natura de que brota, mezclada con los cuerpos la
virtud brilla cual la alegría en las pupilas. Esto produce aquellas
diferencias de la luz, no lo raro ni lo denso:
y es el formal principio que produce, conforme a su bondad, lo
turbio o claro.»

CANTO III

El sol primero que me ardió en el pecho, de la verdad habíame
mostrado, probando y refutando, el dulce rostro;
y yo por confesarme corregido y convencido, cuanto convenía,

para hablar claramente alcé la vista; mas vino una visión que, al
contemplarla,
tan fuertemente a ella fui ligado, que aquella confesión puse en
olvido.

Como en vidrios diáfanos y tersos, o en las límpidas aguas
remansadas,
no tan profundas que el fondo se oculte, se vuelven de los
rostros los reflejos tan débiles, que perla en blanca frente
no más clara los ojos la verían;
vi así rostros dispuestos para hablarme; por lo que yo sufrí el
contrario engaño
de quien ardió en amor de fuente y hombre. En cuanto me hube
dado cuenta de ellos, creyendo que eran rostros reflejados,
para ver de quién eran me volví; y nada vi, y miré otra vez
delante, fijo en la luz de aquella dulce guía que, sonriendo, ardía
en su mirada.

«No te asombre me dijo que sonría de tu infantil creencia,
pues tus plantas en la verdad aún no has asentado,
mas vuelves a lo vano, como sueles: lo que ves son sustancias
verdaderas, puestas aquí pues rompieron sus votos. Mas
háblales y créete lo que escuches;

porque la cierta luz que las aplaca no deja que sus pies se
aparten de ella.»

Y a la que parecía más dispuesta para hablar, me volví, y
comencé casi

como aquel a quien turba un gran deseo:

«Oh bien creado espíritu, que sientes de los eternos rayos la
dulzura

que, no gustada, nunca se comprende, feliz me harías si me
revelaras

cuál es tu nombre y cuál es vuestra suerte.» Y ella, al momento
y con ojos risueños:

«Puerta ninguna cierra nuestro amor

a un justo anhelo, como el de quien quiere que se parezca a sí
toda su corte.

Fui virgen religiosa en vuestro mundo; y si hace algún esfuerzo
tu memoria,

no ha de ocultarme a ti el ser aún más bella, mas reconocerás
que soy Piccarda,

que, puesta aquí con estos otros santos santa soy en la esfera
que es más lenta. Nuestros afectos, que sólo se inflaman con el
placer del Espíritu Santo,

gozan del orden que él nos ha dispuesto.

Y nos ha sido dado este destino que tan bajo parece, pues
quebramos

nuestros votos, que en parte fueron vanos.»

Y dije: «En vuestros rostros admirables un no sé qué divino
resplandece

que vuestra imagen primera transmuta: por ello en recordar no
estuve pronto; pero ahora me ayuda lo que has dicho, y ya te
reconozco fácilmente.

Mas dime: los que estáis aquí gozosos

¿deseáis un lugar que esté más alto

y ver más y ser más de Dios amigos?» Sonrió un poco con las
otras sombras; y luego me repuso tan alegre,

cual si de amor ardiera al primer fuego:

«Aquieta, hermano, nuestra voluntad la caridad, haciendo que
queramos sin más ansiar, aquello que tenemos. Si estar más
elevadas deseásemos, este deseo sería contrario

a lo que quiere quien aquí nos puso; lo cual, como verás, es
imposible, si estar en caridad aquí es necesse

y consideras su naturaleza. Esencial es al bienaventurado con el
querer divino conformarse,

para que se hagan unos los quererres; y así el estar en uno u
otro grado en este reino, a todo el reino place

como al Rey que nos forma en sus deseos. Y en su querer se
encuentra nuestra paz:

y es el mar al que todo se dirige

lo que él crea o lo que hace la natura.» Vi claramente entonces
cómo el cielo es todo paraíso, etsi la gracia

del sumo bien no llueva de igual modo.

Mas como cuando sacia un alimento y aún tenemos más ganas
de algún otro, que uno pedimos y otro agradecemos,

hice yo así con gestos y palabras, para saber cuál fuese aquel
tejido

que hasta el fin no labró su lanzadera.

«Perfecta vida y méritos encumbran me dijo a una mujer por
cuya regla se visten velo y hábito en el mundo,

para que hasta el morir se vele y duerma con esposo que
acepta cualquier voto que a su placer la caridad conforma.

Del mundo, por seguirla, jovencita me escapé, refugiándome en
sus hábitos,

y prometí seguir por su camino.

Hombres no al bien, al mal, acostumbrados, luego del dulce
claustro me raptaron.

Dios sabe cómo fue mi vida luego.

Y aquel otro esplendor que se te muestra a mi derecha y a
quien ilumina
toda la luz que brilla en nuestra esfera, lo que dije de mí,
también lo digo;
fue monja, y de igual forma le quitaron de la frente la sombra
de las tocas.

Mas cuando fue devuelta luego al mundo contra su voluntad y
buena usanza, nunca el velo del alma le quitaron.

Esta es la luz de aquella gran Constanza que engendró del
segundo al ya tercero y último de los vientos de Suabia.»

Así me dijo, y luego: «Ave María» cantó y cantando se
desvaneció como en el agua honda algo pesado.

Mi vista que siguió detrás de ella cuanto le fue posible, ya
perdida,

se dirigió al objeto más querido, y por entero se volvió a Beatriz;
pero ella fulgió tanto ante mis ojos, que al principio no pude
soportarlo, y por esto fui tardo en preguntarle.

CANTO IV

Entre dos platos, igualmente ricos y distantes, por hambre
moriría

un hombre libre sin probar bocado; así un cordero en medio de
la gula de fieros lobos, por igual temiendo;
y así estaría un perro entre dos gamos: No me reprocho, pues,
si me callaba,
de igual modo suspenso entre dos dudas, porque era necesario,
ni me alabo.

Callé, pero pintado mi deseo en la cara tenía, y mi pregunta,
era así más intensa que si hablase. Hizo Beatriz lo mismo que
Daniel cuando aplacó a Nabucodonosor
la ira que le hizo cruel injustamente; Y dijo: «Bien conozco que te
atraen uno y otro deseo, y preocupado
tú mismo no los dejas que se muestren. Te dices: "Si perdura el
buen deseo, la violencia de otros, ¿por qué causa
del mérito recorta la medida?" También te causa dudas el que
el alma

parece que se vuelva a las estrellas, siguiendo la doctrina de
Platón.

Estas son las cuestiones que en tu velle igualmente te pesan;
pero antes
la que tiene mas hiel he de explicarte. El serafín que a Dios más
se aproxima,

Moisés, Samuel, y aquel de los dos Juanes que tú prefieras, y
también María,
no tienen su acomodo en otro cielo que estas almas que ahora
se mostraron,
ni más o menos años lo disfrutaron; mas todos hacen bello el
primer círculo,
y gozan de manera diferente sintiendo el Soplo Eterno más o
menos. Si aquí los viste no es porque esta esfera les
corresponda, mas como indicando
que en la celeste ocupan lo más bajo. Así se debe hablar a
vuestro ingenio, pues sólo aprende lo que luego es digno de
intelecto, a través de los sentidos.
Por esto condesciende la Escritura a vuestra facultad, y pies y
manos
le otorga a Dios, mas piensa de otro modo; y nuestra Iglesia
con figura humana
a Gabriel y a Miguel os representa, y de igual modo al que sanó
a Tobías.
Lo que el Timeo dice de las almas no es similar a lo que aquí se
muestra,
mas parece que diga lo que siente.
Él dice que a su estrella vuelve el alma,

pues desde allí supone que ha bajado cuando natura su forma
le diera;

y acaso lo que piensa es diferente del modo que lo dice, y ser
pudiera que su intención no sea desdeñable.

Si él entiende que vuelve a estas esferas de su influjo el
desprecio o la alabanza, quizá a alguna verdad el arco acierte.
Torció, mal comprendido, este principio a casi todo el mundo, y
así Jove, Mercurio y Marte fueron invocados.

Menos veneno encierra la otra duda que te conmueve, porque
su malicia no podría apartarte de mi lado.

El que nuestra justicia injusta sea a los ojos mortales,
argumento es de fe, no de herética perfidia.

Mas como puede vuestra inteligencia penetrar fácilmente esta
verdad, como deseas, he de darte gusto.

Aun cuando aquel que la violencia sufre a quien la fuerza nada
le concede,

no están por ello estas almas sin culpa: pues, sin querer, la
voluntad no cede, mas hace como el fuego, si le tuerce, aunque
sea mil veces, la violencia.

Si se doblega, pues, o mucho o poco, sigue la fuerza; y así
hicieron éstos, que al lugar santo regresar pudieron.

Si su deseo firme hubiera sido,

como fue el de Lorenzo en su parrilla, o con su mano a Mucio
hizo severo,

a su camino habrían regresado del que sacados fueron, al ser
libres; mas voluntad tan sólida es extraña.

Y por esta razón, si como debes
la comprendes, se rompe el argumento que te habría estorbado
aún muchas veces.

Mas ahora se atraviesa ante tus ojos otro obstáculo, tal que por
ti mismo no salvarías, sin cansarte antes.

Yo te he enseñado como cosa cierta que no puede mentir un
alma santa, pues cerca está de la verdad primera; y después
escuchaste de Piccarda

que Constanza guardó el amor del velo; y así parece que me
contradice.

Muchas veces, hermano, ha acontecido que, huyendo de un
peligro, de mal grado se hacen cosas que hacerse no debieran;
como Almeón, que, al suplicar su padre que lo hiciera, mató a
su propia madre,

y por piedad se hizo despiadado.

En este punto quiero que conozcas que la fuerza al querer se
mezcla, haciendo

que no tengan disculpa las ofensas. La Voluntad absoluta no consiente el daño; mas consiente cuando teme que en más penas caerá si lo rehúsa. Así, cuando Piccarda dijo aquello

de la primera hablaba, y yo de la otra; y las dos te dijimos la verdad.»

Fluyó así el santo río que salía de la fuente en que toda verdad mana; así mis dos deseos se aplacaron.

«Oh amada del primer Amante, oh diosa, cuyas palabras dije así me inundan,

y enardecen, que más y más me avivan, no son mis facultades tan profundas que a devolverte don por don bastasen;

mas responda por mí Quien ve y Quien puede.

Bien veo que jamás se satisface sino con la verdad nuestro intelecto,

sin la cual no hay ninguna certidumbre.

Cual fiera en su cubil, reposa en ella en cuanto que la alcanza; y puede hacerlo;

si no, frustra sería los deseos.

Por ello nacen dudas, cual retoños, al pie de la verdad; y a lo más alto, cima a cima, nos lleva de este modo. Esto me invita y esto me da fuerzas a preguntar, señora, reverente,

aún por otra verdad que me es oscura.

Quiero saber si pueden repararse los votos truncos con acciones buenas, que no pesaran poco en la balanza.»

Y Beatriz me miró, llenos sus ojos de amorosas centellas tan divinas,

que, vencida, mi fuerza dio la espalda, casi perdido con la vista en tierra.

CANTO V

«Si te deslumbro en el fuego de amor más que del modo que veis en la tierra, tal que venzo la fuerza de tus ojos,

no debes asombrarte; pues procede

de un ver perfecto, que, como comprende, así en pos de aquel bien mueve los pasos.

Bien veo de qué forma resplandece la sempiterna luz en tu intelecto,

que, una vez vista, amor por siempre enciende; y si otra cosa vuestro amor seduce,

de aquella luz tan sólo es un vestigio, mal conocido, que allí se refleja.

Quieres saber si con otras ofrendas, halla reparo quien rompe su voto,

tal que en el juicio su alma esté segura.» Así Beatriz principio
dio a este canto;

y como el que el discurso no interrumpe, prosiguió así sus
santas enseñanzas:

«El don mayor que Dios en su largueza hizo al crearnos, y el que
más conforme está con su bondad, y él más lo estima, tal fue la
libertad del albedrío;

del cual, a los que dio la inteligencia, fueron y son dotados
solamente.

Ahora verás, si tú deduces de esto, el gran valor del voto, si se
hace

cuando consiente Dios lo que consientes:

porque al cerrar el pacto Dios y el hombre se hace holocausto
de aquel gran tesoro, que antes te dije; y lo hace un acto suyo.

¿Así pues qué reparo se hallaría?

Si piensas que usas bien lo que ofreciste, con latrocinios quieres
dar limosna.

Ya lo más importante te he explicado; mas puesto que la
Iglesia los dispensa y esto a lo que te digo contradice,
en la mesa es preciso que aún te sientes, pues el seco alimento
que comiste, para su digestión requiere ayuda.

Abre tu mente a lo que te revelo

y guárdalo bien dentro; pues no hay ciencia si lo que has
aprendido no retienes.

Dos cosas intervienen en la esencia de este gran sacrificio: una
es la cosa que se ofrece; y la otra el pacto mismo.

Esta segunda nunca se cancela

si no es cumplida; y con respecto a ella antes te hablé con toda
precisión: por ello los hebreos precisaron

el seguir ofreciendo, aunque la ofrenda se pudiera cambiar,
como ya sabes.

La otra, que te mostré como materia, bien puede ser de un
modo que no hay yerro

si por otra materia se permuta.

Mas la carga no debe transmutarse libremente, y precisa de la
vuelta de la llave amarilla y de la blanca;

y sabrás que los cambios nada valen, si la cosa dejada en la
cogida

como el cuatro en el seis no se contiene.

Y por ello a las cosas tan pesadas que la balanza inclinan por sí
mismas,

satisfacer no puede otra ninguna No bromeen con el voto los
mortales; sed fieles; mas no hacerlos ciegamente,

como Jefté ofreciendo lo primero; quien hubiera mejor dicho

"Mal hice",

que hacer peor cumpliéndolo; y tan necio podrás llamar al jefe

de los griegos, por quien lloró Ifigenia su belleza,

y con ella las necios y los sabios que han escuchado de tal

sacrificio.

Sed, cristianos, más firmes al moveros: no seáis como pluma a

cualquier sopro, y no penséis que os lave cualquier agua.

Tenéis el viejo y nuevo Testamento,

y el pastor de la Iglesia que os conduce; y esto es bastante ya

para salvaros.

Si otras cosas os grita la codicia,

¡sed hombres, y no ovejas insensatas, para que no se burlen los

judíos!

¡No hagáis como el cordero que abandona la leche de su madre, y por simpleza, consigo mismo a su placer combate!»

Así me habló Beatriz tal como escribo;

luego se dirigió toda anhelante

a aquella parte en que el mundo más brilla.

Su callar y el mudar de su semblante a mi espíritu ansioso silenciaron, que ya nuevas preguntas preparaba; y así como la

flecha da en el blanco

antes de que la cuerda quede inmóvil, así corrimos al segundo
reino.

Allí vi tan alegre a mi señora,
al encontrarse en la luz de aquel cielo, que se volvió el planeta
aún más luciente.

Y si la estrella se mudó riendo,
¡yo qué no haría que de mil maneras soy por naturaleza
transmutable!

Igual que en la tranquila y pura balsa a lo que se les echa van
los peces

y piensan que es aquello su alimento, así yo vi que mil y aún
más fulgores venían a nosotros, y escuchamos:

«ved quién acrecerá nuestros amores».

Y así como venían a nosotros se veía el placer que las colmaba
en el claro fulgor que desprendían.

Piensa, lector, si lo que aquí comienza no siguiese, en qué forma
sentirías de saber más un anhelo angustioso;

y verás por ti mismo qué deseo tenía de saber quién eran éstas,
cuando las vi delante de mis ojos.

«Oh bien nacido a quien el ver los tronos del triunfo eternal fue
concedido,

antes de que dejase la milicia.

de la luz que se extiende en todo el cielo nos encendemos; por lo cual, si quieres de nosotros saber, sáciate a gusto.»

De este modo una de esas almas pías me dijo; y Beatriz: «Habla sin miedo, y cree todas las cosas que te diga.»

«Bien puedo ver que anidas en tu propia luz, y que la desprendes por los ojos, porque cuando te ríes resplandecen; mas no quien eres, ni por qué te encuentras alma digna, en el grado de la esfera

que a los hombres ocultan otros rayos.»

Esto dije mirando a aquella lumbre que primero me habló; y entonces ella se hizo más luminosa que al principio. Y como el sol que se oculta a sí mismo por la excesiva luz, cuando disipa el calor los vapores más templados, al aumentar su gozo, se ocultó

en su propio fulgor la santa imagen; y así me respondió, toda encerrada

del modo en que el siguiente canto canta.

CANTO VI

«Después que Constantino volvió el águila contra el curso del cielo, que ella antes siguió tras el esposo de Lavinia,

más de cien y cien años se detuvo en el confín de Europa aquel
divino

pájaro, junto al monte en que naciera; a la sombra de las
sagradas plumas
gobernó el mundo allí de mano en mano, y así cambiando vino
hasta las mías.

César fui, soy el mismo Justiniano que quitó, inspirado del
Espíritu,
lo excesivo y superfluo de las leyes.

Y antes de que a esta obra me entregara, una naturaleza en
Cristo sólo
creía, y esta fe me era bastante; mas aquel santo Agapito, que
fue sumo pastor, a la fe verdadera
me encaminó con sus palabras santas.

Yo le creí; y claramente veo
lo que había en su fe, como tu ves en la contradicción lo falso y
cierto.

Y en cuanto que eché andar ya con la Iglesia, por gracia a Dios
le plugo el inspirarme
la gran tarea y me entregué de lleno; y a Belisario encomendé
las tropas, quien gozó tanto del favor del cielo, que fue señal de
que en él reposara.

Ahora ya he contestado a tu primera pregunta: mas me obliga
a que te añada su condición algunas otras cosas,
para que veas con cuánta injusticia se mueve contra el signo
sacrosanto

quien de él se apropia o quien a él se opone.

Mira cuánta virtud digno le hizo de reverencia; ya desde la hora

en que murió Palante por su reino. Sabes que en Alba tuvo su
morada más de trescientos años, hasta el día que por él
combatieron tres y tres

Y sabes lo que obró en siete reinados, del mal de las Sabinas a
Lucrecia,

venciendo en torno a los pueblos vecinos.

Y lo que obró llevado contra Breno por los magnos romanos,
contra Pirro, y las otras repúblicas y príncipes;

donde Torcuato y Quincio, a quien dio nombre su pelo
descuidado, Fabios, Decios ganaron fama que con gusto
incienso.

Luego humilló el orgullo de los árabes que tras Aníbal las
alpestres rocas

de las que bajas tú, Po, atravesaron.

Bajo aquél, siendo aún jóvenes, triunfaron Escipión y Pompeyo;
y a ese monte

a cuyo pie naciste, le fue amargo.

Luego, cercano el tiempo en el que el cielo quiso ordenar el mundo a su manera, César por gusto de Roma lo obtuvo.

Y lo que obró desde el Varo hasta el Rin, lo vio el Isara, el Era y lo vio el Sena

y los ríos que al Ródano engrandecen.

Lo que obró luego al marcharse de Rávena y cruzó el Rubicón, fue tan aprisa

que ni pluma ni lengua alcanzarían.

Luego marchó con sus tropas a España, luego a Durazzo, y tal golpe en Farsalia

dio, que hasta el Nilo se dolió del daño. A Antandro y al Simoes, patria suya,

vio otra vez, y el lugar que a Héctor sepulta; y partió para mal de Tolomeo.

De allí fue como un rayo contra Juba; y desde allí se volvió al occidente donde escuchó la trompa pompeyana.

Por lo que obró en las manos del siguiente, en el infierno ladran Bruto y Casio,

y se dolieron Módena y Perugia. Aún lo llora la triste de Cleopatra,

que, escapando de aquél, con la culebra se dio la muerte atroz
e inesperada.

Con él llegó a la orilla del mar Rojo, con él en tanta paz al
mundo puso, que las puertas de Jano se cerraron.

Mas lo que el signo del que estoy hablando, hizo primeramente
y luego haría,

por el reino mortal al que subyuga, se vuelve en apariencia
oscuro y poco, si en manos del tercer César la vemos
con vista clara y con afecto puro; pues la viva justicia que me
inspira,

le concedió, en las manos del que digo, la gloria de vengar su
santa cólera.

Y asómbrate de lo que digo ahora: corrió después con Tito a
hacer venganza

de la venganza del pecado antiguo. Y al morder los lombardos
a la Santa Iglesia con sus dientes, Carlomagno

la socorrió, venciendo, con sus alas. Ahora puedes juzgar a esos
que antes me escuchaste acusar, y sus pecados, que son causa
de todas vuestras penas.

Uno al signo común los amarillos lirios opone, y otro se lo
apropia,

y es difícil saber quién más se engaña.

Urdan los gibelinos, urdan tretas bajo otro signo, que mal sigue
a éste aquel que de él aparta la justicia;

y que este nuevo Carlos no lo abata con sus güelfos, mas tema
de sus garras que a leones más fuertes han vencido.

¡Muchas veces los hijos han llorado por las culpas del padre, y
no se crea

que Dios cambie su emblema por las lises!

Esta pequeña estrella se engalana de los buenos espíritus
activos para que fama y honra les alcance; y cuando a esto
dirigen sus deseos, desviándose así, más apagados
del verdadero amor los rayos sienten. Mas comparar los méritos
y el premio de nuestra dicha también forma parte, no viéndolos
mayores ni menores.

Tal nos endulza la viva justicia el afecto, y por ello no se puede
ya a la malicia nunca desviarlo.

Diversas voces cantan dulces notas; tal los diversos grados de
esta vida

dulce armonía en estas ruedas forman. Y dentro de esta perla
en la que estamos luce la luz de Romeo, de quien
fue su gran obra mal agradecida. Pero sus enemigos
provenzales no ríen; pues camina erradamente

el que se duele del bien de los otros. Cuatro hijas tuvo, y las cuatro reinaron, Raimundo Berenguer, y esto lo hizo Romeo, un hombre humilde y peregrino Y luego las calumnias le movieron a pedirle las cuentas a este justo, quien devolvió siete y cinco por diez, tras de lo cual partió, viejo y mendigo; y si el mundo supiera su coraje mendigando su vida hogaza a hogaza mucho lo alaba, y más lo alabaría.

CANTO VII

«Ossanna, sanctus Deus sabaoth, superilunstrans claritate tua felices ignes borum malacth!»

De este modo, volviéndose a sus notas, escuché que cantaba esa sustancia, sobre la cual doble luz se enduaba;

y reemprendió su danza con las otras, y como velocísimas centellas

las ocultó la súbita distancia.

Dudoso estaba y me decía: «¡Dile!

Dile, dile decía a mi señora

que mi sed sacie con su dulce estilo.» Mas el respeto que de mí se adueña tan sólo con la B o con el IZ,

como el sueño la frente me inclinaba. Poco tiempo Beatriz
consintió esto, y empezó, iluminándome su risa,

que aun en el fuego me haría dichoso:

«Según mi parecer siempre infalible, cómo justa venganza
justamente

ha sido castigada, estás pensando; mas yo desataré pronto tu
mente;

y escúchame, porque lo que te diga te hará el regalo de una
gran certeza. Por no poner a la virtud que quiere un freno por su
bien, el no nacido,

se condenó a sí mismo y su progenie; por lo cual los humanos
muchos siglos en el error yacieron como enfermos, hasta que al
Verbo descender le plugo, y la naturaleza extraviada

de su creador, añadió a su persona, sólo por obra de su amor
eterno

Ahora atiende a lo que ahora se razona: a su hacedor unida
esta natura,

cual fue creada fue sincera y buena; mas desterrada fue del
Paraíso estando sola, pues torció el camino de la verdad y de su
propia vida.

Y así la pena de la cruz, medida

con la naturaleza que asumiera, aplicóse más justa que
ninguna; y así ninguna fue tan injuriosa,
si a la persona que sufrió atendemos, a la que se juntara esa
natura.

Mas tuvo un acto efectos diferentes: plació una muerte a Dios y
a los judíos; hizo temblar la tierra y abrió el cielo.

Ya no te debe parecer extraño, al escuchar que una justa
venganza

castigó luego un justo tribunal.

Mas ahora veo oprimida tu mente
de un pensamiento en otro por un nudo, que ardientemente
desatar esperas.

Te dices: "Bien comprendo lo que escucho; mas porque Dios
quisiera, se me esconde, de redimirnos esta forma sólo."

Sepultado está, hermano, este decreto a los ojos de aquellos
cuyo ingenio en la llama de amor no ha madurado.

Y en verdad, como en este punto mucho se considera y poco se
comprende,

diré por qué este modo fue el más digno.

La divina bondad, que de sí aparta cualquier rencor, ardiendo
en sí, destella las eternas bellezas desplegando.

Lo que sin mediación de ella destila luego no tiene fin, porque su impronta nunca se borra en donde pone el sello. Lo que sin mediación llueve de ella

del todo es libre porque no depende de la influencia de las nuevas cosas.

Más le placen, pues más se le asemejan; que el santo amor que toda cosa irradia, es más brillante en la más parecida.

Tiene ventaja en todos estos dones la humana criatura, y si uno falta, privada debe ser de su nobleza. Sólo el pecado es el que la encadena del sumo bien haciéndola distinta,

por lo que con su luz poco se adorna; y a aquella dignidad ya nunca vuelve si no llena el vacío de la culpa

con justas penas contra el mal deleite.

Vuestra naturaleza, al pecar tota en su simiente, de estas dignidades,

como del paraíso, fue apartada; sin poder recobrarla, si lo piensas bien sutilmente, por ningún camino que por estos dos vados no atraviere:

o que Dios solo generosamente perdonara, o el hombre por sí mismo diese satisfacción de su locura.

Ahora clava la vista en el abismo del eterno saber, a mis palabras cuanto puedas atentamente fijo. No podría en sus

límites el hombre satisfacer, pues no puede ir abajo luego con
humildad obedeciendo, cuanto desobediente quiso alzarse;

y es esta la razón que incapacita a reparar al hombre por sí
mismo.

A Dios, pues, convenía con sus medios al hombre devolver la
vida entera, con uno digo, o con los dos acaso.

Mas pues la obra es tanto más querida por quien la hace,
cuanto más nos muestra

el pecho bondadoso del que sale, la divina bondad que el
mundo sella, de proceder por todos sus caminos

gustó para volvernos a lo alto.

Y entre la última noche y el primero de los días, un hecho tan
sublime por uno y otro, ni hubo ni lo habrá:

pues fue más generoso al darse él mismo, para hacer digno al
hombre de elevarse, Dios, que si hubiera sólo perdonado;

y ningún otro modo le bastaba a la justicia, si el Divino Hijo

no se hubiese humillado al encarnarse. Ahora para calmar
cualquier deseo, vuelvo para aclararte sólo un punto para que
puedas, como yo, entenderlo.

Tú dices: "Veo el fuego, y veo el agua, la tierra, el aire y sus
combinaciones que se corrompen y que duran poco;

y creadas han sido sin embargo;

por lo que, si es verdad lo que me has dicho de corrupción debieran verse libres." Los ángeles, hermano, y este puro

país en el que estamos, fueron hechos tal como son, en su entera existencia; pero los elementos que has nombrado y aquellas cosas que proceden de ellos de creada potencia toman forma.

Creada fue la materia que tienen; creada fue la potencia formante

en los astros que en torno suyo giran. Las luces santas sacan con su rayo de su virtualidad y con sus giros

el alma de las plantas y los brutos; pero sin mediación la vuestra exhala la suprema bondad, y la enamora

de sí, tal que por siempre la desea.

Y deducir aún puedes de este punto vuestra resurrección, si otra vez piensas cómo la humana carne fue creada

al ser creados los primeros padres.»

CANTO VIII

Solía creer el mundo erradamente que la bella Cipriña el amor loco desde el tercer epiciclo irradiaba; y por esto no honraban sólo a ella con sacrificios y votivos ruegos

en su antiguo extravío los antiguos; mas a Dione honraban y a Cupido, por madre a una, al otro como hijo, y en el seno de Dido lo creían;

y por la que he citado en el comienzo, le pusieron el nombre a aquella estrella que al sol recrea de nuca o de frente. Hasta ella ascendí sin darme cuenta; pero me confirmó que en ella estaba

el ver aún más hermosa a mi señora. Y cual la chispa se observa en la llama, y una voz se distingue entre las voces, si una se para y otra el canto sigue, en esa luz vi yo otras luminarias

dar vuelta más o menos velozmente, acordes, pienso, a su visión interna. De fría nube vientos no descienden, tan raudos, ya visibles, ya invisibles, que ni lentos ni torpes pareciesen a quien hubiese esas luces divinas visto venir, dejando aquella danza que empezaba en los altos serafines; y en los primeros que se aparecieron tal hosanna se oía, que las ansias

de escucharlo otra vez nunca he perdido.

Entonces uno se acercó a nosotros y dijo: «Estamos todos preparados para darte placer y recrearte.

Girarnos con los príncipes celestes con un mismo girar y una sed misma, de la cual tú en el mundo ya cantaste:

«Los que moveis pensando el tercer áeio»; y tal amor nos colma, que no menos dulce, por complacerte, es el pararnos.»

Luego de haber mis ojos reverentes puesto en mi dama, y que ella les hubiera satisfecho mostrando su aquiescencia, volviéronse a la luz que una tan grande promesa había hecho, y:

«Quiénes sois» dijo mi voz de gran afecto llena.

¡Y cuánto y cómo vi que se crecía con esta dicha nueva que aumentaba su dicha, al dirigirle mi pregunta!

Dijo, así transformada: «Poco tiempo del mundo fui; y si más hubiera sido, muchos males que habrá, no los habría.

Mi contento no deja que me veas porque brillando alrededor me oculta como animal en su seda encerrado. Mucho me amaste, y tuviste motivos; pues si hubiese vivido, hubieras visto de mi cariño más que sólo hojas.

Aquella orilla izquierda que al mezclarse bañan el río Ródano y el Sorga,

por señor a su hora me esperaba, Y aquel cuerno de Ausonia limitado por Catona, por Baria, por Gaeta, donde el Verde y el Tronto desembocan.

Ya lucía en mi frente la corona

de aquella tierra que el Danubio riega cuando abandona la
margen tedesca. Y la hermosa Trinacria, que se anubla entre
Peloro y Pachino, en el golfo que el ímpetu del Euro más recibe,

no por Tifeo sino del azufre, aún hubiera esperado sus
monarcas, de Carlos y Rodolfo en mí nacidos,
si el mal gobierno, que atormenta siempre a los pueblos sujetos
no forzase

a gritar a Palermo: "Muerte, muerte." Y si mi hermano hubiese
esto previsto, de Cataluña la pobreza avara
evitaría que daño le hiciese; pues proveer debieran ciertamente,
él u otros, a fin de que a su barca
cargada, aún otra carga no se agregue.

Y su carácter que de largo a parco bajó, precisaría capitanes
no preocupados de amasar dinero.»

«Puesto que creo que la alta alegría que tu hablar, señor mío,
me ha causado,
donde se inicia y cesa todo bien la ves del mismo modo que la
veo,
me es más grata; y también me causa gozo pues contemplando
a Dios la has advertido.

Gusto me diste, ponme en claro ahora, pues me han causado
dudas tus palabras, cómo dulce semilla da amargura.»

Esto le dije; y él a mi «Si puedo mostrarte una verdad, a tu pregunta el rostro le darás y no la espalda.

El bien que todo el reino que tú asciendes alegra y mueve, con su providencia

hace que influyan estos grandes cuerpos.

Y no sólo provistas las naturas son en la mente que por sí es perfecta,

mas su conservación a un tiempo mismo: por lo que todo aquello que dispara

este arco a su fin previsto llega, cual se clava la flecha en su diana. Si así no fuese, el cielo que recorres tendría de este modo efectos tales que no serían arte, sino ruinas;

y esto no puede ser, si los ingenios que las estrellas mueven no son torpes, y torpe aquel que las creó imperfectas.

¿Quieres que esta verdad te aclare un poco?» Y yo: «No; pues ya sé que es imposible que a lo que es necesario Dios faltase.»

Y él: «Dime, ¿no sería para el hombre peor si no viviese en sociedad?»

«Sí respondí y la causa no preguntó.»

«¿Y puede ser así, si no se tienen diversamente oficios diferentes?»

No, si bien lo escribió vuestro maestro.» Fue hasta aquí de este modo deduciendo; y luego concluyó: «Luego diversas serán de vuestros hechos las raíces: por lo que uno es Solón y el otro es Jerjes, y otro Melchisedec, y el otro aquel que, volando en el aire, perdió al hijo.

La circular natura, que es el sello de la cera mortal, obra con tino, mas no distingue de uno al otro albergue.

Por eso ya en el vientre se apartaron Esaú de Jacob; y de un vil padre nació Quirino, a Marte atribuido.

La natura engendrada haría siempre su camino al igual que la engendrante, si el divino poder no la venciese.

Ahora tienes delante lo de atrás: mas por que sepas que de ti me gozo,

quiero añadirte aún un corolario. Si la naturaleza encuentra un hado adverso, como todas las simientes fuera de su región, da malos frutos. Y si el mundo de abajo se atuviera al fundamento que natura pone,

siguiendo a éste habría gente buena. Mas vosotros hacéis un religioso de quien nació para ceñir espada,

y hacéis rey del que gusta de sermones; y así pues vuestra ruta
se extravía.»

CANTO IX

Después, Bella Clemencia, que tu Carlos las dudas me aclaró,
contó los fraudes que debiera sufrir su descendencia;
mas dijo: «Calla y deja andar los años»; nada pues os diré, sólo
que un justo duelo vendrá detrás de vuestros males.

Y ya el alma de aquel santo lucero se había vuelto al sol que le
llenaba

como aquel bien que colma cualquier cosa.

¡Ah criaturas impías, necias almas,
que el corazón torcéis de un bien tan grande, hacia la vanidad
volviendo el rostro!

Y entonces otro de los esplendores vino a mí, y que quería
complacerme el brillo que esparcía me mostraba Los ojos de
Beatriz, que estaban fijos sobre mí, igual que antes, asintieron
dando consentimiento a mi deseo.

«Dale compensación pronto a mis ansias, santo espíritu y
muéstrame le dije-

que lo que pienso pueda en ti copiarse.» Y aquella luz a quien
no conocía,

desde el profundo seno en que cantaba, dijo como quien goza
el bien haciendo:

«En esa parte de la depravada Italia que se encuentra entre
Rialto y las fuentes del Brenta y del Piave, un monte se levanta,
no muy alto,

desde el cual descendió una mala antorcha que infligió un gran
estrago a la comarca.

De una misma raíz nacimos ambos:

Cunizza fui llamada, y aquí brillo pues me venció la lumbre de
esta estrella.

Mas alegre a mí misma me perdono la causa de mi suerte, y no
me duelo; y esto tal vez el vulgo no lo entienda.

De la resplandeciente y cara joya de este cielo que tengo más
cercana

quedó gran fama; y antes de extinguirse, se quintuplicará este
mismo año:

mira si excelso debe hacerse el hombre, tal que otra vida a la
vida suceda.

Y esto no piensa la turba presente que el Tagliamento y Adigio
rodean: ni aun siendo golpeada se arrepiente; mas pronto
ocurrirá que Padua cambie

el agua del pantano de Vincenza, porque son al deber gentes
rebeldes; y donde el Silo y el Cagnano se unen, alguien aún
señorea con orgullo,

y ya se hace la red para atraparle. Llorará también Feltre la
traición de su impío pastor, y tan enorme
será, que en Malta no hubo semejante.

Muy grande debería ser la cuba que llenase la sangre ferraresa,
cansando a quien pesara onza por onza, la que dará tan cortés
sacerdote

por mostrar su partido; y dones tales al vivir del país se
corresponden.

Hay espejos arriba que vosotros llamáis Tronos, y Dios por
medio de ellos

nos alumbra, y mis dichos certifican.» Aquí dejó de hablar; y me
hizo un gesto de volverse a otra cosa, pues se puso
una vez más en la rueda en la que estaba.

El otro gozo a quien ya conocía como preciada cosa, ante mis
ojos

era cual un rubí que el sol hiriese.

Arriba aumenta el resplandor gozando, como la risa aquí; y la
sombra crece abajo, al par que aumenta la tristeza.

«Dios lo ve todo, y tu mirar se enla le dije santo espíritu, y no
puede para ti estar oculto algún deseo.

Por lo tanto tu voz, que alegra el cielo con el cantar de aquellos
fuegos píos que con seis alas hacen su casulla,

¿por qué no satisface mis deseos? No esperarí yo a que
preguntaras si me intuara yo cual tú te enmías.»

«El mayor valle en que el agua se vierte sus palabras entonces
me dijeron-

fuera del mar que a la tierra enguirnalda, entre enemigas
playas contra el curso del sol tanto se extiende, que ya hace
meridiano donde antes horizonte.

Ribereño fui yo de aquellas costas entre el Ebro y el Magra, que
divide en corto trecho Génova y Toscana. Casi en un orto
mismo y un ocaso están Bugía y mi ciudad natal,
que enrojeció su puerto con su sangre.

Era llamado Folco por la gente que sabía mi nombre; y a este
cielo,

como él me iluminó, yo ahora ilumino; que más no ardiera la
hija de Belo,

a Siqueo y a Creusa dando enojos,

que yo, hasta que mi edad lo permitía; ni aquella Rodopea que
engañada fue por Demofonte, ni Alcides

cuando encerró en su corazón a Iole.

Pero aquí no se llora, mas se ríe, no la culpa, que aquí no se
recuerda,

sino el poder que ordenó y que provino.

Aquí se admira el arte que se adorna de tanto afecto, y se
comprende el bien que hace que influya abajo lo de arriba.

Y a fin de que colmados tus deseos lleves que en esta esfera te
han surgido, debiera referirte aún otras cosas.

Quieres saber quién hay en esa hoguera que aquí cerca de mí
lanza destellos como el rayo de sol en aguas limpias. Sabrás
que en su interior se regocija Raab; y en compañía de este coro,
en su más sumo grado resplandece.

A nuestro cielo, en que la sombra acaba de vuestro mundo, aún
antes que alma alguna

por el triunfo de Cristo, fue subida.

Convenía ponerla por trofeo en algún cielo, de la alta victoria
obtenida con una y otra palma,

pues ella el primer triunfo de Josué favoreció en la Tierra
Prometida,

que poco tiene el Papa en la memoria. Tu ciudad, que es retoño
del primero que a su creador volviera las espaldas,

cuya envidia ha causado tantos males, crea y propaga las
malditas flores

que han descarriado a ovejas y a corderos, pues al pastor en
lobo han convertido.

Por esto el Evangelio y los Doctores se olvida, y nada más las
Decretales

se estudian, cual sus márgenes indican. De esto el Papa y la
curia se preocupa; y a Nazaret no van sus pensamientos, allí
donde Gabriel abrió las alas.

Mas pronto el Vaticano y otros sitios elegidos de Roma,
cementarios

de la milicia que a Pedro siguiera, del adulterio habrán de verse
libres.»

CANTO X

Con el Amor que eternamente mana del uno al otro,
contemplando al Hijo la Potencia primera e inefable
cuanto en espacio o mente se concibe con tanto orden creó,
que estar no puede sin gustar de ello aquel que vuelve a verlo.

Alza, lector, hacia las altas ruedas con la mía tu vista, hacia
aquel sitio

donde dos movimientos se entrecruzan; y allí comienza a
disfrutar del Arte de aquel maestro que tanto lo ama
en sí, que nunca de él quita la vista. Mira cómo de allí se aparta
el círculo

oblicuo que conduce los planetas, satisfaciendo al mundo que
los llama. Pues no siendo inclinado su camino, vano sería el
influir del cielo

y casi muerta aquí cualquier potencia; y si más o si menos se
alejara girando, de la perpendicular,
se rompería el orden de los mundos. Quédate ahora, lector,
sobre tu banco, meditando en aquello que sugiero,
si quieres disfrutar y no cansarte.

Te lo he mostrado: come tú ahora de ello; que a ella reclama
todos mis cuidados esa materia de que soy escriba.

De la naturaleza el gran ministro, que la virtud del cielo imprime
al mundo y es la medida, con su luz, del tiempo,
a aquella parte arriba mencionada junto, giraba por las
espirales

que le traen cada día más temprano; y yo estaba con él; mas
del subir

no me di cuenta, como aquel que nota, tras la idea, de dónde le
ha venido.

Era Beatriz aquella que guiaba
de un bien a otro mejor, tan raudamente que el tiempo no
medía sus acciones.
¡Cuán luminosa debería ser
por sí, la que en el sol donde yo entraba no por color, por luz era
visible!
Aunque costumbre, ingenio y arte invoque
no diría lo nunca imaginado; mas puede ser creído y desear
verlo.
Y si son bajas nuestras fantasías
a tanta altura, no hay por qué extrañarse; que más que el Sol
no hay ojos que hayan visto.
Tal se mostraba la cuarta familia del Alto Padre, que siempre la
sacia,
mostrando cómo espira y cómo engendra.
Y comenzó Beatriz: «Dale las gracias al angélico sol, puesto que
a éste sensible te ha traído a gusto suyo.» Nunca hubo un
corazón tan entregado a devoción y a someterse a Dios
prestantemente con toda gratitud,
como yo al escuchar esas palabras; y tanto todo en él mi amor
se puso, que a Beatriz, eclipsó en el olvido.

No se enfadó; mas se rió en tal forma, que el esplendor de sus risueños ojos mi mente unida dividió en más cosas. Muchos fulgores vivos y triunfantes vi en torno nuestro como una corona,

en voz más dulce que en rostro lucientes: ceñida así la hija de Latona

vemos a veces, cuando el aire es denso, y retiene los restos de su halo.

En la corte celeste que he dejado, bellas y ricas se hallan muchas joyas que no pueden sacarse de aquel reino; y de éstas era el canto de las luces;

quien no tiende sus plumas a lo alto, como de un mudo espera las noticias.

Luego, cantando así, los rojos soles a nuestro alrededor tres vueltas dieron,

cual astros cerca de los polos fijos, pareciendo mujeres que no rompen su danza, más calladas se detienen para escuchar la nueva melodía;

y escuché dentro de una de ellas: «Cuando el rayo de la gracia, en que se enciende un verdadero amor que amando aumenta,

tanto ilumina en ti multiplicado, que por esa escalera te conduce que nadie baja sin subir de nuevo; quien te negase el vino de su bota para tu sed, más libre no sería

que el agua de correr hacia los mares. Quieres saber qué flores
engalanan esta guirnalda con que se embellece

la hermosa dama que al cielo te empuja.

Yo fui cordero del rebaño santo que conduce Domingo por la
senda

que hace avanzar a quien no se extravía. Este que a mi derecha
está más cerca fue mi hermano y maestro, él es Alberto de
Colonia, y yo soy Tomás de Aquino.

Y si quieres saber de los demás sigue con tu mirada mis
palabras dando la vuelta en este santo círculo.

Sale aquel resplandor de la sonrisa

de Graziano, que al uno y otro fuero dio su ayuda, ganando el
paraíso.

Quien cerca de él adorna nuestro coro fue el Pedro que al igual
que aquella viuda,

su tesoro ofreció a la Santa Iglesia. La quinta luz, de todas la
más bella, respira tanto amor, que todo el mundo saber aquí
desea sus noticias;

dentro está la alta mente, en la que tanto saber latió, que si lo
cierto es cierto,

a tanto ver no surgió aún un segundo.

Ve la luz de aquel cirio, junto a ella que aun en carne mortal por
dentro supo

la angélica natura y sus oficios. En la luz pequeñita está riendo
el abogado de tiempos cristianos

cuyos latines a Agustín sirvieron. Ahora si el ojo de la mente
llevas de luz en luz tras de mis alabanzas,

ya de la octava te encuentras sediento. Viendo todos los bienes
dentro goza el alma santa que el mundo falaz

de manifiesto pone a quien le escucha: el cuerpo del que fue
arrojada yace allá abajo en Cieldauro; y a esta calma vino
desde el martirio y el destierro

ve más allá las llamas del espíritu de Isidoro, de Beda y de
Ricardo,

que en su contemplación fue más que un hombre.

Esa de la cual pasa a mí tu vista,

es la luz de un espíritu que tarde meditando, pensaba que
moría: esa es la luz eterna de Sigiero

que, enseñando en el barrio de la Paja, silogismo verdades
envidiadas.»

En fin, lo mismo que un reloj que llama cuando la esposa del
Señor despierta

a que cante maitines a su amado, que una pieza a la otra
empuja y urge,
tintineando con tan dulces notas,
que el alma bien dispuesta de amor llenan; así vi yo la rueda
gloriosa
moverse, voz a voz dando respuesta tan suave y templada, que
tan sólo
se escucha donde el gozo se eterniza.

CANTO XI

¡Oh cuán vano el afán de los mortales, qué mezquinos son esos
silogismos que las alas te arrastran por el suelo!

Tras de los aforismos o los Iura iban unos, o tras del sacerdocio
o del mandar por fuerza o por sofismas. tras negocios civiles o
robando,

o envueltos en el gozo de la carne se fatigaban, o en la vida
ociosa, cuando, de todas estas cosas libre, con Beatriz por el
cielo caminaba de forma tan gloriosa recibido.

Después que cada uno volvió al punto del círculo en el que
antes se encontraba, se detuvo, cual vela en candelero.

Y yo escuché dentro de esa lumbrera que antes me había
hablado, sonriendo, palabras que le daban aún más lustre:
«Igual que yo con sus rayos me enciendo, así, mirando en esa
luz eterna,
adivino el porqué de lo que piensas.

Tú dudas y deseas que te aclare con un lenguaje claro y
manifiesto, para entender aquello que te digo,
donde antes dije: «Por donde se avanza», o donde dije: «No
nació un segundo»;
y es necesario distinguir en esto.

La Providencia que gobierna el mundo de modo que derrota a
cualquier mente creada, antes que llegue a ver el fondo, para
que caminase a su deleite

la esposa de quien quiso desposarla con su bendita sangre a
grandes voces, sintiéndose más fiel y más segura,
dos príncipes mandó para ayudarla, y en una cosa y otra la
guiasen.

Todo en fuego seráfico uno ardía; por su saber el otro fue en la
tierra de querúbica luz un resplandor.

De uno hablaré, si bien de ambos se habla alabando a
cualquiera de los dos,
puesto que a un mismo fin se encaminaron.

Entre Tupino y el agua que baja de la cima escogida por
Ubaldo, fértil ladera pende de alto monte,
que el frío y el calor manda a Perugia por la Puerta del Sol; y
detrás lloran Nocera y Gualdo su pesado yugo.

Por donde esta ladera disminuye
su pendiente, nacióle un sol al mundo, como hace a veces éste
sobre el Ganges. Y así pues quien a aquel lugar nombrara que
no le llama Asís, pues esto es poco, sino Oriente, si quiere ser
exacto.

No se hallaba del orto muy distante, cuando a la tierra por su
gran virtud logró hacer que sintiese algún consuelo;

que por tal dama, aún jovencito, en guerra con su padre
incurrió, a la cual las puertas del gozo, cual a muerte, no abre
nadie;

y ante toda su corte espiritual

et coram patrem a ella quiso unirse; luego la amó más fuerte
cada día. Ésta, privada del primer marido, mil cien años y más
vivió olvidada

sin que nadie, hasta aquél, la convidase; no valió oír que al lado
de Amiclates segura la encontró, al oír sus voces, aquel que fue
el terror del mundo entero; ni le valió haber sido tan constante
y firme, que al quedar María abajo, ella sobre la cruz lloró con
Cristo.

Pero para no hablarte tan oscuro, Francisco y la Pobreza estos amantes has de saber que son de los que te hablo.

Su concordia y sus rostros tan felices, amor y maravilla y gestos dulces, inspiraban muy santos pensamientos; tanto que aquel Bernardo venerable se descalzó, y detrás de tanta paz corrió, y corriendo tardo se creía.

¡Oh secreta riqueza! ¡Oh bien fecundo! Egidio se descalza, el buen Silvestre, tras del esposo, así a la esposa place

De allí se fue aquel padre, aquel maestro con su mujer y su demás familia

que el humilde cordón ya se ceñía. No le inclinó la frente la vergüenza de ser hijo de Pietro Bernardone, ni porque pareciera despreciable; mas dignamente su dura intención

a Inocencio le abrió, y de aquél obtuvo el permiso primero de su orden.

Después creciendo ya los pobrecillos detrás de aquél, cuya admirable vida mejor gloriando al cielo se cantara, de segunda corona el Santo Espíritu

ciñó, por mediación de Honorio, aquel Honorio II aprobó definitivamente la Orden en .

santo deseo de este archimandrita. Y después que, sediento de martirio, en la presencia del Sultán soberbia

predicó a Cristo y quienes le siguieron, y encontrando a esas gentes demasiado reacias, para no estar inactivo, volvióse al fruto del huerto de Italia, en el áspero monte entre Arno y Tiber de Cristo recibió el último sello,

que sus miembros llevaron por dos años. Cuando el que a tanto bien le destinara quiso hacerle subir al galardón

que él mereció por hacerse pequeño, a sus hermanos, como justa herencia, recomendó su dama más querida,

y les mandó que fielmente la amasen; y de su seno el ánima preclara quiso salir y volver a su reino,

y para el cuerpo otra caja no quiso.

Ahora piensa en quien fuese aquel colega digno con él de mantener la barca

de Pedro en alta mar derechamente; y este segundo fue nuestro patriarca;

por lo cual, quien le sigue, como él manda, sabe que carga buenas mercancías.

Mas su rebaño, de nuevas viandas se encuentra tan ansioso, que es difícil que por pastos errados no se pierda;

y cuanto sus ovejas más se apartan y más lejos de aquél vagabundean, más tornan al redil faltas de leche.

Aún hay algunos que temen el daño

y a su pastor se estrechan; mas tan pocas

que a sus capas les basta poca tela. Ahora, si te han bastado mis palabras y si me has escuchado atentamente, si recuerdas aquello que te he dicho, en parte habrás tus ganas satisfecho al ver por qué la planta se marchita, y verás por qué causa yo te dije

"Que hace avanzar a quien no se extravía".

CANTO XII

Tan pronto como la última palabra la bienaventurada llama dijo,

a girar comenzó la santa rueda;

y aún su vuelta no había completado, cuando otra rueda giró en su redor, uniendo canto a canto y giro a giro; canto que tanto vence a nuestras musas y sirenas en esas dulces trompas,

como la luz primera a sus reflejos. Como se ven tras la nube ligera dos arcos paralelos y de un mismo

color, cuando a su sierva envía Juno, que aquel de fuera nace del de dentro, al modo del hablar de aquella hermosa que agostó Amor cual sol a los vapores, haciendo que la gente esté segura,

por el pacto que Dios hizo a Noé, que al mundo nunca más
anegaría: así de aquellas rosas sempiternas

las dos guirnaldas cerca de nosotros giraba, respondiendo una
a la otra. Cuando la danza y otro gran festejo del cántico y del
mutuo centelleo, luz con luz jubilosa y reposada,

a un mismo tiempo y voluntad cesaron, como los ojos se abren
y se cierran juntamente al placer que les conmueve; del corazón
de una de aquellas luces

se alzó una voz, que como aguja al polo me hizo volverme al
sitio en que se hallaba;

y comenzó: «El amor que me hace bella me obliga a que del
otro jefe trate

por quien del mío aquí tan bien se ha hablado. Justo es que,
donde esté el uno, esté el otro:

y así pues como a una combatieron, así luzca su gloria
juntamente.

La milicia de Cristo, que tan caro costó rearmar, detrás de sus
banderas marchaba escasa, lenta y recelosa,
cuando el Emperador que siempre reina ayudó a su legión en el
peligro,
por gracia sólo, no por merecerlo.

Y, ya se ha dicho, socorrió a su esposa con dos caudillos, a
cuyas palabras

y obras reunióse el pueblo descarriado.

Allí donde se alza y donde abre Céfiro dulce los follajes nuevos,
de los que luego Europa se reviste, no lejos del batir del oleaje

tras el cual, por su larga caminata, el sol se oculta a todos
ciertos días, está la afortunada Caleruega

bajo la protección del gran escudo del león subyugado que
subyuga: allí nació el amante infatigable de la cristiana fe, el
atleta santo

fiero al contrario y bueno con los suyos; y en cuanto fue creada,
fue repleta

tanto su mente de activa virtud que, aún en la madre, la hizo
profetisa.

Al celebrarse ya en la santa fuente los esponsales entre él y la
Fe,

la mutua salvación dándose en dote, la mujer que por él dio
asentimiento, vio en un sueño ese fruto prodigioso que saldría
de aquél y su progenie;

y porque fuese cual era, aun de nombre, un espíritu vino a
señalarlo

del posesivo de quien era entero.

Fue llamado Domingo; y hablo de él como del labrador que eligió Cristo para que le ayudase con su huerto. Bien se mostró de Cristo mensajero; pues el primer amor del que dio prueba fue al consejo primero que dio Cristo.

Muchas veces despierto y en silencio lo encontró su nodriza echado en tierra cual diciendo: «He venido para esto.»

¡Oh en verdad padre suyo venturoso!

¡Oh madre suya Juana verdadera, si se interpreta tal como se dice!

No por el mundo, por el cual se afanan hoy detrás del Ostiense y de Tadeo, mas por amor del maná sin mentira, en poco tiempo gran doctor se hizo; por vigilar la viña, que marchita pronto, si el viñador es perezoso.

Y a la sede que fue más bienhechora antes de los humildes, no por ella, por aquel que la ocupa y la mancilla, no dispensas de dos o tres por seis, no el primer cargo que libre quedara, no decimas, quae sunt pauperum Dei, sino pidió contra la gente errada licencia de luchar por la semilla

donde estas veinticuatro plantas brotan. Después, con voluntad y con doctrina, emprendió su apostólica tarea

cual torrente que baja de alta cumbre; y en el retoño herético su fuerza golpeó, con más saña en aquel sitio donde la resistencia era más dura.

De él se hicieron después diversos ríos donde el huerto católico
se riega,

y más vivos se encuentran sus arbustos.

Si fue tal una rueda de la biga con que se defendió la Santa
Iglesia y su guerra civil venció en el campo.

bien debería serte manifiesta

la excelencia de la otra, que Tomás antes de venir yo te alabó
tanto. Mas la órbita trazada por la parte superior de su rueda,
está olvidada;

y ahora es vinagre lo que era antes vino.

Su familia que recta caminaba tras de sus huellas, ha cambiado
tanto, que el de delante al de detrás empuja;

y pronto podrá verse la cosecha de tan mal fruto, cuando la
cizaña lamente que le cierran el granero

Bien sé que quien leyese hoja por hoja nuestro Ebro, un pasaje
aún hallaría donde leyese: "Soy el que fui siempre." Pero no de
Casal ni de Acquasparta,

de donde tales vienen a la regla, que uno la huye y otro la
endurece.

Yo soy el alma de Buenaventura

de Bagnoregio, que en los altos cargos los errados afanes puse
aparte.

Aquí están Agustín e Iluminado, los primeros descalzos
pobrecillos con el cordón amigos del Señor. Está con ellos Hugo
de San Víctor,

y Pedro Mangiadore y Pedro Hispano, que con sus doce libros
resplandece; el profeta Natán, y el arzobispo Crisóstomo y
Anselmo, y el Donato que puso mano en el arte primera.

Está Rabano aquí, y luce a mi lado

el abad de Calabria Joaquín dotado del espíritu profético.

A celebrar a paladín tan grande me movió la inflamada cortesía

de fray Tomás y su agudo discurso;

y conmigo movió a quien me acompaña.»

CANTO XIII

Imagine quien quiera comprender lo que yo vi y que la imagen
retenga

mientras lo digo, como firme roca quince estrellas que en zonas
diferentes el cielo encienden con tanta viveza

que cualquier densidad del aire vencen; imagine aquel carro a
quien el seno basta de nuestro cielo noche y día

y al dar vuelta el timón no se nos marcha; imagine la boca de
aquel cuerno

que al extremo del eje se origina, al que da vueltas la primera
esfera, haciéndose dos signos en el cielo, como hiciera la hija
del rey Minos sintiendo el frío hielo de la muerte; y uno poner
sus rayos en el otro,

y dar vueltas los dos de tal manera que uno fuera detrás y otro
delante; y tendrá casi sombra de la cierta constelación y de la
doble danza

que giraba en el punto en que me hallaba:

pues tan distante está de nuestros usos, cuanto está del fluir del
río Chiana del cielo más veloz el movimiento.

Allí cantaron no a Pean ni a Baco, a tres personas de naturaleza
divina, y una de ellas con la Humana. Las vueltas y el cantar se
terminaron; y atentas nos miraron esas luces, alegres de pasar
a otro cuidado.

Rompió el silencio de concordes númenes luego la luz que la
admirable vida

del pobrecillo del Señor narrara, dijo: «Cuando trillada está una
paja, cuando su grano ha sido ya guardado, a trillar otra un
dulce amor me invita.

Crees que en el pecho del que la costilla se sacó para hacer la
hermosa boca
y un paladar al mundo tan costoso, y en aquel que, pasado por
la lanza antes y luego tanto satisfizo,
que venció la balanza de la culpa, cuanto al género humano se
permite tener de luz, del todo fue infundido por el Poder que
hiciera a uno y a otro; por eso miras a lo que antes dije, cuando
conté que no tuvo segundo quien en la quinta luz está
escondido.

Abre los ojos a lo que respondo, y verás lo que crees y lo que
digo
como el centro y el círculo en lo cierto.

Lo que no muere y lo que morirá
no es más que un resplandor de aquella idea que hace nacer,
amando, nuestro Sir; que aquella viva luz que se desprende
del astro del que no se desaúna, ni del amor que tres hace con
ellos, por su bondad su iluminar transmite,
como un espejo, a nueve subcriaturas, conservándose en uno
eternamente.

De aquí desciende a la última potencia bajando de acto en
acto, hasta tal punto, que no hace más que contingencias
breves; y entiendo que son estas contingencias

las cosas engendradas, que produce con simiente o sin ella el
cielo móvil.

No es siempre igual la cera y quien la imprime; y por ello allá
abajo más o menos
se traslucen los signos ideales.

Por lo que ocurre que de un mismo árbol, salgan frutos mejores
o peores;

y nacéis con distinta inteligencia. si perfecta la cera se
encontrase,

e igual el cielo en su virtud suprema, la luz del sello toda
brillaría;

mas la natura siempre es imperfecta, obrando de igual modo
que el artista que sabe el arte mas su mano tiembla.

Y si el ardiente amor la clara vista del supremo poder dispone y
sella, toda la perfección aquí se adquiere.

Tal fue creada ya la tierra digna de toda perfección animalesca;
y la Virgen preñada de este modo; de tal forma yo apruebo lo
que opinas,

pues la humana natura nunca fue ni será como en esas dos
personas. Ahora si no siguiese mis razones,

"¿pues cómo aquél no tuvo par alguno?" me dirían entonces tus
palabras.

Mas porque veas claro lo confuso, piensa quién era y la razón
que tuvo, al pedir cuando "pide" le dijeron.

No te he hablado de forma que aún ignores que rey fue, y que
pidió sabiduría

a fin de ser un rey capacitado;

no por saber el número en que fuesen arriba los motores, si
necesse

con contingentes hacen un necesse; no si est dare primum
motum esse, o si de un semicírculo se hacen triángulos que un
recto no tuviesen.

Y así, si lo que dije y esto adviertes, es real prudencia aquel
saber sin par donde la flecha de mi hablar clavaba; y si al
"surgió" la vista clara tiendes, la verás sólo a reyes referida,

que muchos hay, y pocos son los buenos.

Con esta distinción oye mis dichos; y así casan con eso que
supones

de nuestro Gozo y del padre primero.

Plomo a tus pies te sea este consejo, para que andes despacio,
como el hombre cansado, al sí y al no de lo que ignoras:

pues es de los idiotas el más torpe, el que sin distinguir niega o
afirma en el uno o el otro de los casos;

puesto que encuentra que ocurre a menudo que sea falsa la
opinión ligera,
y la pasión ofusca el intelecto.

Más que en vano se aparta de la orilla, porque no vuelve como
se ha marchado, el que sin redes la verdad buscase.

Y de esto son al mundo claras muestras Parménides, Meliso,
Briso, y muchos, que caminaban sin saber adónde;

Y Arrio y Sabelio y todos esos necios, que deforman, igual que
las espadas, la recta imagen de las Escrituras.

No se aventure el hombre demasiado en juzgar, como aquel
que aprecia el trigo sembrado antes de que haya madurado;
que las zarzas he visto en el invierno cuán ásperas, cuán rígidas
mostrarse; y engalanarse luego con las rosas;
y vi derecha ya y veloz la nave correr el mar en todo su camino,
y perecer cuando llegaba a puerto.

No crean seor Martino y Doña Berta, viendo robar a uno y dar a
otro, verlos igual en el juicio divino;

que uno puede caer y otro subir.»

CANTO XIV

Del centro al borde, y desde el borde al centro se mueve el agua
en un redondo vaso,
según se le golpea dentro o fuera: de igual manera sucedió en
mi mente esto que digo, al callarse de pronto
el alma gloriosa de Tomás, por la gran semejanza que nacía de
sus palabras con las de Beatriz,
a quien hablar, después de aquél, le plugo:
«Le es necesario a éste, y no lo dice, ni con la voz ni aun con el
pensamiento,
indagar la raíz de otra certeza.

Decidle si la luz con que se adorna vuestra sustancia, durará en
vosotros igual que ahora se halla, eternamente; y si es así,
decidle cómo, luego

de que seáis de nuevo hechos visibles, podréis estar sin que la
vista os dañe.» Cual, por más grande júbilo empujados, a veces
los que danzan en la rueda alzan la voz con gestos de alegría,

de igual manera, a aquel devoto ruego las santas ruedas
mostraron más gozo en sus giros y notas admirables.

Quien se lamenta de que aquí se muera para vivir arriba, es que
no ha visto

el refrigerio de la eterna lluvia.

Que al uno y dos y tres que siempre vive y reina siempre en tres
y en dos y en uno, nunca abarcado y abarcando todo,
tres veces le cantaba cada una de esas almas con una melodía,
justo precio de mérito cualquiera.

Y escuché dentro de la luz más santa del menor círculo una voz
modesta, quizá cual la del Ángel a María, responder: «Cuanto
más dure la dicha del paraíso, tanto nuestro amor
ha de esplender en tomo a estos vestidos.

De nuestro ardor la claridad procede; por la visión ardemos, y
esa es tanta, cuanta gracia a su mérito se otorga.

Cuando la carne gloriosa y santa vuelva a vestirnos, estando
completas nuestras personas, aún serán más gratas;
pues se acrecentará lo que nos dona de luz gratuitamente el
bien supremo, y es una luz que verlo nos permite; por lo que la
visión más se acrecienta,

crece el ardor que en ella se ha encendido, y crece el rayo que
procede de éste.

Pero como el carbón que da una llama, y sobrepasa a aquella
por su brillo,

de forma que es visible su apariencia; así este resplandor que
nos circunda vencerá la apariencia de la carne

que aún está recubierta por la tierra; y no podrá cegarnos luz
tan grande:

porque ha de resistir nuestro organismo a todo aquello que
cause deleite.»

Tan acordes y prontos parecieron diciendo «Amén» el uno y
otro coro, cual si sus cuerpos muertos añoraran: y no sólo por
ellos, por sus madres, por sus padres y seres más queridos, y
que fuesen también eternas llamas. De claridad pareja entorno
entonces,

nació un fulgor encima del que estaba,

igual que un horizonte se ilumina.

Y como a la caída de la noche nuevos fulgores surgen en el
cielo, ciertos e inciertos ante nuestra vista, me pareció que en
círculo dispuestas unas nuevas sustancias contemplaba por
fuera de las dos circunferencias.

¡Oh resplandor veraz del Santo Espíritu!

¡qué incandescente apareció de pronto a mis ojos que no lo
soportaron!

Mas Beatriz tan sonriente y bella

se me mostró, que entre aquellas visiones que no recuerdo
tengo que dejarla.

Recobraron mis ojos la potencia de levantarse; y nos vi
trasladados

solos mi dama y yo a gloria más alta. Bien advertí que estaba
más arriba,

por el ígneo esplendor de aquella estrella,

mucho más rojo de lo acostumbrado.

De todo corazón, con la palabra común, hícele a Dios un
holocausto, como a la nueva gracia convenía.

Y apagado en mi pecho aún no se hallaba del sacrificio el
fuego, cuando supe que era mi ofrenda fausta y recibida;
que con tan grande brillo y tanto fuego un resplandor salía de
sus rayos

que dije: «¡Oh Helios, cómo los adornas!» Cual con mayores y
menores luces blanquea la Galaxia entre los polos
del mundo, y a los sabios pone en duda; así formados hacían
los rayos

en el profundo Marte el santo signo que del círculo forman los
cuadrantes.

Aquí vence al ingenio la memoria; que aquella Cruz resplandecía
a Cristo,

y no encuentro un ejemplo digno de ello; mas quien toma su
cruz y a Cristo sigue, podrá excusarme de eso que no cuento
viendo en aquel albor radiar a Cristo.

De un lado al otro y desde arriba a abajo se movían las luces y
brillaban

aún más al encontrarse y separarse: así aquí vemos, rectos o
torcidos, lentos o raudos renovar su aspecto los corpusculos,
cortos y más largos, moviéndose en el rayo que atraviesa

la sombra a veces que, por protegerse,

dispone el hombre con ingenio y arte. Y cual arpa y laúd, con
tantas cuerdas afinadas, resuenan dulcemente

aun para quien las notas no distingue, tal de las luzes que allí
aparecieron a aquella cruz un canto se adhería,

que arrebatóme, aun no entendiendo el himno.

Bien me di cuenta que era de altas loas, pues llegaba hasta mi

«Resurgi» y «Vinci» como a aquel que no entiende, pero
escucha.

Y me sentía tan enamorado,

que hasta ese entonces no hubo cosa alguna que me atrapase
en tan dulces cadenas.

Tal vez son muy atrevidas mis palabras, al posponer el gozo de
los ojos,

que si los miro, cesan mis deseos; mas el que sepa que los
cielos vivos más altos más acrecen la belleza,

y que yo aún no me había vuelto a aquéllos, podrá excusarme
de lo que me acuso
por excusarme, y saber que no miento: que aquí el santo placer
no está excluido, pues más sincero se hace mientras sube.

CANTO XV

La buena voluntad donde se licúa siempre el amor que inspira
lo que es recto,
como en la inicua la pasión insana, silencio impuso a aquella
dulce lira,
aquietando las cuerdas que la diestra del cielo pulsa y luego las
acalla.
¿Cómo estarán a justas preces sordas esas sustancias que, por
darme aliento para que hablase, a una se callaron?
Bien está que sin término se duela quien, por amor de cosas
que no duran, de ese amor se despoja eternamente.
Cual por los cielos puros y tranquilos
de cuando en cuando cruza un raudo fuego, y atrae la vista que
está distraída,
y es como un astro que de sitio mude, sino que en el lugar
donde se enciende no se pierde ninguno, y dura poco:

tal desde el brazo que a diestra se extiende hasta el pie de la
cruz, corrió una estrella de la constelación que allí relumbra;
no se apartó la gema de su cinta, mas pasó por la línea radial
cual fuego por detrás del alabastro.

Fue tan piadosa la sombra de Anquises, si a la más alta musa
damos fe, reconociendo a su hijo en el Elíseo.

«O sanguis meus, o superinfusa gratia Dei, sicut tibi cui
bis unquam celi ianüa reclusa?» Dijo esa luz llamando mi
atención; luego volví la vista a mi señora,
y una y otra dejáronme asombrado; pues ardía en sus ojos tal
sonrisa,

que pensé que los míos tocarían el fondo de n ú gloria y paraíso.

Luego gozoso en vista y en palabras, el espíritu dijo aún otras
cosas

que no las entendí, de tan profundas; Y no es que por su gusto
lo escondiera, mas por necesidad, pues su concepto al ingenio
mortal se superpone.

Y cuando el arco del afecto ardiente se calmó, y se abajaron
sus palabras a la diana de nuestro intelecto,
la cosa que escuché primeramente

«¡Bendito seas fue tú, el uno y trino, que tan cortés has sido con mi estirpe!» Y siguió: «Un grato y lejano deseo, tomado de leer
el gran volumen

del cual el blanco y negro no se mudan, has satisfecho, hijo, en
esa luz

desde la cual te hablo, gracias a ésa que alas te dio para tan
alto vuelo.

Tú crees que a mí llegó tu pensamiento de aquel que es el primero, como sale del uno, al conocerlo, el seis y el cinco; y por ello quién soy, y por qué causa más alegre me ves, no me preguntas, que algunos otros de este alegre grupo. Crees bien; pues los menores y mayores de esta vida se miran al espejo que muestra el pensamiento antes que pienses; mas por que el
sacro amor en que yo veo

con perpetua vista, y que me llena de un dulce desear, mejor se
calme,

¡segura ya tu voz, alegre y firme suene tu voluntad, suene tu
anhelo, al que ya decretada es mi respuesta!»

Me volví hacia Beatriz, que antes que hablara me escuchó, y
sonrió con un semblante

que hizo crecer las alas del deseo. Dije después: «El juicio y el afecto, pues que gozáis de la unidad primera, en vosotros operan de igual modo,

porque el sol que os prendió y en el que ardisteis, en su calor y
luz es tan igual,

que otro símil sería inoportuno.

Mas querer y razón, en los mortales, por causas de vosotros
conocidas, tienen las alas de diversas plumas;

y yo, que soy mortal, me siento en esta desigualdad, y por ello
agradezco

sólo de corazón esta acogida.

Te imploro con fervor, vivo topacio, precioso engaste de esta
joya pura, que me quede saciado de tu nombre.»

«¡Oh fronda mía, que eras mi delicia aguardándote, yo fui tu
raíz!»: comenzó de este modo a responderme.

Luego me dijo: «Aquel de quien se toma tu apellido, y cien años
ha girado

y más el monte en la primera cornisa, fue mi hijo, y fue tu
bisabuelo:

y es conveniente que tú con tus obras a su larga fatiga des
alivio.

Florenia dentro de su antiguo muro, donde ella toca aún a
tercia y nona, en paz estaba, sobria y pudorosa.

No tenía coronas ni pulseras, ni faldas recamadas, ni cintillos
que gustara ver más que a las personas.

Aún no le daba miedo si nacía

la hija al padre, pues la edad y dote ni una ni otra excedían la medida. No había casas faltas de familia; aún no había enseñado Sardanápalo lo que se puede hacer en una alcoba. Aún no estaba vencido Montemalo por vuestro Uccelatoio, que cayendo lo vencerá al igual que en la subida. Vi andar ceñido a Belincione Berti con piel de oso, y volver del espejo a su mujer sin la cara pintada;

y vi a los Nerli alegres y a los Vechio de vestir simples pieles, y a la rueca atendiendo y al huso sus esposas.

¡Oh afortunadas! estaban seguras

del sepulcro, y ninguna aún se encontraba abandonada por Francia en el lecho.

Una cuidaba atenta de la cuna, y, por consuelo, usaba el idioma que divierte a los padres y a las madres; otra, tirando a la rueca del pelo,

charloteaba con sus familiares

de Fiésole, de Roma, o los troyanos. Entonces por milagro se tendrían una Cianghella, un Lapo Saltarello, como ahora Cornelia o Cincinato.

A un tan hermoso, a un tan apacible vivir de ciudadano, a una
tan fiel ciudadanía, y a un tan dulce albergue, me dio María, a
gritos invocada;

y en el antiguo bautisterio vuestro fui cristiano a la par que
Cacciaguida.

Moronto fue mi hermano y Eliseo; desde el valle del Po vino mi
esposa, de la cual se origina tu apellido.

Luego seguí al emperador Conrado; y él me armó caballero en
su milicia, tan de su agrado fueron mis hazañas.

Marché tras él contra la iniquidad de aquella secta cuyo pueblo
usurpa, por culpa del pastor, vuestra justicia. Allí fui yo por esas
torpes gentes,

ya desligado del mundo falaz, cuyo amor muchas almas
envilece;

y vine hasta esta paz desde el martirio.

CANTO XVI

Oh pequeña nobleza de la sangre, que de ti se gloríen aquí
abajo

las gentes donde es débil nuestro afecto,

nunca habrá de admirarme: porque donde el apetito nuestro no
se tuerce,

digo en el cielo, yo me glorié.

Eres un manto que pronto se acorta: tal que, si no se agranda
día a día,

el tiempo va en redor con las tijeras. Con el «vos» que primero
sufrió Roma, y que sus descendientes no conservan,
comenzaron de nuevo mis palabras; por lo cual Beatriz, que
estaba aparte

la que tosió, al reírse parecía, al primer fallo escrito de Ginebra.

Yo le dije: «Vos sois el padre mío; vos infundís aliento a mis
palabras;

vos me eleváis, y soy más que yo mismo.

Por tantos cauces llena la alegría mi mente, y de sí misma se
recrea pues soportarlo puede sin fatiga. Habladme pues, mi
caro antecesor, de los mayores vuestros y los años
que dejaron su huella en vuestra infancia; decidme cómo era en
aquel tiempo

el redil de san Juan, y quiénes eran los dignos de los puestos
elevados.» Como se aviva cuando el viento sopla el carbón
encendido, así vi a aquella luz brillar con mi hablar respetuoso;
y haciéndose más bella ante mis ojos, así con voz más dulce y
más suave, mas no con este lenguaje moderno,

me dijo: «Desde el día en que fue dicho "Ave", hasta el parto en que mi santa madre, se vio libre de mí, que la gravaba, a su León quinientas y cincuenta y treinta veces este fuego vino a inflamarse otra vez bajo sus plantas.

Mis mayores y yo nacimos donde primero encuentra el último distrito quien corre en vuestros juegos anuales.

De mis mayores basta escucha esto: quiénes fueran y cuál su procedencia, más conviene callar que declararlo. Todos los que podían aquel tiempo entre el Bautista y Marte llevar armas, eran el quinto de los que hay ahora.

Mas la ciudadanía, ahora mezclada de Campi, de Certaldo y de Fegghine, pura se hallaba hasta en los artesanos.

¡Oh cuánto mejor fuera ser vecino de esas gentes que digo, y a Galluzzo y a Trespiano tener como confines, que tener dentro y aguantar la peste

de ese ruin de Aguglión, y del de Signa, de tan aguda vista para el fraude!

Si la gente que al mundo más corrompe no hubiera sido madrastra del César, mas cual benigna madre para el hijo, quien es ya florentino y cambia y merca, a Simifonte habría regresado,

donde pidiendo su abuelo vivía;

de los Conti sería aún Montemurlo; los Cerchi habitarían en
Acona,
los Buondelmonti acaso en Valdigueve. Siempre la confusión de
las personas principio fue del mal de las ciudades,
cual del vuestro el comer más de la cuenta; y más deprisa cae si
ciega el toro
que el cordero; y mejor que cinco espadas y más corta una sola
muchas veces.

Si piensas cómo Luni y Orbisaglia han desaparecido, y cómo
van Sinagaglia y Chiusi tras de aquéllas, oír cómo se pierden las
estirpes
no te parecerá nuevo ni fuerte,
ya que también se acaban las ciudades. Tienen su muerte todas
vuestras cosas, como vosotros; mas se oculta alguna que dura
mucho, y son cortas las vidas.

Y cual girando el ciclo de la luna las playas sin cesar cubre y
descubre,
así hace la Fortuna con Florencia: por lo cual lo que diga de los
grandes florentinos no debe sorprenderte,
que ya su fama en el tiempo se esconde.

Yo vi a los Ughi y a los Catellini, Filippi, Creci, Orrnanni y
Alberichi, ya en decadencia, ilustres ciudadanos; y vi tan

grandes como los antiguos, con el de la Sanella, a aquel del
Arca, y a Soldanieri y Ardinghi y Bostichi.

junto a la puerta, que se carga ahora de nueva felonía tan
pesada

que hará que vuestra barca se hunda pronto, los Ravignani
estban, de los cuales

descendió el conde Guido, y los que el nombre del alto
Bellinción después tomaron.

Los de la Pressa sabía ya cómo gobernar, y tenía Galigaio
ya en su casa dorados pomo y funda. Era ya grande la columna
oscura, Sachetti, Giuochi, Fifanti y Barucci, Galli y a quien las
pesas avergüenzan. La cepa que dio vida a los Calfucci era ya
grande, y ya fueron llamados los Sizzi y Arrigucci a las curules.
¡Cuán altos vi a los que ahora están deshechos por su soberbia!
y las bolas de oro

con sus gestas Florencia florecían. Así hacían los padres de esos
que, cuando queda vacante vuestra iglesia, engordan
acudiendo al consistorio.

Esa insolente stirpe que se endraga
tras los que huyen, y a quien muestra el diente o la bolsa, se
amansa cual cordero,

iba ascendiendo, mas de humilde origen; y a Ubertino Donati
no placía

que luego el suegro con ella le uniese. Ya hasta el mercado
había el Caponsacco de Fiésole venido, y ciudadanos
eran ya buenos Guida e Infangato.

Diré una cosa cierta e increíble: daba la entrada al recinto una
puerta que de los Pera su nombre tomaba.

Los que hoy ostentan esa bella insignia del gran barón con cuya
prez y nombre la fiesta de Tomás se reconforta,
de él recibieron mando y privilegio; aunque se ponga hoy junto
a la plebe quien la rodea con franja de oro.

Ya estaban Gualterotti e Importuni; y aún estaría el Burgo más
tranquilo, ayuno de estas nuevas vecindades. La casa en que
naciera vuestro llanto, por el justo rencor que os ha matado,
y puso fin a vuestra alegre vida, era honrada, con todos sus
secuaces:

¡Oh Buondelmonti, mal de aquellas bodas huiste, y el consuelo
nos quitaste!

Alegres muchos tristes estarían,
si al Ema Dios te hubiese concedido, cuando llegaste allí por vez
primera.

Mas convenía que en la piedra rota que el puente guarda,
hiciera un sacrificio

Florenxia al terminarse ya su paz.

Con estas gentes, y otras con aquéllas, vi yo a Florenxia con tan
gran sosiego, que no había motivos para el llanto.

Con esas gentes yo vi glorioso

y justo al pueblo, tanto que su lirio nunca al revés pusieron en el
asta,

ni fue hecho rojo por las disensiones.»

CANTO XVII

Como acudió a Climene, a consultarle de aquello que escuchara
en contra suya, quien remiso hace al padre aún con el hijo;
tal me encontraba, y tal lo comprendían Beatriz y aquella luz
santa que antes por causa mía se cambió de sitio.

Por lo cual mi señora «Expulsa el fuego de tu deseo dijo y que
éste salga

por tu imagen interna bien sellado: no para acrecentar lo que
sabemos al decirlo: mas para acostumbrarte
a que hables de tu sed, y otros te ayuden».

«Cara planta que te alzas de tal modo que, cual saben los
hombres que no caben dos ángulos obtusos en un triángulo,
igual sabes las cosas contingentes
antes de que sucedan, viendo el punto en quien todos los
tiempos son presentes;
mientras que junto a Virgilio subía por la montaña que cura las
almas, o por el reino difunto bajando, dichas me fueron
respecto al futuro
palabras graves, y aunque yo me sienta a los golpes de azar
como el tetrágono; mi deseo estaría satisfecho
sabiendo la fortuna que me aguarda:

pues la flecha prevista daña menos.»

Así le dije a aquella misma luz
que antes me había hablado; y como quiso Beatriz, fue mi
deseo confesado.

No con enigmas, donde se envascaba la gente loca, antes de
que muriera el Cordero que quita los pecados, mas con
palabras claras y preciso latín, me respondió el amor paterno,
manifiesto y oculto en su sonrisa:
«Los hechos contingentes, que no salen de los cuadernos de
vuestra materia,

en la mirada eterna se dibujan; Mas esto no los hace
necesarios, igual que la mirada que refleja
el barco al que se lleva la corriente. De allí, lo mismo que viene
al oído el dulce son del órgano, me viene
hasta mi vista el tiempo que te aguarda. Como se marchó
Hipólito de Atenas por la malvada y pérfida madrastra,
así tendrás que salir de Florencia. Esto se quiere y esto ya se
busca,
y pronto lo han de ver los que esto piensan donde se vende a
Cristo cada día.

Se atribuirá la culpa a los vencidos, como se suele hacer; mas el
castigo testimonio será de la verdad.

Tú dejarás cualquier cosa que quieras más fuertemente; y. esto
es esa flecha

que antes dispara el arco del exilio. Probarás cuán
amargamente sabe el pan ajeno y cuán duro es subir
y bajar las ajenas escaleras.

Y lo que más te pesará en los hombros, será la ruin y necia
compañía

con la que has de caer en ese valle; que ingrata, impía y loca
contra ti ha de volverse; mas al poco tiempo ella, no tú, tendrá
las sienas rojas.

De su bestialidad dará la prueba su proceder; y grato habrá de
serte haber hecho un partido de ti mismo.

El refugio primero que te albergue será la cortesía del
Lombardo

que en la escalera tiene el ave santa; que te dará tan benigna
acogida, que de hacer y pedir, entre vosotros,
antes irá el que entre otros el postrero. Con él verás a aquel que
fue signado, tanto, al nacer, por esta fuerte estrella, que hará
notables todas sus acciones.

En él nadie repara todavía
por su temprana edad, pues nueve años sólo esta rueda gira en
torno suya;

mas antes que el Gascón engañe a Enrique, de su virtud
veremos los fulgores, despreciando la playa y las fatigas.

Y sus magnificencias tan famosas serán entonces, que sus
enemigos

no podrán evitar el referirlas.

Pon la esperanza en él y en sus mercedes; por él será cambiada
mucho gente, mudando condición rico y mendigo;

y llevarás escrito sin decirlo

en tu memoria de él»; y dijo cosas que no creyese aun quien las
escuchara. Dijo después: «La explicación es esto de lo que te

fue dicho; ve las trampas que se esconden detrás de pocos
años. Mas no quiero que envidies a tu gente,
pues sabrás que tu vida se enfutura más allá que el castigo de
su infamia.» Cuando al callar mostró que concluido ya había el
alma santa el entramado
de la tela en que yo puse la urdimbre, yo comencé lo mismo que
el que anhela,
en la duda, el consejo de personas que ven y quieren
rectamente y aman:
«Bien veo padre mío, cómo aguija contra mí el el tiempo, para
darme un golpe tal, que es más grave a quien más se descuida;
de previsión por ello debo armarme, y si el lugar más amado
me quitan, yo no pierda los otros por mis versos.
Por el amargo mundo sempiterno, y por el monte desde cuya
altura me elevaron los ojos de mi dama,
y en el cielo después, de fuego en fuego, aprendí muchas cosas,
que un agriado
sabor daría a muchos si las cuento; mas si amo la verdad
tímidamente,
temo perder mi fama entre esos hombres que a nuestro tiempo
han de llamar antiguo.»
La luz donde reía mi tesoro, que allí encontré, centelleó primero,

como al rayo de sol un áureo espejo; después me replicó: «Sólo a una mente, por la propia vergüenza o por la ajena turbada, será brusco lo que digas.

No obstante, aparta toda la mentira y pon de manifiesto lo que has visto; y deja que se rasquen los sarnosos. Porque si con tu voz causas molestia al probarte, alimento nutritivo dejará luego cuando lo digieran.

Este clamor tuyo hará como el viento, que las más altas cumbres más golpea; y esto no poco honor ha de traerte.

Por ello se han mostrado a ti en los cielos, en el monte y el valle doloroso

sólo las almas de notoria fama, pues fe no guarda el ánimo que escucha ni observa los ejemplos que escondidas o incógnitas tuvieran las raíces, ni razones que no son evidentes.»

CANTO XVIII

Se recreaba ya en sus reflexiones

aquel beato espejo, y yo en las mías, temperando lo amargo con lo dulce; y la mujer que a Dios me conducía dijo: «Cambia de idea; porque estoy cerca de aquel que lo injusto repara.» Yo

entonces me volví al son amoroso de mi consuelo; y no he de
referiros

el mucho amor que vi en sus santos ojos: no sólo es que no fie
en mis palabras, sino que la memoria no repite,
sin una gracia, lo que la supera. Sólo puedo decir de aquel
instante, que, volviendo a mirarla, estuvo libre
mi afecto de cualquier otro deseo, mientras el gozo eterno, que
directo irradiaba en Beatriz, desde sus ojos con su segundo
aspecto me alegraba.

Vencido con la luz de su sonrisa, ella me dijo: «Vuélvete y
escucha; no está en mis ojos sólo el Paraíso.»

Como se ve en la tierra algunas veces el afecto en la vista, si es
tan grande, que por él todo el alma es poseída, así en el flamear
del fulgor santo

al que yo me volví, supe el deseo que tenía aún de hablarme un
poco más,

y él comenzó: «En este quinto grado del árbol de la cima, que
da fruta siempre y que nunca pierde su follaje, hay almas
santas, que en la tierra, antes

que vinieran al cielo, tan famosas fueron que harían rica a
cualquier musa. Contempla pues los brazos de la cruz: los que te
nombraré aparecerán

como el rayo veloz hace en la nube.» Por la cruz vi un fulgor que
se movía al nombre de Josué, nada más dicho;

no sé si fue primero el ver que el nombre.

Y al nombre de aquel grande Macabeo vi que otro se movía
dando vueltas, y era cuerda del trompo la alegría.

Así con Carlo Magno y con Oriando siguió dos luces mi mirar
atento

como a su halcón volando sigue el ojo. Después vi a Rinoardo y
a Guillermo y al duque Godofredo con la vista

por esa cruz, y a Roberto Guiscardo. Yendo a mezclarse luego
con los otros, me mostró el alma que me había hablado qué
clase de cantor era en el cielo.

Me volví entonces hacia la derecha para ver si Beatriz, o por su
gesto o sus palabras, mi deber mostraba. Y contemplé sus
luces tan serenas,

tan gozosas, que a los demás vencía su semblante y al último
que tuvo. Y como por sentir mayor deleite obrando bien, el
hombre día a día se da cuenta que aumenta su virtud, así yo me
di cuenta que girando

junto al cielo mi círculo crecía, viendo aún más luminoso aquel
milagro.

Y como se transmuta en poco rato en blanca la mujer, cuando su rostro de la vergüenza el peso se descarga, tal fue en mis ojos, cuando me volví, por su blancura la templada estrella sexta, que en ella habíame acogido.

Yo vi en aquella jovial antorcha el destellar del amor que allí estaba signando el alfabeto ante nosotros. Y cual aves que se alzan de la orilla, casi alabando ya el haber comido, hacen bandadas largas o redondas, así en las luces las santas criaturas

al revolotear iban cantando, haciéndose una D, una I, una L. Al compás de su canto se movían;

y al formar luego uno de aquellos signos, callaban deteniéndose un momento.

¡Oh pegasea diosa, que a los sabios los haces gloriosos y longevos,

y ellos contigo a reinos y a ciudades, ilústreme tu ayuda, y haz que muestre tal como aparecieron sus figuras:

y en breves versos tu poder demuestra!

Se me mostraron cinco veces siete unas vocales y otras consonantes; y en cuanto se formaban las leía.

«DILIGITE IUSTITIAM», verbo y nombre

fueron los que primero se formaron;

«QUI IUDICATIS TERRAM», las postreras.

Luego en la eme del vocablo quinto ordenadas quedaron; y tal
plata bañada en oro Júpiter lucía.

Y vi otras luces que a la parte alta bajaban de la eme, y se
quedaban cantando, creo, el bien que las traía. Luego, como al
chocar de los tizones ardientes, surgen chispas a millares,
donde los necios suelen ver augurios, pareció que de allí surgían
miles

de luces que subían, mucho o poco, tal como el sol que las
prendió dispuso;

y en su lugar ya quietas cada una, vi de un águila el cuello y la
cabeza representada en el fulgor distinto. Quien pinta allí no
tiene quien le guíe,

sino que guía, y de aquél se origina la virtud que a los nidos da
su forma.

Las otras beatitudes, que dichosas de enliliarse en la eme
parecieron, moviéndose siguieron la figura.

¡Oh dulce estrella, cuáles, cuántas gemas me demostraron que
nuestra justicia es efecto del cielo que tú enjoyas!

Y yo pido a la mente en que comienza tu virtud y tu obrar, que
vuelva a ver de dónde sale el humo que te nubla; tal que se
encolerice nuevamente

del comprar y el vender dentro del templo murado con milagros
y martirios.

¡O milicia de cielo que ahora miro, ruega por los que se hallan
en la tierra detrás del mal ejemplo desviados!

Antes se hacía con armas la guerra;

y ahora se hace quitando a unos y a otros el pan que a nadie
niega el santo Padre.

Pero tú que borrando sólo escribes, piensa que aún viven Pedro
y Pablo, muertos

por la viña que ahora tú devastas. Puedes decir: «Tan fijo está
mi amor en quien quiso vivir en el desierto

y fue martirizado por un baile,

que al Pescador y a Pablo desconozco.»

CANTO XIX

Apareció ante mí la bella imagen con las alas abiertas, que
formaban las almas agrupadas en su dicha; un rubí parecía
cada una

donde un rayo de sol ardiera tanto, que en mis ojos pudiera
reflejarse.

Y lo que debo de tratar ahora ni referido nunca fue, ni escrito,

ni concebido por la fantasía;
pues vi y también oí que hablaba el pico, y que la voz decía
«mío» y «yo»
y debía decir «nuestro» y «nosotros».

Y comenzó: «Por ser justo y piadoso estoy aquí exaltado a
aquella gloria que vencer no se deja del deseo;
y dejé tan completa mi memoria en la tierra, que abajo los
malvados
aun sin seguir su ejemplo, la veneran.» Como un solo calor de
muchas brasas, de entre muchos amores, de igual modo, salía
un solo son de aquella imagen.

Y entonces respondí. «Oh perpetuas flores de la alegría eterna,
que uno sólo
me hacéis aparecer vuestros aromas, aclaradme, espirando, el
gran ayuno

que largamente en hambre me ha tenido, pues ningún alimento
hallé en la tierra. Bien sé que si en el cielo de otro reino la
justicia divina hace su espejo veladamente el vuestro no la mira.

Sabéis que atentamente me: dispongo a escucharos; sabéis
cuál es la duda que en ayunas me tuvo tanto tiempo.» Como
halcón al que quitan la capucha, que mueve la cabeza y bate
alas

ganas mostrando y haciéndose hermoso, contemplé a aquella
imagen, que con loas a la divina gracia era formada,
con cantos que conoce el que lo goza. Dijo después: «El que
volvió el compás hasta el confín del mundo, y dentro de éste
guardó lo manifiesto y lo secreto,

no podía imprimir su poderío en todo el universo, de tal modo
que su verbo no fuese aún infinito.

Y esto confirma que el primer soberbio, que de toda criatura
fue la suma,

por no esperar la luz cayó inmaduro; mostrando que cualquier
naturaleza menor, es sólo un corto receptáculo del bien que no
se acaba y no se mide. Por lo cual nuestra vista, que tan sólo ha
salido de un rayo de la mente

de que todas las cosas están llenas, no puede valer tanto por sí
misma,

que no sepa que está mucho más lejos su principio de lo que se
le muestra.

Por eso en la justicia sempiterna la vista que recibe vuestro
mundo,

igual que el ojo por el mar, se adentra; que, aunque en la orilla
puede ver el fondo,

no lo ve en alta mar; y no está menos allí, pero lo esconde el ser profundo. No hay luz, si no procede de la calma imperturbable; y fuera es la tiniebla, o sombra de la carne, o su veneno.

Bastante ya te he abierto el escondrijo que te escondía la
justicia viva,

que con tanta frecuencia cuestionaste; diciendo: "Un hombre
nace en la ribera del Indo, y no hay allí nadie que hable de
Cristo ni leyendo ni escribiendo;

y todos sus deseos y actos buenos, por lo que entiende la razón
del hombre,

están sin culpa en vida y en palabras. Y muere sin la fe y sin el
bautismo:

¿Dónde está la justicia al condenarle?

¿y dónde está su culpa si él no cree?"

¿Quién eres tú para querer sentarte a juzgar a mil millas de
distancia

con tu vista que sólo alcanza un palmo?

Cierto que quien conmigo sutiliza, si sobre él no estuviera la
Escritura, su dudar llegaría hasta el asombro.

¡Oh animales terrenos! ¡Mentes zafias!

La voluntad primera, por sí buena,

de sí, que es sumo bien, nunca se mueve. Sólo es justo lo que a
ella se conforma: ningún creado bien puede atraerla,
pero aquella, espiendiendo, los produce.» Igual que sobre el
nido vuela en círculos tras cebar a sus hijos la cigüeña,
y como la contempla el ya cebado; hizo así, y yo los ojos
levanté, esa bendita imagen, que las alas
movió impulsada por tantos espíritus. Dando vueltas cantaba, y
me decía:

«Lo mismo que mis notas, que no entiendes, tal es el juicio
eterno a los mortales.»

Al quietarse las lucientes llamas del Espíritu Santo, aún en el
signo

que a Roma hizo temible en todo el mundo,

volvió a decir aquél: «No sube a este reino, quien no creyera en
Cristo, antes o después de clavarle en el madero.

Mas sabe: muchos gritan "¡Cristo, Cristo!" y estarán en el juicio
menos prope

de aquel, que otros que a Cristo no conocen; serán por el etíope
afrentados

cuando los dos colegios se separen, los para siempre ricos y los
pobres.

¿A vuestros reyes qué dirán los persas al contemplar abierto el libro donde escritos se hallan todos sus pecados? La que muy pronto moverá las plumas y que devastará el reino de Praga, de Alberto podrá verse entre las obras. La pena podrá verse que en el Sena causará, la moneda falseando, quien por un jabalí hallará la muerte. La insaciable soberbia podrá verse, que al de Inglaterra y al de Escocia ciega, sin poder aguantarse en sus fronteras.

Veráse la lujuria y vida muelle de aquel de España y del de la Bohemia, que ni supo ni quiso del valor.

Veráse al cojo de Jerusalén su bondad señalada con la I, y con la M el contrario señalado.

Veráse la avaricia y la vileza de quien guardando está la isla del fuego, donde Anquises su larga edad dejara;

en abreviadas letras su escritura para dar a entender cuán poco vale, que mucho anotarán en poco espacio.

Enseñará las obras indecentes de su tío y su hermano, que una estirpe tan egregia y dos tronos ensuciaron.

El que está en Portugal y el de Noruega allí se encontrarán, y
aquel de Rascia que mal ha visto el cuño de Venecia.

¡Dichosa Hungría, si es que no se deja mal conducir! ¡y dichosa

Navarra,

si se armase del monte que la cerca! Y creer se debiera como
muestra de esto, que Nicosia y Famagusta se reprobaban y

duelen de su bestia,

que del lado de aquéllas no se aparta.

CANTO XX

Cuando aquel que da luz al mundo entero del hemisferio
nuestro así descende que el día en todas partes se consuma,
el cielo, que aquél solo iluminaba, súbitamente vuelve a hacerse
claro, con muchas luces, que a una reflejan.

Recordé este fenómeno celeste, cuando calló aquel símbolo del
mundo y de sus jefes su bendito pico;

pues que todas aquellas vivas luces entonaron, luciendo aún
más, cantigas

que se han borrado ya de mi memoria.

¡Oh dulce amor que de risa te envuelves, qué ardiente en esos
sistros te mostrabas, de santos pensamientos inspirados!

Cuando las caras y lucientes piedras de las que vi enojado el
sexto cielo sus angélicos sonos terminaron,
creí escuchar el murmurar de un río que claro baja de una roca
en otra, mostrando la abundancia de su fuente.

Y como el son del cuello de la cítara toma forma, y así del
orificio

de la zampoña por donde entra el viento, de igual manera, sin
tardanza alguna, por el cuello del águila el murmullo subió, cual
si estuviese perforado.

Allí se tornó voz, y por el pico salió en palabras, como lo
esperaba mi corazón, en donde las retuve.

«La parte en mí que ve y que al sol resiste siendo águila mortal
me dijo entonces- ahora debes mirar atentamente,

pues de los fuegos que hacen mi figura, esos por los que brillan
mis pupilas, son los más excelentes de entre todos. Ese que en
medio luce como el iris, fue el gran cantor del Espíritu Santo,

que el arca trasladó de pueblo en pueblo: ahora sabe ya el
mérito del canto,

en cuanto efecto fue de su deseo,

por el pago que le ha correspondido. De los cinco del arco de
mis cejas,

quien del pico se encuentra más cercano, consoló a aquella
viuda por su hijo: ahora sabe lo caro que resulta
el no seguir a Cristo, conociendo esta vida tan dulce y su
contraria.

Y aquel que sigue en la circunferencia que te digo, en lo más
alto del arco, con penitencias aplazó su muerte: ahora sabe que
el juicio sempiterno
no cambia, aun cuando dignas oraciones de lo de hoy abajo
hace mañana.

El que sigue, conmigo y con las leyes, bajo buena intención que
dio mal fruto, por ceder al pastor se tornó griego: ahora sabe
que el mal que ha derivado de aquel buen proceder, no le es
dañoso aunque por ello el mundo se destruya.

Y aquel que está donde el arco descende, fue Guillermo, a
quien llora aquella tierra que a Federico y Carlos ahora sufre:
ahora sabe en qué modo se enamora
de un justo rey el cielo, y en el brillo de su semblante así lo
manifiesta.

¿Quién creería en el mundo en que se yerra que el troyano Rifeo
en este arco
fuese la quinta de las santas luces?

Ahora ya sabe más de eso que el mundo no puede ver de la
divina gracia,

aunque su vista el fondo no discierna.» Como la alondra que
vuela en el aire cantando, y luego calla satisfecha
de la última dulzura que la sacia, tal pareció la imagen del
emblema del eterno poder, a cuyo gusto todas las cosas
adquieren su ser.

Y aunque yo con mis dudas casi fuese cristal con el color que le
recubre,

no pude estar callado mucho tiempo, mas por la boca: «¿Qué
cosas son éstas?» me impulsó a echar la fuerza de su peso:
por lo cual vi destellos de alegría. Y luego, con la vista más
ardiente, aquel bendito signo me repuso para que yo saliera de
mi asombro:

«Ya veo que estas cosas has creído pues yo lo digo, mas no ves
las causas; y te están, aun creyéndolas, ocultas.

Haces como ése que sabe de nombre las cosas, pero si otros no
le explican su sustancia, él no puede conocerla. Regnum
caelorum sufre la violencia de ardiente amor y de viva
esperanza, que vencen la divina voluntad:

no como el hombre al hombre sobrepuja, mas la vencen pues
quiere ser vencida,

y con su amor, así vencida, vence. La primer alma y quinta de
las cejas ha causado tu asombro, pues las ves

pintando las angélicas regiones.

No dejaron sus cuerpos, como piensas, gentiles, mas cristianos,
con fe firme en los pies por clavar o ya clavados.

Pues una del infierno, donde nunca
se vuelve al buen querer, tornó a los huesos; y esto fue en
premio de esperanza viva: de una viva esperanza que dio
fuerzas

a la súplica a Dios de revivirle, para poder corregir su deseo. El
alma gloriosa de que hablo,

vuelta a la carne, en la que estuvo un poco, creyó en aquel que
podía ayudarla;

y creyendo encendióse en tanto fuego de verdadero amor, que
en su segunda muerte, fue digna de estas alegrías.

La otra, por gracia que de tan profunda fuente destila, que
nadie ha podido ver su vena primera con los ojos, puso todo su
amor en la justicia:

y así, pues, Dios le abrió, de gracia en gracia la vista a la futura
redención;

y él en ella creyó, y no toleraba la peste de su antiguo
paganismo; y reprendía a las gentes perversas.

Las tres mujeres que viste en la rueda derecha le sirvieron de
bautismo, antes del bautizar más de un milenio.

¡Oh predestinación, cuán alejada se encuentra tu raíz de
aquellos ojos

que la causa primera no ven tota!

Y vosotros mortales, sed prudentes juzgando: pues nosotros,
que a Dios vemos, aún no sabemos todos los que elige;
y nos es dulce ignorar estas cosas, y nuestro bien en este bien
se afina, pues lo que Dios desea, deseamos.» Por la divina
imagen de este modo, para aclarar mi vista tan escasa,
me fue dada suave medicina.

Y como a un buen cantor buen guitarrista hace seguir el pulso de
las cuerdas,

por lo que aún más placer adquiere el canto, así, mientras
hablaba, yo recuerdo

que vi a los dos benditos resplandores, igual que el parpadeo se
concuerta, llamear al compás de las palabras.

CANTO XXI

Volví a fijar mis ojos en el rostro de mi dama, y mi espíritu con
ellos, de cualquier otro asunto retirado.

No se reía; mas «Si me riese dijo te ocurriría como cuando

fue Semele en cenizas convertida: pues mi belleza, que en los
escalones del eterno palacio más se acrece,
como has podido ver, cuanto más sube, si no la templo, tanto
brillaría

que tu fuerza mortal, a sus fulgores, rama sería que el rayo
desgaja.

Al séptimo esplendor hemos subido, que bajo el pecho del León
ardiente con él irradia abajo su potencia.

Fija tu mente en pos de tu mirada, y haz de aquélla un espejo a
la figura que te ha de aparecer en este espejo.»

Quien supiese cuál era la delicia de mi vista mirando el santo
rostro, al poner mi atención en otro asunto,
sabría de qué forma me era grato obedecer a rrú celeste
escolta,

si un placer con el otro parangono. En el cristal que tiene como
nombre,

rodeando el mundo, el de su rey querido bajo el que estuvo
muerta la malicia,

de color de oro que el rayo refleja contemplé una escalera que
subía tanto, que no alcanzaba con la vista. Vi también que
bajaba los peldaños tanto fulgor, que pensé que la luz toda del
cielo allí se difundiera.

Y como, por su natural costumbre, juntos los grajos, al romper del día, se mueven calentando su plumaje; después unos se van y ya no vuelven; otros toman al sitio que dejaron, y los demás se quedan dando vueltas; me pareció que igual aconteciese

en aquel destellar que junto vino, al llegar y pararse en cierto tramo. Y aquel que más cercano se detuvo,

era tan luminoso, que me dije:

«Bien conozco el amor que me demuestras. Mas aquella en que espero el cómo y cuándo callar o hablar, estáse quieta; y yo bien hago y, aunque quiero, no pregunto.» Por lo cual ella, viendo en mi silencio, con el ver de quien puede verlo todo, me dijo: «Aplaca tu ardiente deseo.»

Y yo comencé así. «Mis propios méritos de tu respuesta digno no me hacen;

mas por aquella que hablar me permite, alma santa que te hallas escondida dentro de tu alegría, haz que yo sepa por qué de mí te has puesto tan cercana; y por qué en esta rueda se ha callado

la dulce sinfonía de los cielos,
que tan piadosa en las de abajo suena.»

«Mortal tienes la vista y el oído, por eso no se canta aquí –
repuso- al igual que Beatriz no tiene risa. Por la santa escalera
he descendido únicamente para recrearte

con la voz y la luz que me rodea; mayor amor más presta no me
hizo, que tanto o más amor hierve allá arriba, tal como el
flamear te manifiesta.

Mas la alta caridad, que nos convierte

en siervas de aquel que el mundo gobierna aquí nos destinó,
como estás viendo.»

«Bien veo, sacra lámpara, que un libre amor le dije basta en
esta corte para seguir la eterna providencia;

mas no puedo entender tan fácilmente por qué predestinada
sola fuiste

tú a este encargo entre todas las restantes.» Aun antes de
acabar estas palabras,

hizo la luz un eje de su centro, dando vueltas veloz como una
rueda; luego dijo el amor que estaba dentro:

«Desciende sobre mí la luz divina, en ésta en que me enviento
penetrando,

la cual virtud, unida a mi intelecto, tanto me eleva sobre mí, que
veo la suma esencia de la cual procede.

De allí viene esta dicha en la que ardo; puesto que a mi visión,
que es ya tan clara, la claridad de la llama se añade.

Pero el alma en el cielo más radiante, el serafín que más a Dios
contempla, no podrá responder a tu pregunta, porque se oculta
tanto en el abismo del eterno decreto lo que quieres, que al
creado intelecto se le esconde.

Y al mundo de los hombres, cuando vuelvas, contarás esto, a fin
que no pretenda
a una tan alta meta dirigirse.

La mente, que aquí luce, en tierra humea;

así que piensa cómo allí podrá

lo que no puede aun quien acoge el cielo.» Tan terminantes
fueron sus palabras que dejé aquel asunto, y solamente humilde
pregunté por su persona.

«Álzanse entre las costas italianas montes no muy lejanos de tu
tierra, tanto que el trueno suena más abajo, y un alto forman
que se llama Catria, bajo el cual hay un yermo consagrado para
adorar dispuesto únicamente.» Por vez tercera dijo de este
modo;

y, siguiendo, después me dijo: «Allí tan firme servidor de Dios
me hice, que sólo con verduras aliñadas soportaba los fríos y
calores,

alegre en el pensar contemplativo. Dar solía a estos cielos aquel
claustro muchos frutos; mas ahora está vacío, y pronto se
pondrá de manifiesto.

Yo fui Pedro Damián en aquel sitio, y Pedro Pecador en la
morada

de nuestra Reina junto al mar Adriático.

Cuando ya me quedaba poca vida, a la fuerza me dieron el
capelo, que de malo a peor ya se transmite.

Vino Cefas y vino el Santo Vaso del Espíritu, flacos y descalzos,
tomando en cualquier sitio la comida. Los modernos pastores
ahora quieren

que les alcen la cola y que les lleven, tan gordos son, sujetos a
los lados. Con mantos cubren sus cabalgaduras,

tal que bajo una piel marchan dos bestias:

¡Oh paciencia que tanto soportas!

Al decir esto vi de grada en grada muchas llamas bajando y
dando vueltas, y a cada giro estaban más hermosas.

Se detuvieron al lado de ésta,

y prorrumpieron en clamor tan alto, que aquí nada podría
asemejarse;

ni yo lo oí; tan grande fue aquel trueno.

CANTO XXII

Presa del estupor, hacia mi guía me volví, como el niño que se
acoge

siempre en aquella en que más se confía; y aquélla, como
madre que socorre rápido al hijo pálido y ansioso

con esa voz que suele confortarlo, dijo: «¿No sabes que estás en
el cielo?

y ¿no sabes que el cielo es todo él santo, y de buen celo viene lo
que hacemos? Cómo te habría el canto trastornado,

y mi sonrisa, puedes ver ahora, puesto que tanto el gritar te
conmueve; y si hubieses su ruego comprendido,

en él conocerías la venganza

que podrás ver aún antes de que mueras.

La espada de aquí arriba ni de prisa ni tarde corta, y sólo lo
parece

a quien teme o desea su llegada. Mas dirígete ahora hacia otro
lado; que verás muchas almas excelentes, si vuelves la mirada

como digo.» Como ella me indicó, volví los ojos, y vi cien
esferitas, que se hacían

aún más hermosas con sus mutuos rayos.

Yo estaba como aquel que se reprime la punta del deseo, y no
se atreve

a preguntar, porque teme excederse; y la mayor y la más
encendida

de aquellas perlas vino hacia adelante, para dejar satisfechas
mis ganas.

Dentro de ella escuché luego: «Si vieses la caridad que entre
nosotras arde,

lo que piensas habrías expresado.

Mas para que, esperando, no demores el alto fin, habré de
responderte

al pensamiento sólo que así guardas. El monte en cuya falda
está Cassino estuvo ya en su cima frecuentado

por la gente engañada y mal dispuesta; y yo soy quien primero
llevó arriba

el nombre de quien trajo hasta la tierra esta verdad que tanto
nos ensalza;

y brilló tanta gracia sobre mí, que retraje a los pueblos
circundantes del culto impío que sedujo al mundo.

Los otros fuegos fueron todos hombres contemplativos, de ese
ardor quemados del que flores y frutos santos nacen.

Está Macario aquí, y está Romualdo,

y aquí están mis hermanos que en los claustros detuvieron sus
almas sosegadas.

Y yo a él: «El afecto que al hablarme demuestras y el benévolo
semblante

que en todos vuestros fuegos veo y noto, de igual modo
acrecientan mi confianza, como hace al sol la rosa cuando se
abre tanto como permite su potencia.

Te ruego pues, y tú, padre, concédeme si merezco gracia
semejante,

que pueda ver tu imagen descubierta.»

Y aquél: «Hermano, tu alto deseo ha de cumplirse allí en la
última esfera,

donde se cumplirán todos y el mío. Allí perfectos, maduros y
enteros son los deseos todos; sólo en ella

cada parte está siempre donde estaba, pues no tiene lugar, ni
tiene polos,

y hasta aquella conduce esta escalera, por lo cual se te borra
de la vista.

Hasta allá arriba contempló el patriarca Jacob que ella
alcanzaba con su extremo, cuando la vio de ángeles colmada.

Mas, por subirla, nadie aparta ahora de la tierra los pies, y se ha
quedado mi regla para gasto de papel.

Los muros que eran antes abadías espeluncas se han hecho, y
las cogullas de mala harina son talegos llenos.

Pero la usura tanto no se alza
contra el placer de Dios, cuanto aquel fruto que hace tan loco el
pecho de los monjes; que aquello que la Iglesia guarda, todo
es de la gente que por Dios lo pierde; no de parientes ni otros
más indignos. Es tan blanda la carne en los mortales,
que allá abajo no basta un buen principio para que den bellotas
las encinas.

Sin el oro y la plata empezó Pedro, y con ayunos yo y con
oraciones,
y su orden Francisco humildemente; y si el principio ves de cada
uno,
y miras luego el sitio al que han llegado, podrás ver que del
blanco han hecho negro.

En verdad el Jordán retrocediendo,
más fue, y el mar huyendo, al Dios mandarlo, admirable de ver,
que aquí el remedio.»

Así me dijo, y luego fue a reunirse con su grupo, y el grupo se
juntó;
después, como un turbión, voló hacia arriba.

Mi dulce dama me impulsó tras ellos por la escalera sólo con un
gesto, venciendo su virtud a mi natura;

y nunca aquí donde se baja y sube por medios naturales, hubo
un vuelo tan raudo que a mis alas se igualase.

Así vuelva, lector, a aquel devoto triunfo por el cual lloro con
frecuencia mis pecados y el pecho me golpeo, puesto y quitado
en tanto tú no habrías

del fuego el dedo, en cuanto vi aquel signo que al Toro sigue y
dentro de él estuve.

Oh gloriosas estrellas, luz preñada de gran poder, al cual yo
reconozco todo, cual sea, que mi ingenio debo, nacía y se
escondía con vosotras

de la vida mortal el padre, cuando sentí primero el aire de
Toscana; y luego, al otorgarme la merced
de entrar en la alta esfera en que girais, vuestra misma region
me cupo en suerte. Con devoción mi alma ahora os suspira,
para adquirir la fuerza suficiente
en este fuerte paso que la espera.

«Ya de la salvación están tan cerca me dijo Beatriz que
deberías tener los ojos claros y aguzados;
por lo tanto, antes que tú más te enelles, vuelve hacia abajo, y
mira cuántos mundos debajo de tus pies ya he colocado;
tal que tu corazón, gozoso cuanto pueda, ante las legiones se
presente que alegres van por el redondo éter.» Recorrí con la

vista aquellas siete esferas, y este globo vi en tal forma que su
vil apariencia me dio risa;

y por mejor el parecer apruebo que lo tiene por menos; y el que
piensa

en el otro, de cierto es virtuoso. Vi encendida a la hija de Latona
sin esa sombra que me dio motivo de que rara o que densa la
creyera.

El rostro de tu hijo, Hiperión, aquí afronté, y vi cómo se mueven,
cerca y en su redor Maya y Dione.

Y se me apareció el templo de Júpiter entre el padre y el hijo: y
vi allí claro las variaciones que hacen de lugares; y de todos los
siete puede ver

cuán grandes son, y cuánto son veloces, y la distancia que
existe entre ellos.

La era que nos hace tan feroces, mientras con los Gemelos yo
giraba, vi con sus montes y sus mares; luego volví mis ojos a los
ojos bellos.

CANTO XXIII

Igual que el ave, entre la amada fronda, que reposa en el nido
entre sus dulces hijos, la noche que las cosas vela,

que, por ver los objetos deseados y encontrar alimento que les
nutra una dura labor que no disgusta , al tiempo se adelanta en
el follaje,

y con ardiente afecto al sol espera,

mirando fijo a donde nace el alba; así erguida se hallaba mi
señora

y atenta, dirigiéndose hacia el sitio bajo el que el sol camina
más despacio: y viéndola suspensa, ensimismada,

me puse como aquel que deseando algo que quiere, se calma
en la espera. Mas poco fue del uno al otro instante de que
esperara, digo, y de que viera que el cielo más y más
resplandecía;

Y Beatriz dijo: «¡Mira las legiones del tyiunfo de Cristo y todo el
fruto que recoge el girar de estas esferas!» Pareció que le
ardiera todo el rostro, y tanta dicha llenaba sus ojos,

que es mejor que prosiga sin decirlo. Igual que en los serenos
plenilunios con las eternas ninfas Trivia ríe

que coloran el cielo en todas partes, vi sobre innumerables
luminarias un sol que a todas ellas encendía,

igual que el nuestro a las altas estrellas; y por la viva luz
transparecía

la luciente sustancia, tan radiante a mi vista, que no la
soportaba.

¡Oh Beatriz, mi guía dulce y cara! Ella me dijo: «Aquello que te
vence es virtud que ninguno la resiste.

Allí están el poder y la sapiencia que abrieron el camino entre la
tierra

y el cielo, tanto tiempo deseado.» Cual fuego de la nube se
desprende por tanto dilatarse que no cabe,

y contra su natura cae a tierra,

mi mente así, después de aquel manjar, hecha más grande salió
de sí misma,

y recordar no sabe qué se hizo.

«Los ojos abre y mira cómo soy;

has contemplado cosas, que te han hecho capaz de sostenerme
la sonrisa.»

Yo estaba como aquel que se resiente de una visión que olvida
y que se ingenia

en vano a que le vuelva a la memoria, cuando escuché esta
invitación, tan digna de gratitud, que nunca ha de borrarse
del libro en que el pasado se consigna. Si ahora sonasen todas
esas lenguas que hicieron Polimnía y sus hermanas de su leche
dulcísima más llenas,

en mi ayuda, ni un ápice dirían de la verdad, cantando la
sonrisa

santa y cuánto alumbraba al santo rostro.

Y así al representar el Paraíso, debe saltar el sagrado poema,
como el que halla cortado su camino. Mas quien considerase el
arduo tema y los humanos hombros que lo cargan, que no
censure si tiembla debajo:

no es derrotero de barca pequeña el que surca la proa
temeraria,

ni para un timonel que no se exponga.

«¿Por qué mi rostro te enamora tanto, que al hermoso jardín no
te diriges que se enfiorece a los rayos de Cristo?

Este es la rosa en que el verbo divino carne se hizo, están aquí
los lirios

con cuyo olor se sigue el buen sendero.» Así Beatriz; y yo, que a
sus consejos estaba pronto, me entregué de nuevo

a la batalla de mis pobres ojos.

Como a un rayo de sol, que puro escapa desgarrando una
nube, ya un florido prado mis ojos, en la sombra, vieron;

vi así una muchedumbre de esplendores, desde arriba
encendidos por ardientes rayos, sin ver de dónde procedían.

¡Oh, benigna virtud que así los colmas, para darme ocasión a
que te vieses mis impotentes ojos, te elevaste!

El nombre de la flor que siempre invoco mañana y noche, me
empujó del todo a la contemplación del mayor fuego;

y cuando reflejaron mis dos ojos el cuál y el cuánto de la viva
estrella que vence arriba como vence abajo,

por entre el cielo descendió una llama que en círculo formaba
una corona y la ciñó y dio vueltas sobre ella.

Cualquier canción que tenga más dulzura aquí abajo y que más
atraiga al alma,

semeja rota nube que tronase,

si al son de aquella lira lo comparo que al hermoso zafiro
coronaba

del que el más claro cielo se enzafira.

«Soy el amor angélico, que esparzo la alta alegría que nace del
vientre que fue el albergue de nuestro deseo; y así lo haré, reina
del cielo, mientras sigas tras de tu hijo, y hagas santa

la esfera soberana en donde habitas.»

Así la melodía circular decía, y las restantes luminarias repetían
el nombre de María.

El real manto de todas las esferas

del mundo, que más hierve y más se aviva al aliento de Dios y a
sus mandatos,

tan encima tenía de nosotros

el interno confin, que su apariencia desde el sitio en que estaba
aún no veía: y por ello mis ojos no pudieron

seguir tras de esa llama coronada que se elevó a la par que su
simiente. Y como el chiquitín hacia la madre alarga, luego de
mamar, los brazos por el amor que afuera se le inflama, los
fulgores arriba se extendieron

con sus penachos, tal que el alto afecto que a María tenían me
mostraron.

Permanecieron luego ante mis ojos Regina caeli, cantando tan
dulce

que el deleite de mí no se partía.

¡Ah, cuánta es la abundancia que se encierra en las arcas
riquísimas que fueron

tan buenas sembradoras aquí abajo!

Allí se vive y goza del tesoro conseguido llorando en el destierro
babilonio, en que el oro desdeñaron.

Allí triunfa, bajo el alto Hijo de María y de Dios, de su victoria,
con el antiguo y el nuevo concilio

el que las llaves de esa gloria guarda.

CANTO XXIV

«Oh compañía electa a la gran cena del bendito Cordero, el cual
os nutre de modo que dais siempre saciadas, si por gracia de

Dios éste disfruta

de aquello que se cae de vuestra mesa, antes de que la muerte
el tiempo agote, estar atentos a su gran deseo

y refrescarle un poco: pues bebéis

de la fuente en que mana lo que él piensa.»

Así Beatriz; y las gozosas almas se hicieron una esfera en polos
fijos, llameando, al igual que los cometas. Y cual giran las
ruedas de un reloj así que, a quien lo mira, la primera parece
quieta, y la última que vuela;

así aquellas coronas, diferente-

mente danzando, lentas o veloces, me hacían apreciar sus
excelencias. De aquella que noté más apreciada vi que salía un
fuego tan dichoso,

que de más claridad no hubo ninguno; y tres veces en torno de
Beatriz

dio vueltas con un canto tan divino, que mi imaginación no lo
repite.

Y así salta mi pluma y no lo escribo: pues la imaginativa, a tales pliegues, no ya el lenguaje, tiene un color burdo.

«¡Oh Santa hermana mía que nos ruegas devota, por tu afecto tan ardiente

me he separado de esa hermosa esfera.» Tras detenerse, aquel bendito fuego, dirigió a mi señora sus palabras,

que hablaron en la forma que ya he dicho. Y ella: «Oh luz sempiterna del gran hombre a quien Nuestro Señor dejó las llaves,

que él llevó abajo, de esta ingente dicha, sobre cuestiones serias o menudas,

a éste examina en torno de esa fe, por lo cual sobre el mar tú caminaste.

Si él ama bien, y bien cree y bien espera, no se te oculta, pues la vista tienes donde se ve cualquier cosa pintada,

pero como este reino ha hecho vasallos por la fe verdadera, es oportuno

que la gloríe más, hablando de ella.» Tal como el bachiller se arma y no habla

hasta que hace el maestro la pregunta, argumentando, mas sin definirla,

yo me armaba con todas mis razones, mientras ella le hablaba,
preparado a tal cuestionador y a tal examen.

«Di, buen cristiano, y hazlo sin rodeos:

¿qué es la fe?» Por lo cual alcé la frente hacia la luz que dijo
estas palabras; luego volví a Beatriz, y aquella un presto signo
me hizo de que derramase

afuera el agua de mi fuente interna.

«La gracia que me otorga el confesarme le dije con el alto
primopilo,

haga que bien exprese mis conceptos.»

Y luego: «Cual la pluma verdadera lo escribió, padre, de tu caro
hermano

que contigo fue guía para Roma,

fe es la sustancia de lo que esperamos, y el argumento de las
invisibles;

pienso que ésta es su esencia verdadera.» Entonces escuché:

«Bien lo has pensado, si comprendes por qué entre las
sustancias, luego en los argumentos la coloca.»

Y respondí: «Las cosas tan profundas que aquí me han ofrecido
su apariencia, están a los de abajo tan ocultas,

que sólo está su ser en la creencia, sobre la cual se funda la
esperanza; y por ello sustancia la llamamos.

Y de esto que creemos es preciso

silogizar, sin más pruebas visibles: por ello la llamamos
argumento.»

Escuché entonces: «Si cuanto se adquiere por la doctrina abajo,
así entenderais,

no cabría el ingenio del sofista.» Así me dijo aquel amor
ardiente;

luego añadió: «Muy bien has sopesado el peso y la aleación de
esta moneda; mas dime si la llevas en la bolsa.»

«Sí dije , y tan brillante y tan redonda, que en su cuño no cabe
duda alguna.»

Luego salió de la luz tan profunda que allí brillaba: «Esta
preciosa gema que de toda virtud es fundamento,
¿de dónde te ha venido?» Y yo: «Es la lluvia del Espíritu Santo,
difundida

sobre viejos y nuevos pergaminos, el silogismo que esto me
confirma con agudeza tal, que frente a ella

cualquier demostración parece obtusa.» Y después escuché:
«¿La antigua y nueva proposición que así te han convencido
por qué las tienes por habla divina?»

Y yo: «Me lo confirman esas obras que las siguieron, a las que
natura

ni bate el yunque ni calienta el hierro.»

«Dime me respondió ¿quién te confirma que hubiera aquellas obras? Pues el mismo que lo quiere probar, sin más, lo jura.»

Si el mundo al cristianismo se ha inclinado,

le dije sin milagros, esto es uno

aún cien veces más grande que los otros: pues tú empezaste pobre y en ayunas en el campo a sembrar la planta buena

que fue antes vid y que ahora se ha hecho zarza.»

Esto acabado, la alta y santa corte cantó por las esferas: «Dio Laudamo» con esas notas que arriba se cantan.

Y aquel varón que así de rama en rama, examinando, me había llevado, cerca ya de los últimos frondajes,

volvió a decir: «La Gracia que enamora tu mente, ha hecho que abrieras la boca hasta aquí como abrirse convenía,

de tal forma que apruebo lo que has dicho; mas explicar qué crees debes ahora,

y de dónde te vino la creencia.»

«Santo padre, y espíritu que ves aquello en que creíste, de tal modo,

que al más joven venciste hacia el sepulcro, tú quieres comencé que manifieste

aquí la forma de mi fe tan presta, y también su motivo preguntaste.

Y te respondo: creo en un Dios solo y eterno, que los cielos
todos mueve inmóvil, con amor y con deseo;
y a tal creer no tengo sólo prueba física o metafísica, también
me la da la verdad, que aquí nos llueve por Moisés, por profetas
y por salmos,

y por el Evangelio y por vosotros que con ardiente espíritu
escribisteis; y creo en tres personas sempiternas,
y en una esencia que es tan una y trina,
que el "son" y el "es" admite a un mismo tiempo.

Con la profunda condición divina que ahora toco, la mente me
ha sellado

la doctrina evangélica a menudo.

Aquí comienza todo, esta es la chispa que en vivaz llama luego
se dilata,

y brilla en mí cual en el cielo estrella.» Como el señor que
escucha algo agradable, después abraza al siervo, complacido
por la noticia, cuando aquél se calla; de este modo, cantando,
me bendijo, ciñéndome tres veces al callarme,

la apostólica luz, que me hizo hablar:

¡tanto le complacieron mis palabras!

CANTO XXV

Si sucediera que el sacro poema en quien pusieron mano tierra
y cielo,

y me ha hecho enflaquecer por muchos años, venciera la
crueldad que me ha exiliado del bello aprisco en el que fui
cordero,

de los hostiles lobos enemigo; con otra voz entonces y cabellos,
poeta volveré, y sobre la fuente
de mi bautismo habrán de coronarme;

porque en la fe, que hace que conozcan a Dios las almas, aquí
vine, y luego Pedro mi frente rodeó por ella.

Después vino una luz hacia nosotros de aquella esfera de la que
salió

el primer sucesor que dejó Cristo; y mi Señora llena de alegría
me dijo: «Mira, mira ahí al barón por quien abajo visitan
Galicia.»

Tal como cuando el palomo se pone junto al amigo, y uno y otro
muestra su amistad, al girar y al arrullarse; así yo vi que el uno
al otro grande príncipe glorioso recibía,

loando el pasto que allí se apacienta. Mas concluyendo ya los parabienes, callados coram me se detuvieron, tan ígneos que la vista me vencían.

Entonces dijo Beatriz riendo:

«Oh ínclita alma por quien se escribiera la generosidad de esta
basílica,

haz que resuene en lo alto la esperanza: puedes, pues tantas veces la has mostrado, cuantas Jesús os prefirió a los tres.»

«Alza el rostro y sosiega, pues quien viene desde el mundo mortal hasta aquí arriba, en nuestros rayos debe madurarse.»

Este consuelo del fuego segundo

me vino; y yo miré a aquellos dos montes que me abatieron antes con su peso.

«Pues nuestro emperador te ha concedido que antes de muerto puedas con sus condes avistarte en la sala más secreta,

y viendo la verdad de este palacio, la esperanza, que abajo os enamora, a ti y a otros pueda consolaros, dime qué es, y di cómo florece

en tu mente: y de dónde te ha venido.» Así continuó la luz segunda.

Y la piadosa que guió las plumas de mis alas a vuelo tan cimero, previno de este modo mi respuesta:

«La iglesia militante hijo ninguno tiene que más espere, como
escrito
está en el sol que alumbra nuestro ejército: por eso le otorgaron
que de Egipto

venga a Jerusalén para que vea, antes de concluir en su milicia.

Los otros puntos, que no por saber le preguntaste, mas para
que muestre lo mucho que te place esta virtud,
a él se los dejo, pues que son sencillos y no se jactará; que él os
responda, y esto merezca la divina gracia.»

Como el alumno que al doctor secunda pronto y con gusto en
eso que es experto, para que se demuestre su valía.

«La esperanza repuse es cierta espera de la gloria futura, que
produce
la gracia con el mérito adquirido.

Muchas estrellas me han dado esta luz; mas quien primero la
infundió en mi pecho fue el supremo cantor del rey supremo.
"Que esperen en ti dice en su divino cántico los que saben de
tu nombre":

¿quién que tenga mi fe no lo conoce?

Y con su inspiración tú me inspiraste con tu carta después; y
ahora estoy lleno, y en los otros revierto vuestra lluvia.» Dentro

del vivo seno, cuando hablaba, de aquel incendio tremolaba un
fuego raudo y súbito a modo de relámpago.

Luego dijo: «El amor en que me inflamo aún por la virtud que
me ha seguido hasta el fin del combate y el martirio, aún quiere
que te hable, pues te gozas con ella, y me complace que me
digas qué es lo que la esperanza te promete.» Y yo: «Los nuevos
y los viejos textos fijan la meta, y esto me lo indica,
de quien desea ser de Dios amigo.

Dice Isaías que todos vestidos
en su patria estarán con dobles vestes:

¿y es que esta dulce vida no es su patria? Y tu hermano de
forma aún más patente, al hablar de las blancas vestiduras,
esta revelación nos manifiesta.

Y primero, después de estas palabras,
«Sperent in te» se oyó sobre nosotros; y replicaron todos los
benditos.

Luego tras esto se encendió una luz tal que, si en Cáncer tal
fulgor hubiese,

sólo un día sería el mes de invierno.

Y como se alza y va y entra en el baile una cándida virgen, para
honrar

a la novicia, y no por vanagloria, así vi yo al encendido
esplendor

acercarse a los dos que daban vueltas al ritmo que su ardiente
amor marcaba. Se ajustó allí a su canto y a su rueda;
y atenta los miraba mi señora, como una esposa inmóvil y
callada.

«Es éste quien yaciera sobre el pecho de nuestro pelicano, y
éste fue

desde la cruz propuesto al gran oficio.»

Dijo así mi señora; mas por esto su vista no dejó de estar atenta
después como antes de que hubiera hablado.

Como es aquel que mira y que pretende ver eclipsarse el sol por
un momento, y que, por ver, no vidente se vuelve
con el último fuego hice lo mismo hasta que se me dijo: «¿Por
qué ciegas para ver una cosa que no existe?

Mi cuerpo es tierra en tierra, y lo será con todos los demás,
hasta que el número al eterno propósito se iguale.

Con las dos vestes en el santo claustro sólo están las dos luces
que ascendieron; y esto habrás de decir en vuestro mundo.»

Con esta voz el inflamado giro se detuvo y con él la mezclanza
que se formaba del sonido triple, como para evitar riesgo o
fatiga,

los remos que en el agua golpeaban, todos se aquietan al sonar
de un silbo.

¡Qué grande fue mi turbación entonces, al volverme a Beatriz
para mirarla,
y no la pude ver, aunque estuviese en el mundo feliz, y junto a
ella!

CANTO XXVI

Mientras yo deslumbrado vacilaba, de la fúlgida llama
deslumbrante salió una voz a la que me hice atento.

«En tanto que retorna a ti la vista que por mirarme dijo, has
consumido, bueno será que hablando la compenses.

Empieza pues; y di a dónde diriges tu alma, y date cuenta que
tu vista está en ti desmayada y no difunta: porque la dama que
por la sagrada región te lleva, en la mirada tiene la virtud de la
mano de Ananías.»

«A su gusto -repuse pronto o tarde venga el remedio, pues que
fueron puertas

que ella cruzó con fuego en que ardo siempre El bien que hace
la dicha de esta corte,

es Alfa y es O de cuanta escritura

lee en mí el Amor o fuerte o levemente.» Aquella misma voz que
los temores del súbito cegar me hubo quitado,
a que siguiese hablando me animaba; y dijo: «Por aún más
angosta criba te conviene cerner; decirnos debes quién a tal
blanco dirigió tu arco.»

Y yo: «Por filosóficas razones
y por la autoridad que de ellas baja tal amor ha debido en mí
imprimirse:

que el bien en cuanto bien, al conocerse, nos enciende el amor,
tanto más grande cuanto mayor bondad en sí retiene.

Y así a una esencia que es tan ventajosa, que todo bien que
esté fuera de ella

no es nada más que un brillo de su rayo, más que a otra es
preciso que se mueva la mente, amando, de los que conocen la
verdad que esta prueba fundamenta. Tal verdad demostró a mi
entendimiento aquel que me enseñó el amor primero de todas
las sustancias sempiternas.

Lo demostró la voz del Creador
que a Moisés dijo hablando de sí mismo:
«Yo haré que veas el poder supremo.»

Y tú lo demostraste, al comenzar el alto pregón que grita el
arcano
de aquí allá abajo más que cualquier otro.

Y escuché: «Por la humana inteligencia y por la autoridad con él
concorde,

de tu amor tiende a Dios lo soberano.

Mas dime aún si sientes otras cuerdas que a él te atraigan, de
modo que me digas con cuántos dientes este amor te muerde.»

No estaba oculta la santa intención del Águila de Cristo, y me di
cuenta a qué tema quería conducirme.

Por eso repliqué: «Cuantos mordiscos pueden volver a Dios un
corazón, juntos mi caridad han fomentado:

que el que yo exista y el que exista el mundo, la muerte que Él
sufrió y por la que vivo,

y lo que esperan como yo los fieles, con el conocimiento que
antes dije, me han sacado del mar del falso amor,

y del derecho me han puesto en la orilla. Las frondas que
enfrondecen todo el huerto del eterno hortelano, yo amo tanto,
cuanto es el bien que de Él desciende a ellas.» Cuando callé, un
dulcísimo canto resonó por el cielo, y mi señora

«Santo, santo», decía con los otros.

Y como ahuyenta el sueño una luz viva, pues la vista se acerca
al resplandor

que atraviesa membrana tras membrana, y al despertado
aturde lo que mira, pues tan torpe es la súbita vigilia mientras
la estimativa no le ayuda;

lo mismo de mis ojos cualquier mota me quitaron los ojos de
Beatriz,

con rayos que mil millas refulgían: y vi después mucho mejor
que antes;

y casi estupefacto pregunté por una cuarta luz tras de nosotros.
Y mi señora: «Dentro de ese rayo goza de su hacedor la primer
alma

que hubo creado la primer potencia.» Como la fronda que
inclina su copa del viento atravesada, y la levanta por la misma
virtud que la endereza,

hice yo mientras ella estaba hablando, asombrado, y después
me recobré

con las ganas de hablar en las que ardía.

«Oh fruto que maduro únicamente fuiste creado --dije , antiguo
padre

de quien cualquier esposa es hija y nuera, con la más grande
devoción te pido que me hables: advierte mi deseo,

que no lo expreso para oírte antes.»

Un animal a veces en un saco

se revuelve de modo que sus ansias se advierten al mirar lo que le cubre; y de igual forma el ánima primera escondida en su luz manifestaba cuán gustosa quería complacerme.

Y dijo: «Sin que lo hayas proferido, mejor he comprendido tu deseo que tú cualquiera cosa verdadera; porque la veo en el veraz espejo

que hace de sí reflejo en otras cosas,

mas las otras en él no se reflejan.

Quieres oír cuánto hace que me puso Dios en el bello Edén, desde donde ésta a tan larga subida te dispuso, y cuánto fue el deleite de mis ojos, y la cierta razón de la gran ira,

y el idioma que usé y que inventé.

Ahora, hijo mío, no el probar del árbol fue en sí misma ocasión de tanto exilio, mas sólo el que infringiese lo ordenado.

Donde tu dama sacara a Virgilio, cuatro mil y trescientas y dos vueltas de sol tuve deseos de este sitio;

y le vi que volvía novecientas treinta veces a todas las estrellas de su camino, cuando en tierra estaba. La lengua que yo hablaba se extingió aun antes que a la obra inconsumable la gente de Nembrot se dedicara:

que nunca los efectos racionales, por el placer humano que los
muda

siguiendo al cielo, duran para siempre. Es obra natural que el
hombre hable; pero en el cómo la naturaleza

os deja que sigáis el gusto propio. Antes que yo bajase a los
infiernos,

I se llamaba en tierra el bien supremo de quien viene la dicha
que me embarga; Y Él después se llamó: y así conviene,

que es el humano uso como fronda

en la rama, que cae y que otra brota. En el monte que más del
mar se alza, con vida pura y deshonesto estuve, desde la hora
primera a la que sigue

a la sexta en que el sol cambia el cuadrante.»

CANTO XXVII

«Al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo

-empezó- Gloria» -todo el Paraíso,

de tal modo que el canto me embriagaba.

Lo que vi parecía una sonrisa

del universo; y mi embriaguez por esto me entraba por la vista
y el oído.

¡Oh inefable alegría! ¡Oh dulce gozo!

¡Oh de amor y de paz vida completa!

¡Oh sin deseo riqueza segura!

Delante de mis ojos encendidas

las cuatro antorchas vi, y la que primero vino, empezó a
avivarse de repente,

y su aspecto cambió de tal manera, cual cambiaría jove si él y
Marte cambiaran su plumaje siendo pájaros.

La providencia, que allí distribuye cargas y oficios, al dichoso
coro puesto había silencio en todas partes, cuando escuché: «Si
mudo de color no debes asombrarte, pues a todos éstos verás
cambiarlo mientras hablo.

Quien en la tierra mi lugar usurpa,

mi lugar, mi lugar que está vacante en la presencia del Hijo de
Dios, en cloaca mi tumba ha convertido
de sangre y podredumbre; así el perverso que cayó desde aquí,
se goza abajo.»

Del color con que el sol contrario pinta por la mañana y la tarde
las nubes, entonces vi cubrirse todo el cielo.

Y cual mujer honrada que está siempre segura de sí misma, y
culpas de otras, sólo con escucharlas, ruborizan,
así cambió el semblante de Beatriz; y así creo que el cielo se
eclipsara cuando sufrió la suprema potencia. Luego
continuaron sus palabras con una voz cambiada de tal forma,
que más no había cambiado el semblante:

«No fue nutrida la Esposa de Cristo con mi sangre, de Lino, o la
de Cleto, para ser en el logro de oro usada; mas por lograr este
vivir gozoso Sixto y Urbano y Pío y Calixto
tras muchos sufrimientos la vertieron.

No fue nuestra intención que a la derecha de nuestros
sucesores, se sentara
parte del pueblo, y parte al otro lado; ni que las llaves que me
confiaron, se volvieran escudo en los pendones que
combatieran contra bautizados; ni que yo fuera imagen en los
sellos,

de privilegios vendidos y falsos, que tanto me avergüenzan y
me irritan.

En traje de pastor lobos rapaces desde aquí pueden verse
prado a prado: Oh protección divina, ¿por qué duerme?

Cahorsinos y Gascones se apresuran

a beber nuestra sangre: ¡oh buen principio, a qué vil fin has
venido a parar!

Pero la providencia, que de Roma con Escipión guardar la
gloria pudo, pronto nos salvará, según lo pienso; y tú, hijo mío,
que a la tierra vuelves por tu peso mortal, abre la boca,
y tú no escondas lo que yo no escondo.»

Cual vapores helados nos envía abajo el aire nuestro, cuando el
cuerno

de la cabra del cielo el sol tropieza, así yo vi que el éter
adornado subía despidiendo los vapores
triunfantes, que estuvieron con nosotros.

Con mis ojos seguía sus semblantes, hasta que la distancia, al
ser ya mucha, les impidió seguir detrás de ellos.

Por ello mi señora, al verme libre de mirar hacia arriba, dijo:

«Baja

la vista y mira cuánta vuelta has dado.» Desde el momento en
que mire primero vi que había corrido todo el arco
que hace del medio al fin el primer clima; viendo, pasado Cádiz,
la insensata

ruta de Ulises, y la playa donde fue dulce carga Europa al otro
lado.

Y hubiera descubierto aún más lugares de aquella terrezuela,
pero el sol

bajo mis pies distaba más de un signo. La mente enamorada,
que requiebra siempre a mi dama, más que nunca ardía por
dirigir de nuevo a ella mis ojos;

y si es el cebo el arte o la natura que atrae los ojos, y la mente
atrapan

ya con la carne viva o ya pintada, juntas nada serían
comparadas

al divino placer que me alumbró, al dirigirme a sus ojos rientes.

Y el vigor que me dio aquella mirada, me dio impulso hasta el
cielo más veloz al separarme del nido de Leda.

Sus partes mas cercanas o distantes son tan iguales, que decir
no puedo

la que escogió Beatriz para mi entrada.

Mas ella que veía mis deseos, empezó con sonrisa tan alegre,
cual si Dios en su rostro se gozase:

«El ser del mundo, que detiene el centro y hace girar en torno a
lo restante, tiene aquí su principio como meta;

y este cielo no tiene más comienzo que la mente divina, donde
prende

la influencia y amor que él llueve y gira.

El amor y la luz, a éste rodean

como a los otros éste; y solamente a este círculo entiende quien
lo ciñe. Su movimiento no mide con otro,
pero los otros se miden con éste, cual se divide el diez por dos o
cinco; y cómo el tiempo tenga en este vaso
su raíz y en los otros la enramada, ahora podrás saberlo
claramente.

¡Oh tú, concupiscencia que en tu seno los mortales ahogas, sin
que puedan sacar los ojos fuera de tus ondas!

La voluntad florece en los humanos; mas la lluvia constante
hace volverse endrinas las ciruelas verdaderas.

La inocencia y la fe sólo en los niños se encuentran repartidas;
luego escapan antes de que se cubran las mejillas.

Tal, aún balbuciente, guarda ayuno, y luego traga, con la
lengua suelta,

cualquier comida bajo cualquier luna; y tal, aún balbuciente,
ama y escucha a su madre, y teniendo el habla entera, verla en
la sepultura desearía.

Así se vuelve negra la piel blanca en el rostro de aquella
hermosa hija de quien lleva la noche y trae el día. Y tú, para que
de esto no te asombres,

piensa que no hay quien en la tierra mande; y así se pierde la
humana familia.

Mas antes de que enero desinviene,

por la centésima parte olvidada, de tal manera rugirán los
cielos,

que la tormenta que tanto se espera, donde la popa está
pondrá la proa, y así la flota marchará derecha;

y tras las flores vendrán buenos frutos.

CANTO XXVIII

Luego que contra la vida presente de los ruines mortales, me
mostró

la verdad quien mi mente emparaísa, cual la llama de un hacha
en un espejo ve quien con ella por detrás se alumbra, antes de
que la vea o la imagine,

y atrás se vuelve para ver si el vidrio le dice la verdad, y ve que
casa con ella cual la música y su texto;

de igual forma recuerda mi memoria que hice mirando a los
hermosos ojos

donde hizo Amor su cuerda para herirme.

Y al volverme y al golpear los míos lo que en aquellos cielos
aparece, cada vez que en sus giros se repara, vi un punto que

irradiaba tan aguda luz, que la vista que enfocaba en ella por
tan grande agudeza se cerraba;
y la estrella que aquí menor parece, luna parecería junto a ella,
si se pusieran una junto a otra.

Acaso tanto cuanto cerca vemos de su halo la luz que lo
desprende
cuando son más espesos sus vapores, distante de ese punto un
círculo ígneo giraba tan veloz, que vencería
el curso que más raudo el mundo ciñe; y aquél era por otro
rodeado,
y de un tercero aquél, y éste de un cuarto, de un quinto el
cuarto, y por un sexto el quinto.

El séptimo seguía tan extenso sobre ellos, que de Juno el
emisario abarcarlo del todo no podría.

Y el octavo, y el nono; y cada uno más lento se movía, cuanto
estaba en número del uno más distante; y una más clara llama
desprendía el más cercano de la lumbre pura,
pues más, yo creo, de ella participa.

Al verme preocupado mi señora y sorprendido, dijo: «De ese
punto depende el cielo y toda la natura.

Ve el círculo que está de él más cercano; y sabrás que tan
rápido se mueve

por el amor ardiente que le impulsa.»

«Si estuviera dispuesto --dije el mundo con el orden que veo en estas ruedas, satisfecho me habría lo que dices;

mas el mundo sensible nos enseña que las vueltas son tanto más veloces, cuanto del centro se hallan más lejanas.

Por lo cual, si debiera terminarse mi desear en este templo angélico que sólo amor y luz lo delimitan, aún debiera escuchar cómo el ejemplo y su copia no marchan de igual modo,

que en vano por mí mismo pienso en ello.»

«Si tus dedos no son para tal nudo suficientes, no debes extrañarte,

¡tan difícil lo ha hecho el no intentarlo!»

Dijo así mi señora; y luego: «Atiende si es que quieres saciarte, a lo que digo; y sobre estas cuestiones utiliza.

Las esferas corpóreas son más amplias o estrechas según sea la virtud

que se difunde por todas sus partes. Da una bondad mayor mayores bienes;

y a un bien mayor contiene un mayor cuerpo, siendo sus partes igual de perfectas.

Así pues este círculo que arrastra todo el otro universo,
corresponde
con aquel que más ama y que más sabe: y si aplicarás pues a la
virtud
tus medidas, y no a las apariencias de los seres que en círculo
se muestran,
la proporción perfecta admirarías
de más con más, y de menor con menos, cada cielo, con cada
inteligencia.»

Como se queda espléndido y sereno el aéreo hemisferio cuando
sopla Bóreas con su mejilla más suave,

y se disuelven y limpian las brumas que le turbaban, y sonríe el
cielo con las bellezas todas de su corte; así hice yo, después que
mi señora

tan claro respondió, y como en el cielo brilla una estrella supe la
verdad.

Y cuando terminaron sus palabras, no de otro modo el hierro
centellea candente, cual los círculos hicieron. Su incendio cada
chispa propagaba; y tantas eran, que el número de ellas más
que el doblar del ajedrez subía.

Yo escuchaba hosanar de coro en coro al punto fijo que los
tiene ubi

y siempre los tendrá, en que siempre fueron.

Y aquella que las dudas de mi mente sabía, dijo: «Los primeros círculos te muestran Serafines y Querubes.

Tras sus vínculos siguen tan aprisa por parecerse al punto cuanto puedan; y tanto pueden cuanto están más altos.

Esos amores que en torno se encuentran, llámanse Tronos del poder divino,

y acaba en ellos el primer ternario; y deberás saber que todos gozan cuando se profundiza su mirada

en la verdad que aquieta el intelecto. De aquí se puede ver cómo se funda la beatitud en el acto de ver,

no en el de amar, que detrás de aquél viene;

y del ver son los méritos medida, que genera la gracia y buen deseo: así es como sucede grado a grado. El siguiente ternario que florece en esta sempiterna primavera

que nocturno carnero no despoja, perpetuamente «Hosanna» jubilea en triple melodía, por los tres órdenes de alegría en que se enterna.

En esa jerarquía hay otras diosas: Dominaciones, y después Virtudes; de Potestades es el tercer orden.

Luego en los dos penúltimos festejos Principados y Arcángeles dan vueltas; todo el último de ángeles dichosos.

Estos órdenes miran a lo alto,
y abajo tanto influyen, que hacia Dios son arrastrados y de
todo arrastran.

Y Dionisio con tanto deseo
a contemplar se dedicó estos órdenes que como yo, los nombra
y los distingue.

Pero de él se apartó luego Gregorio; y en cuanto abrió los ojos
en el cielo de sí mismo por esto se reía.

Y si mostrado fue tanto secreto
por un mortal, no quiero que te admires: porque se lo enseñó
quien vio aquí arriba, y otras muchas verdades de este mundo!»

CANTO XXIX

Cuando uno y otro hijo de Latona, por debajo de Libra y del
Carnero, son límites los dos de un horizonte,
cuanto hay desde el momento de equilibrio hasta que el uno u
otro de aquel cinto, cambiando de hemisferio, se desata,
tanto, la risa pintada en su rostro, muda estuvo Beatriz mirando
fijo el punto que me había derrotado.

Dijo después: «Diré, sin que preguntes, lo que quieres oír,
porque lo he visto donde convergen todo quando y ubi. No por

acrecentar sus propios bienes, que es imposible, mas porque su
luz

pudiese, en su esplendor decir "Subsisto", allí en su eternidad,
fuera de toda comprensión y de tiempo, libremente,
se abrió en nuevos amores el eterno. No es porque antes ocioso
estuviera; pues ni después ni antes precedió

el discurrir de Dios sobre estas aguas. Forma y materia, ya
puras o juntas, salieron a existir sin fallo alguno, como de arco
tricorde tres saetas.

Y como en vidrio, en ámbar o en cristales el rayo resplandece,
de tal modo

que el llegar y el lucir es todo en uno, de igual forma irradió el
triforme efecto de su Ser a su ser a un tiempo mismo

sin que hubiese ninguna diferencia. Concreado fue el orden y
dispuesto a las sustancias; y del mundo cima fueron aquellas
hechas acto puro;

a la potencia pura puso abajo;

la potencia y el acto, en medio, atadas tal nudo que jamás se
desanuda.

Jerónimo escribió que muchos siglos antes fueron los ángeles
creados

de que el resto del mundo fuera hecho; mas en muchos parajes
que escribieron los inspirados, se halla esta verdad;

y si bien juzgas te avendrás a ello; y en parte la razón también
lo prueba,

pues no admite motores que estuviesen sin su perfecto estado
mucho tiempo. Ya sabes dónde y cuándo estos amores y cómo
fueron hechos: ya apagados tres ardores ya están en tu deseo.

Hasta veinte, contando, no se llega tan pronto, como parte de
los ángeles turbó el más bajo de los elementos.

La otra quedóse, y dio comienzo el arte que puedes ver, y con
tanto deleite,

que de sus giros nunca se ha apartado.

La ocasión de caer fue la maldita soberbia de quien viste que
oprimían las pesadumbres todas de este mundo. Esos que ves
aquí fueron humildes, admitiendo existir por la bondad

que a tanto conocer hizo capaces: por lo que fue su vista
acrecentada por méritos y gracia iluminante,

y tienen voluntad constante y plena; y no quiero que dudes,
mas que sepas,

que recibir la gracia es meritorio según como el afecto la recibe.

Por lo que a este colegio se refiere ya comprendes bastante, si
entendiste

lo que te dije, ya sin otra ayuda.

Mas como en las escuelas de la tierra se enseña que la angélica
natura

es tal que entiende, que recuerda y quiere, aún te diré, para que
pura sepas

la verdad, que allí abajo se confunde, porque equivocan los
significados. Estas sustancias, desde que gozaron de la cara de
Dios, no apartan de ella

la mirada, a quien nada está escondido: Así pues no interceptan
su mirada nuevos objetos, y no necesitan recordar con
conceptos divididos;

y así allá abajo, sin dormir, se sueña, creyendo y no creyendo en
lo que dicen; pero éstos tienen más vergüenza y culpa.

Vais por distintas rutas los que abajo filosofáis: pues que os
empuja tanto el afán de que os tengan como sabios. Y aún esto
es admitido aquí en lo alto con un rigor menor que si se olvida

la sagrada escritura o se confunde.

No meditáis en cuánta sangre cuesta sembrarla allá en el
mundo, y cuánto agrada el que con ella humilde se conforma.

Por la apariencia pruebas dan de ingenio y de imaginación; y
quien predica dase a esto y se calla el Evangelio.

Que se volvió la luna, dice el uno, en la pasión de Cristo, y se
interpuso para ocultar la luz del sol abajo;
y otro que por sí misma se escondió la luz, y que en la India y
en España hubo eclipse lo mismo que en Judea.

No hay en Florencia tantos Lapi y Bindi cuantas fábulas tales
en un año,

aquí y allá en los púlpitos se gritan: y así las ovejuelas, que no
saben, vuelven del prado pacidas de viento, y que el daño no
vean no es excusa.

No dijo a su primer convento Cristo: "Id y patrañas predicad al
mundo"; sino les dio cimientos de certeza;

y ésta sonó en sus bocas solamente, de modo que luchando por
la fe

del Evangelio escudo y lanza hicieron. Y ahora con bufonadas y
con trampas se predica, y con tal que cause risa,

la capucha se hincha y más no pide. Mas tal pájaro anida en el
capuz, que si lo viese el vulgo, allí vería

qué indulgencias tendrá confiando en ése: que en la tierra
acrecientan la estulticia, de tal manera que, sin prueba alguna
de su certeza, corren tras de ellas.

Esto engorda al cebón de San Antonio, y a otros muchos más
cerdos todavía, que pagan con monedas no acuñadas. Mas
como es larga ya la digresión, vuelve los ojos a la recta vía,
y se abrevien el tiempo y el camino.

Esta naturaleza tanto aumenta
en número al subir, que no hay palabras ni conceptos mortales
que las sigan;

y si recuerdas lo que se revela en Daniel, verás que en sus
millares y millares su número se esconde. La luz primera que
toda la alumbra, de tantas formas ella en sí recibe, cual son las
llamas a las que se une.

Y así, al igual que al acto que concibe sigue el afecto, de amor
la dulzura ardiente o tibio en ella es diferente. Ve pues la
excelsitud y la grandeza del eterno poder, puesto que tantos
espejos hizo en que multiplicarse, permaneciendo en sí uno
como antes.

CANTO XXX

Acaso a seis mil millas de distancia

hierve aquí la hora sexta, y este mundo horizontal reclina ya la
sombra,

cuando el centro del cielo, tan profundo, se pone de tal forma,
que en el fondo van desapareciendo las estrellas;

y cuando se adelanta la sirvienta clarísima del sol, apaga el
cielo una por una hasta la más hermosa.

No de otro modo el triunfo que se goza en torno al punto que
antes me cegara, creyéndolo incluido en lo que incluye, se
apagó poco a poco de mi vista;

por lo cual el amor y el no ver nada

me hicieron que a Beatriz volviera el rostro. Si cuanto de ella he
dicho hasta el presente fuese encerrado todo en una loa,

poco sería a conseguir mi intento. La belleza que vi no
sobrepasa solamente a nosotros, mas yo creo que sólo su
creador la goce entera.

Vencido me confieso en este paso más que nunca en un punto
de su obra fue superado el trágico o el cómico: pues, como el
sol la vista menos firme,

así el recuerdo de su dulce risa

a mí mismo me priva de mi mente. Desde el día primero que su
rostro en esta vida vi, hasta esta visión, he podido seguirla con
mi canto; mas es forzoso que desista ahora

de seguir su belleza, poetizando, cual todo artista que a su
extremo llega.

Y ella, cual yo la dejo a voz más digna que la de mi trompeta,
que se acerca

a dar fin a materia tan difícil, con ademán y voz de guía
experto

«Hemos salido ya -volvió a decirme- del mayor cuerpo al cielo
que es luz pura:

luz intelectual, plena de amor; amor del cierto bien, pleno de
dicha;

dicha que es más que todas las dulzuras.

Aquí verás a una y otra milicia del paraíso, y una de igual modo
que en el juicio final habrás de verla.» Como un súbito rayo que
nos ciega los visivos espíritus, e impide

que vea el ojo aun cosas muy brillantes, así circumbrióme una
luz viva,

y cubrióme la cara con tal velo de su fulgor, que nada pude ver.

«El amor que este cielo tiene inmóvil siempre recibe en él de
igual manera, por disponer una vela a su llama.» Apenas
penetraron dentro de mí estas breves palabras, comprendí
que sobre mi virtud estaba alzado; y de una vista nueva
disfrutaba

tal, que ninguna luz es tan brillante, que con mis ojos no la
resistiera; y vi una luz que un río semejaba

fulgiendo fuego, entre sus dos orillas pintadas de admirable
primavera.

Salían del torrente chispas vivas, que entre las flores se
desparramaban,
cual rubíes que el oro circunscribe; después, como embriagadas
del aroma, al raudal asombroso se arrojaban
de nuevo, y si una entraba otra salía.

«El gran deseo que ahora te urge y quema, de que te diga qué
es esto que ves,

más me complace cuanto más intento; mas de este agua es
preciso que bebas antes que tanta sed en ti se sacie.»

De este modo me habló el sol de mis ojos.

Y después: «Son el río y los topacios que entran y salen, y el
prado riente, sólo de su verdad velados prólogos. No que de
suyo estén aún inmaduros; más el defecto está de parte tuya,
que aún no tienes visión tan elevada.» No hay un chiquillo que
corra tan raudo con la vista a la leche, si despierta mucho más
tarde de lo que acostumbra, como yo, para hacer mejor espejo
mis ojos, agachándome a las ondas, que para enmejorarnos
van fluyendo; y en el momento que bebió de aquellas el borde
de mis párpados, creí

que redonda se hacía su largura.

Después, como la gente enmascarada,

que otra que antes parece, si se quita el semblante no suyo que
la esconde, así en mayores gozos se trocaron
las chispas, y las flores, y ver pude las dos cortes del cielo
manifiestas.

¡Oh divino esplendor por quien yo vi el alto triunfo del reino
veraz, ayúdame a decir cómo lo vi!

Hay arriba una luz que hace visible el Creador a aquellas
criaturas

que en su visión tan sólo paz encuentran.

Y en circular figura se derrama, tanto que al sol sería
demasiado cinturón con su gran circunferencia.

De un rayo reflejado en lo más alto del Primer Móvil viene su
aparición, que de él recibe su poder y vida.

Y cual loma en el agua de su base se espejea cual viéndose
adornada, cuando de hierba y flores es más rica,
superando a la luz en torno suyo, vi espejarse en más de mil
peldaños

cuanto arriba volvió de entre nosotros.

Y si el último grado luz tan grande abarca, ¡cuál la anchura no
sería

de esta rosa en las hojas más lejanas! Mi vista ni en lo ancho ni
en lo alto desfallecía, comprendiendo todo

el cuánto y cómo de aquella alegría. Allí el cerca ni el lejos quita
o pone:

que donde Dios sin ministros gobierna, las leyes naturales nada
pueden.

A lo amarillo de la rosa eterna,
que se degrada y se extiende y transmina loas al sol que
siempre es primavera, como a aquel que se calla y quiere
hablar me llevó Beatriz y dijo: «¡Mira

el gran convento de las vestes blancas!

Ve cómo abre su círculo este reino, mira nuestros escaños tan
repletos, que poca gente más aquí se espera.

Y en el gran trono en que pones los ojos, por la corona que está
sobre él puesta, antes de que a estas bodas te conviden, vendrá
a sentarse el alma, abajo augusta, del gran Enrique, que a guiar
a Italia vendrá sin que a ésta encuentre preparada.

Esa ciega codicia que os enferma os ha vuelto lo mismo que al
chiquillo

que muere de hambre y echa a la nodriza.

Y habrá un prefecto en el foro divino entonces tal, que oculto o
manifiesto, no seguirá con él la misma ruta.

Mas Dios lo aguantará por poco tiempo en la santa tarea, y
será echado

donde Simón el mago el premio tiene, y hará al de Anagni
hundirse más abajo.

CANTO XXXI

En forma pues de una cándida rosa se me mostraba la milicia
santa desposada por Cristo con su sangre; mas la otra que
volando ve y celebra la gloria del señor que la enamora
y la bondad que tan alta la hizo, cual bandada de abejas que en
las flores tan pronto liban y tan pronto vuelven
donde extraen el sabor de su trabajo, bajaba a la gran flor que
está adornada de tantas hojas, y de aquí subía
donde su amor habita eternamente. Sus caras eran todas llama
viva,
de oro las alas, y tan blanco el resto, que no es por nieve alguna
superado. Al bajar a la flor de grada en grada, hablaban de la
paz y del ardor
que agitando las alas adquirirían.

El que se interpusiera entre la altura y la flor tanta alada
muchedumbre ni el ver nos impedía ni el fulgor: pues la divina
luz el universo penetra, según éste lo merece,
de tal modo que nada se lo impide.

Este seguro y jubiloso reino,

que pueblan gentes antiguas y nuevas, vista y amor a un punto
dirigía.

¡Oh llama trina que en sólo una estrella brillando ante sus ojos,
las alegras!

¡Mira esta gran tempestad en que estamos!

Si viniendo los bárbaros de donde todos los días de Hélice se
cubre, girando con su hijo, en quien se goza, viendo Roma y sus
arduos edificios, estupefactos se quedaban cuando superaba
Letrán toda obra humana; yo, que desde lo humano a lo divino,
desde el tiempo a lo eterno había llegado, y de Florencia a un
pueblo sano y justo,

¡lleno de qué estupor no me hallaría!

En verdad que entre el gozo y el asombro prefería no oír ni decir
nada.

Y como el peregrino que se goza viendo ya el templo al cual un
voto hiciera,

y espera referir lo que haya visto, yo paseaba por la luz tan
viva, llevando por las gradas mi mirada

ahora abajo, ahora arriba, ahora en redor, veía rostros que el
amor pintaba,

con su risa y la luz de otro encendidos, y de decoro adornados
sus gestos.

La forma general del Paraíso abarcaba mi vista enteramente,
sin haberse fijado en parte alguna; y me volví con ganas
redobladas de poder preguntar a mi señora
las cosas que a mi mente sorprendían.

Una cosa quería y otra vino: creí ver a Beatriz y vi a un anciano
vestido cual las gentes gloriosas.

Por su cara y sus ojos difundía una benigna dicha, y su
semblante era como el de un padre bondadoso.

«¿Dónde está ella?» Dije yo de pronto.

Y él: «Para que se acabe tu deseo me ha movido Beatriz desde
mi Puesto:

y si miras el círculo tercero del sumo grado, volverás a verla
en el trono que en suerte le ha cabido.» Sin responderle levanté
los ojos,

y vi que ella formaba una corona con el reflejo de la luz eterna.

De la región aquella en que más truena el ojo del mortal no
dista tanto

en lo más hondo de la mar hundido, como allí de Beatriz la vista
mía;

mas nada me importaba, pues su efigie sin intermedio alguno
me llegaba.

«Oh mujer que das fuerza a mi esperanza, y por mi salvación
has soportado
tu pisada dejar en el infierno,
de tantas cosas cuantas aquí he visto, de tu poder y tu
misericordia
la virtud y la gracia reconozco.

La libertad me has dado siendo siervo por todas esas vías, y
esos medios que estaba permitido que siguieras.

En mí conserva tu magnificencia y así mi alma, que por ti ha
sanado, te sea grata cuando deje el cuerpo.»

Así recé; y aquélla, tan lejana como la vi, me sonrió mirándome;
luego volvió hacia la fuente incesante.

Y el santo anciano: «A fin de que concluyas perfectamente dijo,
tu camino,

al que un ruego y un santo amor me envían, vuelven tus ojos
por estos jardines;

que al mirarlos tu vista se prepara más a subir por el rayo
divino.

Y la reina del cielo, en el cual ardo por completo de amor, dará
su gracia, pues soy Bernardo, de ella tan devoto.» Igual que
aquel que acaso de Croacia,
viene por ver el paño de Verónica,

a quien no sacia un hambre tan antigua, mas va pensando
mientras se la enseñan:

«Mi señor Jesucristo, Dios veraz,

¿de esta manera fue vuestro semblante?»; estaba yo mirando la
ferviente

caridad del que aquí en el bajo mundo, de aquella paz gustó
con sus visiones.

«Oh hijo de la gracia, el ser gozoso

-empezó no es posible que percibas, si no te fijas más que en lo
de abajo; pero mira hasta el último los círculos, hasta que veas
sentada a la reina

de quien el reino es súbdito y devoto.»

Alcé los ojos; y cual de mañana la porción oriental del horizonte,
está más encendida que la otra,

así, cual quien del monte al valle observa, vi al extremo una
parte que vencía

en claridad a todas las restantes.

Y como allí donde el timón se espera que mal guió Faetonte,
más se enciende, y allá y aquí su luz se debilita,

así aquella pacífica oriflama

se encendía en el medio, y lo restante de igual manera su llama
extinguía; y en aquel centro, con abiertas alas,

la celebraban más de un millar de ángeles, distintos arte y luz
de cada uno.

Vi con sus juegos y con sus canciones reír a una belleza, que era
el gozo en las pupilas de los otros santos;
y aunque si para hablar tan apto fuese cual soy imaginando, no
osaría

lo mínimo a expresar de su deleite. Cuando Bernardo vio mis
ojos fijos y atentos en lo ardiente de su fuego,
a ella con tanto amor volvió los suyos, que los míos ansiaron ver
de nuevo.

CANTO XXXII

Absorto en su delicia, libremente hizo de guía aquel
contemplativo, y comenzaron sus palabras santas:
«La herida que cerró y sanó María, quien tan bella a sus plantas
se prosterna

de abrirla y enconarla es la culpable. En el orden tercero de los
puestos, Raquel está sentada bajo ésa,
como bien puedes ver, junto a Beatriz.

Judit y Sara, Rebeca y aquella del cantor bisabuela que
expiando

su culpa dijo: "Miserere mei",
de puesto en puesto pueden contemplarse ir degradando,
mientras que al nombrarlas voy la rosa bajando de hoja en
hoja.

Y del séptimo grado a abajo, como hasta aquél, se suceden las
hebreas, separando las hojas de la rosa; porque, según la
mirada pusiera

su fe en Cristo, son esas la muralla que divide los santos
escalones.

En esa parte donde está colmada por completo de hojas, se
acomodan los que creyeron que Cristo vendría;
por la otra parte por donde interrumpen huecos los
semicírculos, se encuentran los que en Cristo venido fe tuvieron.

Y como allí el escaño glorioso de la reina del cielo y los
restantes tan gran muralla forman por debajo,
de igual manera enfrente está el de Juan que, santo siempre,
desierto y martirio sufrió, y luego el infierno por dos años; y
bajo él separando de igual modo
mira a Benito, a Agustín y a Francisco

y a otros de grada en grada hasta aquí abajo.

Ahora conoce el sabio obrar divino: pues uno y otro aspecto de
la fe llenarán de igual modo estos jardines.

Y desde el grado que divide al medio las dos separaciones,
hasta abajo, nadie por propios méritos se sienta, sino por los de
otro, en ciertos casos: porque son todas almas desatadas antes
de que eligieran libremente.

Bien puedes darte cuenta por sus rostros y también por sus
voces infantiles,

si los miras atento y los escuchas. Dudas ahora y en tu duda
callas; mas yo desataré tan fuerte nudo

que te atan los sutiles pensamientos. Dentro de la grandeza de
este reino no puede haber casualidad alguna,

como no existen sed, hambre o tristeza: y por eterna ley se ha
establecido tan justamente todo cuanto miras,

que corresponde como anillo al dedo; y así esta gente que vino
con prisa a la vida inmortal no sine causa

está aquí en excelencias desiguales. El rey por quien reposan
estos reinos en tanto amor y en tan grande deleite, que más no
puede osar la voluntad, todas las almas con su hermoso
aspecto

creando, a su placer de gracia dota

diversamente; y bástete el efecto. Y esto claro y expreso se
consigna en la Escritura santa, en los gemelos movidos por la
ira ya en la madre. Mas según el color de los cabellos,

de tanta gracia, la altísima luz dignamente conviene que les cubra. Así es que sin de suyo merecerlo puestos están en grados diferentes, distintos sólo en su mirar primero. Era bastante en los primeros siglos ser inocente para estar salvado, con la fe únicamente de los padres; al completarse los primeros tiempos, para adquirir virtud, circuncidarse a más de la inocencia era preciso; pero llegado el tiempo de la gracia, sin el perfecto bautismo de Cristo, tal inocencia allá abajo se guarda.

Ahora contempla el rostro que al de Cristo más se parece, pues su brillo sólo

a ver a Cristo puede disponerte.» Yo vi que tanto gozo le llovía, llevada por aquellas santas mentes creadas a volar por esa altura,

que todo lo que había contemplado, no me colmó de tanta admiración,

ni de Dios me mostró tanto semblante; y aquel amor que allí bajara antes cantando: «Ave María, gratia plena»

ante ella sus alas desplegaba.

Respondió a la divina cancioncilla por todas partes la beata corte,

y todos parecieron más radiantes.

«Oh santo padre que por mí consientes estar aquí, dejando el
dulce puesto que ocupas disfrutando eterna suerte,
¿quién es el ángel que con tanto gozo a nuestra reina le mira los
ojos,
y que fuego parece, enamorado?»

A la enseñanza recurrí de nuevo de aquel a quien María
hermoseaba, como el sol a la estrella matutina.

Y aquél: «Cuanta confianza y gallardía puede existir en ángeles
o en almas, toda está en él; y así es nuestro deseo, porque es
aquel que le llevó la palma

a María allá abajo, cuando el Hijo

de Dios quiso cargar con nuestro cuerpo.

Mas sigue con la vista mientras yo te voy hablando, y mira los
patricios de este imperio justísimo y piadoso. Los dos que están
arriba, más felices por sentarse tan cerca de la Augusta son
casi dos raíces de esta rosa:

quien cerca de ella está del lado izquierdo es el padre por cuyo
osado gusto

tanta amargura gustan los humanos.

Contempla al otro lado al viejo padre de la Iglesia, a quien
Cristo las dos llaves

de esta venusta flor ha confiado.

Y aquel que vio los tiempos dolorosos antes de muerto, de la
bella esposa con lanzada y con clavos conquistada, a su lado se
sienta y junto al otro

el guía bajo el cual comió el maná la gente ingrata, necia y
obstinada. Mira a Ana sentada frente a Pedro, contemplando a
su hija tan dichosa,

que la vista no mueve en sus hosannas; y frente al mayor padre
de familia,

Lucía, que moviera a tu Señora cuando a la ruina, por no ver,
corrías.

Mas como escapa el tiempo que te aduerme pararemos aquí,
como el buen sastre

que hace el traje según que sea el paño; y alzaremos los ojos al
primer

amor, tal que, mirándole, penetres en su fulgor cuanto posible
sea.

Mas para que al volar no retrocedas, creyendo adelantarte, con
tus alas

la gracia orando es preciso que pidas: gracia de aquella que
puede ayudarte; y tú me has de seguir con el afecto,

y el corazón no apartes de mis ruegos.» Y entonces dio
comienzo a esta plegaria.

CANTO XXXIII

«¡Oh Virgen Madre, oh Hija de tu hijo,

alta y humilde más que otra criatura, término fijo de eterno
decreto,

Tú eres quien hizo a la humana natura tan noble, que su autor
no desdeñara convertirse a sí mismo en su creación. Dentro del
viento tuyo ardió el amor, cuyo calor en esta paz eterna
hizo que germinaran estas flores.

Aquí nos eres rostro meridiano de caridad, y abajo, a los
mortales, de la esperanza eres fuente vivaz. Mujer, eres tan
grande y vales tanto, que quien desea gracia y no te ruega
quiere su desear volar sin alas.

Mas tu benignidad no sólo ayuda a quien lo pide, y muchas
ocasiones

se adelanta al pedirlo generosa. En ti misericordia, en ti
bondad,

en ti magnificencia, en ti se encuentra todo cuanto hay de
bueno en las criaturas.

Ahora éste, que de la ínfima laguna del universo, ha visto paso
a paso las formas de vivir espirituales, solicita, por gracia, tal
virtud,

que pueda con los ojos elevarse, más alto a la divina salvación.

Y yo que nunca ver he deseado más de lo que a él deseo, mis
plegarias

te dirijo, y te pido que te basten, para que tú le quites cualquier
nube

de su mortalidad con tus plegarias, tal que el sumo placer se le
descubra. También reina, te pido, tú que puedes lo que deseas,
que conserves sanos,

sus impulsos, después de lo que ha visto. Venza al impulso
humano tu custodia: ve que Beatriz con tantos elegidos
por mi plegaria te junta las manos!» Los ojos que venera y ama
Dios, fijos en el que hablaba, demostraron cuánto el devoto
ruego le placía; luego a la eterna luz se dirigieron, en la que es
impensable que penetre tan claramente el ojo de ninguno.

Y yo que al final de todas mis ansias
me aproximaba, tal como debía, puse fin al ardor de mi deseo.
Bernardo me animaba, sonriendo a que mirara abajo, mas yo
estaba

ya por mí mismo como aquél quería: pues mi mirada,
volviéndose pura, más y más penetraba por el rayo
de la alta luz que es cierta por sí misma.

Fue mi visión mayor en adelante

de lo que puede el habla, que a tal vista, cede y a tanto exceso
la memoria.

Como aquel que en el sueño ha visto algo, que tras el sueño la
pasión impresa permanece, y el resto no recuerda,
así estoy yo, que casi se ha extinguido

mi visión, mas destila todavía
en mi pecho el dulzor que nace de ella.

Así la nieve con el sol se funde; así al viento en las hojas tan
livianas
se perdía el saber de la Sibila.

¡Oh suma luz que tanto sobrepasas los conceptos mortales, a
mi mente di otro poco, de cómo apareciste,
y haz que mi lengua sea tan potente, que una chispa tan sólo
de tu gloria legar pueda a los hombres del futuro; pues, si
devuelves algo a mi memoria y resuenas un poco en estos
versos, tu victoria mejor será entendida.

Creo, por la agudeza que sufrí del rayo, que si hubiera retirado
la vista de él, hubiésemme perdido.

Y esto, recuerdo, me hizo más osado sosteniéndola, tanto que
junté con el valor infinito mi vista.

¡Oh gracia tan copiosa, que me dio valor para mirar la luz
eterna, tanto como la vista consentía!

En su profundidad vi que se ahonda, atado con amor en un
volumen,

lo que en el mundo se desencuaderna: sustancias y accidentes
casi atados junto a sus cualidades, de tal modo que es sólo
débil luz esto que digo.

Creo que vi la forma universal

de este nudo, pues siento, mientras hablo, que más largo se me
hace mi deleite.

Me causa un solo instante más olvido que veinticinco siglos a la
hazaña

que hizo a Neptuno de Argos asombrarse.

Así mi mente, toda suspendida, miraba fijamente, atenta,
inmóvil, y siempre de mirar sentía anhelo.

Quien ve esa luz de tal modo se vuelve, que por ver otra cosa es
imposible

que de ella le dejara separarse; Pues el bien, al que va la
voluntad, en ella todo está, y fuera de ella

lo que es perfecto allí, es defectuoso. Han de ser mis palabras
desde ahora, más cortas, y esto sólo a mi recuerdo,

que las de un niño que aún la leche mama. No porque más que
un solo aspecto hubiera en la radiante luz que yo veía,

que es siempre igual que como era primero; mas por mi vista
que se enriquecía cuando miraba su sola apariencia,
cambiando yo, ante mí se transformaba.

En la profunda y clara subsistencia de la alta luz tres círculos
veía

de una misma medida y tres colores; Y reflejo del uno el otro
era,

como el iris del iris, y otro un fuego que de éste y de ése
igualmente viniera.

¡Cuán corto es el hablar, y cuán mezquino

a mi concepto! y éste a lo que vi,

lo es tanto que no basta el decir «poco».

¡Oh luz eterna que sola en ti existes, sola te entiendes, y por ti
entendida y entendiente, te amas y recreas!

El círculo que había aparecido en ti como una luz que se refleja,
examinado un poco por mis ojos,

en su interior, de igual color pintada, me pareció que estaba
nuestra efigie: y por ello mi vista en él ponía.

Cual el geómetra todo entregado

al cuadrado del círculo, y no encuentra, pensando, ese principio
que precisa, estaba yo con esta visión nueva:

quería ver el modo en que se unía al círculo la imagen y en qué
sitio; pero mis alas no eran para ello:

si en mi mente no hubiera golpeado un fulgor que sus ansias
satisfizo. Faltan fuerzas a la alta fantasía; mas ya mi voluntad y
mi deseo giraban como ruedas que impulsaba

Aquel que mueve el sol y las estrellas.

InfoLibros.org

